



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries
and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

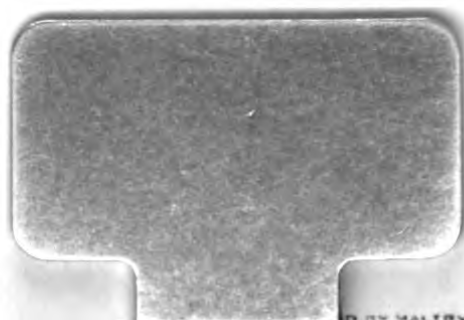
For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-
ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.





SZ.ALA 7E
5ESC
AXC
A

MODERN LANGUAGES FACULTY LIBRARY
TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY OF OXFORD

This book should be returned on or before the
date last marked below.

26.12.1964

3 NOV 1964

30.11.1999

- 9 MAY 1966

24 NOV 1966

02 FEB 2000

24 NOV 1967

22 JUN 1968

28 OCT 1968

15 OCT 1969

27 APR 1969

14 OCT 1969

21 OCT 1969

20 JAN 1999

17 JAN 2001

*If this book is found please return it to the above
address—postage will be refunded.*

300 195726X

EL
ESCÁNDALO

NOVELA

POR

D. PEDRO A. DE ALARCON

SEXTA EDICION

F. J. Pereira

Barra 13. Nov 1881

MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ

CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1880

«ESCÁNDALO. m. La acción ó palabra que es causa de que alguno obré mal, ó piense mal de otro. Comunmente se divide en activo y pasivo entre los sumistas. El activo es el dicho ó hecho reprehensible que es ocasion de daño y ruina espiritual en el prójimo. El pasivo es la misma ruina espiritual ó pecado en que cae el prójimo por ocasion del dicho ó hecho de otro...»

(DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, por la Academia Española.)



EL ESCÁNDALO.

LIBRO I.

FABIAN CONDE.

I.

LA OPINION PÚBLICA.

El lunes de Carnestolendas de 1861—precisamente á la hora en que Madrid era un infierno de más ó ménos jocosas y decentes mascaradas, de alegres estudiantinas, de pedigüeñas murgas, de comparsas de danzarines, de alegorías empingorotadas en vistosos carretones, de soberbios carruajes particulares con los cocheros vestidos de domínó, de mujerzuelas disfrazadas de hombre, y de mancebos de la alta sociedad disfrazados de mujer; es decir, á cosa de las tres y media de la tarde,—un elegante y gallardo jóven, que guiaba por sí propio un cochecillo de los llamados *cestos*, atravesaba la Puerta del Sol, procedente de la calle de Espoz y Mina y con rumbo á la de Preciados, haciendo grandes esfuerzos por no atropellar á nadie en su marcha contra la corriente de la muchedum-

bre, que se encaminaba por su parte hacia la calle de Alcalá ó la Carrera de San Jerónimo en demanda del paseo del Prado, foco de la animacion y la alegría en aquel momento...

El distinguido automedonte podría tener veintiseis ó veintiocho años. Era alto; fuerte, aunque no recio; admirablemente proporcionado, y de aire resuelto y atrevido, que contrastaba á la sazón con la profunda tristeza pintada en su semblante. Tenía bellos ojos negros, la tez descolorida, el pelo corto y arremolinado como Antínoo, poca barba, pero sedosa y fina como los árabes nobles, y gran regularidad en el resto de la fisonomía. Digamos, en suma, que era, sobre poco más ó menos, el prototipo de la hermosura viril, tal como se aprecia en los tiempos actuales; esto es, tal como lo prefiere y lo corona de rosas y espinas el gran jurado del bello sexo, único tribunal competente en la materia.—En la Atenas de Pericles, aquel jóven no hubiera pasado por un Apolo; pero en la Atenas de lord Byron podía muy bien servir de *D. Juan*.—Asemejábase, en efecto, á todos los héroes románticos del gran poeta del siglo, lo que quiere decir que se asemejaba mucho al mismo poeta.

Sentado, ó más bien clavado á su izquierda, iba un lacayuelo (*groom* en inglés) que no tendría doce años, tiesecillo, inmóvil y peripuesto como un milord, y ridículo y gracioso como una caricatura de porcelana de Sevres; especie de palillero animado, cuyo único destino sobre la tierra parecía ser llevar, como llevaba, entre sus cruzados brazos el aristocrático baston de su dueño, mientras que su caprichoso dueño empuñaba la plebeya fusta.

La librea del *groom* y los arreos del caballo ostentaban, en botones y hebillas, algunas docenas de coronas de conde. En cambio, el que sin duda estaba investido de tan alta dignidad, hacía gala de un traje sencillísimo y severo, impropio del día y de su lozana juventud, si bien elegante como todo lo que atañía á su persona. Iba de negro, aunque no de luto (pues los guantes eran de medio color), con una grave levita abotonada hasta lo alto, y sin abrigo ni *couvre-pieds* que lo preservasen del frío sutil de aquella tarde, serena en apariencia, pero que no dejaba de ser la tarde de un 27 de Febrero... en Madrid.

Indudablemente, aquel joven no cruzaba la Puerta del Sol en busca de los placeres del Carnaval. Algun triste deber lo había sacado de su casa... Algun puñal llevaba clavado en el corazón...—Así es que no respondía á ninguna de las bromas que, de cerca ó de lejos, le dirigían con atiplados gritos todas las máscaras de buen tono que lo divisaban: ántes las recibía con visible disgusto, con pena y hasta con miedo, sin mirar siquiera á los que lo llamaban por su nombre ó hacían referencia á circunstancias de su vida...

Algunas de aquellas bromas lo habían impacientado é irritado de un modo evidente. Relámpagos de ira brillaron más de una vez en sus ojos, y aún se le vió levantar el látigo con ademán hostil en dos ó tres ocasiones... Pero tales accesos de cólera terminaban siempre por una sonrisa amarga y por un suspiro de resignación, como si de pronto recordara algo que lo obligase á contener el impetuoso alenado que revelaba su semblante.—Veíase que el

dolor y el orgullo reñían cruda batalla en el espíritu de aquel hombre.—Por lo demás, bueno es advertir también que los enmascarados que lo apostrofaban con mayor insolencia, procuraban hacerlo desde muy lejos y al abrigo de la apiñada multitud...

—¡Adios, Fabian!—le había dicho un joven, vestido de gran señora, saludándolo con el pañuelo y el abanico y dando saltos al mismo tiempo.

—¡Mirad, mirad! ¡Aquél es Fabian Conde! (había exclamado otro, señalándoselo al público con el dedo, cual si lo pregonara ignominiosamente.) Fabian Conde, que ha regresado de Inglaterra!

—¡Adios, conde Fabian!—había chillado un tercero, pasando á su lado y haciéndole groseras cortesías.

—¡Es un conde! —murmuraron algunas voces entre la plebe.

—Pero, ¿en qué quedamos, Fabian? (prorumpió en esto á cierta distancia una voz aguda y penetrante como la de un clarín,) ¿eres Conde de título ó de apellido, ó no lo eres de ninguna manera?

El auditorio se rió á carcajadas.

¡Auditorio terrible, el pueblo... la masa anónima... el jurado lego... la opinion pública!

Fabian se estremeció al oír aquella risa formidable.

—¡Calla! ¡Es un conde postizo!—dijo una mujer muy fea, que vendía periódicos.

—Pero es un real mozo,—arguyó otra bastante guapa, que vendía naranjas y limones.

El joven miró á ésta con agradecimiento.

—¡Pues bien podía haber echado por otras calles, supuesto que no va al Prado como todo el mundo!—replicó la primera, llena de envidia.

—¡Eh, señor lechuguino, vea usted por dónde anda!—gritó un manolo, mirando con aire de desafío al llamado Fabian.

Éste se mordió los labios, pero no se dió por entendido, y siguió avanzando lentamente, con más cuidado que nunca, refrenando á duras penas el caballo, que tambien parecia deseoso de pisotear aquella desvergonzada chusma.

—¡Adios, ilustre Tenorio, terrible Byron! ¿Has hecho muchas víctimas en Lóndres? (exclamaba en tanto otra máscara.) ¡Como voy vestido de mujer no me atrevo á acercarme á tí!... ¡Eres tan afortunado en amores!

—¡Paso, paso! (voceó más allá otro de aquellos hermafroditas.) ¡Paso á Fabian Conde, al César, al Gengiskan, al Napoleon de las mujeres!

El público aplaudió, creyendo que aquel su aplauso venía á cuento.

—¡Milagro, hombre, milagro! (añadió un *pierrot*, haciendo mil jeringonzas.) ¡Fabian Conde no se ha disfrazado este Carnaval! ¡Los maridos están de enhorabuena!

—¿Qué sabes tú? (agregó un mandarin chino.) Irá á que lo vista con su traje de terciopelo rojo la dama de la berlina azul.

Nuevo aplauso en la muchedumbre, que maldito si sabia de qué se trataba.

—¡Fabian! ¡Fabian! (vociferó por último á lo léjos un nigromante, no con voz de tiple, sino con el grave y fatídico acento que emplean los cómicos cuando representan el papel de Estatua del Comendador;) ¡Fabian! ¿Qué has hecho de Gabriela? ¿Qué has hecho de aquel ángel? ¡Te vas á condenar! ¡Fa-

bian Conde! ¡Por la primera vez te cito, llamo y em plazo!

Estas palabras causaron cierta impresion de horror en los circunstantes, y un sordo murmullo lastimero corrió en torno de Fabian, como una oleada de amargos reproches.

El jóven, que, segun llevamos dicho, había soportado á duras penas las agresiones precedentes, no pudo tolerar aquella última... Botó, pues, sobre el asiento, tan luégo como oyó el nombre de *Gabriela*, y buscó entre el gentío, con furiosa vista, al insolente que lo había pronunciado...

—¡Aguarda (dijo), y verás cómo te arranco la lengua!

Pero reparó en que el público hacía corro, disponiéndose á gozar de un gran espectáculo *gratis*; vió, además, que el hechicero huía hácia la calle de Alcalá, metiéndose entre un complicado laberinto de coches; comprendió que todo lo que hiciera no serviría más que para aumentar el escándalo, y, volviendo á su primitiva actitud de dolorosa manse dumbre, ya que no de ilimitada paciencia, fustigó el caballo á todo evento, abrióse paso entre la gente, no sin producir sustos, corridas y violentos encuentros, y logró al cabo salir á terreno franco y poner el caballo al galope.

—¡Fabian! ¡Fabian Conde! ¡conde Fabian!—gritaban entre tanto á su espalda veinte ó treinta voces del pueblo, que á él se le antojaron veinte ó treinta mil, ó acaso un clamor universal con que lo maldecían todos los humanos...

—¡Gabriela! ¡Gabriela! ¿Qué has hecho de Gabriela?—aullaban al mismo tiempo, corriendo detras de

/ 0

él, los chiquillos que habían oído el apóstrofe del nigromante.

—¡A ése! ¡a ése!—clamaron otros más allá, creyendo que se trataba de un ladrón ó de un asesino, y persiguiéndolo también encarnizadamente.

Por último; algunos perros salieron asimismo en pos del disparado carruaje, uniendo sus ladridos estridentes á los soeces silbidos con que las turbas salpimentan todas sus excomuniones, y este inno-ble séquito fué acosando á Fabian hasta muy dentro de la calle de Preciados, como negra legion de demonios, ejecutora de altísima sentencia.

Una vez allí, y desesperando ya de darle alcance, detuviéronse los chiquillos y le tiraron algunos piedras, que pasaron muy cerca del fugitivo coche, mientras que los perros hicieron también alto y le lanzaron sus últimos y más solemnes aullidos de reprobación...

Entonces, viéndose ya libre de aquella batida infernal, y relativamente sin testigos, el desgraciado joven entregó las riendas al *groom*, sepultó el rostro entre las manos y lanzó un sollozo semejante al rugido de un león moribundo.

—¿A dónde vamos, señor?—le preguntó al cabo de un rato el lacayuelo, cuyo terror y extrañeza podrán imaginarse.

—¡Trae!—le contestó el Conde, empuñando otra vez las riendas.

Y levantó la frente, sellada de nuevo de una increíble tranquilidad, asombrosa por lo repentina. Para serenarse de aquel modo, había tenido que hacer un esfuerzo verdaderamente sobrehumano. Una sola lágrima caía á lo largo de su rostro...

De la calle de Preciados salió el joven á la plazuela de Santo Domingo, que atravesó al paso, sin que las máscaras de baja estofa que allí habia le dirigiesen la palabra: tomó luego por la solitaria calle de Leganitos, que, como situada ya á un extremo de la capital, respiraba un sosiego impropio de aquel vertiginoso día, hasta que, por último, llegado á la antiquísima y ruinosa calle del Duque de Osuna, paró el coche delante de un caseron destaralado y viejo, cuya puerta estaba cerrada como si allí no viviera nadie.

Era el convento... quiero decir, era la casa de la Congregacion denominada *Los Paules*.

Fabian echó pié á tierra; llegóse á aquella puerta aceleradamente; asió el aldabon de hierro con el desatinado afan de un náufrago, y llamó.

II.

LA PORTERÍA DEL OTRO MUNDO.

El edificio que todavía existe hoy en la calle del Duque de Osuna con el nombre de *Los Paules*, no alberga ya Religiosos de esta Orden.—La intolerancia liberal ha pasado por allí.—Pero en 1861 era una especie de convento disimulado, y como vergonzante, que se defendía de la Ley de Supresion de Órdenes Religiosas de varones, alegando su modesto titulo de *Casa de la Congregacion de San Vicente de Paul*, con que se fundó en 6 de Julio de 1828.

Seguían, pues, viviendo allí en comunidad, tolerados por los gobernantes de entónces, varios Pa-

dres Paules, bajo la dependencia inmediata de un Rector, ó Superior Provincial, que á su vez dependía del Superior General, residente en Paris; dedicados al estudio, á la meditacion ó á piadosos ejercicios; gobernados por la campana que los llamaba á la oracion colectiva, al refectorio ó al recogimiento de la celda, y alejados del mundo y de sus novedades, modas y extravíos...—á lo cual se agregaba que solía hospedarse tambien allí de vez en cuando, en lugar de ir á una profana fonda, algun Obispo, algun predicador ilustre, ó cualquier otro eclesiástico de nota, llegado á Madrid á asuntos particulares ó de su ministerio..

Tal era la casa á que había llamado Fabian Conde.

Trascurrieron algunos segundos de fúnebre silencio; y ya iba el jóven á llamar otra vez, cuando oyó unos blandos pasos que se acercaban lentamente: luégo pasaron otros momentos de inmovilidad, durante los cuales conoció que lo estaban observando por cierta mirilla que había debajo del aldabon de hierro; hasta que, por último, rechinó ágriamente la cerradura y entreabrióse un poco la puerta...

Al otro lado de aquel resquicio vió entónces Fabian á un viejo que en nada se parecía á los hombres que andan por el mundo; esto es, un medio carcelero, medio sacristan, vestido con chaqueta, pantalon y zapatos de paño negro, portador, en medio del dia, de un puntiagudo gorro de dormir, negro tambien, que por lo visto hacía las veces de peluca; de fisonomía huraña y recelosa como la de las aves que no aman la luz del sol, y para el cual parecian escritas casi todas las Bienaventuranzas

del Evangelio y todos los números de los periódicos carlistas. Dijérase que era naturalmente triste, pacífico, manso, limpio de corazón y pobre de espíritu, y que lloraba, tenía hambre y sed de justicia, y había ya sufrido por ella alguna persecución. En cambio, su actitud al ver al joven, al *groom* y aquel tan mundano cochecillo, no tuvo nada de misericordiosa.

—¿Usted viene equivocado!—dijo destempladamente, sin acabar de abrir el portón, y tapando con su cuerpo la parte abierta.

—¿No es este el convento de los Paules?—preguntó Fabian con dulzura.

—No, señor.

—¿Cómo que no? Yo juraría...

—¿Haría usted mal en jurarlo! ¡Ya no hay conventos! Esta casa es la congregación de Misioneros de San Vicente de Paul.

—Bien: es lo mismo...

—No es lo mismo... ¡Es muy diferente!..

—En fin: ¿vive aquí el Padre Manrique?

—No, señor...

—¡Demonio!—exclamó Fabian.

—¡Ave María Purísima!—murmuró el portero, tratando de cerrar.

—Pordone usted... (continuó el joven, estorbándolo suavemente). Ya sabrá usted de quien hablo... del célebre jesuita... del famoso...

—¡Ya no hay Jesuitas! (interrumpió el conserje.) El rey D. Carlos III los expulsó de España... y ese Padre Manrique, por quien usted pregunta, no *vive* acá, ni mucho menos!... Sólo se halla de paso, como huésped... y eso por algunos días.

—¡Gracias á Dios!—dijo Fabian.

—¡A Dios sean dadas!—repuso el viejo, abriendo un poco más la puerta.

—¿Y está ahora en casa ese caballero?—preguntó el aristócrata con suma afabilidad...

—En casa está su merced; sí, señor.

—¿Y está visible?

—¡Ya lo creo! Como usted y como yo...

—Digo que si se le podrá ver...

—¿Por qué no se le ha de poder ver? ¿No le he dicho á usted que está en casa?

—Pues entónces, hágame usted el favor de pasarle recado.

—No puedo... Suba usted si gusta... Mi obligación se reduce á acudir á esta puerta.

Y hablando así, el bienaventurado la abrió completamente y dejó el paso libre á Fabian.

—Celda... digo, cuarto núm. 5, (prosiguió diciéndole). Ahí verá usted la escalera... piso principal...

—Muchísimas gracias—respondió el Conde, quitándose el sombrero hasta los piés.

—No las merezco—respondió el conserje, echando una nueva mirada de recelo al *groom* y al cochecillo, y complaciéndose en cerrar la puerta de golpe y dejarlos en la calle.

—¡Hum, hum! (murmuró en seguida.) Estos son los que tienen la culpa de todo.

Con lo cual, se enterró de nuevo en la portería, santiguándose y rumiando algunas oraciones.

Fabian subía entre tanto la anchurosa escalera, con el sombrero en la mano, parándose repetidas veces, aspirando ansioso (si vale decirlo así) la paz,

el silencio y la quietud de aquel albergue, y fijando la vista, con la delectación de quien encuentra antiguos amigos, en los cuadros místicos que adornaban las paredes, en las negras cruces de palo que formaban de trecho en trecho una *Vía Sacra*, y en una Pila de agua bendita que había en un ángulo de la meseta, y en la cual no se creyó sin duda autorizado por su conciencia para meter los dedos; pues, aunque mostró intenciones de realizarlo, no se resolvió á ello en definitiva.

Llegó al fin al piso principal, y á poco que anduvo por una larga crujía desmantelada y sola, en la que se veían muchas puertas cerradas, descubrió sobre una de ellas el núm. 5.

Detúvose; pasóse una mano por la frente (que encontró ardiendo), y lanzó un suspiro de satisfacción que parecía decir:

«*He llegado.*»

Después avanzó con timidez y dió un leve golpe con los nudillos en aquella puerta...

—Adelante...—respondió á la parte de adentro una voz grave, melodiosa y tranquila.

Fabian torció el picaporte, y abrió.

III.

EL PADRE MANRIQUE.

La estancia que apareció á la vista del jóven era tan modesta como agradable. Hallábase esterada de esparto de su color natural. Cuatro sillas, un brasero, un sillón y un bufete componían su mueblaje. Cerca del bufete había una ventana, al traves de

cuyos cristales verdeaban algunas macetas. Una cortina de percal rameado templaba los rayos horizontales del sol poniente, que entraban por una segunda ventana, y otra cortina de lo mismo cubría la puertecilla de la alcoba. Encima del bufete había un Crucifijo de ébano y marfil, muchos libros, varios objetos de escritorio, un vaso con flores del tiempo y un rosario.

Sentado en el sillón, con los brazos apoyados en la mesa, y extendidas las manos sobre un infolio encuadrado en pergamino, cuya lectura acababa de interrumpir, estaba un clérigo de muy avanzada edad, vestido con balandran y sotana de paño negro y alzacuello enteramente blanco.—No menos blancas eran su cara y su cabeza. Ni el más ligero asomo de color ó de sombra matizaba su cutis ni los cortos y escasos cabellos que circuían su extensa calva. Dijérase que la sangre no fluía ya bajo aquella piel; que los nervios no titilaban bajo aquella carne; que aquella carne era la de una momia. Tomárase aquella cabeza fría y blanca por una calavera colocada sobre un túmulo revestido de paños negros.

Los ojos mismos del sacerdote, que eran oscuros carecían de toda expresión, de todo brillo, de toda señal de pasión ó de sentimiento. Su negrura se parecía á la del olvido. Sin embargo, aquella cabeza no era repugnante ni medrosa. Por el contrario, la noble hechura del cráneo, la delicadeza de las facciones, lo apacible y aristocrático de su conjunto y no sé qué vago reflejo del alma (ya que no de la vida) que se filtraba por todos sus poros, hacían que infundiese veneración, afecto y filial confianza.

como las efigies de los Santos.—Fabian creyó estar en presencia del propio San Ignacio de Loyola.

El clérigo se incorporó un poco, sin dejar su sitio, ni casi su postura, al ver aparecer al jóven.

—¿Es al ilustre Padre Manrique á quien tengo el honor de hablar?—preguntó reverentemente el Conde, deteniéndose á la puerta.

—Yo soy el indigno siervo de Dios que lleva ese nombre,—contestóle el anciano con gravedad.

Y señalándole una silla que había al otro lado del bufete, añadió con exquisita cortesía:

—Hágame la merced de tomar asiento y de explicarme en qué puedo servirlo.

Hablando así, tornó á sentarse por su parte, y cerró el libro, despues de registrarlo.

Fabian no había dado un paso más á todo esto. Sus ardientes ojos recorrían punto por punto toda la habitacion, y se posaban luégo en el Sacerdote con una mezcla de angustia, de agradecimiento, de temor retrospectivo y de recobrada tranquilidad, que no le permitía andar, ni hablar, ni respirar siquiera... Había algo de infantil y de imbécil en su actitud, hija de una emocion inmensa, ó de muchas emociones hasta entónces refrenadas, que estaban para estallar en lágrimas y gemidos.

Sin duda lo conoció así el Jesuita. Ello es que dejó su asiento, acercóse á Fabian, y lo estrechó entre sus brazos, diciéndole:

—Cálmese usted, hijo mio.

—¡Padre! ¡Padre! (exclamó por su parte Fabian.) ¡Soy muy desgraciado! ¡Yo quiero morir! ¡Tenga usted piedad de mi alma!

Y apoyando su juvenil cabeza en la encanecida

del Padre Manrique, prorumpió en amarguísimo llanto.

—Llore usted, hijo, llore usted (decía el anciano sacerdote con la dulce tranquilidad del médico que está seguro de curar una dolencia). Todo eso no será nada... ¡Vamos á ver!... Siéntese usted aquí, con los piés junto al brasero... Viene usted helado, y además tiene usted alguna calentura.

Y acompañando la acción á las palabras, colocó á Fabian cerca de la lumbre, que removi6 luego un poco con la paleta.

En seguida penetró en la alcoba, y volvió al cabo de un instante trayendo un vaso de agua.

—Tome usted para el cuerpo (le dijo afablemente). Despues... cuando usted se calme, trataremos del espíritu, para el cual hay tambien un agua purísima, que nunca niega Dios á los sedientos.

—Gracias, Padre!—suspiró Fabian despues de beber, y sonriéndose como un niño que se consuela repentinamente.

—No tiene usted gracias que darme (replicó el Sacerdote). Dios es la Gracia, *et gratis datur*. A esa agua del alma me refería hace un momento...

—¡Dios!...—suspiró Fabian, inclinando la frente sobre el pecho con una tristeza indefinible.

Y no dijo más.

El Jesuita se calló tambien: cogió otra silla; sentóse en frente del Conde, y volvió á menear el brasero.

—Continúe usted, hijo mio (añadió ent6nces dulcemente). Iba usted á hablar de Dios...

Fabian levantó la cabeza, pasóse las manos por los ojos para acabar de enjugarlos, y dijo:

—¿Es usted muy bueno, Padre! Pero yo no quiero quitarle á usted demasiado tiempo, y paso á decirle á usted quién soy (cosa que todavía ignora), y á explicarle el objeto de mi visita.

—Se equivoca usted, jóven (replicó el Padre Manrique). Yo sé ya quién es usted y á qué viene. Al entrar me lo dijo usted todo, sólo con decirme que era *desgraciado*... Esto basta y sobra para que yo lo considere como un amigo, como un hermano, como un hijo.— Por lo demas, hoy tengo mucho tiempo libre. Hoy es el dia del mundo, como ayer y como mañana...—Pasado mañana, Miércoles de Ceniza, empezarán á venir los heridos de la gran batalla que Satanás está librando á las almas en este momento.—Puede usted, por consiguiente, hablar de cuanto guste... y sobre todo, de Dios nuestro Señor...

—Sin embargo (repuso el Conde, eludiendo la cuestion); mi historia ha de ser muy larga, y debo entrar en ella inmediatamente.— Ahora... lo que no sé... es cómo referirle á usted ciertas cosas... Mi lenguaje mundano me parece indigno de que usted lo escuche...

—Hábleme usted como cuando confiesa,—insinuó el Jesuita con la mayor sencillez.

—Padre, yo no confieso...—balbuceó Fabian, ruborizándose.

—Pues ya ha principiado la confesion.—Continúe usted, hijo mio.

El desconcierto del jóven era cada vez más grande.

—Me he explicado mal (se apresuró á añadir). Yo confesé algunas veces... ántes de haber pecado... cuando todavía era muy niño.—Mi madre, mi santa

madre, me llevaba entónces á la Iglesia...—Pero despues...

—Despues, ¿qué?

—Mi madre murió!—gimió Fabian melancólicamente.

—¡Ella nos escucha!—pronunció el Padre Manrique, alzando los ojos al cielo y moviendo los labios como cuando se reza...

Fabian no rezó; pero se sintió conmovido hasta lo profundo de sus entrañas al ver al clérigo orar por su madre.

—Conque decíamos (prosiguió éste, luégo que terminó su plegaria) que, de resultas de haberse quedado sin madre, se creyó usted dispensado de volver á la Iglesia.

—No fué esa la verdadera causa (replicó Fabian con mayor turbacion). Mucho influyó sin duda alguna aquella pérdida en mi manera de vivir... Pero *además...*

—*Además...* ¿qué? — ¡Vaya! Haga usted otro esfuerzo y dígamelo con franqueza. — Yo puedo oirlo todo sin asombrarme.

—Ya sé que usted es el confesor favorito de nuestra aristocracia (repuso el jóven atolondradamente). Así es que su nombre de usted, unido á la fama de sus virtudes y de su talento, llena los salones de Madrid... miéntras que su reputacion como orador...

—¡Cortesano! (díjole el Padre, reprimiendo una sonrisa de lástima.) ¡Quiere usted sobornarme con lisonjas!

Fabian le cogió una mano y se la besó respetuosamente.

—¡Sea todo por Dios! (prosiguió el eclesiástico, cuya sonrisa se dulcificó á pesar suyo.) Conque... ¿decía usted que *además*...

—¡Oh, se empeña usted en oirlo! (exclamó el Conde dolorosamente.) Pues bien, Padre, ¡no es culpa mia!... ¡Es culpa de estos tiempos! ¡Es la enfermedad de mi siglo!—¡Si supiera usted con qué afán he buscado esa creencia! ¡Si supiera usted cuánto daría por no dudar!...

—Pero, en fin... ¿Lo confiesa usted, ó no lo confiesa?

—Sí, Padre; lo confieso (tartamudeó Fabian lúgubremente)... Yo no creo en Dios.

—¡Eso no es verdad!—prorumpió el Jesuita, cuyos ojos lanzaron primero dos centellas y luego dos piadosas lágrimas.

—¿Cómo que no es verdad?

—A lo ménos, no es cierto, aunque usted se lo imagine insensatamente. Y, si no, dígame usted, desgraciado: ¿quién lo ha traído á usted á mi presencia? ¿qué busca usted aquí? ¿De qué puedo servirle yo á usted si no hay Dios?

—Vengo en busca de consejo... (balbuceó el Conde). Me trae un conflicto de conciencia...

El anciano exclamó tristemente:

—¡Consejo! ¿Pues no está su mundo de usted lleno de sabios, de filósofos, de jurisconsultos, de moralistas, de políticos? Usted, por lo que revela su persona, debe de vivir muy cerca de todas esas lumbreras del siglo que le han arrebatado la fe que le inspiró su madre... ¿A qué viene usted, pues, á consultar con un pobre escolástico á la antigua, con un partidario de lo que llaman ustedes el *oscurantismo*,

con un hombre que no conoce más ciencia que la palabra de Dios?

—¡Pues es verdad! (respondió Fabian, como admirado de sí mismo.) Ahora me doy cuenta de ello... Indudablemente, yo he venido aquí en apelacion contra las sentencias de los hombres... Por lo tanto, debo de haber venido en busca de Dios...

—¿Lo ve usted? (continuó gozosamente el Jesuita.) ¿Ve usted cómo cree en Él? ¡Nadie busca aquello que sabe que no existe!

—Sin embargo, Padre, yo debo ser sincero... Mi razon se resiste á creer lo que no se explica...

—¡Se equivoca usted! Usted principia por creer en la infalibilidad de su *razon*, á pesar de ser ésta tan limitada que no se conoce á si misma. Y, si no, dígame usted, pobre jóven: ¿sabe usted acaso por qué piensa? ¿Sabe usted cómo la materia puede llegar á discurrir? Y, si por fortuna no es usted materialista, ¿sabe usted lo que es espíritu? ¿Sabe usted cómo lo inmaterial puede comerciar con lo físico? ¿Sabe usted algo, en fin, de esa propia *razon* en que tanto cree, y de la cual se fia hasta el punto de negar que los efectos tengan causa, de negar que el mundo tenga Criador, de negar que exista en el universo un sér superior al hombre?

—Padre, me deslumbra usted; pero no me convence—respondió Fabian, cruzando las manos con humildad.

—Ya se irá usted convenciendo poco á poco (repuso el Padre Manrique, sosegándose). Decia usted que le trae á mi lado un conflicto de conciencia... Expóngamelo usted, y veamos si su propia historia nos pone en camino de llegar hasta el conocimien

to de Dios... ¡Por algo me habrá buscado usted!

—¡Ah! sí... (murmuró el jóven, como si estuviera solo.) ¡Por algo lo he buscado! La sabiduría del mundo no tiene remedios para mi mal, ni solución para el problema horrible que abrumba mi conciencia...—La sociedad me ha encerrado en un círculo de hierro, que ni siquiera me deja franco el camino de la muerte...—¡Oh, si me lo dejara...; si suicidándome pudiera salir del abismo en que me veo, hace ya tres días que todo habría terminado!...

—¡No todo! (interrumpió el Padre Manrique.) Siempre quedaría pendiente la cuenta del alma... que es sin duda la que le impide á usted suicidarse.

—¡La cuenta del alma! (repitió el jóven.) ¡También es eso verdad! Yo le llamaba la cuenta de la conciencia... la cuenta de los demás... la cuenta de los inocentes... Pero ahora veo que en el fondo...

—En el fondo es lo mismo (proclamó el sacerdote); y todo ello significa la *cuenta con Dios*.—¿Se convence usted ya de que no es ateo?

—¡Padre! (exclamó Fabian,) de lo que me convengo es de que sus palabras de usted, su presencia, esta habitación, esta casa, este llanto... me están devolviendo la vida, la esperanza, la felicidad... ¡Ah, Padre! lo que á mí me sucede allá en el mundo es espantoso... es horrible... es superior á las fuerzas humanas!

—Jóven, ¡pobre idea tiene usted de las fuerzas humanas! (replicó el Jesuita.) Nada hay aquí abajo superior á ellas, cuando el limpio acero del espíritu se temple en las mansas aguas de la resignación. Yo no puedo creer que sus males de usted no tengan fácil remedio... ¡Los he visto tan grandes con-

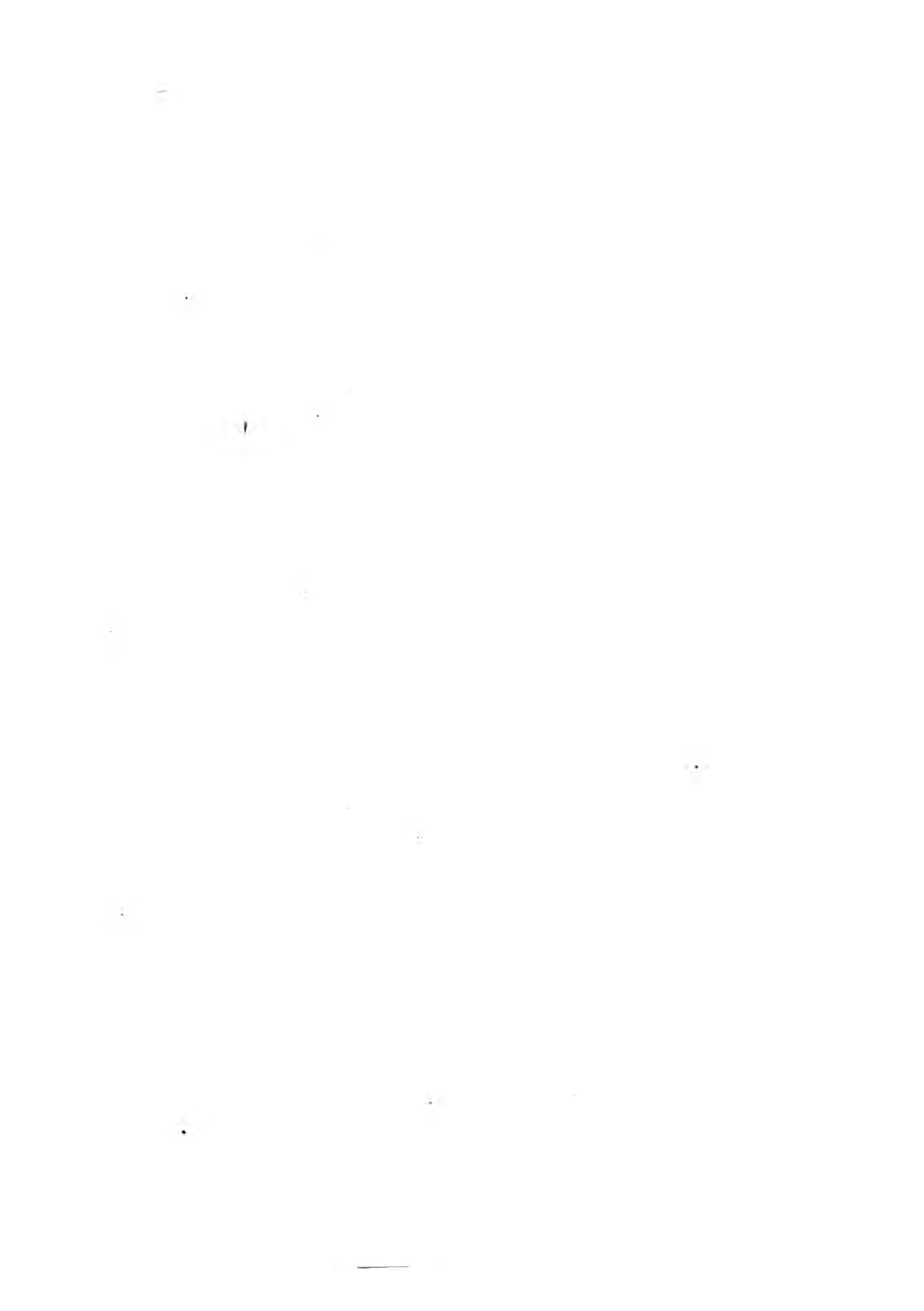
vertirse de pronto en inefable regocijo!—Pero, en fin, sepamos qué es lo que á usted le sucede...—Por ahora, y para mi satisfaccion, basta que usted me haya dicho que se siente algo consolado en esta humilde celda...—De *lo demas* trataremos despues...—Yo confio en que nuestra amistad ha de ser larga... ¡Con un jóven tan gallardo, de fisonomía tan noble, y que tan fácilmente llora y hace llorar á quien lo escucha, es muy fácil entenderse!—Aguarde usted un poco... Voy á echar la llave á la puerta para que nadie nos interrumpa.—Además, le pondré á usted aquí otro vaso de agua, ya que el primero le ha sentado tan bien.—¡Oh, la vida!... ¡la vida!—La vida se reduce á dos ó tres crisis como ésta.

Así habló el Padre Manrique; y, despues de hacer todo lo que iba indicando, sentóse otra vez enfrente del jóven; cruzó los brazos sobre el pecho; cerró los ojos, y agregó solemnemente:

—Diga usted.

Fabian, que había seguido con arrobamiento y adoracion el discurso y las operaciones del Jesuita, asombrándose cada vez más de hallarse ya, no sólo tranquilo, sino hasta casi contento, tuvo que recapacitar unos instantes para volver á sentir todo el peso de sus desventuras y coordinar su relato...

No tardó en cubrirse nuevamente de nubes el cielo de su alma, y entónces principió á hablar en estos términos:



LIBRO SEGUNDO.

HISTORIA DEL PADRE DE FABIAN.

I.

PRIMERA VERSION.

—Padre: yo soy Antonio Luis Fabian Fernandez de Lara y Alvarez Conde, Conde de la Umbria...

El Jesuita abrió los ojos, miró atentamente a Fabian, y volvió á cerrarlos.

—Paréceme notar (exclamó el jóven, mudando de tono) que este titulo no le es á usted desconocido...

—Lo conozco... como todo el mundo,—respondió suavemente el Padre Manrique.

—¿Alude usted á la historia de mi padre?

—Sí, señor.

—Pues entónces debo comenzar por decirle á usted, que, si sólo conoce su historia como todo el mundo, la ignora completísimamente... y perdóneme la viveza de estas expresiones.

—Conozco tambien la rehabilitacion de su padre de usted (Q. E. P. D.), declarada por el Senado hace poco tiempo,—añadió el Sacerdote sin abrir los ojos.

—Aquella fué su segunda historia, no ménos falsa que la primera—replicó Fabian con doloroso acento.

—¡Ah!... En ese caso no he dicho nada... (murmuró el anciano respetuosamente.)—Continúe usted, hijo mio.

—Yo le contaré á usted muy luégo la cierta y positiva (prosiguió Fabian). Pero, ántes, cumple á mi propósito decir por qué grados y en qué forma me fuí enterando de la tragedia que le costó la vida á mi padre; tragedia que está enlazada estrechísimamente con mis actuales infortunios.

Contaba yo apénas catorce años, y vivía en una casa de campo del reino de Valencia, sin recordar haber residido nunca en ninguna otra parte, cuando la santa mujer que me había llevado en sus entrañas, y que era todo para mí en el mundo, como yo lo era todo para ella; viéndose próxima á la temprana muerte que le acarrearón sus pesares, llamómeme á su lecho de agonía, despues de haber confesado y comulgado; y allí, en presencia del propio confesor, que era el Cura de un pueblecillo próximo, me dijo estas espantosas palabras:

—«Fabian: me voy... Tengo que dejarte solo sobre la tierra... Lo manda Dios.—Ha llegado, pues, el caso de que te hable como se le habla á un hombre; que eso serás desde mañana, á pesar de tu corta edad: un hombre... libre... dueño de sus acciones... sin tener quien lo aconseje y guíe por los mares de la vida!...—Fabian: hasta aquí has estado en la creencia de que tu padre y mi difunto esposo fué un oscuro marino que murió en América, dejándonos una modesta fortuna... Pero

»nada de esto es cierto!—Lo cierto es una cosa horrible que yo te debo revelar, para que procures que nunca te la diga el mundo por medio de crueles desvios..., ó sea para que jamás hagas un alarde imprudente de tu verdadera cuna, que al cabo podrías averiguar andando el tiempo, aunque yo no te la dijese.—Fabian: mi marido fué el general D. Alvaro Fernandez de Lara, Conde de la Umbría. Durante la guerra civil, estaba bloqueado en una Plaza fuerte de la provincia de que era Comandante General, y se la vendió á los carlistas por dinero. Para ello se valió de un inspector de policía, llamado Gutierrez, que mantenía relaciones en el campo del Pretendiente. Pero la traicion de ambos fué inútil. En tanto que tu padre salía de la Plaza á media noche y entregaba las llaves al enemigo, el Jefe Politico de aquella provincia, advertido de lo que pasaba, atrancó las puertas, las defendió heroicamente, á la cabeza de la guarnicion, y consiguió rechazar á los carlistas, bien que teniendo la desgracia de ver morir á su esposa, herida por una bala de los contrarios que penetró en la casa del Gobierno.—Los carlistas, entónces, viendo que, en lugar de apoderarse de la Ciudad, habían tenido muchas bajas en tan estéril lucha, asesinaron á tu padre y al inspector de policía, y recogieron la suma que les habían entregado.—El Gobierno nombró al Jefe Politico *Marqués de la Fidelidad*, y declaró al Conde de la Umbría traidor á la patria; embargó todos sus bienes (que eran libres), y suprimió su título de Conde, para extinguir hasta el recuerdo de aquella felonía.—Puedes calcular lo que yo he padecido desde entónces...

»Bástete ver que tengo treinta y dos años y que me
»muero.—Yo estaba en Madrid contigo cuando
»ocurrió la desgracia de tu padre, desgracia incom-
»prendible, atendidas las grandes pruebas que hasta
»entonces había dado de hidalguía, de entereza de
»carácter, de adhesión á la causa liberal y de indo-
»mable valor... No bien tuve noticias de aquella
»catástrofe, sólo pensé en ti y en tu porvenir. Me
»apresuré, pues, á ocultarte á los ojos del mundo,
»para que nunca te reconociese como hijo del des-
»venturado cuyo nombre inspiraba universal hor-
»ror, y me vine contigo á esta casa de campo, que
»compré al intento, y donde nadie ha sospechado
»quiénes somos... Sólo lo sabe, bajo secreto de con-
»fesion, el virtuoso eclesiástico que nos escucha, y
»al cual le debemos, tú el haber recibido educación
»literaria en esta soledad, y yo consuelos y auxilios
»de verdadero padre.—En su poder se halla toda
»nuestra fortuna..., quiero decir, toda tu fortuna...,
»mucho mayor de lo que te imaginas. Consiste en
»dos millones de reales en dinero, billetes de banco
»y alhajas...—¡Puedes disfrutarla sin escrúpulo ni
»remordimiento alguno!—La heredé de mis pa-
»dres. Es el producto de la venta de todas mis fin-
»cas, que enajené al enviudar, para que no que-
»dase rastro de mi persona.—Sigue diciendo siem-
»pre que eres hijo del marino Juan Conde,—que
»nunca existió. Nadie podrá contradecirte, pues
»hace diez años que el mundo entero da por muer-
»tos al hijo y á la viuda del Conde de la Umbría.—
»El nombre de *Fabian Conde*, que estás ya acos-
»tumbrado á llevar, te lo he formado yo con tu últi-
»mo nombre de pila y con el apellido de mi madre

»y detras de él nadie adivinará al que durante los
»primeros cuatro años de su vida se llamó *Antonio*
»*Fernandez de Lara*.—Mi deseo y mi consejo es
»que, así que yo muera, te vayas á Madrid con el
»señor cura, el cual hará que ingreses en un cole-
»gio ó academia donde puedas terminar tu educa-
»cion literaria, y colocará tu fortuna en casa de un
»banquero.—No la malgastes, Fabian. Piensa en el
»porvenir. Estudia primero mucho: viaja despues
»trabaja, aunque no lo necesites; créate un nombre
»por ti mismo; olvida el de tu padre..., y sé tan
»dichoso en esta vida, como yo he sido desventu-
»rada.»

El jóven hizo una pausa al llegar aquí; y luego añadió, con voz tan sorda, que semejaba el eco de antiguos sollozos:

—Mi madre falleció aquella misma noche.

El padre Manrique elevó los ojos al cielo, y á los pocos instantes los volvió á entornar melancólicamente.

Reinó otro breve silencio.

II.

UN HOMBRE SIN NOMBRE.

—Once años despues de la muerte de mi madre (continuó Fabian), era yo en Madrid lo que se suele llamar *un hombre de moda*.—Había estado cuatro años en un colegio, donde aprendí idiomas, música, algunas matemáticas, historia y literatura profanas, equitacion, dibujo, esgrima, gimnasia y otras cosas por el estilo, en cambio de las cuales olvidé,

casi por completo, el latín, la filosofía escolástica y las sagradas letras que me enseñara el viejo sacerdote. Había hecho un viaje de tres años por Francia, Inglaterra, Alemania é Italia, deteniéndome, sobre todo, en esta última nación á estudiar el arte de la escultura, que era, y sigue siendo, mi distracción predilecta, y en el que dicen he alcanzado algunos triunfos. Había, en fin, regresado á España y dádome á conocer en esta villa y corte como hombre bien vestido, como temible duelista, como jinete consumado, como jugador sereno, como decidor agudo y cruel, cuyos sarcasmos contra las flaquezas del prójimo corrian de boca en boca, y como uno de los galanes más afortunados de que hacía mención la crónica de los salones...—Perdone usted mi mundano estilo...—Le estoy hablando á usted el lenguaje del mundo; no el de mi conciencia.

Tenía yo á la sazón veinticinco años, y había ya gastado la mitad de mi fortuna, además de sus pingües réditos. De vez en cuando preguntábanse las gentes quién era yo...—La calumnia, la fantasía ó la benevolencia, es decir, mis numerosos enemigos, émulos y rivales, la pequeña corte de aduladores de mis vicios, ó las mujeres que se ufanaban de mis preferencias, inventaban entónces tal ó cual historia fantástica, negra ó brillante, horrible ó gloriosa, que al poco tiempo era desmentida, y yo continuaba siendo recibido en todas partes, gracias á la facilidad que halla en Madrid cualquier hombre bien portado para penetrar hasta en las regiones más encumbradas.—Recuerdo que fui sucesivamente hermano bastardo de un reyezuelo alemán; hijo sacrilego de un Cardenal romano; jefe de una sociedad

européa de estafadores; agente secreto del Emperador de Francia; un segundo Monte-Cristo, poseedor de minas de brillantes, etc.; y, como resumen de todo, seguían llamándome *Fabian Conde*, que era lo que mis tarjetas decían.

III.

OTRO HOMBRE SIN NOMBRE.

En tal situación (esto es, hace por ahora un año), presentóse cierto día en mi casa una especie de caballero majo, como de cincuenta y cinco años de edad, vestido con más lujo que elegancia, y con más diamantes que aseo en la bordada pechera de su camisa; tosco y ordinario por naturaleza y por falta de educación, pero desembarazado y resuelto como todas las personas que han cambiado muchas veces de vida y de costumbres; hombre, en fin, que parecía tostado por el sol de todos los climas, curtido por el aire de todos los mares y familiarizado con todas las Policías del mundo...—Díjome que hacía poco tiempo había llegado de América, y ~~que~~ tenía que hacerme revelaciones importantísimas.

Yo temblé al oír este solo anuncio, adivinando en el acto que aquel personaje de tan sospechosa facha era poseedor de mi secreto é iba á poner el dedo en la envejecida llaga de mi corazón.—¿Qué revelaciones podía tener que hacerme nadie sin saber ántes quién yo era?

—Espéreme usted un momento—le dije, pues, dejándolo en la sala.

Y pasé á mi cuarto, cogí un revólver, me lo guar-

dé en el bolsillo, torné en busca del falso caballero. Lo conduje al aposento más apartado de la casa. cerré la puerta con llave y pasador, y dijele ásperamente:

—Siéntese usted y hable, explicándome ante todo quién es y por quién me toma.

—Me parecen muy bien todas estas precauciones—respondió el desconocido, arrellanándose en una butaca con la mayor tranquilidad.

Yo permanecí de pie enfrente de él, pensando (pues debo confesárselo á usted todo) en qué haría de su cadáver, dado caso de que se confirmaran mis recelos, ó en si me convendría más tirarme yo mismo un tiro, contentándome con los veinticinco años que había vivido sin que el mundo se enterase de mi desdicha...

—Si resulta que este hombre es el único que sabe la verdad (concluí en mis adentros), debo matarlo... Pero si resulta que la saben otras personas, yo soy quien debe morir.

—Mi nombre no viene á cuento ahora (decía entre tanto el forastero). Pero si se empeña usted en oír alguno, le diré cualquiera de los que he usado en Asia, Africa, América y Europa. En cuanto á lo de *por quién lo tomo á usted*, yo lo tomo por su propia persona, esto es, por Antonio Luis Fabian...

—¡Basta! (exclamé, sacando el revólver.) Dispóngase usted á morir...

—¡Bravo mozo! (repuso el hombre de los diamantes, sin moverse ni pestañear.) ¡Reconozco tu buena sangre! ¡No hubiera procedido de otra manera el difunto conde de la Umbria!

—¿Cómo sabe usted mi nombre! ¿Quién lo sabe

además de usted? (grité fuera de mí.) ¡Responda usted la verdad! ¡Considere que en ello le va la vida!

—Tranquílicese usted y guarde ese arma para mejor ocasion (replicó el desconocido). Voy á contestarle á usted á sus preguntas, no por miedo, sino por lástima al estado en que se encuentra, y porque me conviene que recobre la calma ántes de pasar á hablarle de negocios.—Nadie, sino yo, conoce su verdadero nombre de usted... y, si yo lo conozco, es porque yo descubro siempre lo que me propongo descubrir.

«Cuatro meses hace que llegué á España sin otro objeto que saber el paradero de la esposa del conde de la Umbria, y debo declararle á usted, que cualquier otro que no fuera yo habría desesperado de conseguirlo á poco de dar los primeros pasos... ¡tan hábilmente habían borrado ustedes las huellas de los suyos!—«Debieron de morir pocos meses despues que el conde» (me decian unos).—«Debieron de irse á Rusia, á Filipinas ó al corazon de Africa» (me contestaban otros).—«Nada ha vuelto á saberse de ellos (añadian los de más allá): la viuda vendió su fortuna propia y desapareció con su hijo: los mismos parientes del conde y de ella han desesperado de descubrir si son vivos ó muertos: sin duda naufragaron en alguna navegacion que hicieron con nombres que no eran los suyos»...—Así me respondian los más enterados...

«Pero yo no desesperé por mi parte, y me constituí en medio de la Puerta del Sol, es decir, en el centro de toda España, con la nariz á los cuatro vientos, esperando que mi finísimo olfato acabaría por ponerme en la pista de ustedes...—Hiceme ami-

go de todos los polizontes de Madrid, y pasábame los días y las noches preguntándoles siempre que veía una mujer de cuarenta años ó un jóven de veinticinco:»—«¿Quién es esa? ¿Quién es ese?»—y tan luégo como notaba que había algo dudoso ú oscuro en la historia de aquel personaje, dedicábame á aclararlo por mí mismo.

»Así las cosas, oí hablar del misterioso *Fabian Conde* y de todas las extravagantes genealogías que le inventaban.—Procuré ver á usted, lo ví en el Prado, y lo hallé bastante parecido al difunto Conde de la Umbria.—«¡Él es!»... (me dije sin vacilar.)—Entonces apelé á mi memoria, y ésta me recordó que el hijo del general Fernandez de Lara, si bien se llamaba Antonio Luis, cumplía años el día de San *Fabian* y San Sebastian, y que el segundo apellido de la señora condesa era «*Conde*.»—Pero no bastaba esto, y púseme á investigar cómo y cuándo apareció usted en Madrid.—Pronto supe que fué á la edad de catorce años y en cierto colegio de la calle de Fuencarral.—Fui al colegio, y allí averigüé que Fabian Conde ingresó en él como sobrino y pupilo de un Cura de aldea.—Encaminéme á esta aldea.—El Cura había muerto; pero todo el mundo me dió razón detallada de la niñez de Fabian Conde, pasada en una casa de campo, á solas con su madre, virtuosísima señora que murió allí, de quien yo había oído hablar muchas veces.—Pedí entonces un certificado de su partida de sepelio, y en ella encontré el nombre de pila y el apellido paterno de la Condesa, seguidos de un gran borron, al parecer casual, que ni al nuevo Cura ni á mí nos permitió leer de quién era viuda aquella señora...—Pero ¿á qué

más? Yo no trataba de ganar un pleito, sino de convencerme de una cosa, y de esa cosa ya estaba convencido...—Fabian Conde... quiero decir, *usted*, era *hijo* del Conde de la Umbría...

»Le repito á usted que guarde ese revólver... ¡Mire usted que, si no, va á quedarse sin saber lo que más le interesa!

—¡Dígamelo usted pronto!—respondí, volviendo á apuntarle con el arma.

—¡Qué necedad! (continuó el desconocido, sin alterarse ni poco ni mucho.)—Pues bien: lo que tengo que añadir para que ese majadero revólver se caiga al suelo lleno de remordimientos y vergüenza, es que el nombre del Conde de la Umbría puede pronunciarse con la frente muy alta á la faz del universo, y que usted será el primero en proclamar mañana que es el suyo. ¡No á otra cosa he venido de América en busca de usted!

Excuso decir el estupor y el asombro con que oí estas últimas palabras. Aquel hombre, de aspecto tan odioso, me pareció de pronto un ángel del cielo.

—¿Quién es usted? ¿Qué está diciendo? ¡Explíquese por favor! ¡Tenga piedad de un desgraciado!

Así gemí, sin poder sofocar mi emoción, y caí medio desmayado en los brazos del forastero, que se levantaba para auxiliarme.

Colocóme éste en otra butaca, y luégo que me hube serenado, prosiguió:

—Suspenda usted su juicio acerca de mi persona. No me dé gracias ni me cobre cariño. Yo no soy acreedor sino al odio de usted, ó á su desprecio.—Además, el bien que le hago á usted hoy no es desinteresado... ¡Ay! ¡Ojalá lo fuese! Acabo de com-

prender que debe de ser muy dulce contribuir á la felicidad de álguien...—Pero yo no nací para practicar esta virtud ni ninguna otra... ¡Cada hombre tiene su sino!...—En fin, entremos en materia, y dígame usted sin rechistar; que la historia nos interesa mucho á los dos.

IV.

SEGUNDA VERSION DE LA HISTORIA DEL CONDE DE LA UMBRÍA.

«El conde de la Umbría, descendiente de una de las más antiguas casas de Valladolid, poseedor de grandes riquezas, General á los treinta años, casado con una dignísima señora, y hombre de gallarda figura, que me parece estar mirando, y de un valor y unos puños sólo comparables á la firmeza de su carácter y á su entusiasmo por la causa liberal, no tenía más que un flaco, que pocos grandes hombres han dejado de tener...; y este flaco eran las mujeres.

»Durante su mando en la provincia de que era Comandante General, enamoróse perdidamente de la esposa del Gobernador civil (ó Jefe Político, como se decía entónces), hermosísima señora, que no tardó en corresponderle con vida y alma, sin que el Jefe Político, que era muy celoso, pareciese abrigar la menor sospecha.—Llamábase éste don Felipe Nuñez, y su mujer doña Beatriz de Haro.

»Invadió por entónces aquella provincia un verdadero ejército de facciosos, y su padre de usted, que disponía de muy escasas tropas, tuvo que batirse á la defensiva, con gran heroísmo por cierto.

hasta que vióse obligado á encerrarse en la Capital, que por fortuna era Plaza fuerte, bien que no de primer orden ni mucho ménos.—Una gran tapia aspillera rodeaba la poblacion, defendida principalmente por un Castillo ó ciudadela en bastante buen estado, de que no era fácil apoderarse sin ponerle sitio en toda regla.

»Contentáronse, pues, los carlistas por de pronto con bloquear estrechamente la Plaza, esperando refuerzos para combatirla, y su padre de usted ordenó desde luego que se trasladasen al Castillo todos los fondos públicos y todas las oficinas, disponiendo que las Autoridades pasasen allí la noche, á fin, dijo, de poder celebrar consejo con ellas en el caso de que la Ciudad fuese atacada repentinamente.

»Pero el verdadero objeto del enamorado General al dictar esta última orden, fué apartar al Jefe Político de su casa, y facilitarse él los medios de pasar libremente las noches al lado de la hermosa y rendida doña Beatriz. Para ello, así que todo el mundo se acostaba en el Castillo, salía de él nuestro Conde por una poterna que daba al campo; caminaba pegado á las tapias que rodeaban la Ciudad; llegaba á una puertecilla de hierro perteneciente á la huerta del Gobierno civil (fortísimo edificio que había sido convento de frailes), y allí se encontraba con la persona que servía de intermediaria y confidente en aquellos amores.

»Esta persona era un tal Gutierrez, inspector de policía y hombre de entera confianza para el Jefe político; pero más aficionado á su padre de usted y á su noble querida, de quienes recibía grandes re-

galos, que al ruin y engañado esposo...; pues á éste no lo queria nádie, por lo cruel y soberbio que era, soberbia y crueldad que iban unidas á una cobardía absoluta y á un espíritu artero, falaz é intrigante, basado en la envidia y en la impotencia.—Su mujer lo despreciaba. Gutierrez lo aborrecía. El General se reía de él á todas horas.

»Muchas noches iban ya del indicado manejo. Gutierrez, encargado por el Jefe Político de la custodia de su mujer y de su casa, abria la puertecilla de hierro al General, y lo conducia á las habitaciones de doña Beatriz, á escondidas de toda la servidumbre, y, ántes del amanecer, lo acompañaba de nuevo hasta dejarlo fuera de la huerta.

»Así las cosas, llamó un dia el Jefe Político á Gutierrez; encerróse con él, y le dijo:

—«Lo sé todo. Yo mismo he seguido al General una noche de luna y lo he visto penetrar por la puerta que usted le abría...—Creo que usted y yo nos conocemos lo bastante para no necesitar hablar mucho. Usted calculará lo que yo soy capaz de hacer, y lo que le espera á usted sin remedio humano, si se aparta un punto de mis instrucciones, y yo sé por mi parte todos los prodigios que usted llevará á cabo para librarse de la ruina, del presidio, y hasta de la muerte, y ganarse además en pocas horas la cantidad de veinticinco mil duros...—Así, pues, me dejo de rodeos, y voy directamente al negocio.—El ejército carlista se halla acampado á ménos de una hora de esta plaza. Esta noche, en seguida que oscurezca, y despues de decir al General que mi mujer lo aguarda indefectiblemente á la hora de costumbre, montará usted á

»caballo é irá á avistarse con el Cabecilla***. Le
»dirá usted de parte del general Fernandez de Lara,
»Conde de la Umbría, que la proposicion que re-
»chazó éste la semana pasada, de entregar el Cas-
»tillo por medio millon de reales, le parece ya ad-
»misible, no precisamente por codicia de la suma,
»sino porque el Conde está disgustado del Gobierno
»de Madrid, y siente además que las ideas de sus
»antepasados, favorables al régimen absoluto, prin-
»cipian á germinar en su alma. Hecho el trato, ma-
»nifestará usted al Cabecilla que el General saldrá
»de la Fortaleza esta misma noche á las doce, lle-
»vando consigo la llave de la poterna.—Los demas
»articulos del convenio los dejo á su sagacidad de
»usted, que sabrá componérselas de modo que no
»se le escapen los 25.000 duros..., con los cuales
»se irá usted adonde yo nunca más lo vea, ni pue-
»dan alcanzarle las garras de la justicia...—¿Esta-
»mos conformes?»

«Gutierrez, que, durante aquel discurso, había pesado el pró y el contra de todo; Gutierrez, que comprendió que, si se negaba á aquella infamia, el Jefe Político sería tan feroz é implacable con él, como disimulado y cobarde seguiría siendo con el intrépido General, á quien nunca se atrevería á pedir cuentas de su honra; el pobre Gutierrez, que, por un lado se veía perdido miserablemente, y por otro podía ganarse medio millon, á costa de mayores ó menores riesgos...; Gutierrez, digo, aceptó lo que se le proponía...

»¿A qué afligir á usted especificándole los repug-
nantes preparativos de lo que ocurrió aquella no-
che?—Baste decir que, cuando el Conde de la Um-

bria se encaminaba, á eso de la una, enteramente solo, á la puertecilla de hierro de la Jefatura, llevando en el bolsillo la llave de la poterna por donde había salido del Fuerte, no reparó en que dos hombres lo observaban á la luz de la luna, escondidos entre las yerbas del foso, ni ménos descubrió que, á doscientos pasos de allí, había otros tres hombres montados á caballo y ocultos entre los árboles; ni notó, por último, que, algo más léjos, en la depression que formaba el lecho del rio, estaban tendidos en el suelo ochocientos facciosos, cuyas blancas boinas y relucientes fusiles parecían vagas refulgencias del astro de la noche.

»Los dos emboscados de á pié eran dos oficiales carlistas que conocían mucho al General.

»Los tres del arbolado eran: Gutierrez (que tenia ya los veinticinco mil duros en un maletin sujeto á la montura de su caballo) y dos coroneles facciosos que, pistola en mano, custodiaban al polizonte, esperando, para dejarlo huir en libertad con el dinero, á que cierta señal convenida les dijese que los dos oficiales habían reconocido al general Fernandez de Lara...

»Sonó al fin en el foso un canto de codorniz, perfectamente imitado con un *reclamo* de caza; y luégo otro, y despues un tercero, cada uno de ellos de siete golpes...

—»Nuestros amigos nos dan cuenta de que el Conde de la Umbria ha cumplido su palabra y se halla fuera del Castillo... (dijeron entónces á Gutierrez sus guardianes, desmontando las pistolas.) Puede usted marcharse cuando guste.

»Gutierrez no aguardó á que le repitieran la indi-

cacion; metió espuelas á su caballo, y desapareció á todo escape, dirigiéndose á una intrincada sierra que distaba de allí muy poco.

»Entre tanto los dos coroneles por un lado y los dos oficiales por otro avanzaban hácia la puertecilla de hierro de la Jefatura Política, sitio en que Gutierrez les había dicho que los aguardaría el General...

»Este, á juzgar por su actitud, no había sospechado nada al oír el canto de la codorniz, ni divisado todavía bulto alguno; pero, al llegar á la puertecilla que daba paso al eden de sus amores y no encontrarla abierta ni á Gutierrez esperándolo segun costumbre, comprendió sin duda que sucedía algo grave...; recelo que debió de subir de punto al oír no muy léjos pisadas de caballos...

»Ello es que los oficiales carlistas dicen (me lo han dicho á mi) que entónces lo vieron desembosarse pausadamente, terciarse la capa, coger con la mano izquierda la espada desnuda que hasta aquel momento había llevado debajo del brazo, y empuñar con la derecha una pistola...; pues es de advertir que su padre de usted, aunque se vestía de paisano para aquellas escapatorias, iba siempre muy prevenido de armas, á fin de defender, no tanto su persona, cuanto la llave de la poterna, caso de algun tropiezo en tan solitarios parajes.

»Dispuesto así á la lucha, trató de desandar lo andado y volverse al Castillo; pero no había dado veinte pasos en aquella direccion (y pasaba precisamente por debajo de unos altos balcones de la Jefatura política que miraban al campo), cuando los dos coroneles y los dos oficiales carlistas, aquellos

á caballo y éstos á pié, avanzaron descubiertamente á su encuentro, haciéndole señas con pañuelos blancos, y diciéndole con voz baja y cautelosa:

—«¡Eh, General... General! ¡Que estamos aqui!

»La contestacion del General fueron dos pistoletazos, que derribaron por tierra á ambos coroneles.

—»¡Traicion!—gritaron á una voz los cuatro facciosos.

—»¡Traicion, traicion! ¡Atrancad la poterna!—gritó por su parte el conde de la Umbría, arremetiendo espada en mano contra los dos oficiales.

»De los dos coroneles, el uno estaba ya muerto y el otro luchaba con la agonía.

—»¡Traicion, traicion!—apellidaban ya entre tanto mil y mil voces dentro del Castillo y de la Ciudad.

—»¡Traicion!—repetía al mismo tiempo en el campo un inmenso vocerío.

—»¡Atrancad la poterna!—seguía clamando el conde de la Umbría con estentóreo acento.

—»¡Viva Isabel II! ¡Viva María Cristina!—se gritaba en las murallas.

—»¡Adelante! ¡fuego! ¡Viva Carlos V!—respondían los facciosos, avanzando hácia el Castillo.

—»General: entregue usted la llave, y nosotros lo pondremos en salvo (decían en aquel instante los dos oficiales carlistas á su padre de usted, apuntándole con las pistolas, al par que retrocedían ante su terrible espada). Nosotros no queremos matarlo á usted... Hemos servido á sus órdenes... ¡Entregue usted la llave!... ¡Somos los encargados de recogerla!...

—»¡Tirad, cobardes! (les respondía el Conde, persiguiendo ora al uno, ora al otro, y sin poder

alcanzar á ninguno.) ¡Esta llave no se apartará de mi pecho sino con la vida!

—»¡Luego es usted dos veces traidor, señor Conde! (replicó un oficial.) ¡Traidor á los suyos y á los nuestros! ¡Conque es decir que no nos ha hecho usted fuego por equivocacion!...

—»¡Yo no soy traidor á nadie! (respondió su padre de usted.) ¡Los traidores sois vosotros! ¡Desnudad las espadas, y venid entrambos contra mí!

—»¡Pues muera usted!—repuso uno de los oficiales, disparándole dos tiros á un mismo tiempo.

»El General cayó de rodillas; pero sin soltar la espada.

—»¡Ríndase usted! (le dijo el otro oficial.) ¡Usted explicará su conducta, y nuestro rey lo indultará!

—»¡Acaba de matarme, perro, ó acércate á mí con la espada en la mano!—respondió el Conde, poniéndose de pié, mediante un esfuerzo prodigioso.

—»¡Ah! ¡no lo mateis!...—cuentan los oficiales que gritó en esto una voz de mujer, allá en los altos balcones de la Jefatura.

»Pero tambien dicen que, aunque alzaron la vista, no descubrieron á nadie en aquellos balcones.—La que quiera que hubiese gritado, había huido...

—»¡Batíos, cobardes!—proseguía el General, conociendo que se le acababa el aliento.

—»¡Toma... ya que te empeñas en morir!—dijo el segundo oficial.

»Y disparó á tres pasos sobre el conde de la Umbría, hiriéndole en mitad del corazon.

—»¡Así!—dijo su padre de usted.

»Y cayó muerto.

»Los dos oficiales registraron en seguida el cadáver; apoderáronse de la llave de la poterna, y corrieron á incorporarse á su gente, exclamando:

—»¡Adelante, hijos! ¡Aquí está la llave! ¡El Castillo es nuestro!

»Pero el infame Jefe Político no se dormía entre tanto, sino que ya ponía por obra la indigna farsa que le valió el título de Marqués de la Fidelidad.

»Sólo con atrancar sólidamente la poterna, como mandó atrancarla desde luégo, el Castillo era inexpugnable... á lo ménos para 800 hombres de infantería... Por consiguiente,* toda la defensa que dirigió aquella noche, y que tanto elogiaron algunas personas pagadas por él, redújose á estarse metido en una torre, miéntras que las tropas disparaban algunos tiros á los carlistas que se acercaban á la poterna.

»No tardaron éstos en conocer que aquel portillo estaba atrancado y más defendido que ningun otro, por lo mismo que ellos poseían su llave, y, despues de perder algunos hombres en infructuosas tentativas, retiráronse á su campamento, llevando como único trofeo el cadáver del General, que tan caro les había costado...

»En cambio, el Jefe Político había tenido suerte en todo.—Doña Beatriz, enterada (por una frase que Gutierrez pudo decirle ántes de marchar) de que su marido estaba en el secreto de cuanto había pasado entre el General y ella, y sabedora además de que su idolatrado amante había perdido vida y honra por su causa, suicidóse aquella misma noche, durante el tiroteo entre liberales y carlistas, disparándose un pistoletazo sobre el corazon...

»Así lo referían á la mañana siguiente dos criados, que acudieron al tiro y vieron el arma, humeante todavía, en manos de la desgraciada... Pero, después, el Jefe Político lo arregló todo de forma que resultase que una bala carlista lo había dejado viudo; con lo cual echó un nuevo velo sobre las para él deshonrosas causas de aquel suicidio, y se captó más y más la generosa compasión y productiva gratitud de sus conciudadanos, representados por el Gobierno y por las Córtes...

»No quedaron ménos desfigurados los demas trágicos sucesos de aquella noche.—De las versiones contradictorias que corrieron en el campo carlista y de las especies que cundió mañosamente el Jefe Político, formóse una *historia oficial*, reducida á que el conde de la Umbría vendió efectivamente la Plaza y tomó el dinero, y á que los carlistas, creyéndose engañados al ver que se defendía la guarnición, dieron muerte al General y á Gutierrez, y recobraron los veinticinco mil duros.

»Negaban los facciosos este último extremo; pero, como los dos coroneles murieron, el uno en el acto, y el otro á las pocas horas, sin poder articular palabra, no pudo averiguarse nada sobre Gutierrez.

»En cuanto á los dos oficiales, avergonzados del pavor que les causó hasta el último instante el intrépido conde de la Umbría, guardáronse muy bien de contar las nobles y animosas palabras que le oyeron, y que tal vez hubieran evitado la nota de infamia que manchó su sepulcro...

»Finalmente, Gutierrez desapareció de España, sin que se haya vuelto á saber de él, y por lo tanto

no ha habido manera hasta ahora de contradecir lo que los periódicos, el Gobierno, las Cortes y todo el mundo dijeron en desdoro de su padre de usted y en honra y gloria del Jefe Político,—el cual es hoy Marqués, Grande de España, Senador del Reino, candidato al Ministerio de Hacienda y uno de los hombres más ricos de Madrid...;—esto último, por haberse casado en segundas nupcias con una vieja que le llevó muchos millones y que lo dejó por heredero...

»Conque ya sabe usted la historia de la muerte del conde de la Umbria.—¡Figúrese usted ahora el partido que podemos sacar de ella!»

V.

TERCERA VERSION.—PROYECTO DE CONTRATO.

EL PADRE MANRIQUE ENCIENDE LA LUZ.

Terminado que hubo de hablar el desconocido (continuó Fabian), salí yo de la especie de inanición y somnolencia en que me habían sumergido tan espantosas revelaciones...—Más de una vez, durante aquel relato, habíame arrancado dulcísimas lágrimas la trágica figura de mi padre, que por primera vez aparecía ante mis ojos despojada de su hopa de ignominia... y digna de mi piedad filial y de mi respeto... Otras veces había llorado de ira y ardido en sed de venganza al considerarla infame conducta del llamado Marqués de la Fidelidad. Otras había temblado al ver morir á doña Beatriz de Haro y á los dos coroneles por culpa de aquellos terribles amores que me recordaban juntamente la des-

graciada estrella de mi adorada madre...—Y, como resumen de tan profundas emociones, experimentaba una feroz alegría que encerraba mucho de egoísmo... ¡Ya podía ser soberbio! ¡Ya podía levantar la frente al par de todos los nacidos! ¡Ya tenía nombre; ya tenía honra; ya tenía padre! ¿Qué me importaba todo lo demás?

Sin embargo, pronto se despertaron nuevas inquietudes en mi espíritu.—¿Quién era aquel hombre? ¿Quién me respondía de que su relato fuese verdad? Y, aunque lo fuera, ¿cómo probarlo á los ojos del mundo? ¿Cómo separar la historia militar y política de mi padre, tan pura y tan luciente, de aquel oscuro drama que había costado la vida á doña Beatriz? ¿Cómo justificar al conde de la Umbría en lo tocante á la patria, sin denunciarlo en lo tocante á la familia, sin revelar aquel doble adulterio que no dejaría de hacerlo odioso al público y á sus jueces, y sin deshonar las cenizas de la triste mujer que se suicidó por su causa?...

El desconocido, adivinando mis reflexiones, las interrumpió con este desenfadado epílogo:

—No cavile usted más.—Todo lo tengo arreglado convenientemente, en la prevision de los nobles escrúpulos con que lucha usted en este momento.—Yo soy un hombre práctico.—Su padre de usted será rehabilitado, sin que salga á relucir la verdadera causa de su muerte...

—Pues entonces, ¿cómo...

—Verá usted.—Los dos oficiales carlistas que lo mataron para quitarle la llave, entraron luego en el Convenio de Vergara; son hoy brigadieres, y viven en Madrid...

—¡Yo los mataré á ellos! (exclamé.) Dígame usted sus nombres...

—Se los diré á usted, pero será para que les dé las gracias. Aquellos bravos militares, que no hicieron más que cumplir con su deber, están dispuestos á declarar la verdad...; esto es: que mientras se batían con el general Fernandez de Lara, lo oyeron gritar muchas veces: «¡Traicion! ¡A las armas! ¡Atrancad la poterna! ¡Viva Isabel III!»—Cuento, además, con algunos sujetos que eran entónces soldados de la Reina, y con otros que eran facciosos, todos los cuales tomaron parte en aquel tiroteo, y declararán al tenor de lo que yo les diga...—¡Con dinero se arregla todo!—Por último, el mismo Gutierrez atestiguará...

—¡Gutierrez! (prorumpí, herido de una repentina sospecha.) ¡Conque Gutierrez vive!...—Entónces ya sé quién es usted... ¡Usted es Gutierrez!

Y contemplé á aquel hombre con el horror que podrá usted imaginarse.

El desconocido me miró tristemente; sacó unos papeles del bolsillo, y prosiguió de esta manera:

—Aquí tiene usted una partida de sepelio, de la cual resulta que Gutierrez falleció hace un año en Buenos-Aires.—Y aquí traigo además una carta suya, escrita la vispera de su muerte, y dirigida al hijo del conde de la Umbría, en la que se acusa de haber sido el *único* causante del triste fin é innerecido deshonor póstumo de tan digno soldado.—Esta carta, dictada por los remordimientos, será la piedra fundamental de la informacion que abrirá el Senado.—Gutierrez oculta en ella todo lo concerniente al Jefe Político y á su esposa, á fin de que la

defensa del *General* no vaya acompañada de escandalosas revelaciones que le enajenen al *hombre* las simpatías del público y de la Cámara. Así es que se limita á decir que, sabedor, como Jefe de policía, de que el General salía del Castillo algunas noches por la poterna, disfrazado y sólo, á ver si en la Ciudad se fraguaba alguna traicion (pues no se fiaba de nadie), y á observar si el enemigo intentaba alguna sorpresa, excogitó aquella diabólica trama para estafar, como estafó, á los carlistas en la cantidad de 25.000 duros: añade que vió á su padre de usted morir como un héroe; indica los testigos que pueden declararlo todo, y concluye pidiéndole á usted perdón... á fin de que Dios pueda perdonarlo á él!—Por cierto que lloraba al escribir estas últimas frases...

—Yo lo perdono... (respondí solemnemente.) Yo lo perdono... y le agradezco el bien que me hace ahora... Además, él no procedió contra mi padre por odio ni con libertad de acción.—Lo que hizo... lo hizo por salvarse á sí propio y por codicia de una gran suma de dinero... ¡Perdonado está aquel miserable!

El desconocido se puso, no digo pálido, sino de color de tierra, en tanto que yo pronunciaba estas palabras..., hasta que, por último, cayó de rodillas ante mí y murmuró con sordo acento:

—¡Gracias, señor conde!... ¡Gracias!—Yo soy Gutierrez.

Renuncio á describirle á usted la escena que se siguió. Más de una hora pasé sin poder avenirme á hablar ni á mirar á aquel hombre, que se arrastraba á mis piés justificándose á su manera, recordándome que ya lo había perdonado, y ofreciéndome re-

habilitar á mi padre en el término de ocho dias...

Esta última idea acabó por sobreponerse en mí á todas las demas, y entónces... ¡sólo entónces! le dije á Gutierrez sin mirarlo:

—Por veinticinco mil duros causó usted la muerte y la deshonra de mi padre. ¿Cuánto dinero me pide usted por su rehabilitacion?

—A usted ninguno, señor conde, si no quiere dármele (respondió Gutierrez, levantándose, y poniéndose detras de mi butaca para librarme de su presencia). Soy pobre... He perdido al juego aquella cantidad... Tengo familia en América...; pero á usted no le intereso nada (sino aquello que sea su voluntad) por devolverle, como le voy á devolver, el título de conde y la secuestrada hacienda de su señor padre...—caudal que, dicho sea entre nosotros, asciende á más de ocho millones...

—Pues, ¿quién podrá pagarle á usted estos nuevos oficios, caso que yo me resista á pagarlos?...

—En primer lugar, usted no se resistirá de manera alguna, cuando sea poseedor, gracias á mí, de un caudal tan enorme...—¡Yo lo conozco á usted... y para ello no hay más que mirarlo á la cara!—En segundo lugar, yo me daria siempre por muy recompensado con su perdon de usted y con verme libre de unos remordimientos que... la verdad... me molestan mucho desde que me casé y tuve hijos...—¿Usted se asombra?—¡Ah! señor conde: yo no soy bueno... pero tampoco soy una fiera... ¡y bien sabe Dios que siempre tuve aficion á su padre de usted y á doña Beatriz!—Por último, á falta de otra recompensa... (vea usted si soy franco), cuento

ya con hacerle pagar cara mi vuelta á Europa al verdadero infame... al verdadero Judas...

—¿A quién?

—¡Al autor de todo!... ¡Al marqués de la Fidelidad!—¡Quince mil duros le va á costar mi reaparicion!

—¡Eso no lo espere usted! Al marqués de la Fidelidad lo habré yo matado mañana á estas horas.

—Confio en que el señor Conde no hará tampoco semejante locura (replicó Gutierrez); pues equivaldria á imposibilitar la rehabilitacion del general Fernandez de Lara. Sólo el ilustre Senador, marqués de la Fidelidad, puede conseguirla; sólo él tiene la autoridad y la influencia necesarias para que las Córtes deroguen las leyes y decretos que se fulminaron contra el supuesto reo de alta traicion...

—Pero es que el marqués de la Fidelidad (añadí yo) no se prestará á defender á mi padre!... ¡al amante de su esposa!...

—¡Precisamente porque su padre de usted fué amante de su esposa, se prestará á defenderlo, ó, más bien dicho, está ya decidido á realizarlo...

—No veo la razon...

—Nada más sencillo. Antes de venir acá, he tenido con él varias entrevistas, y habládole... como yo sé hablar con los malhechores.—Resultado: el marqués se compromete á declarar en favor del conde de la Umbria; á decir en pleno Senado que, en efecto, aquella noche creyó reconocer su voz que gritaba:—*¡Traicion!... ¡atrancad la poterna!*; á interponer su valimiento con el ministerio actual para ganar la votacion, y á darme además á mí quince mil duros,—todo ello con tal de que yo no

publique, como lo haría en otro caso, aún á costa de mi sangre, su propia ignominia; esto es, los amores de su difunta mujer con el General Fernandez de Lara; la insigne cobardía con que rehuyó pedirle á éste cuenta de su honra; la aleve misión que me confió de ir en busca de los carlistas; la ridícula farsa de la defensa del Castillo; la heroica muerte de su padre de usted, consecuencia de aquellas infamias; el suicidio de doña Beatriz de Haro, y en fin, tantas y tantas indignidades como dieron origen al irrisorio marquesado de la Fidelidad!—Tengo testigos de todo, principiando por aquellos criados que presenciaron la muerte de doña Beatriz...—¡Ya ve usted que no he perdido el tiempo durante los cuatro meses que llevo en España! — Además: hèle dicho al Marqués que el hijo del conde de la Umbría existe (bien que ocultándole que usted lo sea), y le he amenazado con que, si se niega á complacernos, tendrá que habérselas con una espada no ménos terrible que la de aquel ilustre prócer; ¡con la espada del heredero de su valor y de sus agravios!—No dude usted, pues, de que el antiguo Jefe Político dirá desde la tribuna todo lo que yo quiera..., tanto más, cuanto que él me conoce y sabe que no adelantaría nada con descubrir mi nombre y entregarme á la justicia.—Yo camino siempre sobre seguro.

—¡Está bien! ¡concluyamos! (exclamé por último con febril impaciencia, fatigado de la lógica, del estilo y de la compañía de aquel hombre siniestro, á quien me ligaba la desventura.) ¡Qué tengo yo que hacer?

—¡Usted? ¡Casi nada! (respondió Gutierrez alargándome un pliego por encima del respaldo de la

butaca.) Firmar esta peticion y remitirla al Senado.—El marqués de la Fidelidad la apoyará cuando se dé cuenta de ella. Abriráse una informacion parlamentaria: usted presentará entónces los documentos del *difunto Gutierrez* y los testigos que yo le iré indicando; y punto concluido.—Nuestro Marqués hará el resto.

—Pues deje usted ahí ese papel, y vuelva mañana...—repuse con mayor fatiga.

—Es decir, que... acepta usted?

—Le repito á usted que vuelva mañana... Necesito reflexionar... Estoy malo... Tengo fiebre... ¡Suplico á usted que se marche!

Así dije, y arrojé al suelo la llave del cuarto.

Gutierrez la recogió sin hablar palabra; abrió la puerta, y desapareció andando de puntillas.

Yo permanecí sumergido en la butaca hasta que las sombras de la noche me advirtieron que hacía seis horas que me hallaba allí solo, entregado, más bien que á reflexiones, á los delirios de la calentura...—Estaba realmente enfermo...

Y, sin embargo, ¿qué era aquel conflicto, comparado con la tribulacion que hoy me envuelve?—Entónces, bien que mal, orillé prontamente y sin grandes dificultades aquel primer abismo que se abrió ante mi conciencia... Pero, hoy, ¿cómo salir de la profunda sima en que he caído? ¿Cómo salvarme, si usted no me salva?

—No involucremos las cosas (prorumpió el Padre Manrique al llegar á este punto). Lo urgente ahora es saber cómo *orilló* su conciencia de usted

(lo de orillar me ha caído en gracia), el mencionado *primer abismo*.

No debió de comprender Fabian la intencion de aquellas palabras, pues que replicó sencillamente:

—No me negará usted que la proposicion de Gutierrez merecia pensarse, ni ménos le extrañará á usted el que me repugnase tratar con aquel hombre.—¡Ah! mi situacion era espantosa, difficilísima...

El Jesuita respondió:

—Espantosa... sigue siéndolo.—Dificil... no lo era de modo alguno.

—¿Qué quiere usted decir, padre mio?

—Más adelante me comprenderá usted...—Pero observo que se nos ha hecho de noche, y que estamos á oscuras...—Con licencia de usted, voy á encender una vela.—¡Ah! los dias son ahora muy cortos... Se parecen á la vida.—Mas hé aquí que ya tenemos luz...—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!

Fabian se llevó la mano á la frente al oir esta salutation; pero luégo la retiró ruborizado, como no atreviéndose á santiguarse...

El Padre Manrique, que lo miraba de soslayo, sonrióse con la más exquisita gracia, y le dijo, aparentando indiferencia:

—Puede usted continuar su historia, señor Conde.

Fabian se santiguó entónces aceleradamente, y en seguida saludó al anciano con una leve inclinacion de cabeza.

Reinó un majestuoso silencio.

—Muchas gracias (exclamó al cabo de él el Padre Manrique). Es usted muy fino... muy atento...

—¿Por qué lo dice usted?—tartamudeó el jóven.

—Por la cortesía y el respeto de que me ha dado muestras santiguándose *contra su voluntad*...—Ciertamente, yo habria preferido verle á usted saludar con el alma, en esta solemne hora, á Aquél que dió la luz al mundo y derramó su Sangre por nosotros... Pero, en fin, ¡algo es algo!

—¡Padre! (exclamó el Conde, poniéndose encarnado hasta los ojos é irguiéndose con arrogancia.) Al entrar aquí, le dije á usted ingénuamente...

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! (interrumpió el Jesuita.) No hablemos más de eso... No tiene usted que incomodarse... Mi ánimo no ha sido violentar su conciencia de usted...

—Yo amo y reverencio á Jesucristo... (continuó Fabian.) Pero sería hipócrita; sería un impostor si dijese...

—¡Nada! ¡Nada, jóven!... Como usted guste... (insistió el anciano, atajándole otra vez la palabra con expresivos ademanes.) Todavía no es tiempo de hablar de esas cosas...—Continúe usted...—Estábamos en el *primer abismo*.—Veamos cómo logró usted *orillarlo*.

Fabian bajó la cabeza humildemente, y, al cabo de un rato, prosiguió hablando así:

LIBRO III.

DIEGO Y LÁZARO.

I.

CADÁVERES HUMANOS.

--Aun á riesgo de que tache usted de incoherente mi narracion, necesito ahora retroceder algun tiempo en ella, á fin de dar á usted completa idea de dos singularísimas personas, con quienes consulté aquella noche el grave asunto que me había propuesto Gutierrez...

Y tomo desde tan léjos mi referencia á esas dos personas, porque precisamente son las que más figuran en mi vida; que no por afan pueril de sorprender y maravillar á usted con el relato de extraordinarias historias de misteriosos seres...—Semejante pasatiempo fuera indigno de usted y de mí, y más propio del folletin de un periódico que de esta especie de confesonario... De consiguiente; por dramáticos que le parezcan á usted los *hechos* que paso á referirle, no crea que reside en ellos el verdadero interes de la tragedia que aquí me trae...—Esta tragedia es de un orden íntimo, personal, subjetivo

(que se dice ahora), y los sucesos y los personajes que voy á presentar ante los ojos de usted, son como un andamio de que me valgo para levantar mi edificio, andamio que retiraré luégo, dejando sólo en pié el problema moral con que batalla mi conciencia...—Oigame usted, pues, sin impacientarse...

—Descuide usted (dijo el Padre Manrique). Ya hace rato que me figuro, sobre poco más ó ménos, adónde vamos á parar.—Cuénteme usted la historia de esas dos personas.—Nos sobra tiempo para todo.

El jóven vaciló un momento; púsose aún más sombrío de lo que ya estaba, y dijo melancólicamente:

—Diego y Lázaro...; los dos únicos amigos que he tenido en este mundo, y de los cuales ninguno me queda ya...; Diego y Lázaro...; nombres que no puedo pronunciar en esta celda, donde se da crédito á mis palabras, sin que mi corazon los acuse de ingratos y de injustos con mi cariño..., son las personas á que me refiero...—¡Ah, padre mio! ¡Mire usted estas lágrimas que asoman á mis ojos, y dígame si yo habré podido nunca ser desleal á esos dos hombres!

—¡Profundo abismo es la conciencia humana! (murmuró el Padre Manrique, asombrado ante aquel nuevo piélago de amargura que descubría en el alma de Fabian.)—¡Cuánta grandeza y cuánta miseria viven unidas en su corazon de usted! ¡Cuántas lágrimas le he visto ya derramar por fútiles motivos! ¡Y cuán insensible se muestra en las ocasiones que más debiera llorar!—Prosiga usted. Prosiga usted... y veamos quiénes eran esas dos hechuras de Dios, que tanto imperio ejercen en el espíritu descreído de que hizo usted alarde al entrar aquí.

Estas severas palabras calmaron nuevamente á Fabian.

—Tiene usted razon, padre mio (dijo con una sonrisa desdeñosa). ¡Doy todavía demasiada importancia á las criaturas!—Pero yo confio en que llegaré á curarme de esta debilidad... Cada frase de usted abre un nuevo horizonte á mi esperanza...—Por lo demas, no se trata aún del *actual estado* de mis relaciones con Diego y Lázaro: trátase de cuándo y dónde los conocí, de cómo eran entónces, de por qué les tomé cariño y de la memorable consulta que celebré con ellos la noche que se siguió á mi conferencia con Gutierrez.

—¡Exacto!—respondió el Padre Manrique, acomodándose en su silla.—Por cierto que tengo gana de llegar á esa consulta...

—Pues bien (continuó Fabian): Diego, Lázaro y yo nos habíamos conocido dos años ántes, y precisamente en un lugar muy lúgubre y melancólico...: en la *Sala de Diséccion* de la Facultad de Medicina de esta corte, ó sea entre los despedazados cadáveres que sirven de leccion práctica á los alumnos del antiguo Colegio de San Carlos.

Diego iba allí por razon de oficio; esto es, como médico: Lázaro, por amor á la *Fisiología humana* en sus relaciones con la *Psicología*, como muy dado que era al estudio de la vida, de las pasiones, del comercio del alma con el cuerpo y de todos los misterios de nuestra naturaleza; y yo á perfeccionarme en la *Anatomía de las formas*, en virtud de mi afición á la escultura.

Creo más: creo que los tres íbamos allí, principalmente, impulsados por una triste ley de nuestro carácter, ó sea por una desdicha que nos era comun, y que sirvió de base á la amistad que contrajimos muy en breve. Los tres carecíamos de familia y amigos; los tres estábamos en guerra con la sociedad; los tres éramos misántropos; y yo, que parecía acaso el ménos aburrido, pues solía ir á lo que se llama *el mundo* y andaba siempre envuelto en intrigas amorosas, pasábame, sin embargo, semanas enteras de soledad y melancolía, encerrado en mi casa, renegando de mi sér, y acariciando ideas de suicidio.—Lisonjeábanos, pues, sin duda, y servía como de pasto á la especie de ferocidad de nuestras almas, la compañía y contacto de los cadáveres; aquel filosófico exámen de la vida á traves del velo de la muerte; aquella contemplacion de la juventud, de la fuerza y de la hermosura trocadas en frialdad, inercia y pobredumbre; aquel áspero crujir de la carne de antiguos desgraciados, bajo el escalpelo con que Diego y Lázaro buscaban en unas entrañas yertas la raíz de nñestros propios dolores, y aquella rigidez de hielo que encontraba yo bajo mi mano al palpar las formas, ya insensibles y mudas, que poco ántes fueron tal vez codicia y galardón de embelesados adoradores...

—¿Y no pensaba usted más? (exclamó el Padre Manrique.) ¿Era eso todo lo que se le ocurría á un hombre como usted, en presencia de los inanimados restos de la hermosura terrena?

—Pues ¿qué más?

—¿Y usted me lo pregunta? ¿No conoce usted la historia de la conversion del duque de Gandía? ¿No ha oido usted hablar de San Francisco de Borja?

—Sí, señor. He leído que se le considera como el segundo fundador de...

—De la Compañía de Jesus... (agregó el Jesuita.) Es decir; de mi santa casa!—Pues bien, aquel hombre vió la inmortalidad y el cielo en los fétidos despojos de una mujer que fué comparada en vida con las Tres Gracias del paganismo...—*Hæc habet et superat...* decían de ella los poetas.

—Cuentan que el marqués de Lombay, quiero decir, San Francisco de Borja, estaba enamorado de la Emperatriz...—observó Fabian.

—Aunque así fuera... que no lo sé... eso mismo vendría en apoyo de mi interrupcion. Lo que yo he querido hacerle á usted notar es que aquel hombre, despues de haber sido *un gran pecador* (segun él mismo confiesa), llegó á ser un gran Santo... y todo por haber parado mientes una vez en la vanidad de los ídolos de la tierra!—Usted, en cambio, se alejaba más y más de Dios al reparar en los engaños de esta vida!.

Fabian tuvo clavados los ojos un instante en aquel atleta, tan débil y caduco de cuerpo, y luégo prosiguió:

—Andando el tiempo, mis ideas llegaron á ser ménos sombrías..., y, por lo que toca al período de que estoy hablando, yo creo que mi desesperada tristeza merecía alguna disculpa.—No tengo necesidad de explicarle á usted su verdadera causa... ¡Demasiado comprenderá usted con su inmenso talento y suma indulgencia, que la historia de mi pa-

dre, escondida en mi corazón años y años, era como acerba levadura que agriaba todos mis placeres!—;Yo no podía mirar dentro de mí sin someter á horribles torturas la soberbia y el orgullo que constituyen el fondo de mi carácter! ;Yo sabía quién era! ;Yo me repetía á todas horas mi execrado nombre!

—;Jóven! (exclamó el Padre Manrique, sin poder contenerse.) ;Santos hay en el cielo que fueron hijos de facinerosos!—Pero tiempo tendremos de hablar de estas cosas y de otras... (añadió en seguida).—Disimúleme tantas interrupciones, y discurra como si estuviera solo...

—Así lo haré, padre mio (respondió Fabian); pues las advertencias de usted empiezan á mostrarme el mundo y mi propia vida de un modo tan nuevo y tan extraño, que temo acabar por no conocerme á mí mismo, ni saber cómo explicar lo que me sucede.

El Jesuita se sonrió, y guardó silencio.

El jóven vaciló otra vez; pero luégo continuó en esta forma:

II.

RETRATO DE DIEGO.

—Diego era más infortunado que yo...—Si yo detestaba entónces mi nombre, él ignoraba completamente el suyo.—Diego era expósito..., circunstancia que no supe hasta algunos meses después, que me la reveló él mismo.—Pero, cuando lo conocí, díjome que había nacido en la provin-

cia de Santander, y que su apellido era también *Diego*.—«¡Capricho de mis padres! (solía exclamar naturalísimamente.) Pusiéronme *Diego* en la pila para que me llamase *Diego Diego*!»—Y el desgraciado se reía!!

Pero aquí debo hacerle á usted otra advertencia, á fin de ahorrarle cavilaciones inútiles.—No imagine usted ni por un instante que esto de ser *Diego expósito* haya de tener luégo relacion alguna material ó dramática con la historia que refiero, dando lugar á reconocimientos, complicaciones y peripecias teatrales... No: no se distraiga usted pensando en si el infeliz resultará al cabo pariente mío ó de cualquiera otro de los personajes que ya le he dado á conocer á usted ó que conocerá más adelante... ¡Ay! mi pobre amigo ha sido siempre, y es, y morirá siendo sin duda alguna, un *expósito en prosa*, quiero decir, un expósito sin esperanza ni posibilidad de llegar á conocer el nombre de sus padres...; y si yo he traído á cuento su triste condition, sólo ha sido como dato moral necesario para la mejor inteligencia de su carácter y de sus acciones.

En cuanto á Lázaro... (repare usted en esta fatídica coincidencia de nuestras tres historias,) fuese cualquiera su propia alcurnia, conociésela ó no la conociera, ello es que nunca hablaba de sí, ni de su familia, ni de su pueblo natal, y que, cuando le preguntaban cómo se llamaba, siempre respondía con una sublime serenidad llena de misterio: «*Lázaro á secas*.»—Parecía él, por consiguiente, el verdadero expósito; pero (según verá usted más adelante), nosotros teníamos motivos para sospechar,

por el contrario, que sabía demasiado quién era, y que le asistían razones para no decirlo.

Volviendo á Diego, debo añadir que su tristeza y su esquivéz hacía el género humano procedían de otras causas á más de la ya referida. Según confesion propia, en su infancia había pasado hambres y desnudez, y, para seguir su carrera, había tenido que trabajar, primeramente en un oficio mecánico, y luego como enfermero de varios hospitales, ganando matriculas y grados por oposicion, á fuerza de incesantes estudios, y viéndose obligado algunas veces á sostener titánicas luchas contra las bastardas recomendaciones del valimiento, del poder ó de las riquezas.—De resultas de todos estos sinsabores, había contraído la terrible dolencia físico-moral que se llama *pasion de ánimo*, y padecía frecuentes ictericias que lo ponían á la muerte.—Cuando yo lo conocí, acababa de doctorarse en Medicina y Cirujía y ya contaba con alguna parroquia en las clases pobres. Sabía mucho, aunque tan sólo en su profesion, y seguía estudiando incesantemente...—«No me contento con ménos que con ser otro Orfila,»—solía decirnos como la cosa más natural del mundo.

Por lo demas, en aquel entónces era un hombre de veintisiete años, muy delgado, bastante alto, de músculos de acero, y cuyo color pajizo, tirando á verde, demostraba que bajo su piel fluía ménos sangre que bilis. Llevaba toda la barba, asaz espesa, bronca y oscura; era calvo, lo cual le favorecía, pues daba algun despejo á su nublado rostro; tenía grandes ojos garzos, llenos de lumbre, más que de luz; pobladas y ceñudas cejas, la risa tardía,

pero muy agraciada, y una dentadura fuerte y nítida que alegraba, por decirlo así, aquel macerado semblante. Dijérase que tan lóbrega fisonomía había sido creada ex-profeso para reflejar la felicidad; pero que el dolor la había encapotado de aciagas nubes.—¡Ay! Nada más simpático, en sus momentos de fugitivo alborozo y confianza, que mi amigo Diego... ¡Nada más huraño y feroz que su tristeza! ¡Nada más violento y extremado que su ira!

Completaré su retrato físico, diciéndole á usted que Diego no le debía ninguna elegancia ni á la naturaleza ni al arte. Tenía mal aire, grandes los piés, las manos y las orejas; ignoraba casi todas las reglas de la vida social, é iba vestido, si bien pulcramente, con poquisimo gusto, á fuerza de querer desmentir su pobreza.—Méenos dinero le hubiera costado vestirse como la generalidad de las personas decentes..., y al cabo lo enseñé á hacerlo así; pero, al darle aquellas lecciones, procuré que no cayese en la cuenta de que lo corregía en materia tan delicada... ¡Nunca me lo hubiera perdonado!—
—La idea de parecer ridiculo lo volvía loco.—No olvide usted esta circunstancia, padre mio.

Conque vamos á Lázaro.

III.

RETRATO DE LÁZARO.

El fué quien primero llamó mi atencion en el Colegio de San Carlos, no sólo por su notable hermosura y distinguidísimo porte, sino tambien por la profunda y general instruccion que revelaban (lo-

davía ignoro si adrede ó contra su voluntad) sus modestas y sóbrias observaciones.—Nádie nos presentó, ni yo sé cómo llegamos á cruzar las primeras palabras. Ello es que un dia (á propósito de una hermosa mano de mujer que vimos suelta y rodando por aquellos suelos) nos enredamos en conversacion..., y, cuando quisimos acordar, reparamos en que hacía más de tres horas que estábamos hablando como los mejores amigos del mundo.

Lázaro era entónce (y seguirá siendo, si vive,) uno de aquellos hombres que no se parecen á ningún otro, y que, vistos una vez, no pueden olvidarse nunca: figuras *sin plural*, que corresponden á un determinado sujeto, de modo tan peculiar y tan íntimo, que parece que le comunican el sér y la vida, léjos de recibirlos de la entidad que representan. La inmovilidad moral (he creído yo siempre); la fijeza de ideas, la pertinacia de propósitos, una virtud inexpugnable ó una perversidad incorregible deben de modelar estos tipos tan auténticos, con sustanciales del espíritu que los anima.

—¡Habló el escultor!—dijo el padre Manrique, saludando á Fabian con galanteria.

—Pues que no le desagradan á usted mis resabios de artista (contestó el jóven), detallaré la figura de Lázaro, con tanto más motivo, cuanto que de este modo comprenderá usted mucho mejor el que yo pasara largo tiempo sin saber si aquel hombre, con rostro de ángel, era un malvado muy hipócrita, ó un verdadero dechado de virtudes.

Tenia Lázaro, cuando yo le conocí, unos veintitres ó veinticuatro años; pero su aniñado rostro le hacía aparecer más jóven aún, miéntras que el se-

sereno abismo de sus ojos parecía ocultar otros diez ó doce años de meditaciones. Aquellos ojos eran azules como el cielo, tristes y afables como una paz costosa, y bellos... cuanto pueden serlo juveniles ojos en que no brillan nunca relámpagos de amor... —Lázaro era pequeño, fino, rubio, blanco, pálido, pero con esa palidez misteriosa que no procede de las dolencias del cuerpo, sino de los dolores del alma. Otra de las singularidades de aquel rostro consistía en su decidido carácter varonil, impropio de la suavidad de sus puras y correctas facciones. Así es que el tenue bozo dorado que sombreaba su boca y circundaba con leves rizos el óvalo de su cara, dábale tal vez un aire más enérgico y masculino, que á Diego sus broncas y espesas barbas oscuras. Es decir, que, si por acaso aquel jóven se parecía á un ángel, era á un ángel fuerte como el que acompañó á Tobías, ó á un ángel batallador como el que venció á Lucifer; ó al mismo Lucifer, tal como lo describe Milton.

Y ahora, humillando el estilo, concluiré diciéndole á usted que Lázaro era elegante sobre toda ponderacion, en medio de la mayor sencillez, como quien debe á la naturaleza una organizacion noble y exquisita, de la cual (para que nada me quede por decir) eran evidentes indicios sus diminutos piés é incomparables manos.

Por lo que respecta á la parte moral, la impresion que me dejó Lázaro, luégo que hubimos tenido nuestro primer coloquio (en que hablamos de todo lo del mundo, ménos de nosotros mismos), sólo puedo compararla á aquella especie de cansancio prévio que le produce al perezoso la idea del traba-

jo. Había tal orden en sus pensamientos, tal lógica en sus raciocinios, tal prontitud en su memoria, tanta precision y claridad en su lenguaje, tanto rigor en sus principios morales, y miraba de frente con una impavidez tan sencilla los deberes más penosos, que desde luégo comprendí que mi pobre alma no podría contribuir nunca con la suma de cualidades, ni mi vida con la cantidad de tiempo y de atenciones necesarias para costear un largo comercio con aquel intransigente predicador. Debo añadir que al mismo tiempo concebí por primera vez la sospecha de si Lázaro sería un solemne hipócrita, ó cuando ménos alguno de aquellos moralistas puramente especulativos y teóricos, que incurren luégo en las mismas debilidades de que acusan á los demás hombres.—Suspendí, sin embargo, mi juicio, y rendí homenaje, cuando ménos, al indisputable talento y vasta erudicion de Lázaro.

El Padre Manrique no cerraba ya los ojos, sino que los tenía clavados en Fabian con extraordinaria viveza.

Indudablemente, aquella lucidez psicológica y aquella sagacidad para el análisis, habían llamado mucho la atencion del Jesuita, haciéndole comprender que no tenía delante un calavera vulgar, afligido por desventuras materiales, sino la viva personificación de una gran tragedia íntima, espiritual, ascética en el fondo, aunque revestida de tan mundanas formas...

Fabian continuaba diciendo entre tanto:

IV.

DE CÓMO HAY TAMBIEN AMIGOS «ENCARNIZADOS».

—Al día siguiente de nuestro encuentro, Lázaro me presentó á Diego, á quien llevaba él algunos dias de tratar en aquel mismo sitio, y de cuyas grandes prendas de corazon, ya que no de inteligencia, hizo-me al oido grandes elogios, que resumió al fin en esta frase:—«Tiene (me dijo) el genio de la pasion »y la intuicion del sentimiento.—Cuando se irrita, »lo sabe todo.»

A pesar de estas recomendaciones, Diego no me gustó al principio bajo ningun aspecto, y él mismo solía mirarme con altivez y displicencia, comprendiendo sin duda que no me era agradable.—Pero Lázaro, tenaz siempre en sus propósitos, insistía en admirarlo y en celebrármelo, aplicándole para ello el microscopio de su minuciosa crítica, hasta que al fin logró inculcarme su opinion, imponerme su gusto y hacerme dar importancia á aquel semi-salvaje, que tan poco tenía de comun conmigo.

Diego agradeció profundamente mis primeras demostraciones de afecto y confianza. Una alegría, desusada en él, comenzó á reinar en nuestras relaciones. A propuesta suya, acordóse que los tres nos hablaríamos de tú, merced que nunca habíamos otorgado á ningun hombre. Llevóme á su pobre casa, donde vivía solo con una vieja, á quien daba el nombre de madre, y que me dijo había sido su nodriza. Contóme algunos dias despues, sin lágrimas, pero temblando, y como si cumpliese un penoso deber,

lo de que era expósito..., confidencia que sentí y que me dió miedo, pues parecióme que con ella me encadenaba para siempre á su trágica desesperacion, como las serpientes forman el grupo de Laoconte...—Finalmente, aquellos mismos dias, hizo-me otra confidencia (que por entónces juzgué de menor importancia, y que hoy es la verdadera serpiente que me ahoga...): díjome que conocía en Torrejon de Ardoz á una señorita, llamada Gregoria, que solía venir á Madrid algunas temporadas, con la cual presentía que llegaría á casarse; que no tenía noviazgo con ella; pero que ella adivinaba tambien que sería con el tiempo su esposa: que el no haberle dicho todavía nada consistía en que aún no la amaba lo bastante, si bien era persona que le convenía por varias razones; y, en suma, que cuando se decidiese á ello, principiaría por enseñármela para que yo le diese mi opinion, pues él quería que su mujer fuese del agrado de un hombre tan inteligente como yo en la materia...

¿A qué este afán de Diego por hacerme tan graves é innecesarias revelaciones?—A Lázaro no le había confiado, ni llegó á confiarle despues, aquellos secretos...—¿Por qué los depositaba en mí?—Sobre todo, el de su triste nacimiento, ¿á qué referírmelo tan espontáneamente? ¿Para obligarme á amar, á compadecer, á no abandonar nunca á quien me dispensaba aquella honra de poner su infortunio bajo la tutela de mi generosidad y de mi cariño? ¿Para librarse del temor de que yo descubriese un dia por mí mismo la verdad, y me alejase indignado del expósito que me había ocultado que lo era? ¿Para limpiarse de aquella fea nota, á los ojos de su con-

ciencia, por medio de la confesion, y poder ser en adelante (como lo fué) altanero, exigente y descontentadizo conmigo, en medio de la tierna amistad que me acreditaba?—;Misterio profundo, que usted me ayudará despues á descifrar!

Otras muchas cosas me dijo Diego en las primeras efusiones de nuestra confianza. Confesóme, entre ellas, que hacía ya algunos meses que oía hablar de mí, de mi arrogancia desdeñosa con los hombres más temidos y respetados, de mi fortuna con las mujeres, de mis triunfos como escultor, de mis ruidosos desafíos, en que siempre había sido triunfante, etc., etc.; que uno de los más vivos deseos de su vida, á pesar de su carácter misantrópico, había sido conocerme y tratarme, bien que sin esperar nunca conseguirlo, siendo él hombre tan oscuro; y, en fin que se alegró extraordinariamente de verme en el Colegio de San Carlos, y de que Lázaro me presentase á él..., por más que lo disimulara al principio.—Aplaudió incondicionalmente todo lo que sabía de mí y todo lo que le conté; y yo... ¡ay triste! halagado por aquellos aplausos, no dejé de contarle cosa alguna; no hubo honra de mujer débil ni ignominia de marido engañado que no entregase al ludibrio de su misantropia; no omití el nombre de mis víctimas ni las circunstancias más agravantes de mis abusos de confianza en el hogar ajeno..., y quedé, en consecuencia, ligado á aquel hombre por mis confidencias, como ya lo estaba por las suyas.

Lo único que no le revelé fué mi verdadero nombre, ó sea la bochornosa historia que mi pobre madre me contó al morir, y que yo seguía creyendo cierta...—Temía que Diego no fuese tan clemente

conmigo como yo lo había sido con él, y que me despreciara al enterarse de mi desventura...—Porque Diego era demasiado absorbente para ser equitativo.

A todo esto, él había excitado ya en repetidas ocasiones mi admiración, mi entusiasmo y mis más dulces sentimientos, justificando en gran parte la alta idea que Lázaro formó desde luego de su impetuoso corazón y sensibilidad extremada... No una, sino muchas veces, dió muestras delante de mí de un valor indomable, terciando quijotescamente en cuestiones callejeras que no le atañían, y poniéndose siempre de parte del débil contra el fuerte. contra la autoridad y contra el público, sin contar el número de los adversarios... Otras lo ví hacer limosnas muy superiores á sus medios, llorar ante las desgracias más comunes de la vida, servir de sosten al anciano, levantar al caído, salvar al que rodeaban las llamas, y dar albergue en su pobre domicilio á niños vagabundos, durante las crudas noches del invierno, repartirles su humilde cena... abrigarlos con su propia ropa...—Lo cual no quitaba que al otro día, si estaba de mal humor, buscase querella á cualquier buen hombre, sólo porque lo había mirado á la cara, ó que fuese cruel y sarcástico hasta la inhumanidad con el necio inofensivo, con la humilde fea, con el pobre, con el jorobado, con el pária...

Esta mezcla de cualidades y defectos, tanta pasión, tanta impresionabilidad, tanta energía y tanta flaqueza juntas, acabaron por dominarme completamente, y pronto conocí que Diego se había apoderado de mi sér; que gobernaba mi conciencia;

que superaba mi carácter; que me causaba terror y lástima; que lo respetaba; que le temía; que no podía vivir sin él de manera alguna, y que me sería preferible dar mil vidas á perder un ápice de su aprecio.

Él, por su parte, tenía hácia mí una idolatría anómala de que nunca habrá habido ejemplo; algo de afecto maternal, una especie de culto protector, no sé qué veneración sin vasallaje, que me halagaba y me humillaba á un tiempo mismo. Él me reñía, me acariciaba, me amenazaba, estaba orgulloso de mí, tenía celos de mi ausencia, hacíame referirle mis menores pensamientos, consideraba suyas mis empresas amorosas, gozaba con mis triunfos, aplaudía todas mis acciones, aún aquellas que en otros le parecían vituperables, y creo que hubiera muerto primero que conceder que yo era un simple mortal sujeto á error y susceptible de derrota.—En fin, para decirlo de una vez, ni él ni yo teníamos familia, ni amigos, ni verdaderas queridas, sino vulgares amoríos con pecadoras más ó menos encopetadas, y habíamos cifrado el uno en el otro, confusa y tumultuosamente, todas las fuerzas sin empleo de nuestros huérfanos corazones.—Así es que Lázaro, el frío y descorazonado Lázaro, hablando un día de la formidable amistad que había estallado entre Diego y yo, pronunció estas proféticas palabras:—*«Son dos incendios que se alimentan y devoran mutuamente.»*—¡Y así ha sido!... Diego causará mi muerte y yo la suya...—¡Pobre Diego! ¡Pobre de mí!

V.

ANGELUS DOMINI...

—Hábleme usted más de Lázaro (interrumpió el Padre Manrique). Necesito definírmelo mejor.—Y sobre todo, no olvide usted que tiene que relatar-me la consulta que celebró con él y con ese Diego acerca de la proposición de Gutierrez.

—A eso voy...—respondió Fabian.

Pero antes de que éste hubiera añadido frase alguna, oyóse á lo lejos el són discordante de varias campanas, que ni repicaban á vuelo, ni doblaban con tristeza, sino que parecía que se saludaban de torre á torre, que se daban una noticia, ó que se despedían del mundo hasta el día siguiente.

—La Oración... (murmuró el Padre Manrique.) Yo tengo que rezarla... Usted hará lo que guste.—*Angelus Domini nuntiavit Mariæ et concepit de Spiritu Sancto*. Dios te salve María..., etc..., etc.

Fabian contestó sin vacilar:

—«Santa María, Madre de Dios: ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén, Jesús.»

Después de las otras dos *Ave-Marias*, del *Gloria* y de la Bendición, el Jesuita añadió cariñosamente:

—Buenas noches, amigo mío.

—Buenas noches, mi querido Padre —respondió Fabian.

Mientras tanto, lejanos gritos y el rodar de algun

que otro coche comenzaron á turbar el absoluto silencio que habia reinado toda la tarde en una calle tan excéntrica...

—La marea principia á bajar...—pronunció el Padre Manrique.

—Sí (respondió el jóven): las máscaras regresan del Prado.

—Es decir que, por hoy (repuso el clérigo), terminó la alegría comun, y no le queda ya á cada uno más que su tristeza particular.—En cambio, usted me parece esta noche ménos desesperado que esta tarde...—¡Verdad es que, al llegar aquí, me exageró un poco su situacion!... Dijome no recuerdo qué espantos á propósito del estado de su alma, y acabo de ver que sabe usted rezar perfectamente...—Por cierto que no creo haya perdido usted nada con responder á mis tres *Ave-Marías*...

—Absolutamente nada...—contestó Fabian obsequiosamente...

—¡Es que tampoco podrá decirse que ha hecho usted un acto ocioso, indiferente ó ajeno á su conciencia! (continuó el Jesuita.) Por el contrario: ¡nada más natural sino que, amando y reverenciando á Jesucristo, Nuestro Señor, de la manera que me dijo usted ántes (¡y que demasiado comprendo!), se haya usted asociado á la salutacion que dirige á estas horas á su Santa Madre la Cristiandad agradecida!...

—¡Vamos á cuentas, padre mio! (exclamó entonces el Conde con afectuosa viveza.) Ahora soy yo el que provoca la cuestion... ¡Entendámonos ántes de continuar, y sepa yo de una vez con quién hablo!...

—Habla usted con un Sacerdote católico.

—Bien; pero usted no habrá leído solamente libros de Teología...

El Jesuita se sonrió con tal expresión de desdenosa lástima, que Fabian se apresuró á decir:

—Perdone usted si mis palabras...

—Usted es el que ha de perdonar. No me he arrepido de usted, sino de las obras que se figura usted que no he leído.—Hijo, la incredulidad es más antigua de lo que usted se figura... Cuando yo nací, la *Enciclopedia* había parido ya á la *Diosa Razon*, y la *Diosa Razon* había ya bailado, borracha y deshonesto, delante de la Guillotina.—Aunque tan viejo, me he criado en su siglo de usted, y, aunque humilde clérigo, de poquísimas luces, he leído los autores alemanes á que sin duda usted se refiere...

—Y, ¿qué me dice usted de ellos?

—Que me parecen mucho más sabios y elocuentes san Agustín y santo Tomás, al par que más amigos del hombre, como más penetrados del espíritu de Dios.

—Pero ¿usted habrá visto...

—No se moleste usted, señor Conde. ¡Supongo que su intención, al venir á mi celda, no habrá sido convertirme á la impiedad! Ahora: si lo que usted se propone es que yo lo convierta á la Fe, no espere que lo haga por medio de silogismos.—No es mi sistema.—Le dije á usted antes que yo no tengo formado muy alto concepto de la *razon humana*, sobre todo cuando se trata de comprender la *razon divina*. Para mí, en el alma del hombre hay muchas facultades que valen, y pueden, y saben, y profundizan más que la *razon pura*. Refiérome á esas misteriosas potencias que se llaman conciencia, senti-

miento, inspiracion, instinto...; á esos ensueños, á esas melancolías, á esas intuiciones, que son para mí como nostalgias del cielo, como presentimientos de otra vida, como querencias del alma, enamorada de su Dios.—Me dirá usted, si es que lo sabe, que la *razon humana* es, sin embargo, uno de los Lugares teológicos...; y á eso le responderé á usted que la mia, aún despues de *ilustrada* por las obras en cuestion, no me dicta nada que se oponga á los dogmas de la Iglesia, ni que contradiga las voces misteriosas con que mi espíritu me habla de su propia inmortalidad.—Pero repito que no tengo por costumbre entrar en discusiones escolásticas con los penitentes...—A Dios no hay que explicarlo y demostrarlo con argumentos, como un teorema matemático. A Dios se le ve en todas partes, y muy particularmente en el fondo de nuestra conciencia, cuando nuestra conciencia se halla limpia.—Siga usted desembarazando la suya del cieno de los pecados, y no tardaremos en encontrar los puros veneros de la Fe.—Conque pasemos á otra cosa, señor Conde... (pues de todo ha de haber un poco en esta nuestra primera entrevista.) Va usted á otorgarme la merced de acompañarme á tomar una jicara de chocolate...—Soy viejo... comí muy temprano... y es mi hora...—Aprueba usted el plan... ¿no es cierto?

Y hablando así, tiraba del cordon de una campanilla.

—Yo apruebo todo lo que usted disponga... Yo hago todo lo que usted quiera... (respondió Fabian con inmensa ternura.) ¡Ah! suponiendo que salga con vida de la presente crisis, y por muchos años que

dure mi existencia, nunca se borrará de mi memoria esta tarde de Carnaval que he pasado con usted.

—Yo pasaré ya pocas en el mundo (replicó el anciano); pero tampoco olvidaré jamás estos momentos en que Dios me permite ser el Ministro de su misericordia y devolver la salud á un alma enferma...

—¡Y también á un cuerpo enfermo, Padre! (respondió Fabian con alguna alegría.) Ya no tengo fiebre... y conozco que el chocolate va á saberme á néctar...

—¿Y por qué no á maná?

—¡Pues á maná! Por eso no hemos de reñir...— Lo cierto es que todavía no me he desayunado hoy, y que hace tres noches que no he dormido...

—¡Cuánta locura! (exclamó el sacerdote desde la puerta, dando sus órdenes á otro sirviente por el estilo del portero que ya conocemos.). ¡Cuánta locura! ¡y todo por nada... ó por poco menos que nada!

—¡Ah! no diga usted eso... (replicó Fabian.) Todavía no hemos llegado á la verdadera tragedia. Todavía no le he hablado á usted de Gabriela, del ángel de mi vida... Todavía no le he hablado á usted de la mujer de Diego, demonio encargado de castigarme!... ¡Todavía no tiene usted idea del tremendo conflicto en que se hallan mi honor y mi conciencia!

—Puede ser que me equivoque (respondió el Jesuita). Pero, en fin, tomemos el chocolate, y luego veremos cómo *orillar* lo que quiera que á usted le ocurra.—*Nihil clausum est Deo.*

.....

Terminada la colacion, que para Fabian fué casi una cena, pues el Padre Manrique le obligó á tomar algo más que chocolate, nuestro jóven obtuvo la vénia del eclesiástico y prosiguió su historia en estos términos:

VI.

LAS MALDADES DE LÁZARO

—Creo adivinar la razon por que me ha pedido usted que le hable más de Lázaro. Parecele á usted imposible que un hombre que tan lúcidamente discernia el bien y el mal, dejase de ser un Santo, y hasta imagino que ha sentido usted ya hácia él aquella simpatia que inspiraba al principio á todo el mundo y á que no fuimos ajenos Diego y yo durante algunos meses...—Pero oiga usted ¡y admírese del grado de hipocresía á que puede llegar un hombre!

Diego y yo, á pesar de lo muy consagrados que estábamos el uno al otro, veíamos frecuentemente á Lázaro, con quien habíamos intimado... todo lo que se podia intimar con él. Digo esto, porque era cada vez más misterioso, no hablaba nunca de sí, salia muy poco de su casa, y hasta creimos comprender que no le agradaba se le visitase en ella. Pero él nos buscaba á nosotros cada dos ó tres dias, yendo por la mañana al Colegio de San Carlos, ó por la tarde á mi *estudio* (donde Diego estaba casi siempre viéndome modelar el barro ó labrar la piedra de mis esculturas...), y nunca nos dedicaba ménos de un par de horas.

Lázaro era muy pregunton, y, desde que llegaba, poníase á examinarnos, como una especie de médico, de confesor ó de abuelo, acerca de todo lo que habíamos hecho, hablado y hasta pensado durante su ausencia. Parecía al pronto muy indulgente, y nos escuchaba sonriendo, y limpiando sus quevedos de oro (operacion á que se dedicaba con grande afan, siempre que se entablaba conversacion con él); pero, cuando ya lo habíamos enterado de nuestros menores pensamientos, poníase los anteojos, sacaba á relucir las inflexibles teorías de su moral estóica, comparaba con ellas cuanto le habíamos dicho, nos demostraba que éramos reos de toda clase de delitos y pecados, y nos aconsejaba cosas tan impracticables en la sociedad profana y en nuestro modo de pensar de entónces, como éstas de que me acuerdo:—que huyese de cierta mujer casada que principiaba á mirarme con buenos ojos;—que Diego desistiese de hacer oposicion á cierta cátedra, sólo porque aspiraban tambien á conseguirla otros médicos más pobres que él; — que rehuyésemos duelos ya concertados;—que diésemos la razon á quien nos habia llenado de insultos, si consideráramos que le habíamos inferido ántes tal ó cual ofensa; — que pidiésemos perdon á éste; — que nos retractásemos ante aquél;—que hiciésemos tal ó cual abjuracion pública;—que no tuviésemos, en fin, lo que en el mundo se llama orgullo, dignidad, carácter y valor... con relacion á los hombres; ni galantería, gratitud ni entrañas con relacion á las mujeres...

Perdóneme usted, Padre, lo que le voy á decir... Es una cosa de que me arrepiento hoy...; pues re-

conozco que algunos de los consejos de Lázaro eran excelentes..., bien que no hijos de una sana intención... Sí: yo conozco que debí seguirlos al pié de la letra, sin reparar en quién me los daba... Pero la verdad es que, entónces, Diego y yo, parando más la atención en el consejero que en el consejo, respondíamos á sus exhortaciones con grandes carcajadas, lo abrumábamos á chistes é improperios; le poníamos apodos ridiculos, y acabábamos haciendo la caricatura de su propia vida, que *«por lo ignorada y misteriosa (le decíamos) no podia servirnos de edificante ejemplo»*; hasta que el pobre muchacho, aburrido y triste, aunque sonriendo siempre con no sé qué humillante indulgencia, nos volvía la espalda y se iba á su escondrijo, para volver á los pocos dias tan cariñoso é intolerante como si nada hubiera pasado entre nosotros.

Diego no cesaba de predicarme lo mismo que yo sospechaba: á saber, que Lázaro era un hipócrita, y que tenía envidia de nuestra intimidad; envidia de nuestras cualidades, buenas ó malas, para luchar y vencer en la arena del mundo; envidia, por último, de los mismos excesos que nos reprochaba.—Convencime, al fin, de ello; y desde entónces Diego y yo principiámos á escudriñar y criticar las acciones de Lázaro con tanto ensañamiento como él censuraba las nuestras, bien que nosotros no lo hiciésemos delante de él, sino luégo que se marchaba.

Lázaro vivía solo en uno de aquellos vetustos caserones de la parroquia de San Andrés, de enormes rejas y nobiliario aspecto, que conservan el carácter del primitivo Madrid. Todo el edificio estaba por él, desde el inmenso portal y el herboso patio hasta

la misma torre en que anidaban las lechuzas. Un portero de avanzada edad habitaba en el piso bajo, y era el único sirviente de nuestro amigo, el cual ocupaba por su parte un gran salon del piso principal, que le servia de despacho, de comedor y de dormitorio. Para llegar á aquel aposento, habia que pasar por otros no ménos espaciosos, decorados todos con antiguos muebles de mucho gusto, grandes cortinajes ya muy estropeados, y muchos cuadros al óleo de bastante mérito.—Indudablemente, allí habia vivido una familia acaudalada y noble; tan noble, que en algunos muebles y en todas las cortinas se veian escudos de armas y sendas coronas de baron.

Pero ¿quién era Lázaro? (nos preguntábamos nosotros.) ¿Ocupaba el piso principal por derecho propio, ó en ausencia de sus amos? ¿Descendia de aquellos barones, ó del portero?

—«*Del portero*»—decretaba Diego categóricamente.

Y luégo añadia:

—«La fórmula de *Lázaro á secas* es una maña de »que se vale para que sospechemos si descenderá »de aquellas blasonadas cortinas.»

Yo traté de informarme entre los Nobles acerca del tal caseron, y sólo averigüé que pertenecía á los herederos de una inglesa que se crió en Madrid, donde contrajo matrimonio con un marqués portorriqueño, el cual, habiendo enviudado al año siguiente, regresó á América, sin que se hubiese vuelto á saber de él.—¿Y quiénes son esos herederos? pregunté.—«Se ignora... Pero puede usted preguntarlo en la misma casa, donde parece que vive

no se sabe si un medio pariente ó administrador, muy jóven y muy guapo, que tambien tiene aire como de inglés...»

No eran estas noticias las más á propósito para sacarnos de dudas respecto á quién era Lázaro. ¡Quedaba tanto que averiguar relativamente á la dama inglesa y al marqués porto-riqueño! —«En »cambio (exclamaba Diego con su aire de fiscal), el »portero es un personaje que tenemos ante los »ojos.»

Como quiera que fuese, nosotros deducíamos de todo esto un cargo contra Lázaro; á saber: que nos despreciaba ó se despreciaba... Porque, si no, ¿á qué tantos misterios con dos amigos á quienes abrumaba á preguntas y de los cuales recibía diarias confidencias? ¿No nos creía dignos de su confianza? Pues ¿por qué se decía nuestro amigo? ¿La indignidad estaba de su parte?... ¿Pues por qué no la confesaba humildemente; ó por qué no nos huía, si era de aquellas que no pueden dispensarse de ningun modo, como la del ladrón ó la del verdugo?

Lázaro no tenía amores, y aseguraba, además, que nunca los había tenido. Las mujeres eran para él letra muerta. Mirábalas impávido (suponiendo que las mirara), y ni siquiera las distinguía con su odio ó con sus censuras. Dijérase que ignoraba que existiesen...; lo cual nos parecía monstruoso, repugnante, y seguro indicio de la perversión de su naturaleza. Muchas veces sospechamos si, dentro de su casa, al otro lado de una puerta que había en su aposento, y la cual le vimos cerrar en dos ó tres ocasiones aceleradamente al encontrarse con nuestra visita, tendría guardada alguna princesa de las

Mil y una Noches que le hiciese despreciar el resto de las mujeres; pero esto mismo aumentaba nuestro enojo contra él, pues quedaria, en tal caso, comprobada la falsedad de sus palabras, la hipocresía de su conducta y el recelo con que pagaba nuestra franqueza y nuestro cariño.

Otras varias quejas teníamos de Lázaro.—Por ejemplo: una vez, que cometí la torpeza de nombrarlo mi padrino para un duelo con cierto marido prematuramente celoso que me prohibió la entrada en su casa, dió la razon á los representantes de mi adversario, reconociendo que mi mala fama justificaba la determinacion de éste. Quedé, pues, en una posicion desairadisima, y Diego, que era mi otro padrino, para sacarme de ella á su modo, insultó á los padrinos contrarios; batióse con los dos; hirió al uno; fué herido por el otro, y todo esto ántes que yo hubiese podido enterarme de lo que ocurría.—Interpelado Lázaro por mí, encogióse de hombros, y me dijo que había procedido con arreglo á su conciencia.—Yo estuve para ahogarlo; pero lo perdóné, como se perdona á un loco, y al dia siguiente me batí con el tal marido y le derribé una oreja de un sablazo.

—¡Jesus!—exclamó el Padre Manrique.

—¡No me juzgue usted á mí ahora! (protestó Fabian ardientemente.) ¡Estamos juzgando el egoismo y mala intencion del cobarde Lázaro!...

Continúo, pues.

A pesar de todas estas malas pasadas, nosotros seguíamos siendo amigos suyos, por admiracion á su talento, por lástima de su soledad, por la invencible simpatía que inspiraban su figura y sus mane-

ras, y por el inexplicable ascendiente que siempre han ejercido sobre los impetuosos estos hombres pasivos, frios, taciturnos é incomprensibles, y hasta muchas veces los mismos ingratos.—Además, que él no omitía medio de obligarnos y servirnos *en todo lo que ménos nos interesaba, pero que más debiera interesarnos, en su opinion*, comportándose de manera que resultábamos mortificados y agradecidos, y él aparecía (á los ojos de quien no lo conociese) como un héroe de abnegacion y humildad cristiana.

Una de sus reglas de conducta era, indudablemente, no debernos nada, no admitir ningun obsequio nuestro, y procurar que lo echásemos de ménos á todas horas. Jamás consintió en comer en mi casa: siempre descompuso nuestros planes de ir con él á giras campestres, á paseo ó á los teatros: siempre alegaba algun pretexto baladí, pero que implicase el cumplimiento de un sagrado deber; como por ejemplo: que tenía que ir á ver al aguador de su casa que se hallaba enfermo, ó á dar leccion de escritura al hijo del zapatero de enfrente, ó á cuidar á uno de sus perros que estaba muy malo...; pretextos que ajaban doblemente nuestro amor propio; pues, por una parte, teníamos que reconocernos inferiores á Lázaro en virtudes, y por otra, inferiores á un perro en su cariño...—En cambio, cuando nosotros estábamos enfermos (y... créalo usted: más deseosos de morir que de sanar), se constituía á la cabecera de nuestra cama, no se apartaba de allí ni de dia ni de noche, nos agobiaba materialmente con sus cuidados, y era un fiero cómplice del médico para no tolerarnos la más ligera infraccion del régimen. Es decir, que de un

modo ó de otro, se complacía en atormentarnos y en humillarnos con aquella regularidad continua, con aquella formalidad insoportable, y con aquel rigor impropio de la flaca naturaleza humana.—Si Diego me dominaba á mí, él nos dominaba á los dos...

—Pero usted se sonríe como diciéndome:—«Toda-
»avía no he oído ni una sola acusación fundada y
»racional contra el pobre Lázaro. Todo lo que ha
»hecho y dicho hasta ahora es bueno, y en cuanto
»á las cosas que no hacía, á sus abstenciones, á sus
»rarezas, á sus singularidades (ciertamente extraor-
»dinarias, pero no sobrehumanas), pueden consistir
»en que tenía más de ángel que de hombre, en que
»era un verdadero Santo...»

—¡Figúrese usted que digo todo eso!—respondió el Jesuita, asombrado de aquella lucidez de Fabian.

—Lo mismo discurríamos algunas veces Diego y yo (prosiguió el joven), y no otra era la razón principal de que siguiéramos tratando y aún respetando á Lázaro. ¡En medio de nuestra ligereza, no queríamos exponernos á condenar á un justo!—Pero ¡ay! pronto vino un hecho real, fehaciente, indestructible á convencernos de que no nos habíamos equivocado en nuestros malos juicios, y de que aquel hombre con rostro de serafín era un monstruo de maldad y de disimulo!

—¡Todo sea por Dios! (exclamó el Jesuita.) ¡A ver! cuénteme usted eso...

VII.

LÁZARO CONVICTO Y CONFESO.

—Una noche (continuó Fabian) fuimos Diego y yo á casa de Lázaro á enterarnos de su salud, pues no lo habíamos visto hacía una semana.—Subimos, y al llegar al salon que precedia al suyo (y que se hallaba á oscuras, miéntras que en éste habia luz), oimos grandes voces, y vimos que un elegante mancebo, que no tendria veinte años, alto, moreno y de expresivo rostro, estaba de pié, con los puños crispados en ademan amenazador, y mirando furiosamente á nuestro amigo; el cual permanecia sentado en una butaca, lívido, inmóvil, sudoroso y con la vista clavada en tierra.

—¡Confiesa usted, pues, que es un infame!...—gritaba el desconocido.

—Confieso que soy muy desgraciado—respondia Lázaro humildemente.

—¿Confiesa usted que atentó al honor de mi madre?...

—No lo puedo negar... (tartamudeó Lázaro.) ¡Pero ni aún así te doy el retrato!... ¡Es lo único que me queda!

—Pues entónces, defiéndase usted... Aquí traigo dos pistolas...

—Yo no me bato...

—¡Es decir que tambien es usted cobarde!

—Lo que tú quieras.—Déjame en paz.

—¡En paz! ¡Donosa ocurrencia! ¡Digame usted dónde está ese retrato, ó, si no, dispóngase á morir ahora mismo!

—Harias mal en matarme, Juan... (pronunció entonces Lázaro con las lágrimas en los ojos.) ¡Hay en el cielo un alma que no te lo perdonaría nunca!

—¡Traidor! (bramó el otro joven.) ¡Y te atreves á invocar el alma del padre que te desheredó!...

—Me desheredó... ¡es cierto!—repitió maquinalmente Lázaro.

Diego y yo nos estrechamos las manos en la oscuridad con una violencia convulsiva.

—Conque por última vez se lo digo á usted (prosiguió el llamado Juan). Elija entre darme el retrato, ó recibir la muerte. ¡Ya comprenderá usted que no he venido desde Chile á Madrid para dejar las cosas como estaban!

—Pues haz lo que gustes,—respondió Lázaro, cerrando los ojos.

—Ante todo, le cruzaré á usted esa cara hipócrita, á ver si asoman á ella los colores de la vergüenza.

Así dijo el atrevido adolescente, y dió otro paso hácia Lázaro.

—¡Adentro, qué diablos! (exclamó entonces Diego, arrastrándome en pos de sí.) ¡En medio de todo, Lázaro es nuestro amigo!

Y penetramos en el lugar de la escena, á tiempo de evitar que Lázaro fuese abofeteado.

Éste se puso de pié al vernos entrar, y se colocó entre el desconocido y nosotros, dando muestras de un terror indecible.

—¿A qué venís aquí? ¿Quién os ha llamado?—vociferó como un energúmeno.

—¡Quita allá, cobarde! (exclamó Diego, con la voz y el ademan que hubieran empleado un padre ó

un hermano mayor.) ¡Nos trae tu buena suerte para que volvamos por tu honra!

—¿Qué emboscada es esta?—dijo el insolente jovenzuelo, mirándonos con altanería.

—¡Caballerito! ¡Vea usted lo que habla! (gritó Diego, avanzando hacia él.) ¡Nosotros no somos sicarios de nadie, ni aguantamos lo que acaba de aguantar el pobre Lázaro!

—¡Por favor! (gimió éste, poniéndose de rodillas ante Diego.) ¡No lo ofendas! ¡No le pegues! ¡Diego mío! ¡No le pegues! ¡Yo lo perdono!... ¡Él no tiene la culpa de nada!

—Hé aquí mi nombre y mis señas,—le decía yo entre tanto al adolescente, alargándole mi tarjeta.

—¡Un duelo! (añadió Lázaro, arrastándose hacia mí y cruzando las manos con infinita angustia.) ¡Yo te lo prohibo, Fabian!—Este caballero tiene derecho para hablarme como me ha hablado...

—Pero ¿sabes tú lo que te ha dicho?—prorumpí lleno de asombro.

—Lo sé...

—¿Y lo toleras?

—No tengo otro remedio...

—¡Qué horror!—exclamamos Diego yo, apartándonos de Lázaro.

Juan, sereno y fierecillo como un leon cachorro, me alargaba entre tanto su tarjeta.

Yo la tomé, y leí:

EL MARQUÉS DE PINÓS

▼ DE LA ALGARA.

Fonda Peninsular.

A todo esto, Lázaro había corrido hacia un armario, del cual sacó cierto rollo, que se conocía era una pintura en lienzo.

—Tome usted el retrato (le dijo al marqués). Terminó la cuestion... Dispense usted á estos señores, á quienes ha cegado el cariño que me profesan.

El mancebo cogió la pintura, y dijo:

—¡Seguramente, no saben estos caballeros quién es usted! De lo contrario lo despreciarían como yo.

Y, saludándonos á Diego y á mí, salió de la habitación, no sin decirme al paso, con la mayor cortesía:

—Las señas de mi casa están en la tarjeta.

Diego quiso marchar detras de él; pero yo lo contuve.

—Las cosas... en regla (dije). Si él quiere buscarme, ya sabe dónde vivo, pues me anticipé á darle mis señas. Ahora, si Lázaro quiere que sea yo el que busque á ese jóven, dispuesto estoy como siempre. Mañana irás á desafiario de mi parte...

—No sólo no quiero eso, sino que os ruego y mando que olvideis lo ocurrido—respondió Lázaro con pasmosa tranquilidad.

Y principió á hablarnos de cosas indiferentes.

Nosotros permanecimos allí media hora, esperando á ver si nos daba alguna explicacion respecto de aquel lance que tan mal parado lo dejaba á nuestros ojos; pero él, completamente sereno, como si ya hubiesen trascurrido años desde que pasó el peligro, llegó hasta reir y bromeiar acerca de otros asuntos, sin referirse ni por asomos á la escena que acabábamos de presenciar.

—¡Vámonos! ¡Esto no se puede sufrir!—exclamó

Diego de pronto, interrumpiendo á Lázaro en medio de una frase.

Y salió de la habitacion sin despedirse de él.

Lázaro se sonrió y me dijo, alargándome la mano:

—Hasta mañana.

—Hasta mañana—le contesté con indiferencia.

En efecto, al siguiente día fué á vernos á mi estudio, y pasó con nosotros las dos horas de costumbre, sin hablar ni una palabra de los sucesos de la víspera, ni dar muestras de turbacion ni disgusto; y á los tres días volvió, y sucedió lo mismo, y de este modo continuamos algunos meses..., durante los cuales mi aversion hácia aquel cuitado rayó casi en odio..., bien que nunca en desprecio, que era lo que en verdad se merecía!...

Conque vamos á ver, mi querido Padre: ¿qué dice usted ahora de Lázaro?

—Ahora no diga nada (respondió el Jesuita, bajando la cabeza).—Continúe usted.

—Tampoco le dijimos nada á él ni Diego ni yo durante aquellos meses, bien que á solas hubiésemos convenido desde el primer instante en que era un malvado, acreedor á todos los insultos que le había dirigido el jóven marqués.

En cuanto á éste, no nos buscó, ni volvimos á tener otra noticia suya que la de haberse marchado de Madrid á la semana siguiente de nuestro cambio de tarjetas.—Así se lo dijeron á Diego en la fonda, adonde fué á preguntar por él, no con ánimo hostil, ni con propósito de verlo, sino por mera curiosidad.

Por lo demas, si seguíamos recibiendo á Lázaro (pues lo que es á su casa no volvimos nunca, ni tampoco á la Sala de Diseccion), era... por un con-

junto de debilidades que me atrevo á clasificar en esta forma: porque la osadía y la frescura de su silencio acerca de la vergonzosa historia que entre vimos aquella noche, nos tenían como estupefactos, desconcertados y sin acción: porque Diego, que ignoraba quiénes fuesen sus propios padres, y yo, que seguía creyéndome hijo de un traidor á la Patria, no podíamos resolvernos á aumentar la aflicción y la soledad de un desheredado: porque el inmenso talento, las virtudes exteriores, la aparente humildad y la igualdad de conducta de aquel hombre extraordinario no nos ofrecían tampoco ocasión de un rompimiento; y, en fin, porque después de haber defendido tanto nuestros pecados contra su catonismo, no nos parecía lógico echarla de Catones al juzgar los suyos...

—¡Pues es claro!—murmuró el Padre Manrique, con la más delicada ironía.

Fabian no reparó en ello y continuó:

VIII.

LA CONSULTA.

—Así las cosas, llegó, como digo, la noche en que, después de la conferencia con Gutierrez, me ví solo, enfermo, inundado de alegría al saber que mi padre no había sido traidor á la Patria, lleno de sobresalto y miedo ante la tragedia de que era protagonista el indigno marqués de la Fidelidad, y sin resolverme á emplear los medios que se me proponían para recobrar mi verdadero nombre.

—Necesito (pensé) consultar con Diego y Lázaro.

El uno con su gran corazón y el otro con su inteligencia; el primero con su inimitable sencillez y el segundo con las sutilezas de su espíritu. Me darán mucha luz en este gravísimo momento.

Envié, pues, á llamarlos inmediatamente. En aquella hora después estábamos juntos y sentados; Diego, comiendo; Lázaro, limpiándose los ojos (pues, según costumbre, dijo que me estaba haciendo mucho ruido), y yo... haciendo cual si comiera.

A todo esto, cada vez me sentía más agobiado, y en verdad que aquel estado de ánimo debía de influir en el tono y giro de la siguiente escena que se siguió. Mi voz era ya muy débil, pronto conocí que había puesto nervios.

Diego, por su parte, estaba haciendo lo peor que nunca de su atrabiliario.—El color de su rostro y la luz de su mirada daban á entender que parecía (y disimúleme) usted la imagen de un hombre con fiebre.

En cuanto á Lázaro, se hallaba tranquilo.

Luégo que nos sirvieron el café y los platos, dijeles con la mayor solemnidad:

—Vais á saber para qué os he llamado. He venido á decidir de mi vida, de mi fortuna y de mi honra, así como de la fama póstuma del padre de ustedes el señor.

Y entónces les referí todo lo que me había pasado: mi niñez en la casa de campo; la historia de la muerte del Conde de... como mi pobre madre la había creído; la contó en sus últimos momentos; la verdadera de aquel mismo trance, tal como me la reveló Gutierrez; y la tercera...

había que fingir, según opinión del antiguo polizonte, para rehabilitar el nombre de mi padre en lo relativo á la Patria, sin sacar á relucir el sangriento drama de sus amores con doña Beatriz de Haro...

—Ahí teneis toda la verdad y toda la mentira (concluí diciéndoles). Reflexionad vosotros ahora; pesad los inconvenientes y las ventajas de seguir el plan de Gutierrez; ved si se os ocurre otro medio mejor de vindicar á mi padre, de recobrar mi título de nobleza y de entrar en posesion de una gran fortuna; y, en último caso, tened entendido que á mí me sobra corazon para todo; lo mismo para morir defendiendo mi corona de conde de la Umbria, que para continuar siendo á los ojos del mundo el misterioso personaje llamado *Fabian Conde*.

—¡Salud al Conde de la Umbria!—gritó Diego poniéndose de pié y abrazándose gozosamente.

—¡Salud á Fabian Conde!—dijo Lázaro con desabrido acento y permaneciendo sentado.

Diego se creyó herido por aquella estudiada contradicción, y exclamó sin poder contenerse:

—¡Habló la envidia!

—Y por tu boca habló el egoismo,—respondió Lázaro sin alterarse.

—¡Insolente! (replicó Diego.) A otro, que no fueras tú, le pediría cuenta de ese insulto...

—Yo no te he insultado. Yo he puesto un nombre á tu amistoso interes; ó, por mejor decir, he calificado un error de tu juicio; miéntras que tú has calumniado mis intenciones...

—¡Haya paz, ó doy por terminada la cōsulta! (exclamé duramente.)—La verdad es que tú te has ex-

cedido, mi buen Diego...—En cuanto á Lázaro, espero que explicará su calificación.

—Lo haré con mucho gusto. Yo he creído que Diego, llevado del entrañable amor que te profesa, te aconsejaba con su salutación que fueras egoísta...; que atendieses únicamente á tu conveniencia particular...; que prescindieras de todo género de consideraciones...

—¿Y tú? ¿qué opinas? Dímelo sin ambages.

—Yo (respondió Lázaro) creo que no debes aceptar la proposición de Gutierrez.

—De buena gana la rechazaría... (proclamé yo entonces.) Para eso os he llamado: para que me ayudeis á excogitar un medio de conciliarlo todo.

—No tienes más que uno—se apresuró á añadir Lázaro.

—¿Cuál?

—El que ya te he propuesto: vivir y morir llamándote Fabian Conde.

Yo lo miré con asombro y desconfianza, y no respondí nada al pronto.

Pero Diego vino en mi ayuda.

—Es decir (articuló, mirando al techo) que tú, mi querido Lázaro, crees que Fabian debe dejar al mundo en la creencia de que su padre fué traidor?

—Justamente.

—¿Permíteme que me ria! (replicó Diego, soltando la carcajada.) ¡Vaya una moral y una religión que nos predicas hoy!

—La moral cristiana pura y simplemente (repuso Lázaro, calándose sus quevedos de oro): ó más bien, la moral de todas las religiones, que con-

siste en escuchar y obedecer la voz de la conciencia...

—Perdona (interrumpí yo). Si mal no recuerdo, uno de los preceptos del Decálogo es *Honrar padre y madre...*

—Precisamente. Ese es el Cuarto Mandamiento de la Ley de Dios.

—Pues bien: yo deseo volver por la honra del que me dió la vida; yo deseo borrar la calumniosa mancha que ennegrece su sepulcro; yo deseo rehabilitar su nombre...

—Todos esos deseos me parecen muy laudables (replicó Lázaro). Pero la rehabilitación de tu padre es imposible.

—¿Por qué?

—Porque, bien consideradas las cosas, no fué calumniado.

—¿Cómo que no fué calumniado? ¿Pues no has oído que se le acusa de haber sido traidor? ¿No has oído que esto es mentira? ¡Pruébeselo yo al mundo, y mi padre recobrará su limpia fama!

—Pero ¿cómo vas á probárselo? ¿Por medio de falsedades!... esto es, infringiendo otro Mandamiento de la Ley de Dios...: aquel que prohíbe *Levantar falsos testimonios y mentir*. ¡Donosa manera de purificar una historia y de rehabilitar un nombre!

—Confieso (respondí yo) que algunas de las pruebas de que tengo que valerme son artificiales; mas el hecho probado no dejará por eso de ser tan cierto como lo es en sí mismo, como lo es en mi conciencia, como debe serlo en la tuya... ¡Mi padre no fué traidor á la Patria!

—Pero fué traidor—repuso Lázaro.

—¡Ve lo que dices!—grité, sintiendo que toda la sangre se me subía á la cabeza.

—Digo lo estrictamente necesario. Hay que dar á las cosas sus verdaderos nombres. Para algo somos amigos...

—¡Buena manera de entender la amistad!...—prorumpió Diego.

—Déjalo que hable (añadí yo): quiero conocer su teoría...—Prosigue, Lázaro...

—El fondo de mi teoría es este: *Bonum ex integra causa: malum ex quocumque defectu...*

—¡Vaya! ¡Vaya! (interrumpió Diego, levantándose otra vez.) ¡Tú te estás burlando de nosotros!—¡Pues no va á hablarnos ahora en latin!

—¡Válgame Dios, amigo Diego! ¡y qué intolerante estás hoy, qué impaciente, qué anheloso de que nuestro Fabian sea título de Castilla! ¡Modera tus impetus! ¡Al cabo triunfarás como siempre! ¡Pues no has de triunfar!... Pero déjame á mí que cumpla un penoso deber de conciencia diciendo mi leal saber y entender.

—Habla, Lázaro (repetí yo), y acaba de desgarrar mis entrañas. De todos modos, mi corazon está chorreando sangre...

—Pues iba á decirte (continuó el implacable moralista), que la traicion no tiene tamaño, y que tan traidor es el que vende á un hombre como el que vende un ejército; el que entrega una casa como el que entrega una ciudad. La Familia, amigo mio, no es ménos respetable que la Patria; sólo que, como la Patria representa el egoismo y la utilidad del público, el público da más importancia á un delito de alta traicion que á un oscuro adulterio..

Pero á los ojos de Dios y de la conciencia no caben estas distinciones; y para tí, como para mí, como para todo hombre honrado á quien le cuentes la historia de los amores de tu padre con la esposa del Jefe Político, resulta que el Conde de la Umbria murió por traidor...

—¡Lázaro... no me precipites!—grité, mordiéndome los puños.

—No te precipites, Fabian (respondió Lázaro).—Me has pedido mi opinion, y debo dártela sin reparar en el efecto que te produce lo amargo de la verdad, ó sea lo doloroso de la medicina.—Iba diciendo que tu padre fué traidor al Jefe Político, á quien alejaba de su hogar, invocando hipócritamente para ello el sagrado nombre de Patria, mientras que él se olvidaba luego de que tal Patria existiese, abandonaba el Castillo, comprometía la seguridad de la Plaza llevándose la llave, introducíase como un ladrón en la casa ajena, y allí mancillaba la honra del confiado amigo y compañero...—É iba á decirte que el Conde de la Umbria fué además traidor á tu madre, á tu pobre madre, que, al oírlo jurar su fe de esposo á los pies de Jesus Crucificado, no sospechó que aquel hombre moriría en aras de otro amor (de un amor criminal é infame), sin acordarse de ella ni de su hijo...

—¡Basta, Lázaro! (gemí con amargura.) ¡No revuelvas más el puñal de tu elocuencia en las heridas de mi corazón! ¡Estoy convencido... de que debí matarme hace tiempo!

—Pero, hombre (exclamó Diego, estrechándome en sus brazos), ¿cómo te dejas persuadir por los sofismas de este enemigo del género humano? ¿Cómo

tomas tan á pechos esa retórica fria con que desfigura las eternas leyes de la sociedad y de la naturaleza? ¿Desde cuándo una pasión amorosa, más ó ménos legítima, un galanteo de que se puede acusar á los hombres más ilustres de la historia, á César, á Carlos V, á Luis XIV, á Napoleon, ha impreso nota de infamia en la frente de un guerrero, ha justificado la pérdida de sus bienes, de su título y de su honra, y ha de obligar á sus hijos á vivir ocultando su nombre, como el de un facineroso, como el de un D. Julian, como el de un Judas?... ¡Esto es llevar las cosas á la exageracion; esto es delirar; esto es ridículo de parte de Lázaro..., suponiendo que hable de buena fe ó que no se haya propuesto embromarte!...

—Muchas gracias, Diego, por esta última salvada (respondió Lázaro melancólicamente). Está visto que tú y yo nos hablamos hoy por la postrera vez... La malquerencia de que me estás dando muestras tan amargas, me pone en la triste necesidad de librarte de mi vista en lo sucesivo.—Pero, volviendo á Fabian, que es de quien se trata ahora, yo le pregunto: Si Diego tiene razón, ¿por qué no prescindes de los artificios de Gutierrez, y le cuentas al mundo *la verdadera historia de la muerte de tu padre*? ¡Sólo entonces podrías gozar *en conciencia* de las ventajas, de los provechos, de las utilidades que te producirá su rehabilitacion! De lo contrario, siempre te quedará el escrúpulo de si habrás empleado los testigos y documentos falsos de Gutierrez, no para vindicar á tu padre, que ya está muerto y ha sido juzgado por Dios, sino para ser conde y millonario...

—Haría lo que me dices (murmuré tristemente): diría toda la verdad al mundo, si no considerase impío vilipendiar la memoria de la desdichada que amó á mi padre hasta el extremo de morir por él...

—Pues inspírate al ménos en esa piedad que tanto te honra (continuó Lázaro), y déjalo todo como está. ¡Respetar la obra de Dios! Dejar á doña Beatriz en su sepulcro, al cual no habría bajado tal vez, si no creyese que tu padre había perdido por ella el honor además de la vida. Dejar á tu padre compartir la desventura y el castigo de aquella víctima de sus reprobados amores. Dejar á tu santa madre vengada, como la vengó el cielo, del perjurio y los ultrajes de su marido... ¡Ella murió á los treinta y dos años, á consecuencia de los infortunios que originó aquella doble traición conyugal, y acaso acaso, sabiendo que fué desamada y vendida por el hombre á quien entregó su corazón y su mano! Porque, ¿quién te asegura que tu madre no tuvo nunca noticias de aquella ó de otras infidelidades de su esposo, y que el veneno de este engaño no contribuyó á su temprana muerte?—¡Hereda, Fabian mío, hereda los agravios y las tristezas de tu inocente madre; no el título y los tesoros del ingrato que acibaró su existencia! ¡No seas más feliz que aquella desventurada! ¡No la dejes sola, ofendida, inulta, sin ningún amigo que se asocie á su dolor, en aquella ignorada sepultura que nadie más que tú has regado con sus lágrimas! El Conde de la Umbria duerme en el panteón de doña Beatriz de Haro... ¡Tu madre no puede esperar en el suyo sino al infortunado *Fabian Conde!*

Yo estaba profundamente conmovido por las pala-

bras de Lázaro. Aquella peroracion relativa á mi madre me había impresionado más que sus anteriores argumentos. Así es que le cogí una mano, y dije desesperadamente:

—¡Conque he de seguir viviendo sin honra! ¡Conque he de seguir ocultando mi nombre!...

—No vivirás sin honra y sin nombre (se apresuró á reponer Lázaro): Dios y tu conciencia sabrán que los tienes, y esto vale más que la equivocada opinion del mundo. Ahora, Diego, habla tú... ó, por mejor decir, falla este litigio; pues, en último resultado, Fabian hará lo que tú quieras...

Diego se mordió los labios, y replicó desdeñosamente:

—Y hará bien; que yo nunca le aconsejaré deserciones ni cobardías, sino la viril entereza de los caballeros! Cuando el Cid supo que su padre había recibido una bofetada, no se paró á averiguar el motivo de aquella afrenta, sino que corrió en busca del conde Gormaz, y le dió la muerte en el acto. ¡Esto han hecho siempre los buenos hijos, fuesen buenos ó malos sus padres!...

—De lo cual podria deducirse (objetó Lázaro) que Fabian debe retar á duelo á Gutierrez, ó al marqués de la Fidelidad, ó á los dos oficiales carlistas; pero de ningun modo que deba negociar con los asesinos de su padre, darles dinero, comprar testigos falsos, descubrir una parte de la verdad, ocultar la otra, forjar, en fin, una especie de novela, y bautizarla con el pomposo nombre de *rehabilitacion*!

—«¡Lázaro dice bien!»—oí resonar en lo profundo de mi conciencia.

—Mira, Lázaro, dejémonos de teologías (contestó

Diego con un soberano arranque de los suyos). Demasiado sé que me aventajas en sutilezas y en argucias. Pero lo que yo digo, á fuer de leal y honrado, es que eso que le aconsejas á Fabian no lo ha hecho todavía ningun hombre. ¡Ningun hombre ha dejado de impedir, cuando ha podido, que el honor de su familia ruede por el lodo! ¡Ningun hombre ha permitido que su padre sea considerado como traidor á la patria, teniendo en sus manos las pruebas de que no lo fué! ¡Ningun hombre tiraría por la ventana un título de Castilla y ocho millones de reales (de que pudiera gozar legitimamente), sólo porque su padre tuviese la desgracia, ó la fortuna (que eso va en gustos), de agradarle á una hermosa mujer, casada con un reptil cobarde y venenoso! Por consiguiente, no le has aconsejado á Fabian más que rarezas y excentricidades, hijas de tu espíritu enfermo y de la adversidad con que batallas.

Semejante discurso, y sobre todo la violencia y la pasión con que lo pronunció Diego, determinaron un nuevo cambio en mis ideas:—«*Éste es el que tiene razón,*» díjome toda mi sangre: «*éste es el que habla el lenguaje de la naturaleza humana.*»

Lázaro conoció que perdía terreno, é hizo un esfuerzo extraordinario.

—¡Niego rotundamente (gritó con desusado brio) eso de que no haya hombre capaz de hacer lo que os propongo! ¡Muchos, muchísimos han hecho cosas más grandes!

—¡Oh! sí... ¡los Santos!—exclamó Diego con terrible ironía.

—¡Precisamente!—respondió Lázaro, irguiéndose cada vez más.

—Pues bien... ¡Yo no soy Santo!—recuerdo que murmuré entónces de una manera que todavía me asusta.

—¡Porque no quieres! (replicó Lázaro.) ¡Todos los que hay en el cielo fueron de tu misma arcilla!

—¡Concluyamos! (exclamó Diego, plantándose delante de Lázaro.) Mirame á la cara, y respóndeme. ¿Harias tú lo que le propones á Fabian?

—¡Ya lo creo!—respondió Lázaro con la mayor calma.

—¡Hipócrita! (prorumpió Diego, rechinando los dientes.) ¡Y me lo dices con esa frescura! ¡A mí, que tanto te conozco!

—Puedes injuriarme todo lo que quieras... (replicó Lázaro.) Te repito que será por última vez... Pero yo proclamo de nuevo que, aunque pecador empedernido, no sólo soy capaz de despreciar un nombre, un título y una fortuna, sino que desde ahora mismo le prevengo una cosa á Fabian...

Y al pronunciar estas palabras, la voz de Lázaro temblaba ligeramente.

—Te escucho (le dije); pero mide bien tus expresiones.

—Las tengo medidas.—Fabian: Mucho te quiero... muchísimo más de lo que puedes figurarte; pero yo no volveré á verte; yo no te saludaré en la calle; yo me arrepentiré de haberte conocido, si te atreves á desenterrar el cadáver de tu padre, á vestirlo de máscara, prestándole unas virtudes que no tenía, y á venderlo en cambio de un título y de unos millones!...

—¡Basta! (grité fuera de mí, completamente dominado por la fiebre y por la ira.) ¡Tú no puedes

hablar en esos términos, ni de mi padre, ni de nosotros, ni de ningún nacido!

—Yo puedo hablar de todo, según mi conciencia...—contestó Lázaro.

—¡Tú no la tienes!—exclamó Diego.

—¡Más que vosotros!—replicó el misero.

—¡Es claro! (dije entonces yo, temblando como un epiléptico.) ¡Y por eso sin duda te desheredó tu padre! ¡De tal modo lo honrarías!

Lázaro se puso pálido como la muerte.

—¡Ah! ¿conque lo oísteis todo aquella noche? (balbuceó, al cabo de un momento.) ¡Y bien!... es verdad... Mi padre me desheredó...—Perdon os pido por no habérselo dicho antes...

—Pues si eres un desheredado, ¡hombre infame! (rugió Diego,) ¿cómo te atreves á hablar de sentimientos filiales? ¿Cómo te atreves á invocar el Cuarto Mandamiento? ¿Cómo te atreves á insultarnos?

—Te diré... (tartamudeó Lázaro, temblando tanto como yo.) Hay gran distancia... (¡Dios sabe toda la que hay!) entre lo de *ser privado* de una herencia, y lo de no reparar en los medios de *apoderarse* de otra.—Yo podré haber sido desheredado... ¡Pero vosotros aspiráis á ser estafadores!—He dicho.

—¡Canalla!—gritamos á un mismo tiempo Diego y yo.

Y, á un mismo tiempo también, levantamos la diestra sobre su cara. Pero nuestras manos se encontraron en el aire: reparamos en que éramos dos contra uno, y nos contuvimos.

Entre tanto, Lázaro, que estaba sentado, se echó á reír de una manera formidable; y, rápido y seguro como un tigre, saltó sobre nosotros; nos cogió á

cada uno por un brazo con una fuerza espantosa, y nos obligó á caer desplomados sobre nuestras sillas.

Entónces nos soltó, y dijo:

—¡Qué equivocados estais si creéis que os temo!!

Dicho lo cual, giró sobre los talones, y se dirigió lentamente hácia la puerta, sin cuidarse de lo que nosotros pudiéramos intentar contra él.

Diego y yo permanecemos inmóviles, estupefactos, sin acertar á volver de nuestro asombro, ante aquella fuerza hercúlea y aquella temeridad del que teníamos por cobarde.

—¡Es un bandido! (exclamó al fin Diego...) ¡y á los bandidos se les mata!...

—O se los desprecia—respondí yo, sejetándolo para que no siguiese á Lázaro.

Este habia llegado ya á la puerta del comedor. Allí volvió la cabeza, y nos miró un momento...

¡Estaba llorando!

Aquel hombre se habia propuesto volvernó locos.

—¡Véte! (le dije,) y procura que no nos veamos más...

—¡Ya me buscareis!—respondió él, cerrando la puerta.

IX.

PARA VERDADES EL TIEMPO...

Fabian calló un momento, aguardando, sin duda, á que el Padre Manrique lo interrumpiese (como ya habia hecho en otros pasajes graves de su narracion), y le dijera algo acerca de aquella espantosa escena; pero viendo que se callaba tambien, dió un suspiro, y prosiguió hablando de este modo:

—Aquella noche creí morir: la calentura que sen-

tía desde por la tarde se fué graduando cada vez más, y á la madrugada llegué á tal extremo de agitacion y delirio, que Diego tuvo que sangrarme, temiendo (segun me dijo despues) por mi razon y hasta por mi vida. Pero la venida del dia me devolvió algun reposo; lloré mucho..., y, á medida que lloraba, fueron desapareciendo los síntomas de fiebre cerebral que habían alarmado á mi buen amigo.—Si Diego no hubiera tenido la prevision de quedarse aquella noche á mi lado, yo no sé lo que habría sido de mí!

A las tres de la tarde fué Gutierrez por mi contestacion, ó sea por la Peticion á las Córtes que me había dejado para que la firmara...—Diego, que seguía á la cabecera de mi lecho, presentóme entón-ces aquel papel y una pluma, haciéndome señas de que no hablase, y me dijo:

—¡Firma! El honor es ántes que todo.—Yo recibiré á Gutierrez.—Tú no estás hoy en disposicion de despegar los labios.

Firmé...

(Aquí hizo Fabian otra pausa, de que tampoco se aprovechó el Padre Manrique para decir cosa alguna.—El jóven se pasó una mano por la frente y continuó:)

—Al cabo de poco tiempo, todo había sucedido tal y como me lo anunció Gutierrez. Las Córtes habían rehabilitado solemnemente la memoria del General Fernandez de Lara, declarando que mereció bien de la Patria con su heróica muerte, y yo había entrado en posesion de su hacienda, era Conde de la Umbría y estaba nombrado Secretario de la Legacion de España en Lóndres.

(Tercera pausa de Fabian.)

—¿De modo (preguntó entonces el Padre Manrique, meneando el brasero) que el señor marqués de la Fidelidad se portó bien?

—¡Oh! ¡muy bien!...—se apresuró á responder el jóven.

—Por supuesto... llegarían ustedes á hablarse...

—Le diré á usted.—Él lo deseaba mucho; pero yo me negué resueltamente á ello. Convínose, sin embargo, por medio de Gutierrez, en que nos saludáramos en público... por el bien parecer..., de cuyas resultas, hoy, cuando nos encontramos en la calle, nos quitamos el sombrero, y si nos tropezamos en algun salon, nos damos la mano, y hasta fingimos una sonrisa...; pero sin dirigirnos la palabra... ¡Oh... lo que es eso, no lo haré jamás!

—¿Y Gutierrez? ¿cobró?—siguió preguntando el anciano, fingiendo admirablemente una curiosidad pueril ó femenina.

—Quince mil duros del Marqués de la Fidelidad y quince mil duros míos,—contestó Fabian.

—Treinta mil duros!... Me parece bien...—¡Pues, señor, hay que convenir en que Lázaro *tenía razon!*

—¿Qué dice usted, Padre?—exclamó el jóven, aterrado ante aquella brusca salida del Jesuita...

—Digo que Lázaro podía ser todo lo malo que ustedes se imaginaban; pero que la noche de la famosa consulta habló como un sabio y hasta como un Santo...

—¡Ay de mí! (suspiró el Conde de la Umbría.) ¡Temiendo estaba que fuese esa su opinion de usted!

—¡Peregrino temor! ¡Al cabo de un año de consumado el hecho!

—Es que hace meses que una voz secreta murmura en lo profundo de mi alma las mismas palabras que usted acaba de pronunciar... Es que yo no quería dar crédito á esa voz, ni reconocer en ella el grito de mi conciencia... sofocado aquella noche por los violentos discursos de Diego y por mi propia cólera... ¡Y es otra cosa más horrible todavía!... ¡Es que el mismo Diego, no hace muchas horas, me ha echado en cara el haber seguido sus consejos!— «¡Lázaro tenía razon!» me dice tambien ahora aquel insensato, olvidándose de que él fué quien le llevó la contraria con una vehemencia que rayaba en fanatismo!

—¡Diego tambien ha abierto los ojos á la verdad! (exclamó el Padre Manrique, cruzando las manos.) ¡Misericordia de Dios! ¡Conque ya son ustedes todos buenos!

—¡No, Padre! (respondió Fabian lúgubrementemente.) Hoy, más que nunca, Lucifer se enseñoorea de nuestras almas, á lo ménos de la de Diego y de la mia. ¡Dijérase que la amistad que mediaba entre nosotros se ha convertido en una espada de dos puntas que desgarrá nuestros corazones!...—Sí: hoy más que ayer ruge la tempestad sobre nuestras cabezas...—Yo me he refugiado en esta celda por algunas horas, y no es otra la razon de que me crea usted algo tranquilo... Pero, cuando salga por esa puerta, los rayos de la ira con que Diego me persigue y los bramidos de mi desesperacion volverán á regocijarse al infierno!

—Entónces (replicó el anciano), no es la misericordia de Dios, sino su justicia, la que nos toca admirar en este instante... ¡Ya vendrá despues la hora

de la misericordia!—¡Diego revuelto contra usted!... ¡Cuán misteriosos, pero cuán seguros, son los caminos de la Providencia!

—¡Y qué terribles al mismo tiempo! (agregó Fabian con mayor espanto.)—Pero este horrendo infortunio será objeto de la última parte de mi relacion. Antes necesito retroceder de nuevo en la historia de mis errores y desventuras, y hablarle á usted extensamente de una mujer... ó, más bien dicho, de un ángel..., único astro radioso del cielo de mi vida...—¡Alborócese usted, padre mio! Voy á tratar del bien; voy á mostrar la faz luminosa de mi espíritu; voy á decirle á usted cuán próximo á reconocer la Providencia de Dios estuve ya un día, ántes de rodar nuevamente al abismo de dudas de que sólo usted puede hoy sacarme: voy á hablar de la noble niña que le precedió á usted en esta piadosa tarea de resucitar mi alma: voy á hablarle á usted de Gabriela!

—¡Mire usted un exordio que merece un apretón de manos! (exclamó el Padre Manrique, cogiendo las de Fabian y estrechándolas entre las suyas.) Veo que vamos á hacer un gran negocio con habernos conocido...—Usted no es malo... Pero, ¿qué estoy diciendo? ¡nadie es malo de una manera irremediable! *Nada hay cerrado para Dios*, repito con el filósofo.—¡Hable usted, hable usted, y no tema fatigarme, aunque dure esta conversacion toda la noche!

Fabian besó de nuevo las flacas manos del discípulo de Loyola: tornó á sentir un bienestar indefinible, por el estilo del que hace llorar de alegría á los convalecientes, y continuó de este modo:

LIBRO IV.

QUIÉN ERA GABRIELA.

I.

UNA MUJER BIEN RECIBIDA EN TODAS PARTES.

Cuando, á la edad de veintiun años, regresé de mi largo viaje por Europa, una de las primeras deidades aristocráticas que cortejé (ó por quienes me ví cortejado) en Madrid, fué la Generala ***, mujer que frisaría entónces en los treinta y cinco, grande, bella, elegantísima, impávida, familiarizada con el escándalo; esto es, sabedora de que el mundo conocía sus fragilidades, y atenta únicamente á que las ignorase su marido.—El mundo, por su parte, no la castigaba de manera alguna: ántes parecía premiar su desordenada vida con el continuo agasajo que le ofrecía en salones, teatros y paseos.—Hasta las damas de virtud ejemplar alternaban con ella cariñosamente, la visitaban, la convidaban á sus fiestas y solían preguntarle por mí, dándose por entendidas de que yo era su amante del momento...—Tal anda el mundo, Padre..., y sirva esto, ya que no de disculpa, de explicacion á muchos horrores de mi vida.

Cuando yo entré en relaciones con Matilde (así se llamaba la Generala), su marido (uno de los generales que más gloria habían alcanzado en la Guerra civil; hombre ya de cincuenta y cinco años, muy entregado á las contiendas políticas,) acababa de ser enviado de cuartel á Canarias contra su voluntad...: lo que en sustancia quiere decir que estaba desterrado de la Península. De buena gana se hubiera llevado el General á su esposa al africano archipiélago, pues la adoraba ciegamente; pero Matilde aparentó tanto miedo al mar, que aquél prefirió separarse de ella á imponerle los tormentos de la navegacion, con lo que la infiel esposa tuvo mayor holgura para seguir mancillando las honradas canas de su marido, en un union de feroces desalmados de mi jaez...

—Principia usted á hablar como Dios manda...—murmuró el Jesuita.

—Es que pienso en Gabriela!—respondió Fabian.

Aquel mal concertado matrimonio no había tenido hijos, con gran contentamiento de Matilde, que sólo pensaba en conservar su hermosura, y evidente disgusto del viejo soldado, que estaba siempre deseando servir de algo sobre la tierra... Así fué que, antes de salir para Canarias, escribió á un hermano suyo, residente en Aragon, escaso de bienes de fortuna, suplicándole que *le cediese* (y enviase desde luego á Madrid, para que acompañase á Matilde) una de sus tiernas hijas, á la que adoptaría más adelante y nombraría su heredera.—La Generala, más rica aún que su marido, y que no unia á sus otros defectos el de codiciosa, holgóse en cierto modo de esta determinacion, léjos de apesarse

de ella, pues tiempo hacía (me dijo) que deseaba que el General la amase y cuidase ménos, y que contrajese «nuevas afecciones *de cualquiera índole* en que émplear la excesiva ternura de su alma.»—Son palabras textuales...

—¡Y elocuentísimas!—añadió el Padre Manrique.

II.

LA NIÑA ARAGONESA.

Llegó, pues, á Madrid Gabriela.

Tendría entónces catorce ó quince años; pero aún estaba vestida de corto, en atencion, sin duda, á su retrasada naturaleza física, que parecía abrumada bajo el peso de un precoz idealismo. Sin embargo, su gracioso semblante, indicio apénas de lo que pronto llegó á ser, ostentaba ya una belleza expresiva, aunque infantil, que hablaba directamente al alma, cautivando todavía más los corazones su claro ingenio, su buena crianza moral y social (debida exclusivamente á sus padres, con quienes había vivido siempre en el campo), y su angelical inocencia, cariñosa condicion y reposada y constante alegría.—La primera impresion que sentí al verla fué de miedo: de un miedo semejante al que causa la luz á las personas desaseadas ó mal vestidas.

Cuando Gabriela llegó á Madrid hacía ya un mes del destierro del General, y casi el mismo tiempo que estaba yo en relaciones con su esposa y que no salía á ninguna hora de su casa...—Matilde me quería con el ánsia ardiente que caracteriza los últimos amores de las grandes pecadoras, sobre todo

cuando cogen entre sus garras un corazón juvenil; y yo quería en ella, no tanto su persona, como el fanático amor que me profesaba.—¡Necio de mí, me envanecía de ser objeto de aquel culto; y, huérfano y solo sobre la tierra, complacíame en arrimarme á aquel hogar, en disfrutar de su calor, en creermelo dentro de mi casa, en dejarme dirigir por aquella afable tutora, que más me parecía á veces una madre que una querida!

La inexperta recién llegada no tardó en preguntar *quién era yo*; y Matilde le dijo:

—Considérale como una especie de hermano tuyo. Su difunta madre, que fué mi mejor amiga de la niñez, y que murió hace un año en Italia, me lo recomendó en sus últimos momentos, entregándole una carta para que me la presentase cuando viniese á Madrid... El pobre llegó hace pocas semanas... y yo lo quiero ya como si fuera mi hijo...

Excusado es decir que no dejé de confirmar esta sacrilega invencion de la adúltera, invencion que había de servir tambien para deslumbrar á su marido cuando regresase... Ello es que Gabriela se dió por satisfecha, y que desde tal momento contrajimos una de aquellas deliciosas amistades de los hombres con los niños, de la experiencia con la ignorancia, de la misantropía con la candidez, que hacían exclamar á lord Byron:—*«Lástima que estos pequeñuelos se conviertan en hombres!»*

Matilde, que me adoraba cada vez más, y cuyo mayor empeño era que me tomasen cariño todos sus parientes, todas las personas que entraban en la casa, y hasta su misma servidumbre (preparando así el terreno para imponerme á su esposo y forzarlo á

ser mi amigo), complacióse mucho en que nos entendiésemos y llevásemos tan bien la gentil aragonesa y yo, y deleitábase grandemente en oírnos tutearnos, en verme á mi reír y jugar con ella, como si yo fuese otro niño de su edad; en mirarla á ella engolfada conmigo en graves coloquios referentes á mis viajes, á mis estudios y á mis aficiones artísticas, como si fuese una mujer hecha y derecha, y en observar, finalmente, la admiración y el respeto que sentía hácia mi aquella celestial criatura, en medio de la más tierna confianza.

Natural era que la pobre niña, ignorante del odioso papel que yo representaba en aquella casa, y acostumbrada ya á oír á su segunda madre celebrarme desde por la mañana hasta la noche como el jóven más honrado, más discreto, más valiente, más sábio y más distinguido de toda España y aun de todo el mundo, me profesase aquel amor infantil, aquella franca idolatría, aquel reverente culto, que yo estaba tan léjos de merecer... Pero más natural era aún el que yo me avergonzase, como me avergozaba muchas veces, al comparar mi alma con la de Gabriela, y contemplase con tedio, con aversión y hasta con asco el amor de Matilde, ó sea la criminal torpeza del único vínculo que ligaba mi existencia á la de aquel ángel.

¿Ni cómo habia yo de ser insensible al divino encanto de semejante intimidad con un sér tan noble, tan puro, tan bello, tan inocente? ¿Era la primera vez que trataba á un niño; la primera vez que me comunicaba con un espíritu candoroso; la primera vez que me miraba en un agua cristalina; la primera vez (desde que murió mi madre) que respetaba

á una criatura de Dios, que la creía superior á mí, que envidiaba sus virtudes, que me arrepentía de mis vicios!...

Así es que, cuando aquella niña me hablaba, creía escuchar gorjeos de aves que me llamaban al cielo; cuando contemplaba sus ojos, creía que penetraba en el cielo mismo; cuando la veía sonreír, parecía-me que Dios me perdonaba mis pecados...

Asegúrole á usted, padre mio, que, á todo esto, yo no había considerado todavía á Gabriela como á una amable criatura que no era de mi sexo, como á una doncella adolescente, como á una futura *mujer*...—;Hubiera sido Gabriela un niño, en vez de una niña, y la adoracion que me inspiraba no habría cambiado en manera alguna! Lo que yo amaba en ella era la limpieza de su corazon, la santidad del afecto que me tenía, la aureola angelical de la niñez, todas aquellas músicas y fragancias del cielo, para mí desconocidas, que ponían en actividad y como que me revelaban las mejores facultades de mi espíritu.

Por lo demas, Gabriela reunía condiciones especiales y puramente humanas para conturbarme de aquel modo. Era aragonesa..., y ya comprenderá usted todo lo que le quiero decir con esto. Era la personificacion más expresa y aquilatada que pueda imaginarse de aquella raza nobilísima, cuya impertérrita sinceridad é invencible constancia han sido en todo tiempo asombro y admiracion del mundo. Era sencilla, confiada, crédula; pero así que formaba una opinion, que aprehendía una fe, que concebía un sentimiento, no había manera de arrancárselos. Tenía lo que hoy llamariamos *el valor de sus*

convicciones, y una lógica implacable, como todos los niños y como todos los aragoneses.—Bien que usted habrá reparado en que el aragones, por varonil y rudo que sea, por muchos años que cuente, parece siempre niño; habla con la inconsiderada ingenuidad de los *enfants terribles*, que dicen los franceses; no conoce el peligro, ni mide las consecuencias de sus actos; allá va adonde lo impulsa su corazón; pide justicia y defiende su derecho con el generoso ímpetu de la inocencia; quéjase cándidamente y en son de maravilla de las más comunes ruindades de los hombres; no da, en fin, nunca cuartel á la iniquidad ni al absurdo, y de aquí la fama de terco y obstinado que tiene entre las gentes; terquedad y obstinación que la patria historia denomina *fortaleza, magnanimidad, heroísmo!*—Pero divago...

—No divaga usted (pronunció el Jesuita). Lo que hace usted es profundizar en busca de las raíces de las cosas, y me alegro de verle á usted tan reflexivo. Todo lo que acaba de decir acerca de Gabriela y de los aragoneses, puede resumirse en una fórmula que le dará á usted mucha luz para apreciar ese período de su vida. Aquella niña era franca, ingenua, valerosa, implacable, como lo es siempre la conciencia... ¡Aquella niña era su conciencia de usted!

—¡Usted lo ha dicho! (exclamó Fabian fervorosamente.) Aquella niña era el limpio espejo en que yo veía la fealdad de mi conducta. Porque ha de saber usted (y es á lo que iba cuando principié á hablar de su carácter), que todas sus observaciones, todos sus discursos, todas sus preguntas me hacían rubo-

rizarme, y avergonzaron tambien algunas veces á Matilde.—«¿Por qué no trabajas, Fabian? (solía preguntarme.)»—«Tia (le dijo una vez á la Generala): las gentes van á creer que Fabian está enamorado de usted, al observar que no sale de esta casa... En cambio, cuando yo sea más grande, todo el mundo dirá que es mi novio... ¿Cómo nos vamos á reir!»—«Si tanto te gustan los niños, Fabian (preguntóme en otra ocasion), ¿por qué no te casas? Yo he oido decir que para tener hijos es menester casarse.»—«Fabian, ¿tienes novia?»—«¿Por qué no la tienes?»—«¿Por qué no has ido hoy á misa? ¿Dices que no has salido de casa hasta las tres... y la última misa es á las dos!»—«Tia, ¿le ha escrito usted al tio que Fabian está en Madrid y nos acompaña á todas horas? ¿Cómo es que el General no se refiere á él en sus cartas? Yo se lo contaba todo en las que le escribí cuando llegué... ¿Por qué no me habrá contestado sobre el particular? ¿Dejaría usted de meter mi carta dentro de la suya? ¿Yo quiero que el tio ame á Fabian tanto como nosotras!»—«Fabian, ¿á qué hora te marchaste anoche? ¿Juraría que te oí toser á las cuatro de la madrugada!»—«Dime, Fabian: ¿y por qué no has traído á España el cadáver de tu madre? ¿Dejarlo en tierra extranjera!...»—«Tia, ¿por qué se opone usted siempre á que cuente á mis padres en mis cartas lo muy bueno que es Fabian para nosotras?»—«Fabian, ¿por qué no haces mencion de tu padre en tus conversaciones? ¿No te refirió tu madre su historia? ¿Me gustaría tanto oírtela contar!»—«Tia, ¿por qué no cuelga usted en el gabinete el retrato de Fabian? ¿por qué lo tiene usted escondido en aquel armario?

¿por qué no quiere usted que yo lleve uno chiquito en mi guardapelo, como el que lleva usted en el suyo?»

Interminable fuera mi tarea si hubiera de decirle á usted todas las frases por el mismo orden que pronunciaba diariamente aquella candorosa niña, y las fulminantes réplicas, llenas de lógica y buen sentido, que oponía á nuestras balbucientes contestaciones...—Baste asegurarle á usted que Matilde y yo llegamos á temerle como á un juez, y que ésta hubiera quizás acabado por odiarla (¡yo de manera alguna!), si su hechicero rostro, su celeste bondad y el entrañable cariño que nos tenía no compensaran con exceso la especie de tormento á que nos sometían sus interrogatorios. La amábamos, pues, ambos cada día más, como los padres delincuentes á los hijos á quienes afrentan y perjudican con sus crímenes; la respetábamos, como á todo aquel de quien se abusa ó á quien se engaña; sentíamos á su lado crueles remordimientos... (á lo menos yo...), y hubo ocasiones en que me faltó poco para decirle: *«¡Aborreceme, niña mia: yo soy indigno de que poses en mí tus ojos!»*

—¡Qué alma tan hermosa le debe usted á Dios! (exclamó el Padre Manrique.) ¡Qué trabajo le ha costado á usted siempre no ser bueno!

—¡Mucho, Padre! (contestó Fabian) ¡y ese es mi mayor delito! ¡Eso es lo que más me pesa hoy! ¡Yo he sentido siempre honda pena al realizar el mal, y hoy me encuentro con que el haber sido malo

me incapacita para realizar el bien!—¡Nadie cree ya en mí!

—¡Bah, bah! (repuso el Jesuita.) ¡Creo yo! ¡Cree usted mismo! ¡y, sobre todo, cree Dios, testigo de todos los pensamientos humanos!—No se preocupe usted, pues, con lo porvenir. Cuénteme lo pasado... y confíe en que ya pondremos remedio á las enfermedades de su espíritu...

—No lo espero, mi querido padre (suspiró Fabian).—Pero, en fin..., continúo

III.

GABRIELA.

Había llegado entre tanto para Gabriela la hora crítica y solemne de su transfiguración. La niña se convertía en mujer por momentos, ó, más bien dicho, este cambio habíase verificado ya bruscamente y como por ensalmo, bajo el disfraz de las infantiles vestimentas, ántes de que Matilde pronunciara la frase gráfica y sacramental de: «*Esta muchacha no cabe ya en la ropa!...*»; frase que yo traduje al lenguaje poético, exclamando:—«*Sí, sí: la mariposa quiere romper su capillo.*»

Hubo, pues, que ponerla de largo; y, por cierto, que el día que esto se realizó, quedamos absortos ante su espléndida hermosura. ¡Dijérase que una magnolia se había abierto repentinamente, trocándose de comprimido pimpollo en flor magnífica y olorosa! ¡Dijérase que un velo de nubes acababa de desgarrarse, dejando libre campo á la triunfante y refulgente luna!

Es el momento de retratarle á usted la portentosa figura de Gabriela, tal como apareció entónces á nuestros ojos, y tal como dejé de verla al poco tiempo... ¡ay! ¡para siempre quizás! ¡para siempre, mi querido padre, en justo castigo de mis pecados!

Había crecido hasta ser más bien alta que baja. Perdóneme usted lo profano de la comparacion, y perdónemelo tambien la sombra adorada de aquella noble virgen; pero la verdad es que tenía la estatura y las ricas y acabadas proporciones de la Vénus de Milo que se guarda en el Museo del *Louvre*. Sin embargo, sólo un artista de profesion, como yo, hubiera traslucido la clásica perfeccion de su belleza, honestísimamente disimulada por su decente y recatada manera de vestir, de andar y de sentarse. Infundía, pues, invencible respeto aquella misteriosa, inconsciente beldad, púdica por instinto, y no resultaba audaz y provocativa como la diosa griega, sino atemperada y venerable como las doncellas cristianas, castas cuanto hermosas, que prefirieron el cielo á la tierra, y cuyas efigies reciben culto en los altares.

Gabriela era blanca como el mármol nuevo, con un leve sonrosado en las mejillas, que las hacía semejar á dos delicadas rosas de primavera abiertas junto á las últimas nieves del invierno. Su altiva frente, un poco grande, pero de artística traza, parecía el trono de la inteligencia y el sagrario del candor. Sus cabellos eran luz; sus ojos cielo; nido de gracia su linda boca; regalada música su voz, y un premio que nádie merecía cada sonrisa suya.—Tras aquel cielo de sus azules pupilas veíase más cielo... y era su alma. Su melodioso acento llegaba

hasta el corazon como una caricia; ó como leve, piadosa mano que curaba sus heridas sin lastimarlas; ó como el propio bálsamo de salud. Y todo aquel semblante, en fin, tan hechicero, tan sencillo, tan leal, tan sublime y tan franco á un mismo tiempo, ostentaba no sé qué sello de *extranjería en la tierra*, no sé que aire inmortal, no sé qué tipo ó qué blason divino...—Indudablemente era un Angel.

Por lo demas, de tan alegre, aturdida y bulliciosa como había sido hasta el postrer momento de la niñez, Gabriela tornóse grave y reflexiva desde la primera hora de la juventud, sin perder por eso su afable ingenuidad ni su misma alegría, bien que ésta resultase ya moderada por una plácida serenidad que tenía algo de beatitud celeste.

Y, en efecto; la viveza de su imaginacion y la natural tendencia de su carácter aragones á considerarlo todo, así las ideas como los sentimientos, de un modo absoluto, categórico, decisivo, *á muerte ó á vida* (como le decía yo), no tardaron en lanzarla á la region de las aspiraciones eternas y de las complacencias abstractas, en busca del bien incondicional; y, procediendo con su inflexible lógica de siempre, en el mero hecho de no ser atea, fué mística; amó verdaderamente á Dios sobre todas las cosas, como manda el Decálogo, y entrególe su alma ántes de empezar á vivir, con el mismo afan y premura que le entregan la suya á última hora los moribundos... despues de una larga vida de abominacion.

—¡Hijo! ¡Mi querido hijo! (exclamó el Padre Manrique con entusiasmo.) ¡A qué ha venido aquí pi-

diéndome que lo cure? ¡Usted está curado radicalmente, ó, cuando ménos, conoce la medicina de todo mal!

—Lo engaña á usted el deseo, padre mio. No habla mi pobre corazon: habla mi crítica. No trato de mí, sino de Gabriela. Yo no he tenido nunca fuerzas para abrazar el bien...

—Pero basta que lo conozca usted y lo ame de esa manera...

—¡Oh... ¡no basta! Y, sobre todo, ¡ya es tarde!...

—¡Eso... lo veremos!—repuso el Jesuita.

—Desgraciadamente, lo verá usted muy pronto!—replicó Fabian.

Dije á usted ántes, y tengo que repetir ahora, que Gabriela, á pesar de su misticismo, no había dejado de estar contenta en este valle de lágrimas. No: no era, ni por asomos, la devota entristecida que enferma y muere de *nostalgia del cielo*. Era una noble amazona, que miraba sin miedo la ruda campaña de este mundo, segura de vencer, ó dispuesta á morir ántes de ser vencida. Entraba en lucha contra el mal, con la tranquilidad y el denuedo de la que nació heroína, ó como si continuara entre nosotros una profesion á que se hubiera acostumbrado tomando parte en la antigua guerra de las milicias celestes contra los ángeles que siguieron á Satan..., que diría Milton.

Era, pues, admirable y hasta portentoso el equilibrio de aquella naturaleza privilegiada, así en el orden moral como en el físico. Juventud, hermosura, talento, alegría, inocencia, fuerza, valor, todo

lo juntaba. Su belleza parecía el reflejo de su bondad. La salud de su cuerpo retrataba la salud de su espíritu. Dijérase que para ella se había inventado la fórmula antigua de *mens sana in corpore sano*.

Y, sin embargo (vuelvo á rogarle á usted que me crea), yo no la amaba todavía como se ama á una mujer. La veneraba demasiado para llevar tan alto mi ambición. A las Santas no se les ama con idolatría mortal. Los Santos no tienen sexo. Un pudor invencible, un respeto supersticioso me hacía considerar á Gabriela como un sér superior y extraño á la órbita de mi vida.—Era, en fin, yo el súbdito delante de su reina... ¡Podía ella bajar hasta mí sus ojos...; pero, miéntras no lo hiciese, nunca sería osado á alzar los míos hasta su soberana hermosura!

Por el contrario: al verla aparecer, clavábalos en el suelo lleno de confusión y de vergüenza.—La misma Matilde, á pesar de todo su descaro, no podía soportar en mi presencia las miradas de aquella extraordinaria criatura.—Gabriela (repito) había llegado á ser acusador espejo en que veíamos nuestra fealdad, ó inevitable luz que delataba nuestras miserias. No ya sus preguntas, como ántes, sino su solo aspecto, establecía una serie de comparaciones entre lo que éramos y lo que debíamos ser; entre ella y nosotros; entre Matilde y yo; entre mi persona y la del ausente marido...; y aquellas comparaciones nos humillaban y escarnecían á todas horas. Es decir, que al fulgor de la belleza, de la castidad, de la fe religiosa y de los nobles pensamientos de Gabriela, Matilde resultó desde luego marchita, impura, criminal, ingrata, sin lozanía física ni prenda alguna

moral, y yo aparecí á mis propios ojos como un vicioso grosero, adorador de mustios encantos que otros hombres habían dejado ya con hastío; como un ladrón que se había introducido en la casa ajena, aprovechando la ausencia de su dueño; como asesino de la honra de un noble desterrado, encanecido en el servicio de la patria; como un traidor...

—No siga usted!... (interrumpió el Padre Manrique.) ¡Está usted ultrajando la memoria de su padre!... Quiero decir: está usted repitiendo las más terribles palabras de Lázaro en aquella célebre noche de la consulta...

Fabian bajó la cabeza, murmurando:

—¡Es verdad! Y siempre que pienso en Gabriela me pasa lo mismo...—¡Oh! si Gabriela hubiera estado á mi lado aquella noche, los sanos consejos de Lázaro habrían prevalecido en mi decisión...—Pero el ángel de mi guarda me había dejado ya solo en este bajo mundo... ¡y solo, enteramente solo he estado en él hasta hoy, que me encuentro con usted!

—Olvida usted á Lázaro... ¡Él hizo también esfuerzos extraordinarios por apartarle á usted del mal!...

Puede que los hiciera en efecto.... Pero estaba Diego á mi lado... ¡Diego... el huracán que avivaba el incendio de mis pasiones!

—¡No olvide usted lo que acaba de decir!... Eso era Diego, efectivamente...—Principia usted á ver claro... Pero vamos á Gabriela.

—Volvamos á Gabriela—repitió Fabian.

IV.

«AMOR, CH' A NULO AMATO AMAR PERDONA.»

Hacía ya algun tiempo que la jóven se había vuelto taciturna, sobre todo en los momentos que estaba sola conmigo. No parecía, sin embargo, triste ni enojada. Era su silencio como el de la meditación, ó más bien como el que se guarda para escuchar. Dijérase que ella se escuchaba á sí misma, tratando de enterarse de algo que balbucía su espíritu. O dijérase que ella escuchaba... lo que nosotros no proferíamos con los labios en su presencia.

Yo me incliné á creer esto último, y principié á decirle á Matilde:

—Gabriela no me habla ni me mira sino lo puramente indispensable: Gabriela calla y observa mucho: Gabriela sospecha nuestras relaciones...

—Te engañas (me respondía Matilde). Yo leo en el alma de Gabriela como en un libro abierto, y sé además todo lo que ella y yo hablamos cuando estamos solas... Puedes tranquilizarte completamente.

Ni aún así me tranquilicé. A todas horas echaba de ménos la familiaridad y la confianza con que me trataba ántes la jóven... ¡No, no podía contentarme con la mansa dulzura y la actitud pasiva, muy semejantes á la indulgencia, que habían sucedido al antiguo entusiasmo amistoso, á aquel tierno afán por escudriñar mi vida, á aquellos continuos asaltos dados á mi alma!...

—Repara que ya es una señorita (seguí diciéndome Matilde), y que no tiene nada de particular que reserve algo sus sentimientos. Dejaría de ser mujer si procediera de otro modo.

—Pero es que, en el presente caso, esa reserva envuelve una censura...

—Estás equivocado: esa reserva corresponde á tu propia seriedad. Tú no te das cuenta, por lo visto, de que hace algunos meses la tratas con demasiado respeto..., lo cual es muy peligroso... (quiero decir, muy inconveniente) para la amistad fraternal que quieres seguir manteniendo con ella. A las niñas no se les debe dar importancia... De lo contrario, se tornan fatuas y presumidas y pierden toda la gracia y ligereza de su edad. Trátala igual que ántes, y verás cómo ella hace lo mismo...

Intenté seguir el consejo de la Generala, que me pareció muy atinado; pero, en vez de librarme de mis recelos, di ocasion á que Matilde tuviese otros mucho más graves.—Gabriela respondió con sequedad á mis nuevas bromas, con desvío á mis llanezas, con enojo y hasta con dolor á mi alegría...—Pero, al ver que yo me ponía entónces más triste que nunca, como muy herido de su esquivez, ella volvió á contentarse y á tratarme con afabilidad y dulzura.—En resúmen: el día que yo estaba melancólico, Gabriela cantaba y reía, y hasta me invitaba á cualquiera de nuestros pasados juegos; y el día que yo me mostraba regocijado y aturdido, ella aparecía callada é indiferente como una estatua.

—Fabian (me dijo entónces Matilde): tenías razón: hay que cambiar de conducta con Gabriela.

Y al hablar así, la infiel esposa temblaba ligeramente, mientras que una mortal palidez cubría su rostro.

—Es menester (continuó) que no le des bromas; que la trates muy superficialmente, ó, por mejor decir, que no le hagas caso alguno...; que la induzcas, en fin, á creer que no reparas en las alternativas de su conducta contigo...

—¿Por qué me lo dices? (interrogué), y, sobre todo, ¿por qué me lo dices con esa voz y con esos ojos?

—Voy á ser enteramente franca. Si yo te quisiese ménos; si yo te quisiera como he querido á otros hombres, no daría el paso que estoy dando, sino que te hubiera dicho hace dias: «Fabian: mi marido va á venir. Es menester que nos separemos para siempre...»

—¿Cómo? (exclamé) ¿El General viene á España?

—Es muy posible que venga pronto... Pero no se trata ahora de eso. Se trata de si tú me quieres ó no me quieres.

—Yo te quiero... y lo sabes!—le respondí.

—Sé que me quieres como un niño, y como un niño mimado. Pero yo necesito saber que me quieres tambien como un hombre..., como un hombre formal, de palabra, de conciencia...

—Pues ¿qué pasa? ¿qué te ha dicho esa niña?

—Necesito saber (continuó Matilde) que eres incapaz de someterme, en pago del entrañable amor que te tengo, al martirio más bárbaro, más horrible, más espantoso...

—Explicate de una vez! ¿Qué nos ocurre?

—Todavía nada. Pero yo conozco el mundo, y

quiero prevenir las cosas á tiempo!—Conque dime, Fabian: ¿cuento contigo?

—Para todo.

—¿No abusarás nunca de mi confianza?

—¡Jamás!

—Pues bien: escucha:—Gabriela te ama...

Yo me sentí como deslumbrado, ó más bien como resucitado. Una alegría del cielo estremeció lo profundo de mi corazón, y mi alma resplandeció agradecida, al modo del universo cuando sale el sol después de la tormenta...

Todo esto fué rápido como un relámpago. Observé que Matilde tenía clavados sus ojos en los míos, y echéme á reír inmediatamente.

—¡Tú deliras! (le dije) ¡Eso es un absurdo!

La infeliz guardó un instante de silencio, durante el cual su inquisidora mirada parecía querer leer dentro de mi cabeza; y en seguida añadió:

—Pero, en fin, ¿si no me equivocase...

—¡Sería lo mismo!—contesté apresuradamente.

—¿No te halagaría su pasión? ¿No tratarías de fomentarla? ¿No corresponderías á ella en secreto?

—¡Qué locura!—exclamé con gran energía, como para ahogar otra voz que murmuraba ya lo contrario en lo hondo de mi conciencia.

Matilde respiró: estrechó mis manos entre las suyas, y echóse á llorar y á reír al mismo tiempo, con el franco abandono de quien recobra su perdida paz.

¡En cambio yo había perdido la mía para siempre!

—Quedamos, pues (añadí entónces hipócritamente, enjugando con mis labios las últimas lágrimas de mi querida), en que eso que me has dicho de

Gabriela no tiene otro fundamento que una cavilosisdad de tu parte...

Y, pronunciadas estas palabras, púseme á escuchar ávidamente, deseando oir su completa refutacion.

—Lo que te he dicho de Gabriela (respondió Matilde) tiene fundamento, y mucho. Por consiguiente, ya que cuento contigo, es menester que discurramos la manera de atajar el mal...

—¿Te ha revelado algo Gabriela?

—¡Oh! no... Ella no sabe nada.

—¿Cómo que no lo sabe? (exclamé lleno de asombro.) Amiga mia, tú has perdido el juicio. ¡Te juro que no te comprendo!

—Porque no conoces á Gabriela. Si la conocieras como yo, entenderías perfectamente que pueda estar enamorada de tí sin darse cuenta de ello. Gabriela es la sencillez y la espontaneidad personificadas. Ignora completamente nuestras relaciones, cuya mera posibilidad no puede alcanzársele, y lleva mucho tiempo de oirme celebrarte á todas horas y de ver la adoracion que te profeso. Es jóven como tú, y pasa á tu lado la mayor parte del dia... La naturaleza tiene sus leyes, y Gabriela dejaría de ser mujer si, por resultas de todo esto, su corazon y su espíritu no estuvieran viviendo de tu vida, sometidos á tu influencia y alimentándose de tu sér, complemento del suyo y necesidad de su organismo...—Hasta aquí la razon de que te ame.—En cuanto á la razon por que lo ignora, es algo más sutil; pero no por eso la consideres vana paradoja... Gabriela no conoce el amor sino de nombre; no había amado anteriormente; no habla con nádie que

pueda explicarle lo que experimenta, y carece de términos de comparacion para apreciar el estado de su alma. Como es tan natural lo que le pasa; como nada se opone á su satisfaccion de verte y de oírte; como no recela perderla; como no le cuesta trabajo lograrla; como no contrasta nunca con la prohibicion ni con la privacion, no ha llegado todavía á graduar su intensidad, ni á agradecer su goce. Pero si de pronto dejara de verte; si descubriese que tu corazon era de otra mujer; si averiguara nuestras relaciones, adquiriría la nocion de su amor, y la muda complacencia de que disfruta hoy se trocaría en pasion activa y devoradora.—Observa, si no, la tristeza y el despecho que experimenta por instinto cuando la tratas ya como á una niña ó con el atolondrado júbilo de quien no le profesa un sentimiento inefable y místico en consonancia con el suyo... Y observa, por el contrario, el triunfante alborozo de que da muestras cuando te ve triste, inquieto y como necesitado de su concurso para ser feliz...— ¡Te asombra oírme hablar este lenguaje, analizar tan íntimamente el amor, reducido á fórmulas casi científicas...— ¡Ah! ¡Fabian mio!... El amor es mi única ciencia... y, además, hoy vienen en mi ayuda la funesta lucidez y dolorosa perspicacia de los celos!...

—¿Conque es eso todo? (respondí yo, sediento de mayores pruebas de mi ventura.) Pues, amiga mia, no me convengo. Creo que ves visiones. Precisamente, hace algunas semanas que Gabriela no me mira...

—No te mira cuando tú la miras á ella... Pero, cuando no puedes observarlo, apenas aparta de tí sus ojos...

—Bien; pero eso consiste en que sospecha nuestras relaciones (repliqué). Es que me espía... Es que, lejos de amor, comienzo ya á inspirarle odio y desprecio... — Créeme, Matilde: lo mejor que podemos hacer es evitar su fiscalización; vernos ménos; vernos á solas; no vernos acá... Yo dejaré de visitarlos, por mucho que me cueste...

—¡Eso... de manera alguna! (prorumpió Matilde.) No exageres las cosas. Para conllevar nuestra situación, bastará que yo te celebre ménos en presencia de Gabriela, y que tú la trates con la inalterable superficialidad que ya te he dicho...

—Pero es que yo no puedo soportar su desprecio ni su odio!.. ¡La idea de que conoce y abomina nuestras relaciones me llena de confusión y de vergüenza!

—¡Qué terquedad! Me pones en el caso de ser más explícita.—¡Pero cuidado, Fabian, que no abuses de lo que te voy á decir!—Tan cierto y tan positivo es que Gabriela no te desprecia ni te odia, que ayer la sorprendí con mi guardapelo en la mano, contemplando extasiada tu retrato... Llevaba ya algunos minutos de estar así, cuando notó mi presencia, púsose muy colorada, y me dijo sonriendo:—No sé qué hay en el rostro de Fabian, que no se cansa una de mirarlo...»—Creo, Fabian, que estas palabras no necesitan que te las comente... y que ya no volverás á hablarme de las sospechas, del espionaje, del odio ni del desprecio de Gabriela.

Yo estaba como embelesado oyendo aquella melodía celeste, transmitida á mí por un ángel caído.—Costóme, pues, gran trabajo disimular de nuevo, abrazar á Matilde y prorumpir en estas sacrílegas frases:

—¡Estamos conformes! Pues, señor, mataremos en su cuna ese amorcillo de adolescente, que lo mismo habria podido inspirarle á Gabriela el más lindo de tus lacayos.—Nada temas, Matilde mia. ¡Yo te adoro, y sabré corresponder á tu noble franqueza! Dentro de una semana, Gabriela se habrá *cansado* ya de mirarnos á mí y á mi retrato... ¡Te lo juro por mi nombre!

Matilde, á pesar de todo su saber, creyó en mi sinceridad y en mi constancia.—Y es que ni el amor ni los celos son tan lúcidos y perspicaces como ella me dijo.

V.

LAS CADENAS DEL PECADO.

No acierto á discernir en este momento si, durante aquella semana, hice yo algo para desimpressionar á Gabriela, ó si, por el contrario, procuré que el pretendido antídoto que opuse á su pasion con mi conducta acabase de envenenarla. Lo que le puedo asegurar á usted es que desde el punto y hora en que Matilde me reveló y demostró que Gabriela me amaba, ya no fui dueño de mi voluntad, ni de mi corazon, ni de mis pensamientos, ni de mi conciencia.

¡Oh gloria! ¡oh infierno! Un ángel se había acercado á mi alma... Mi disfraz lo había atraído, le había inspirado confianza, le había hecho creer que yo era digno de su nobilísima compañía. ¡Estaba redimido... ó podía redimirme! ¡Dios me ponía en el camino de mi salvacion.... ó me daba un guia que

me sacase del abismo de mis penas!—Pero ¡oh desventura! yo había prometido no salir de aquel abismo; yo había jurado esquivar á aquel ángel; yo había dado palabra de rechazar aquella mano que me tendía el cielo; yo no podía (para decirlo terminantemente) permanecer al lado de Gabriela sino como amante de Matilde; ¡yo tenía que desdeñar á la que ya adoraba y que acariciar á la que ya aborrecía, ó que alejarme á un mismo tiempo de la una y de la otra!

Adoraba, sí, á Gabriela. La adoraba sin duda alguna ántes de saber que ella me amaba, y la revelacion de Matilde no había hecho más que prestar las alas del aire á un incendio encerrado en mi corazón!—Como le dije á usted hace poco, yo no me había atrevido hasta entónces á ver en Gabriela una criatura mortal, una mujer colocada al alcance de mis miras y de mis deseos; pero al saber que aquella seráfica virgen palpitaba por mí, todo mi sér se abrasó en amor de su alma, en adoracion de su hermosura, en sed de las limpias aguas de su pureza, y sentíme lleno de orgullo, penetrado de agradecimiento, devorado de curiosidad, ansioso, en fin, de la dicha de oír á aquellos labios de santa, pero tambien de diosa, decirme entre las lumbreadas del rubor: *Fabian, tuya soy; yo te amo!*

¡Sublimes emociones de mi primero, de mi único amor!... ¿dónde sois idas?—¡Ay! En cuanto á ella... ¡cuán verdad era que me amaba!—No sé cómo la miré la primera vez que compareció en mi presencia despues que Matilde me arrancó la venda de los ojos; no sé qué le dijo aquella mirada mia...; pero ello fué que la arrogante doncella se detuvo asom-

brada; una modestia divina enrojeció su semblante; tembló ligeramente, y sus párpados se inclinaron hácia la tierra...—Parecióme contemplar á la Virgen de Beato Angélico en el momento que responde al Mensajero de Dios:—*Ecce ancilla Domini*.

¡Y, sin embargo, desde aquel mismo instante principié á insultar y escandalizar su generoso y puro sentimiento!—«Que mi corazón había abrigado ya muchos amores; que á la sazón estaba prendado de la esposa de un amigo mío; que yo no me casaría nunca; que la constancia amorosa se oponía á las leyes naturales»...: estas y otras abominaciones dije aquel día y los siguientes delante de la noble aragonesa, entre las desapiadadas risas de Matilde, que se guardaba muy bien de llevarme la contraria.

Gabriela principió por condenar mis declaraciones con tanta indignacion como denuedo: despues (todo esto en el primer día) me estuvo mirando á la cara horas y horas, como dudando de la verdad de mis palabras, y sin pronunciar ninguna por su parte: al otro día dijo que estaba enferma, y no se presentó delante de mí; y al otro y en los que se siguieron mostróseme tranquila, mansa, afable, como resignada con su dolor y hasta complacida de padecer, no hablando más que de asuntos místicos, y oyendo con una indulgente sonrisa de duda mis alardes de insensibilidad y descreimiento.

Faltábanme las fuerzas para proseguir aquella comedia infernal. Todas las noches, al salir de casa de Matilde, derramaba torrentes de lágrimas, y, en lugar de irme á mi albergue, estábame hasta el amanecer contemplando el cerrado balcón del aposento

de Gabriela, abjurando, con muda contrición, todo lo que había hecho y dicho aquel día, y murmurando en las tinieblas todas las bendiciones y todas las protestas de amor que no le había dirigido estando á su lado...—¡íbame luego á mi casa, y no dormía, no vivía!... No hacía más que pensar en Gabriela y analizar sus menores palabras, sus gestos, sus actitudes, sus miradas de la vispera, deduciendo de aquel exámen esta horrible verdad, que acrecentaba mis tormentos: *«¿Todavía me ama!»*

—«¡Ay! (exclamaba entónces, en medio de la más cruel desesperación.) ¿Por qué he sido malo hasta ahora? ¿Por qué no me ha de ser posible principiar á vivir otra vez, perdiendo la memoria y la responsabilidad de mis pasadas acciones? ¿Por qué no conocí á esta niña ántes que á la mujer de quien soy el amador infame? ¿Por qué no la he encontrado en otra casa? ¿Entónces podría alejarme del mal sin apartarme del bien! ¿Entónces no me vería obligado á confundir en una sola mirada á Matilde y á Gabriela! ¿Entónces no tendría que pagarle á la adúltera con impuros halagos la dicha de haber contemplado al Ángel de mi Guarda!»

No tardó Matilde en observar mi inquietud y mi angustia y en leer dentro de mi corazón.—«¡Pobre Fabian mio! (díjome al fin un día.) Conozco todo lo que estás padeciendo, y me da pena verte sonreirme mientras tu alma llora secretamente. ¡No disimules más! Yo estoy agradecida á los esfuerzos que haces por sofocar y ocultarme un sentimiento que es superior á tí..., y debo corresponder con generosidad á tu sacrificio.—¿Lo que sucede debía suceder!... Gabriela es joven como tú... ¿Qué cosa más

natural sino que la ames?—Dime si es así, y cuenta desde ahora con la abnegacion de mi cariño.—De todos modos, al cabo tendríamos que separarnos. Yo te doblo casi la edad y pronto seré vieja, mientras que tú habrias de casarte tarde ó temprano. Prefiero, pues, que permanezcas en mi casa, en mi familia, á mi lado, ya que no con el título de amante, que acabarías por dejar, con el de hijo. ¡Así no te perderé nunca! Hasta ahora he sido feliz sin atender más que á gozar de tus halagos: en adelante, lo seré procurando tu ventura, pagándote toda la que te debo, consagrándome á tu felicidad y á la de Gabriela como una verdadera madre.»

Aunque yo era muy jóven todavía dudé de la sinceridad ó de las fuerzas de Matilde, y neguéle resueltamente que estuviese enamorado de Gabriela: pero esforzó ella tanto sus razones; desvaneció de tal manera mis recelos; mostróseme tan tierna, tan grande y tan generosa, que acabé por creer en su lealtad y en su heroismo, y, dando rienda suelta á mi comprimida pasion, caí de rodillas á sus plantas, y le dije:

—«¡Bendita seas! ¡Bendita seas por la felicidad que me has dado en este mundo y por la nueva que te voy á deber! Tu sublime conducta me impone la obligacion de ser sincero contigo... Es cierto: amo, adoro, idolatro, á Gabriela!... pero cree que tambien te quiero á tí más que nunca: cree que te admiro y te reverencio como á una madre... como á una santa, como á un sér sobrenatural, como á un Dios.»

Un rayo que hubiera caído á los piés de Matilde no le habría causado más horror que estas palabras mias.

—¡Infame! ¡Indigno! ¡Conque es verdad que la amas!—prorumpió frenéticamente.

Y quiso llorar; no pudo; lanzó un sollozo, y cayó al suelo, agitada por una violenta convulsion.

.....

Resultado de esta escena fué que, á propuesta mia, y entre lágrimas y besos, Matilde y yo acordamos separarnos para siempre; y, en efecto, algunas horas despues salia yo de aquella casa en son de eterna despedida, bien que sin haber dicho *adios* á Gabriela y sin esperanza de volver á hablarle nunca...—Es decir, que salia de allí como habia entrado... (y perdóneme la memoria de mi padre si vuelvo á emplear el horrible símil de Lázaro:) salia furtivamente, como un verdadero ladron, llevándome en las garras, no sólo la honra del General, sino el amor propio de Matilde y el corazon de Gabriela!...

Para colmo de desdicha, al llegar á mi casa, y cuando ya estaba arrepentido de aquel rompimiento, y deseando que Matilde flaqueara y me llamase, pasé maquinalmente la vista por un periódico, y leí estas líneas:

«Acabamos de saber que el general *** y los »demas altos militares que estaban *de cuartel* en »Canarias, han recibido orden del Gobierno para »regresar á Madrid, y deben desembarcar en Ali- »cante de un momento á otro. Felicitamos á la »nueva situacion, etc., etc.»

—¡No hay esperanza! (exclamé entónces.) ¡Ya no puede Matilde flaquear y llamarme! ¡Ya no puedo arrepentirme é ir á demandarle clemencia! ¡Ya no puedo ver á Gabriela de manera alguna!—La ve-

nida del General me cierra herméticamente las puertas de aquella casa.—No está, pues, en mis manos ni en las de Matilde deshacer lo hecho. ¡La fatalidad se ha encargado de sancionar nuestra separación! ¡El infierno ha conseguido alejarme de Gabriela!

VI

LA NECESIDAD POR GALA.

Me equivocaba.—Aún no había terminado aquella repugnante historia, en que la única verdadera víctima era la nobilísima doncella cuyo corazón estábamos desgarrando y cuya inocencia acabaríamos por escandalizar sacrilegamente.

Tres días después de mi rompimiento con Matilde, recibí la siguiente carta:

«Fabian: no llores ni me maldigas. Ven á verme: »te necesito.

»En cambio, te dará toda la felicidad que desees »tu madre,

MATILDE.»

Y debajo de estos renglones, había otro... ¡escrito de puño y letra de Gabriela!... que me hizo temblar de amor y de respeto, de remordimientos y de gratitud, como todo bien inmerecido.—Decía así:

«Ven..., para que sea feliz tu

GABRIELA.»

Abismos de horror entrevieron mis ojos al traves del velo de gloria y de ventura que envolvía esta carta, pero acudí al llamamiento sin vacilar...—¡La misma muerte érame preferible al dolor y á la desesperacion en que había pasado aquellos tres dias, lejos de Gabriela!

Encontré sola á Matilde cuando penetré en su gabinete. Estaba pálida como si acabara de salir de una enfermedad.

En la efusion de mi agradecimiento por la generosa carta que me había escrito, quise apoderarme de sus manos y besárselas; pero ella me esquivó tristemente y dijo:

—Ya sabía yo que vendrías si Gabriela te llamaba. En cuanto á ella, todavía ignora el valor de las palabras dictadas por mí, que te ha escrito al pié de mi carta... Pero descuida...; que hoy mismo te cumpliré mi promesa de hacerte dichoso.—Para que no dudes de mi sinceridad, he querido que tú propio oigas la explicacion que voy á tener con Gabriela...—Bueno será, sin embargo, que me explique tambien contigo..., no ya como tu amada... que fui, sino como tu mejor amiga que quiero ser...—Siéntate, pues, y escucha.

Yo callaba... ¡La tristeza de Matilde me causaba espanto! ¡Parecíame una nueva forma de su amor!

Ella suspiró profundamente, como si aquel silencio mio le arrebatase su última esperanza, y ya, desde entónces, marchó resueltamente al anunciado sacrificio.

—¡Fabian! (exclamó con una dignidad y una fortaleza de que nunca la hubiera creído capaz.) Voy á

ser sincera contigo. Yo te adoro todavía; pero ni mi amor ni mi compasion entran por nada en lo que te voy á decir... en lo que voy á hacer...—No: no te he llamado para pedirte de nuevo el lugar que ocupé en tu corazon, ni tampoco llena de generoso afan por tu felicidad y la de Gabriela...—¡No soy tan grande! — Te llamo, obligada á ello por mi propia conveniencia; por puro egoismo; para que me salves, en fin, del grave riesgo que corren mi bienestar y hasta mi vida... — Oye lo que me sucede.

Y entónces me contó la siguiente historia:

Su marido habia llegado á Madrid, enterado indudablemente (por algun anónimo) de que existia un jóven, llamado *Fabian Conde*, que no salia á ninguna hora de su casa. Guardóse, sin embargo, de preguntarle por mí á Matilde (sospechando sin duda su deshonra), y púsose á averiguar la verdad del caso. Pronto le confirmaron los criados, amigos y parientes que llevaba yo cerca de dos años de visitar asiduamente á la Generala, á todas horas del dia y de la noche; por lo que el celoso marido pasó de las preguntas á las pesquisas, y encontró en el cuarto de Matilde y en sus muebles cinco ó seis retratos mios (uno de ellos en el famoso medallon) y varios pañuelos y otros regalos con mis iniciales.

Provisto de estas armas, y tambien de un puñal y un veneno, el General, que era esencialmente trágico, encerróse con su mujer, y le dijo:

—Aquí tienes las pruebas de que eres la querida de un cierto Fabian que hace dos dias ha interrumpido la continua corte que te ha hecho durante mi

ausencia.—Mátate con este veneno, ó yo te mato con este puñal!

Matilde se echó á reir, y abrazó al anciano General cariñosamente, diciéndole entre sus alegres carcajadas:

—¡Hé aquí una prueba de tu amor, que me enloquece de júbilo! ¡Cuán feliz soy en verte celoso, y cuán equivocado estás tú al serlo!

El General se quedó desconcertado, y dispuesto ya á admitir como buena cualquier explicacion, en vista de la serena y descuidada actitud de su esposa.

Entónces le dijo ésta: que yo amaba locamente á Gabriela y que Gabriela tambien estaba enamorada de mí, no siendo otro el motivo de mis frecuentes visitas: que ella, Matilde, había sido débil y condescendiente con nosotros, permitiéndonos vernos y hablarnos á todas horas, por considerarme un buen partido para la jóven; pero que no había permitido se formalizara ningun compromiso hasta que viniese el General y diese su asentimiento: que aquellos retratos y aquellos pañuelos habían sido regalados por mí á Gabriela, la cual se los había ido entregando á ella, por no creerse autorizada á guardarlos, y, en fin, que si le quedaba alguna duda, llamase á la hermosa niña y la interpelase sobre el particular.

Matilde conocía el corazon humano y muy especialmente el de su marido. Adivinó, pues, desde luégo que éste se avergonzaria de llevar adelante sus averiguaciones tan luego como temiese estar calumniando la inocencia y ofendiendo el verdadero amor... Y así fué: el noble veterano se echó á llo-

rar, cayó de rodillas, pidió perdon á Matilde..., y tuvo á mengua comprobar la verdad de sus palabras.

Pero tambien sabía Matilde que los celos del General revivirían seguramente, si hechos ulteriores no confirmaban mis relaciones con Gabriela; y de aquí la carta que me había escrito llamándome, y las palabras que había hecho poner en ella á la pobre niña.

—No me agradezcas, por consiguiente (concluyó Matilde), el sacrificio que voy á hacer uniéndote á la venturosa rival que me ha robado tu corazon. ¡Dios sabe que no lo hago por virtud, sino por necesidad! Pero el tiempo cambiará nuestra situacion respectiva. Yo trataré de extinguir los recuerdos de tu cariño y de curar la herida de mi amor propio; y, cuando esto consiga y pueda sentir hácia tí una noble amistad, en vez de la adoracion y el rencor que juntamente me inspiras hoy, me complaceré en haber contribuido á tu dicha, en presenciaria, en no haberme quedado sin tí para siempre, y en ser como una madre... de tus hijos, ya que nunca pueda pasar como madre tuya á los ojos de mi conciencia...

—¡Oh, Matilde! (exclamé profundamente conmovido por estas últimas palabras.) ¡Tú te calumnias! ¡tú eres la mujer más grande, el sér más sublime que he encontrado sobre la tierra!.... ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Yo procuraré merecer tanta generosidad á fuerza de veneracion y cariño! ¡Yo seré tu hijo, tu hermano, tu siervo! ¡Yo besaré la huella de tus pasos!...

Y, hablando así, quise coger de nuevo sus manos y besárselas.

Matilde me rechazó con mayor severidad que antes, y tiró del cordon de la campanilla.

—Que venga la señorita Gabriela!—dijo al criado que acudió.

Yo caí de rodillas ante la Generala, exclamando:

—¡Dime antes que me perdonas!

Ella me miró entónces de una manera indefinible, que me dió miedo; pero luégo se pasó las manos por los ojos y la frente, y, señalando á su tocador, exclamó con renovada energía:

—Déjame en paz.—Entra ahí, y oye mi conversacion con Gabriela. Es menester que, para cuando mi marido vuelva esta noche, sepa ya la jóven que es tu prometida y que le pertenecen tus retratos y demas objetos que han podido causar esta mañana mi perdicion...

Yo obedecí, y entré en el tocador de Matilde, separado de su gabinete por unas cortinas.

Poco despues llegaba Gabriela á presencia de la Generala.

VII.

LUZ Y SOMBRA.

Empezaba á caer la tarde.

Era el 27 de Abril...—¡lo tengo muy presente!

Matilde y Gabriela se sentaron delante de una gran reja que daba al jardin de la casa.

Por los hierros de aquella reja trepaban los endebles y enmarañados tallos de un jazmin, cuyas nevadas florecillas recibían los últimos resplandores del sol poniente...

Matilde se había colocado de espaldas al tocador.

A Gabriela la veía yo frente á frente por entre el filo de las dos cortinas.

Estaba pálida, pero tranquila como su inocencia, y más hermosa que nunca...—En sus ojos resplandecían sentimientos de mujer de que seguramente se había dado cuenta durante aquellos tres días...

—«*Es mi esposa!*...»—murmuré en lo profundo de mi alma, con un respeto y una unción que jamás creí pudiera llegar á inspirarme la alegre niña de otros tiempos.

—Hija (pronunció al fin Matilde con voz trémula): te debo una explicación de las palabras que, á mi ruego, has escrito hoy á Fabian, al pié de una carta mia que no te lei...

La aragonesa se sonrió humildemente, en prueba de ilimitada confianza.—¡Aquella sonrisa hubiera desarmado al demonio!

Matilde continuó:

—Habrás extrañado también, aunque nada me has dicho, que nuestro pobre Fabian no haya parecido por acá hace dos días...

—Tres con hoy, mi querida madre,—respondió Gabriela melancólicamente.

—Y además de extrañarlo lo sentirás mucho... lo sentirás con toda el alma... ¿No es cierto, querida mia?

Gabriela levantó los ojos al cielo y murmuró:

—Lo siento por él!

—Pues ¿qué? ¿tú no lo amas?

La casta beldad se llevó una mano al corazón, y dijo:

—Yo no sabía anteayer lo que era amar... Hoy... siento aquí una angustia infinita, que, si no es la muerte, de seguro es el amor...

—¡Es el amor!—repuso Matilde con fatídico acento.

Callaron un instante.

La Generala debió de recordar entónces que yo era testigo de aquella escena, y dijo valerosamente:

—Pues bien, hija mia: tengo una buena noticia que darte: Fabian te ama tanto como tú á él.

—¡Ojalá!—murmuró piadosamente la jóven, como si rezara por mí; como si mi ventura le importase más que la suya; como si acabaran de decirle que podía redimir mi alma.

Matilde no comprendió aquella exclamacion, y dijo:

—No lo dudes, Gabriela. Si Fabian te lo ha ocultado hasta hoy; si ha asegurado en tu presencia que tenía innobles amoríos; si se ha calumniado á sí propio, mostrándose incapaz de puros y grandes sentimientos, todo ha sido por culpa mia...

Los ojos de Gabriela expresaron el mayor asombro.

—¡Por culpa de usted!... (profirió luégo con adorable sencillez.) No lo comprendo, mi querida madre.

—Sí (continuó Matilde): yo le ordené que procurase combatir y desalentar tu pasion hasta que el General viniese y dijera si aceptaba á Fabian por esposo tuyo...

—¿Y qué? (prorumpió la jóven con inesfable regocijo.) ¿El General lo acepta?

—Sí, hija mia: el General y yo os anticipamos desde hoy nuestra bendicion...

Un sollozo cortó aquí la palabra á Matilde.

Yo participé de aquella emocion, y me sentí lleno de piedad y de agradecimiento hácia tan heroica mujer...

Gabriela, por su parte, cruzadas las manos y alzados al cielo los ojos, en los cuales reverberaban los últimos destellos del sol de aquel dia, parecía un serafin cantando las alabanzas del Eterno.

La voz de la Generala, que volvió á sonar, me detuvo en el instante en que iba yo á salir de mi escondite y á arrojarme á sus piés.

—Esta misma noche (continuó diciendo la presunta víctima) escribiremos á tus padres, pidiéndoles su consentimiento.—Antes, habremos visto á Fabian y yo lo habré presentado á mi marido; lo cual quiere decir que acabará por quedarse á comer acá hoy, como en los mejores tiempos...—¡Ah! ¡se me olvidaba! Aquí tienes estos retratos, este medallon y estas flores marchitas... Son los regalos que Fabian te ha ido destinando (y depositando sumisamente en mi poder) los dias de tu santo, de tu cumpleaños, de año-nuevo, etc., etc. Yo he dejado de entregártelos hasta hoy, por no alimentar en tu corazon unas esperanzas que podía haber disipado la llegada del General. Pero ya no hay miedo... Ya es Fabian tuyo y tú eres de Fabian... ¡Abrázame, hija mia, y sé tan feliz como te mereces!

Matilde no se pudo contener al pronunciar aquellas últimas palabras y hacer entrega de las prendas de nuestros pasados amores. Echóse, pues, á llorar amarguisimamente. Entónces Gabriela, llorando tambien, se precipitó en sus brazos y le cubrió el rostro de besos; miéntras que yo penetraba en el

gabinete y me arrojaba á los piés de aquel tiernísimo grupo, que resumía todos los afectos de mi alma.

Gabriela, al verme, ocultó la ruborizada faz en el seno de la que consideraba nuestra madre. Esta se apresuró á enjugar sus lágrimas con no sé qué presteza fébril ó puramente dramática: levantóse, tranquila en apariencia y tratando de sonreirse; impulsó blandamente hácia mí á la conturbada jóven, y retiróse por su parte al opuesto lado del gabinete, donde se dejó caer en una butaca.

—Fabian (había dicho entre tanto): aquí tiene usted á su esposa... ¡Hágala usted muy feliz!...

—¡Matilde!...—murmuré siguiendo á la Generala en vez de acercarme á Gabriela.

—Déjeme usted ahora, Fabian! (dijo con impotente resignacion.) Estoy muy fatigada... Luégo hablaremos nosotros... No se inquiete usted por mí... Descenje usted á Gabriela.—El General estará aquí dentro de una hora, y es menester que nos encuentre á todos muy amigos!

¡Terrible egoismo del amor! Yo tomé estas palabras al pié de la letra, y, aprovechando el permiso de Matilde, y utilizando ferozmente su dolorosa magnanimidad, acerquéme á Gabriela, como si estuviéramos solos; le cogí una mano, y contemplé con arrobamiento su peregrina hermosura.

El sol se había puesto, y los resplandores del crepúsculo, filtrándose al traves de los jazmines de la reja, sólo iluminaban aquel lado de la habitacion, dejando en sombra el sitio en que había quedado Matilde.

Gabriela, inocente, dichosa, triunfante, estaba de

pié, á mi lado, junto á la florida reja, dejándome estrechar y acariciar aquella mano tibia y suave, confiada y cariñosa, que no temblaba entre las mias, sino que facilitaba ingenuamente la comunicacion de los amantes efluvios de nuestras almas, de nuestros corazones, de nuestra sangre juvenil..., alimento ya de dos vidas que principiaban á fundirse en una sola!

Nos miramos..., y sus ojos y los míos quedaron contemplándose infinitamente, inmóviles y como extasiados, sin ver otro mundo que el abismo de luz de nuestras ansias. Hablábanse y besábanse nuestras pupilas, y yo advertía, con inefable orgullo, que en las de Gabriela fulguraba toda la pasión de la mujer, al través de la santidad del ángel, dejándome ya presentir á la esposa, con su doble aureola de compañera y de madre, rendida á mis halagos y pagándomelos con los suyos y con los de nuestros hijos...

—¡Gabriela mia!...

—¡Fabian mio!...—murmuraron al fin nuestros labios, buscándose indeliberada é instintivamente; pero, ántes de que se tocaran, un sordo gemido sonó allá en las tinieblas que envolvían el fondo del gabinete.

¡Era Matilde, de quien nos habíamos olvidado!

Yo me quedé helado de terror, y solté la mano de Gabriela.

Ésta retrocedió, avergonzada y confusa; alzó las cortinas de una puerta inmediata, y desapareció rápidamente.

—¡Pobre Matilde mia! (exclamé entónces, corriendo asustado hácia la implacable Generala.)

Perdona.... He sido cruel.... He sido egoista....

—¡Muy egoista, muy cruel! (respondió ella con enronquecido acento, enjugándose las lágrimas que bañaban su rostro.) ¡Yo creía que, siquiera hoy, me guardarías la consideración de no acariciarla en mi presencia!...

—Perdona... Perdona, santa mía!...

—¡Oh! ¡no! (prosiguió Matilde.) Tú eres quien ha de perdonar.—Yo debí morir el día que descubrí que no me amabas... ¡Y yo me moriré.... descuida.... yo me moriré!...:

Parecióme que el mundo se hundía en torno mío, y, para evitar la total ruina de mis esperanzas, contesté atolondradamente:

—¡No digas eso! Yo te amo más que nunca... Yo os amaré á las dos... Tú serás siempre *mi Matilde*...

Y, conociendo el ascendiente que tenían sobre ella, más que mis palabras, mis caricias, cubrí su rostro de atropellados, ruidosísimos besos, que la fementida no tardó en principiar á pagarme.

Un lamento más triste que el anterior resonó entonces dentro del gabinete, y al mismo tiempo oímos, detras del cortinaje que cedió paso á Gabriela, el sordo golpe de un cuerpo que se desplomaba.

Fuimos allá, y vimos que la jóven, en lugar de irse, como nosotros nos habíamos figurado, lo que había hecho era ocultarse con su turbación y su curiosidad, hijas de su inocencia, detras de aquellas cortinas, y que desde allí lo había oído todo...

—¡La hemos matado!—grité fuera de mí, tratando de socorrer á la infortunada jóven.

—¡Tú nos has matado á las dos!... (rugió Matilde, impidiendo que me acercara á Gabriela.) ¡Véte! ¡Véte! ¡Ya no tengo defensa contra los celos de mi marido!

—¡Tú no morirás! (repuse entónces ferozmente.) ¡Dios conserva vivos á los demonios para castigo de los culpables como yo!...—¡Matilde! escucha la última palabra que oirás de mis labios: —¡Maldita seas!

Dije, y salí definitivamente de aquella casa, loco de amor y desesperacion.

VIII.

LA FUENTE DEL BIEN.

Como loco estuve, en efecto, muchos dias. Mi primer movimiento fué huir, sin pararme á examinarla extension del daño que había hecho, pareciéndome en ello al asesino y al incendiario y á todo el que comete un delito horrendo, indisciplable, para el cual no cree posible hallar perdon ni en su conciencia ni en la ajena...—Huí, digo, sin atreverme á averiguar si Gabriela había muerto aquella noche, si se había marchado de la casa, si con sus declaraciones ó con su silencio consumó la perdicion de Matilde á los ojos del General, ni si éste pensaba ó no pedirme razon de sus agravios.

Pero no imagine usted que mi fuga fué material: no crea usted que huí de Madrid. De donde huí fué de la virtud, del deber, de mí mismo, de mi propia memoria... Lo que hice fué desesperar del bien para siempre, y arrojarme en brazos del mal; buscar

refugio y compañía en los vicios, únicos amigos que no me desdeñarían ya en el mundo; intimar con los jóvenes más escandalosos que imperaban entónces en ciertos salones, en los dorados garitos y en los lupanares públicos ó privados; dejarme llevar del huracan de la disipacion y de las corrientes de la moda; no perdonar baile, festin, aventura galante, bastidores de teatro, ocasion de desafio, mesa de juego, ni desenfundada orgía; y todo ello... con tal de no quedarme nunca solo, con tal de no pensar en Gabriela, con tal de no tener noticias suyas, ó, más bien dicho, con tal de no tenerlas de mí propio...—¡Horrorizábame la idea de entrar en cuentas con mi alma!

Pronto, sin embargo, oí decir á personas indiferentes que Gabriela había regresado á Aragon!...

El mismo dia que supe esto, fué tambien el primero que me encontré á Matilde en la calle.—Iba en carretela descubierta, al lado de su infortunado esposo, el anciano y digno caudillo, que la miraba en aquel instante con adoracion y arrobamiento.—Él no me conocía.—Ella me miró imperturbable y descuidada, como si tampoco me conociera! Digo más: la graciosa sonrisa que en aquel instante dirigia á su marido, no se heló en sus labios, ¡y sonriéndole pasó y desapareció, más espléndidamente ataviada que nunca, más hermosa, más cínica, más desvergonzada!

Yo sentí un profundo dolor y luégo un extraordinario bienestar...—Era que Matilde acababa de morirse en mi corazon.

A la noche oí contar en el Casino que la Generala *** tenía un nuevo amante, y hasta hubo

quien dijo que los nuevos afortunados eran dos...

Alegréme intensamente. Aquello era ya echar tierra sobre un cadáver cuya pestilencia hubiera podido inficionar el resto de mi vida.

Borróse, pues, poco á poco hasta el recuerdo de Matilde en mi atormentado corazón, que ya no sintió hacia ella ni amor, ni odio, ni tan siquiera desprecio.—¡Érame, y me es hoy su persona, indiferente de todo punto; y puedo compararla á los cabellos que un día fueron nuestros, que luego nos dejamos cortar, y que pisotean en seguida gentes extrañas en el público salón de una peluquería!

—¡Es usted muy inhumano con sus cómplices!— exclamó el Padre de almas, sonriéndose al oír aquel símil.

—¡Tiene usted razón!—contestó Fabian, cerrando los ojos como para ver mejor los tiempos pasados...

Y después dijo:

—No he vuelto á ver á Matilde. Pocos meses después falleció el anciano General, y ella se marchó á Italia, donde parece que ha vuelto á casarse...

—¡Dios tenga misericordia de sus culpas!—murmuró el Jesuita.

—¡Yo la perdono!—respondió Fabian.

Y al cabo de un rato continuó diciendo:

A los dos ó tres meses de llevar aquella espantosa vida, apoderóse de mi alma un invencible cansancio, hasta que un día quedéme atrás en la vertiginosa carrera del desorden y el escándalo, y halléme solo,

desvalido y miserable, como soldado regazado que ve desaparecer á sus camaradas y no tarda en caer en manos del enemigo.—Mi enemigo era yo propio, segun acabo de decir, y en tan funesta compañía torné al fin á mi desierta casa, sin esperanza alguna de ser dichoso...

Para colmo de infortunio, pronto observé que, por más que había revuelto y enturbiado mi espíritu, por más que había pisoteado y encenagado mi corazon, no había conseguido cegar la fuente del bien, manantial inagotable de remordimientos. Por el contrario, tan luégo como empezó á serenarse el fangoso mar de mis pasiones, vi dibujarse en su fondo la luminosa figura de Gabriela. ¡Allí estaba, fija, inmóvil, indestructible cual mi propia conciencia; pero no echándome en cara, como ésta, mi infame conducta; no despreciándome ni escarneciéndome; sino triste y afable á un tiempo mismo, mirándome con lástima y con indulgencia, y sonriendo dulcemente en medio de sus lágrimas, como para animarme á intentar una reconciliacion con el cielo!

Aquella vision, que principió por causarme espanto, me fué inspirando poco á poco, primero una tímida confianza, y luégo una fe ciega en la inagotable bondad y acendrado cariño de mi adorada.—«Nunca podrá Gabriela (díjome todo mi sér) olvidar »lo que sintió por mí la tarde que se desposaron »nuestras almas al último fulgor del sol poniente, »junto á la reja de los jazmines; ni su angelical misericordia me negará un generoso perdon cuando »vea todo lo que padezco.»

No bien alimenté esta esperanza, mi pasion por

Gabriela recobró su antiguo aliento y regeneró mi espíritu. Parecióme que resucitaba á una nueva vida. Reprobé y reconocí mis excesos y locuras de aquellos últimos meses, como si no fuesen actos mios (sin considerar que el mundo á quien había escandalizado los reputaría siempre como tales), y principié á buscar á mi adorada con el mismo afán que había puesto poco ántes en huir hasta de su recuerdo. — ¡Así soy, padre mio, ó por mejor decir, *así era* ántes de que se consumase mi desventura!

Lo primero que averigüé fué que Gabriela partió de casa del General al otro día de la terrible escena del gabinete. Supuse, pues, que sería cierto lo que me contaron de que había regresado á Aragon, á casa de sus padres, y encaminéme al pueblo en que éstos vivían. Allí supe (no por ellos, á quien no me atreví á presentarme) que la jóven no había llegado á salir de Madrid, adonde sus padres seguían escribiéndole, aunque con este sobre:

*«A Sor María del Consuelo, Abadesa del Convento de ***, para entregar á Gabriela de la Guardia.—Madrid.»*

Torné á la corte, fuí al mencionado convento, y obtuve que la abadesa se dignase oirme.—A las primeras palabras que le dije con relacion á Gabriela, preguntóme vivamente, y como si hiciese ya mucho tiempo que me esperaba:

—¿Es usted Fabian Conde?

—Sí, señora,—le respondí maravillado.

—Pues vaya usted al torno, y allí le pasarán una carta que tengo para usted hace tres meses. No se canse usted, por lo demas, en volver aquí ni en

pedirme nuevas audiencias. Yo no puedo oír hablar, ni hablar por mi parte, del asunto á que dicha carta se refiere, ni ménos permitiré jamás que usted se comunique de manera alguna con la persona por quien acaba de preguntarme.

Y dicho esto, me saludó friamente, y bajó la persiana del locutorio.

Inútil creo decir el interés y la curiosidad con que volé en busca de aquella carta, que no podía ser sino de mi Gabriela...

De ella era efectivamente, y en el bolsillo la traigo con otras varias que he de leer á usted dentro de poco...

Hé aquí su contenido:

«Fabian: sé que, tarde ó temprano, vendrás á buscarme, no ciertamente por lo que yo soy, pobre criatura mortal llena de imperfecciones y miserias; sino por lo que Dios Nuestro Señor ha querido que mi humilde persona represente y signifique en tu degradingada vida.

»Lo que no sé á punto fijo es cuándo y cómo vendrás. Podrás venir inmediatamente, impulsado por un feroz egoismo, que á ti te parecerá amor y compasion. Podrás venir más adelante, impulsado por mejores sentimientos; esto es, por devocion al bien, creyendo equivocadamente que yo soy el bien mismo... Podrás, en fin, venir muy tardiamente, cuando, próximo á la tumba, te veas ya desechado por el mal como un instrumento inútil, en vez de haberlo desechado tú á él en tiempo hábil...

»Ello es que vendrás sin duda alguna; ora creyendo que me debes algo, que yo te necesito, y que puedes darme una felicidad que no tienes; ora ima-

ginando que yo puedo darte esa felicidad, perdóname, absolverte, redimirte...; cosas todas que no cabe obtener sino de Dios, directamente y por los propios merecimientos.

»Como quiera que sea, te escribo esta carta al día siguiente de nuestra última entrevista y el primero que paso en esta bendita Casa á solas con mi Eterno Padre, para que no dejes de encontrar, al acudir á mí, el único bien y el único consuelo que puede darte tu Gabriela.

»Fabian: no me juzgo ofendida por tí, ni te guardo rencor alguno. El ofendido es Dios, y el rencor te lo guardarás tú á tí mismo. Yo no he deseado más que tu bien, que hubiera sido el mio, y, al repudiarme como lo has hecho, tú eres el que resultas perjudicado. Quise guiarte por los senderos de la virtud, cuyos abrojos se convierten en blandas flores cuando no vacilamos en entregar nuestra carne á sus aparentes asperezas, y has preferido volver á los caminos del pecado, cuyas mentidas flores son el disfraz de punzantes espinas.—Te compadezco, pues, con toda mi alma.

»Pero dirás tú, y hasta creerás, *que te arrepientes*, y que por eso me buscas, para que yo te reconcilie con el bien. Fabian, el bien no se busca solamente con el deseo; se busca con méritos y penitencia.—No basta querer ser bueno: es menester serlo. No me busques, por lo tanto, tú mismo: haz que me busquen tus obras. Verás entonces cómo me hallas, aunque no me encuentres: verás cómo me tienes, aunque no me veas. Verás cómo estoy donde quiera que tú estés. Verás cómo no me echas de menos, aunque yo desaparezca de este mundo. Verás cómo

no necesitas de medianeros para obtener la paz, la dicha, la bendicion de Dios.

»Si yo creyera lo contrario; si yo creyera que permaneciendo cerca de ti, alentándote en tu camino y hasta premiándote anticipadamente, pudiera contribuir al mejoramiento de tu alma, créeme, Fabian; en lugar de haberme encerrado en esta celda, me habria ido á tu casa, sin dolor ni resentimiento alguno por lo acontecido ayer tarde, y feliz, cuanto puede serlo una criatura humana, al verte en camino de salvacion.—Pero eso hubiera sido curarte en falso, sin extirpar las raíces del mal, cuando es indispensable que tú te cures solo; que andes sin compañía la gloriosa calle de la Amargura; que pruebes tus fuerzas contra Lucifer y lo venzas en singular combate, y que no te propongas otro premio de tu victoria que la victoria misma.—Al que no le basta merecer el bien para ser feliz, no lo pueden hacer dichoso todos los bienes del cielo y de la tierra.

»Adios, Fabian. Nada temas por Matilde. Antes de salir de su casa, he hablado con el General y echado sobre mí todo lo que hubiera podido comprometerla, afligir al venerable anciano y ser un peligro para tí. Asi es que (¡Dios me perdone la mentira!), en concepto de mi tio, yo he sido tu prometida desde que llegué de Aragon hasta que ayer tarde rompí voluntariamente mi compromiso, prefiriendo el claustro al matrimonio. — No desmientas nunca esta explicacion, que deja á salvo á Matilde.

»Concluyo aconsejándote que no te afanes en procurar verme, ni en hacer llegar á mi poder cartas tuyas. Conoces mi constancia aragonesa. Todo

lo que intentes con semejantes propósitos será inútil. Yo no volveré á verte ni á hablarte, ni á leer una palabra escrita de tu mano, sino en el caso de que llegues á merecerlo, no á tu juicio, sino al mío; no porque tú me lo digas, sino porque lo cuente la fama.—Es el único voto que he pronunciado al pisar estos umbrales, y pienso cumplirlo religiosamente.—Por lo demás, ten entendido que, aunque encerrada aquí, conoceré todas tus acciones y sabré día por día cuanto hagas, cuanto digas, cuanto pienses.

»Hasta la vista en este mundo ó en el otro,

GABRIELA.»

IX.

EL TORMENTO DE SÍSIFO.

—¡Prodigiosa carta! (exclamó el Padre Manrique, cruzando las manos con fervorosa admiración.) Nadie diría que está redactada por una adolescente... Antes parece la obra de un doctor de la Iglesia, largamente probado por el infortunio. ¡Bien que Gabriela, según resulta de todo lo que usted me ha contado, era de la raza de las Mónicas y Teresas y de la Santa Catalina de Alejandría! Como ellas y como los Angeles del cielo, tenía la ciencia infusa del bien, y su misión sobre la tierra era sacarlo á usted del abismo del pecado.—Guarde usted esta carta y léala continuamente.—Yo no tengo nada que añadir á sus saludables preceptos.

—¡Siempre la llevo sobre el corazón (respondió

Fabian), y muchas veces la he leído! Sin embargo, confieso á usted que cuando la recibí, no la aprecié debidamente, ó, por mejor decir, no acerté á comprenderla. Sus más profundos consejos carecieron para mí de sentido, y sólo supe deducir de aquella especie de *teología amorosa* (así la calificó mi soberbia satánica), que Gabriela seguía queriéndome á pesar de todo, y que nada me sería más fácil que obtener su perdon y su mano, á pocas muestras que le diese de arrepentimiento y de cariño.

Ahora bien: como mi alma superabundaba en este cariño y este arrepentimiento (á lo ménos tal y como yo podía sentir semejantes afectos en aquel entónces), resolví desde luégo todo lo contrario de lo que Gabriela me prevenía en su carta, creyendo, en mi locura, complacerla más realmente y probarle mejor mi pasión con un *sitio* en toda regla, que con la vida penitente que me aconsejaba.

Comencé, pues, á rondar el Convento á todas horas. Gané al jardinero y al dispensero, y, por medio de ellos y de las sirvientas de la santa casa, conseguí que Gabriela encontrase diariamente sobre la mesa de su celda una carta mia.—En aquellas cartas le confesé todos mis pecados; le expliqué los remordimientos que me hizo sentir desde que, tan niña todavía, llegó de Aragon y fijó sus claros ojos en los míos; le pinté el inmenso amor que no tardó en inspirarme, primero hácia la virtud y luégo hácia ella; el odio y la repugnancia con que de resultas miré ya á Matilde; mis luchas con ésta; mi debilidad de no romper con la adúltera, por seguir viendo de cerca á mi adorado ángel, y las horribles escenas á que dió origen la llegada del General á

Madrid. Habléle, en fin, un día y otro de la vehemencia y sinceridad de mi amor, de mis propósitos de enmienda, de la triste soledad en que vivía y de lo necesitado que estaba de aliento y de esperanza, y le pedí, como á mi Angel Custodio que era, que me guiase por la senda del bien, ó sea que me escribiese de vez en cuando una palabra de consuelo, diciéndome que estaba contenta de mí y animándome en la batalla contra los espíritus de las tinieblas, contra el mundo y contra mis pasiones.

Por lo demas, pasaba casi toda mi vida en la iglesia del Convento. Allí estaba, desde que la abrían al amanecer hasta que la cerraban al medio día, y desde que volvían á abrirla por la tarde hasta después de anochecido, sin apartar mis ojos del coro, por si cruzaba la sombra de Gabriela al través de las celosías, y atento siempre á los cantos y rezos de las Virgenes del Señor, tratando de percibir entre sus voces la de mi adorada... ¡Pero todo fué inútil! ¡Ni Gabriela contestó á mis cartas, ni respondió cosa alguna á los recados verbales que hice llegar hasta ella, ni columbré su sombra á través de la gran reja del coro, ni distinguí una sola vez su dulce voz en los conciertos místicos que allí dentro resonaban!...

Principiaron á faltarme las fuerzas.—Entonces volví á leer su carta, y fijé mi atención en estas frases:—«No me busques tú mismo; haz que me busquen tus obras...» «No basta querer ser bueno; es menester serlo...» «Es indispensable que tú te cures solo; que andes sin compañía la gloriosa calle de la Amargura...; que no te propongas otro premio de tu victoria que la victoria misma.»

La tremenda austeridad de estos preceptos y la invencible constancia con que Gabriela subordinaba á ellos su conducta respecto de mí, causáronme espanto y convirtieron mi desaliento en la más ruin cobardía. ¡Víme en la situación de un hombre que, despues de haber marchado de sol á sol por ásperos breñales, oyese decir que todavía estaba tan léjos del punto en que se proponía descansar como cuando emprendió su fatigosa jornada!...

Desesperé, por consiguiente. Yo no podía, yo no sabía ser bueno á solas, sin público, sin recompensa, sin auxilio, ¡sin que á lo ménos me constase que alguien me anotaba en cuenta el esfuerzo y el mérito de cada día!...

—¡Alguien! (exclamó el padre Manrique.) Pues ¿y usted? ¿No era nadie para llevar esa cuenta?...

—No me bastaba mi testimonio...,—murmuró Fabian Conde.

—¡Es verdad! usted no vivía entónces por dentro: usted no tenía vida interior: usted no tenía conciencia...;Pero quedaba Dios, supremo testigo de todas nuestras acciones!...

—Olvida usted...—tartamudeó el jóven.

—¡Es verdad! ¡usted no se comunicaba tampoco con Dios, de resultas de no comunicarse consigo mismo!—Continúe usted... continúe usted... ¡Los términos del problema se van simplificando, y pronto lo resolverá usted sin mi ayuda!

—Digo que desesperé cobardemente. Parecióme que no era posible, que no era racional, que no era humano lo que Gabriela exigía de mí. Atribuí su

constancia á terquedad aragonesa, ó á falta de amor. Creíla exenta de naturaleza mortal y de pasiones terrestres, y consideré que, pues no todos los hombres han nacido para Santos..., yo no estaba en aptitud de consagrar toda mi vida á una lucha estéril, de la cual resultaría sin felicidad en este mundo, ni bienaventuranza en el otro. Porque ¿cómo ser feliz aquí abajo, amando á una mujer que se negaba oirme? ¿Ni cómo escalar el cielo desde el infierno de mi soledad y mi desesperacion?

—Siga usted... Siga usted... (replicó el padre Manrique con visible enojo.) ¡No intente usted disculparse! ¿Qué quiere decir eso de que *no todos los hombres han nacido para Santos*? ¡Todos, señor Conde, todos podemos llegar á la beatitud, porque todos hemos nacido libres! Ya se lo dijo á usted Lázaro la noche de la consulta: «*Los Santos fueron hombres de nuestra misma arcilla.*» ¡Sólo que ellos usaron de su libre albedrío abrazándose al bien, mientras que usted y yo y la mayoría de los hombres transigimos con el mal, á sabiendas de que ofendemos á Dios y manchamos nuestra alma, como nos lo advierte sin cesar nuestra conciencia!

—¡Es verdad! Mi conciencia, aún en los días que ménos le he prestado oídos, háme advertido siempre cuál era el camino de la perfeccion. Pero faltábame fuerzas (ó á lo ménos tal me lo imaginaba) para marchar á solas por el áspero sendero de la virtud, y de aquí el que, con objeto de sofocar los gritos de mis remordimientos, ó más bien *para no oirlos*, acabase siempre en mis recaídas por buscar el estruendo del mundo, el vocerío del escándalo, el vértigo de la orgía, el delirio de la embriaguez,

hasta conseguir de este modo aturdirme, ensordecere, embrutecerme, ó cuando ménos no tener tiempo ni espacio para pensar en mi pobre alma.

Esto hice de nuevo en aquella ocasion. Abandonado por Gabriela, y no bastándome á mi mismo para ser dichoso, torné poco á poco á mi antigua vida; primero tímidamente, ó sea procurando que mis excesos no fueran conocidos del público, á fin de que no pudiesen llegar á oídos de ella; y, más tarde (cuando me convencí de que el mundo conocía mis nuevos extravíos y que, por consiguiente, Gabriela no podría ya ignorarlos de manera alguna), entregándome á velas desplegadas á los cuatro vientos del libertinaje, escandalizando á Madrid con lo que mis aduladores y discípulos llamaban mi *fortuna amorosa*, y eclipsando á veces la audacia y la impiedad de D. Juan Tenorio y de lord Byron.

Fué ésta, entre todas mis campañas de calavera, la más ruidosa, la más *brillante*, la más terrible! Llegué entónces al apogeo de mi execrable popularidad. Los padres y los esposos se indignaban ó temblaban al oír pronunciar mi nombre; las mujeres honradas ponían la cruz al verme; los hombres morigerados y pacíficos evitaban mi encuentro... En cambio, las hembras sin pudor, de cualquiera alcurnia que fuesen, se disputaban una mirada mia, mientras que los calaveras más valientes, los duelistas de profesion, procuraban apartarse de mi camino. ¡Mi cólera era tan avasalladora como mi amor! ¡Todo el mundo me temía!... ¡Solamente yo mismo me despreciaba!

Despreciábame, sí, tan luégo como me quedaba solo y pensaba en Gabriela; y, cual si la justicia divina se complaciese en prodigarme estas horas de amarguísima soledad é insoportable tedio, halléme pronto con que el vino se negó á enloquecerme y el sueño á coronarme de adormideras.—Cuando, al remate de una frenética orgía, todos los comensales estaban entregados al febril alborozo y á los delirios de la embriaguez, yo permanecía frio y sereno como la roca en medio de un mar alborotado; y cuando el sueño cerraba los ojos del último camarada que departía conmigo ó de la pobre mujer que reposaba entre mis brazos, yo solo quedaba despierto, vigilante, pensativo, contemplando, á la luz de las moribundas lámparas y de la naciente aurora, las botellas vacías, las copas derribadas, y á los callaveras y á las bacantes sumergidos en la estupidez del sueño, ó sea en el negro océano del olvido...

Por entónces conocí á Lázaro y á Diego.—Después de estas noches de disipacion, íbame á pasear mi insomnio y mi tristeza por las calles de Madrid, durante las primeras horas de la mañana, y así fué como pasé un dia por delante del Colegio de San Carlos, y ocurrióme la lúgubre idea de penetrar en él á contemplar muerta y despedazada á una de aquellas sacerdotisas de Vénus, que acababa de morir en el Hospital General, y cuyo cadáver habían elegido los profesores de Medicina para estudiar no sé qué enfermedad del corazon.

No tardé en referir á Diego y á Lázaro, entre mis demas historias de amores, la relativa á Gabriela.—Diego opinó, como yo, que era un delirio, una quimera, un absurdo, lo que la jóven exigía de mí.

—«Gabriela (exclamó, resumiendo su dictámen) es un espíritu enfermo, una fanática, un sér privilegiado, si quereis; una criatura semi-divina; pero incapaz por lo mismo de subordinarse á las leyes de la naturaleza humana, ni de labrar la felicidad terrena de un débil mortal como tú, como yo y como la casi universalidad de los hombres.—»Prefiero á mi Gregoria.»

Lázaro nos hizo la oposicion, segun costumbre, en nombre de sus ascéticas teorías, y me suplicó una vez y otra y ciento, que renunciase completamente al mundo; que me encerrase en mi taller de escultor, á labrar estatuas de Vírgenes y de Santos, en vez de divinidades paganas; que pensase allí en Gabriela á todas horas, sin cuidarme de que mis amantes recuerdos llegasen á sus oídos, y, en fin, que procurara *merecerla* á mis ojos, aunque no tuviese ni hubiere de tener nunca esperanza de *conseguirla*.

La fria insistencia é insoportable pesadez con que Lázaro me predicaba continuamente en este sentido, acabaron por hacerme odiosa aquella conversacion, á tal punto (rubor me causa decirlo), que hube de prohibirle al cabo, con desabrida seriedad que en adelante me hablase de Gabriela...

En cuanto á Diego (tambien lo recuerdo con rubor), trató indignamente más de una vez materia tan delicada y santa, presentándomela por vulgares aspectos, y procurando ridiculizar á mis ojos el carácter y el *pretendido* amor de la jóven aragonesa.

Pero yo necesitaba entónces creer que Diego estaba en lo justo, y nunca le prohibí ni le censuré que

hablase en aquellos términos de la que seguía siendo, á pesar de todo, alma de mi alma.

Así vivía cuando sobrevinieron los sucesos que ya le he referido á usted; ó sea la llegada de Gutierrez á Madrid, portador de mi fortuna y de mi título de Conde; la violenta discusion que Diego y yo tuvimos con Lázaro la noche de la célebre consulta; nuestro definitivo rompimiento con él; mi grave enfermedad, resultado de aquella espantosa escena; la rehabilitacion de la memoria de mi padre, y mi nombramiento diplomático para Lóndres.—Tiempo es, por consiguiente, de que pase á contarle á usted la última parte de mi complicada historia, y de que sepa usted á qué extremo de desventura me han traído los errores de mi juventud..., errores que no he conocido hasta que la fatalidad ha empezado á servirse de ellos para castigarme, y sobre todo, hasta que sus palabras de usted han principiado á iluminar los abismos de mi alma...

¡Pueda usted asimismo indicarme una tabla de salvacion en el tremendo conflicto que me rodea y en que yo no veo otro refugio que el crimen para escapar de la deshonra!—Sí, Padre: *á los ojos de mi razon*, no tengo hoy más remedio que matar á Diego ó causar la muerte de Gabriela; que ir á presidio como falsario, ó que saltarme la tapa de los sesos... ¡Son las dos alternativas en que me ha colocado mi aciaga estrella!

—Todo eso es *á los ojos de su razon de usted* (respondió tranquilamente el padre Manrique). Falta ahora averiguar si *á los ojos de la razon divina*, ó

sea de la moral cristiana, hay algun medio de conjurar esos horrores.—Cuénteme usted, pues, la última parte de su pobre historia.

—Es la única que puedo referir sin sonrojarme.—
Dígala usted, padre mio.

LIBRO V.

LA MUJER DE DIEGO.

I.

DESPEDIDA Y JURAMENTO.

Muchas y muy diversas causas, que no se ocultaban á la penetracion de usted; por ejemplo: la honda impresion que produjeron en mi ánimo la desastrada muerte de mi padre y el suicidio de doña Beatriz; la grave enfermedad en que me había visto á las puertas del sepulcro; el repentino favor de mi siempre contraria suerte (que de pronto me devolvía nombre, honra, un título de nobleza y una gran fortuna); el eco de los discursos de Lázaro, que no cesaban de resonar en mis oídos y que yo quería desmentir de alguna manera; la invencible melancolía con que, á mi pesar, recordaba nuestro rompimiento; la dulce satisfaccion que no pude ménos de experimentar ante el halago y el respeto con que la sociedad saludó en mí al heredero del rehabilitado Conde de la Umbria; aquella benevolencia y mansedumbre á que nos predisponen siempre las prosperidades inesperadas ó por largo tiempo combatidas, y, por último, el recuerdo de mi pobre madre, abandonada y ofendida por mi padre (recuerdo que

se confundía en mi imaginacion con el de Gabriela, ofendida y abandonada por mí); todas estas causas, digo, dieron lugar á un profundo y verdadero cambio en mis sentimientos y en mis ideas; miré con mayor disgusto que nunca mi vida pasada; tomé horror al libertinaje; propúseme ser hombre de bien, si no hasta el punto que Lázaro me había predicado tantas veces y que Gabriela me prevenía en su inolvidable carta, hasta donde alcanzasen mis fuerzas y mi decidida voluntad; y, como consecuencia de todo, díjele á Diego, al tiempo de despedirme de él para marchar á mi Embajada:

—Vé pensando en casarte, amigo mio. Yo me casaré á mi vuelta del extranjero, ó, si no, me marcharé á las misiones de Asia. ¡Basta ya de escándalos y abominaciones!

Diego se sorprendió mucho al pronto; pero luego reflexionó y dijo:

—Lo comprendo. Quieres pagarle á la suerte sus favores; deseas ser virtuoso, imponerte deberes, contribuir á la felicidad de álguien...

—Acabas de leer en mi alma, queridísimo Diego!—prorumpí con una emocion inexplicable.

El me estrechó en sus brazos, no ménos conmovido que yo, y continuó de este modo:

—Pues se dijera que tú has leído tambien en mi corazon al aconsejarme que me case! Desde que, gracias á tus recomendaciones, mi parroquia de médico crece como la espuma; desde que, merced al dinero que me has prestado, me veo establecido en una preciosa casa..., demasiado grande y bella para mí solo; y, muy particularmente, desde que te contemplo feliz, y en vísperas de abandonarme para

marchar á esa Embajada, me paso las noches pensando en escribirle á Gregoria lo que hace tantos años espera...; á saber: que Diego Diego no tendría inconveniente en llamarla su mujercita...

¡Bien por Diego Diego!—exclamé yo, devolviéndole su abrazo.

Y ambos nos echamos á llorar como dos criaturas.

—Supongo (prosiguió mi amigo), que lloras de alegría como yo, al considerar lo buenos y lo felices que todavía podemos ser en otro estado, sin que estas lágrimas representen ni por asomos un homenaje fúnebre rendido á nuestra amistad de solteros...

—¡Qué disparate! (contesté yo calorosamente.) ¡Al contrario! Nuestra amistad se estrechará con dobles vínculos, ó sea con el amor que se tendrán nuestras mujeres. ¡Es menester que sean tan amigas como nosotros lo somos hoy!...

—¡Seremos cuatro hermanos! (replicó Diego.) Gregoria te quiere ya sin conocerte... Mi deseo hubiera sido que la vieses y trataras ántes de irte, á fin de que me dijeras tu opinion acerca de su persona, hoy que entre ella y yo no existe todavía compromiso alguno... Pero desde hace un mes se halla en Torrejon, de donde no vendrá ya hasta las Ferias...—En fin: ¿qué remedio? No me declararé hasta que regreses...; pues ya te tengo dicho que *mi mayor desventura fuera casarme con una mujer que no te gustara!*—¿Cuánto tiempo estarás en Lóndres?

—Seis meses á lo más...—Es el plazo que me he dado á mí mismo para resolver definitivamente acerca de mi porvenir.

—Perfectísimamente: aguardaré tu regreso...—
¿Qué haría yo sin tí en esta ni en ninguna circuns-
tancia grave de mi vida?—Querré, pues, cuando lle-
gue el caso, que tú te encargues de pedir oficial-
mente á mi futura; que seas despues el padrino de
la boda; que luégo lo seas de los bautizos, y que
mis hijos tengan en tí un segundo padre, por si
este higado de mis pecados, que siento más enso-
berbecido cada dia, me mata, como temo, dema-
siado pronto...—Pero hablemos algo de tu novia...
¡Excusado es decir que no la tienes; pues, de lo con-
trario, yo lo sabría ántes que tú mismo!...

—La tengo y no la tengo (le contesté): y me ex-
plico así, porque bien te consta que no hay más que
una mujer en el mundo á la cual pueda yo entregar
mi corazon y mi nombre...

—¿Cómo! ¿Gabriela? (exclamó Diego lleno de
asombro.) ¿Piensas todavía en la sobrina de Ma-
tilde?

—Nunca he dejado de pensar en el Angel de mi
guarda,—contesté yo solemnemente.

Diego, que, como ya sabe usted, era bueno en
algunas ocasiones, y que aquel dia estaba entrega-
do á sus mejores sentimientos, simpatizó con la
piadosa adoracion que revelaban mis palabras, y
dijo inclinando la frente:

—Haces bien: Gabriela, á pesar de sus excentrici-
dades, es la única mujer que puede hacerte di-
choso, y tambien la única digna de poseer tu cora-
zon, cuando tu corazon se purifique.—¡Falta ahora
saber si habrá manera humana de decidirla á ca-
sarse contigo!...

—Eso es lo que á tí te toca averiguar durante mi

ausencia. ¡Sólo tú me quieres lo bastante y tienes el talento, la energía y los medios de persuasión necesarios para convencerla!

—¿Sigue en el Convento?

—No lo sé; pero es lo más probable. Hace ya cerca de dos años que no me he acercado á aquella santa casa...; y, despues de lo que en esos dos años he hecho de mi corazon y de mi conciencia, no me atrevo á pasar por allí ni á pronunciar el nombre de Gabriela delante de las personas á quienes solía pedir noticias suyas... ¡Me parecería un sacrilegio, una profanacion! Es menester, por consiguiente, que tú lo hagas todo: que la busques; que la halles, donde quiera que se esconda; que le digas que ya soy otro hombre, y que la convenzas de que para mí no habrá en adelante más mujer que ella, ni otro solaz ni esparcimiento que contemplar su dulce imágen en el fondo de mi alma. Asegúrale todo esto sin temor de inducirla á engaño. ¡Por la memoria de mi madre te juro, que nunca te arrepentirás de haberle respondido de mí!... ¡Maldígame desde el sepulcro la noble mártir que me llevó en sus entrañas, si falto algun dia á este juramento!!

—¡Basta! (contestó Diego con una fe que se transmitió á mi espíritu y lo inundó de gozo.) ¡Gabriela será tuya! ¡La amistad que te profeso y el crédito que doy á lo que acabas de jurarme en nombre de tu madre (¡á mí, ¡ay triste! que no puedo jurar por la mia!), me servirán de ariete y fuerza para derribar los muros del Convento y los no ménos resistentes de la voluntad de tu adorada! Márchate, pues, descuidado. ¡Aquí quedo yo!

—En tí confío!—le contesté, abrazándolo de nuevo.

Y partí.

II.

DIEGO, FIADOR DE FABIAN.

Durante cinco meses, Diego no me habló de Gabriela en ninguna de sus cartas, limitándose á responder á mis frecuentes interpelaciones con esta sencilla fórmula:—«Tus asuntos corren de mi cuenta. Déjalo todo á mi cuidado.»—Pero al cabo de aquel tiempo, y cuando ya principiaba yo á desesperar del logro de mis esperanzas, escribióme la carta que voy á leer.

Mucho ha de sorprender y maravillar á usted su contenido, como á mí me sorprendió y maravilló entónces; y eso que yo conocía de antemano á mi amigo, y sabía hasta dónde rayaban su decision, su impavidez, su apasionada elocuencia, su irresistible gracejo ó su imponente seriedad, y todos los demás medios de que lo dotó la naturaleza para dominar y persuadir á los humanos...—Así es que yo soy el primero en declarar que sólo él hubiera realizado los verdaderos milagros de que me daba cuenta en los términos siguientes:

«Queridísimo Fabian Conde, conde Fabian y Fabian mio:

»Como médico que soy, hace tres meses, del Convento de *** (plaza improductiva que me he procurado á trueque de la muy bien retribuida que

desempeñaba en el Hospicio,—lo cual quiere decir que me debes para ante Dios no sé cuántos miles de reales);—como grande amigo que soy además de aquella madre Abadesa que tan ásperamente te recibió cierto día, y poseedor de toda su confianza, de su más alta veneracion y de su más profundo miedo (pues la buena señora ha llegado á creer que no se morirá hasta que yo quiera, y que, si yo me empeño, no se morirá nunca);—y, en fin, como íntimo confidente y casi hermano que soy tambien de una encantadora aragonesa, llamada Gabriela de la Guardia, que hace dos meses pide á Dios por tí... y por sí misma... en aquel santo retiro,—tengo el gusto de participarte que no cesan de llegar á dicho convento fidedignos informes (trasmitidos por confesores, sacristanes y dispenseros) acerca de la vida ejemplar que llevas en las orillas del Támesis, y por la cual yo mismo te felicito.

»Háblase, en efecto, de las cuantiosas limosnas que das á los católicos pobres del país y á los papistas emigrados de Italia y Portugal; de cómo has resistido las seductoras miradas y sonrisas de más de una lady *non-sancta*; de tus concienzudos trabajos diplomáticos miéntras has estado encargado de la Legacion en ausencia de tu Ministro; del culto ferviente que rinde tu alma al recuerdo de Gabriela, *á quien no te atreves á escribir hasta que ella te autorice para tan grande honor*, y, en fin, de otras muchas cosas que *el médico de la casa* confirma, repite y glosa siempre que va por allí, sin contar las que el mismo médico adivina, deduce ó inventa, como, v. g., que el antiguo escéptico Fabian Conde va ya á misa; que se confiesa como Dios manda; que

ha ayunado la última cuaresma, y que poco ha faltado para que se vaya á Italia con Lamoriciere á pelear bajo la bandera del Padre Santo...—Y como los primeros hechos citados son ciertos y notorios, segun comunicaciones de la policía clerical de Gabriela y de la Abadesa, y como los inventados por mí están autorizados por mi cara de juez infalible y por la altísima idea que se tiene en el Convento de lo que yo he contribuido á volverte á la senda de la virtud, resulta que nuestra pertinaz, denodada y hermosa aragonesa (muy más hermosa ciertamente de cuanto me hicieron imaginar tus celebraciones, y más enamorada de tí que el primer día), comienza á flaquear y á conmoverse (por más que trate de ocultármelo), mientras que la madre Abadesa no ha tenido inconveniente en decirle hoy delante de mí, «que si continuas hasta fin de año dando tan evidentes muestras de arrepentimiento, será cosa de escribir á Aragon á cierto padre y á cierta madre, rogándoles aconsejen á su hija que trueque la blanca toca de su indefinido noviciado por la corona de Condesa de la Umbría.»

»Oír yo esta luminosa idea; arrancarle á la Superiora una carta para los padres de Gabriela recomendándoles desde luego tan ventajoso proyecto de enlace, y disponerme á salir esta noche para Aragon, todo ha sido una cosa misma.

»Parto, pues, dentro de dos horas, con la carta de la Abadesa en el bolsillo, y sin que Gabriela conozca nuestro complót. ¡Figúrate tú si me será ó no fácil convencer á los padres de tu adorada de lo muchísimo que conviene á ésta dar la mano de es-

posa á un hombre jóven, gallardo, de talento, título de Castilla, millonario, amigo de los Ministros y que la quiere con toda su alma! ¿Qué les importará á aquellos señores, ni qué puede importar á nâdie que no lleve las cosas á la exageracion que Gabriela, el que hayas hecho más ó ménos locuras amorosas durante tu vida de mozo?—«¡Mejor! (dirán ellos) ¡Así no las hará despues de casado!»

»Conque hasta la vuelta de mi Embajada, de cuyo éxito no te permito dudar.

»Pero, ántes de cerrar esta carta, hablemos un poco de mí y de la pobre Gregoria; pues tambien nosotros somos gente, y tambien nos queremos ya demasiado para seguir solteros.

»Van á cumplirse los seis meses que creíamos iba á durar tu ausencia; y por pronto que yo consiga acabar de reducir á Gabriela, todavia pasará, cuando ménos, otro tanto tiempo ántes de que puedas venir de la manera que me indicas, ó sea con autorizacion expresa de la desconfiada jóven y en la absoluta seguridad de que se casará contigo.

»Pues bien, mi querido Fabian: ni Gregoria ni yo podemos esperar tanto.—*Non possumus...* ¡te lo juro por los ojos negros de mi futura!

»En cuanto á la historia de esta repentina impaciencia mia, despues de lo mucho que he hecho esperar y desesperar á Gregoria, es la siguiente:

»Desde que te fuiste, volví á empeorar de este endiablado hígado mio, capaz de producir bilis bastante para amargar todos los rios del mundo; de cuyas resultas andaba yo otra vez por las calles de Madrid, como anda el leon en su jaula del Retiro, mirando á la gente de reajo y murmurando entre

dientes, entre colmillos y entre muelas: *«¡ Voluntad y fuerza no me faltan: si no os despedazo á todos, es porque no puede ser!*

»Conocí que, de seguir las cosas de aquella manera, iba a volverme loco ó á morirme, y comprendiendo que la absoluta soledad en que me habías dejado era la causa principal de la exacerbacion de mi perpetua ictericia, insté á Gregoria para que volviese inmediatamente á Madrid, y apeguéme á ella como á mi única tabla de salvacion.

»La veo, pues, todos los dias y casi á todas horas. Su madre y ella me cuidan, miman y agasajan como á un nietecillo mal criado. Almuerzo, cómo, paseo y voy al café ó al teatro en compañía de las dos, y las noches inclementes juego al tute con la que ha de ser mi suegra, miéntas que devoro á miradas á la que ha de ser mi esposa.— Pero llegan las doce de la noche, y tengo que irme á mi solitaria vivienda, en lugar de quedarme allí, como me lo mandan imperiosamente todas las leyes divinas y humanas, exceptuando de entre las primeras la que ha establecido la aduana matrimonial á las puertas del paraíso del amor...

»Imagínate, por lo tanto, el trabajo que me costará cada noche interrumpir el tierno diálogo de mis ojos con los ojos de Gregoria..., precisamente en el momento en que los ojos de Gregoria, haciendo traicion á la reserva y timidez de la soltera, principian á hablarme el lenguaje que me hablarán cuando esté casada!...

»Conque... ya ves que no podemos esperarte. Tú serás desde ahí, por medio de poderes, el padrino de nuestra boda, la cual se verificará pocos dias

despues de mi regreso de Aragon. Para ello, tenemos ya tomada casa y principiado á comprar muebles.—La madre de Gregoria se irá á Torrejon, á ponerse al frente de *nuestros Estados*, que consisten en unas viñas, un molino y algunas casas, todo ello correspondiente á la legitima paterna de mi futura, y tasado en más de doscientos mil reales. De modo que voy á ser todo un señor propietario; sin contar con que acabaré por ser muy rico, pues, segun he llegado á entender, mi suegra tiene mucho dinero ahorrado, y con el tiempo heredará de un tío suyo no sé cuántos cortijos y olivares.

»Por lo demas, no temas, mi querido Conde, que ni las riquezas ni el amor puedan alejarme de tí, ni aminorar el cariño del alma que te profeso. Al contrario: hoy más que nunca mi espíritu se halla como identificado con el tuyo, y no tendré por felicidad la que á tí no te lo parezca, la que tú no presencias y aplaudas, la que tú no consideres digna de tí y por consiguiente de mí. Así lo ha comprendido Gregoria, á quien he contado toda tu vida, aventuras, triunfos y grandezas; por lo que desea y teme contigo, como se desea y teme un exámen. Su mayor gloria, pues, será que la juzgues digna de su Diego, y de aquí su temor de no gustarte... «*Entonces me aborrecerías y te arrepentirías de haberte casado conmigo,*» suele decirme; y yo la tranquilizo, contestándole que tú y yo nos hemos acostumbrado de tal manera á sentir y pensar de un mismo modo, que más fácil me parece que te enamores de ella cuando la conozcas, como yo he estado expuesto á enamorarme de tu Gabriela, que el que le des calabazas en el mencionado exámen.—Y la verdad es,

amigo Fabian, que mi Gregoria, á pesar de su prosáico nombre y de su mediana alcurnia, no tiene nada que envidiar á ninguna princesa conocida ni por conocer! Es hermosa, discretísima; más perita que yo en artes, literatura y otras cosas; elegante y distinguida como las que van en carretela propia á la Fuente Castellana, y, sobre todo, yo la amo... tu Diego la ama, ¡tu pobre Diego, tan viejo y valetudinario!... ¡La amo, sí, yo que no había amado nunca! ¡la amo, y ella me corresponde como si mi amor mereciera el suyo! ¡la amo, Fabian, y, por consiguiente, tú le tomarás tambien cariño, tú aprobarás mi eleccion, tú no nos harás desgraciados con una censura cruel de nuestra dicha!

»¿Ves como soy para tí el amigo de siempre? ¡Ningun hombre le habrá dicho jamás á otro lo que yo acabo de decirte!... Bien es cierto que tampoco ningun hombre habrá podido asegurar que dispone del alma y de la vida de nadie, como tú dispones y dispondrás eternamente hasta de la última gota de sangre de tu

DIEGO.»

«Postdata:

»Calmada la emocion con que te he escrito las últimas líneas, veo que se me ha olvidado lo principal que tenía que decirte.

»Necesito que, mientras yo voy á Aragon y vuelvo, me envíes lo siguiente por la estafeta del Ministerio de Estado:

»1.º Un poder á tu administrador para que te represente como padrino en mi casamiento;

»2.º Un buen retrato tuyo para mi despacho, y otro todavía mejor para la sala;

»Y 3.º, tu regalo de boda, que debe ser un corte de vestido, con sus adornos correspondientes y el último figurin publicado en Lóndres.

»Dicho vestido se lo pondrá Gregoria para ir al altar.—Esmérate, por consiguiente.

»No te envío hoy el retrato de Gregoria, porque de dos que le han hecho con este fin, no le ha gustado ninguno. A mi regreso se volverá á retratar, y te enviaré su dulce imágen.—Adios.»

Innecesario creo, padre mio, comentar la segunda parte de la precedente carta.—Vuelvo, pues, por ahora, á lo concerniente á Gabriela.

Era verdad casi todo lo que le habían contado á ésta, relativamente á mi arrepentimiento y á la buena conducta que observaba yo en Inglaterra. Sin haber llegado (pues yo no debo ocultarle á usted cosa alguna) á las prácticas religiosas que me había atribuido Diego, ni tan siquiera al conocimiento de la Providencia de Dios... (suprema felicidad que hasta ahora me ha negado mi mala estrella), profesaba ya un profundo amor al bien; afanábame por adelantar algo en el camino de la virtud, y hacía más esfuerzos por merecer á Gabriela á los ojos de mi conciencia, que por obtenerla efectivamente.

La carta de Diego me llenó, por consiguiente, de regocijo en este punto; pues veía que, sin yo procurarlo, Gabriela empezaba á conocer y á premiar mis buenas intenciones; y si bien sentí mucho que mi amigo me hubiese supuesto actos meritorios que yo no realizaba, no por eso fué menor mi agradecimiento á los grandes servicios que me estaba prestando y que ya no dudé fueran coronados por el

éxito más venturoso.—«¡Gabriela será mi esposa!» (díjeme con inefable júbilo), y esta esperanza prestóme nuevo aliento para seguir luchando contra las tentaciones del mundo y contra mi propia perversidad.

En tal estado, recibí al cabo de algunos días esta otra carta de Diego:

«Queridísimo Fabian:

»¡Victoria en toda la línea!

»Acabo de llegar de Aragon. Dejo convencidos á los padres de Gabriela de que ésta debe darte la mano de esposa, lo cual quiere decir que los dejo prendados de tu persona... y tambien de la mia.

»La madre, particularmente, no hará ya en este mundo más que lo que yo quiera. Es una santa mujer, á quien he hecho llorar y reir á un mismo tiempo, contándole tus pretendidas maldades, y que te adora ya tanto como su propia hija.

»En cuanto al padre (que es un rudo caballero, medio aristócrata, medio campesino, como los que salen en algunas comedias de Calderon), ha conocido que eres un hombre muy hombre, lo cual constituye la primera recomendacion para un aragones, y no ha llorado poco ni mucho, sino que se ha reido extraordinariamente, oyéndome referir tus aventuras amorosas.—¡Ya comprenderás, por supuesto, que ni él ni su mujer saben, y que yo me he guardado muy bien de decirles, que una de estas aventuras fué á costa del difunto General, hermano de tu futuro suegro! Gabriela tuvo la misericordia de no revelar á su familia las verdaderas causas de su retirada al Convento, sino que les dijo que procedía

así por mera vocacion religiosa; y como el General murió en la misma creencia, y Matilde no ha de descubrir la verdad, queda orillado este grave inconveniente del asunto.

»Por lo demas, el padre de Gabriela se ha extasiado oyéndome contar la historia de tus innumerables desafíos, en que siempre resultabas triunfante; me ha admirado á mí como cazador denodado é infatigable en dos batidas que hemos dado á los lobos y jabalíes de aquellos montes, y como tirador de barra y jugador de pelota, ejercicios en que he tenido el honor de vencerlo; y, por resultas de todo, ha quedado en ir á Madrid dentro de cuatro meses á sacar del Convento á Gabriela y ponerte por sí mismo en posesion de su mano.—¡Creo que no tendrás queja de mí!

»Entre tanto, soy portador de una carta para Gabriela, firmada por D. Jaime y Doña Dolores (así se llaman tus futuros padres políticos), en que combaten los escrúpulos de la muchacha; le piden que te perdone todas tus calaveradas, y le aconsejan que se case contigo.—La Abadesa y yo haremos el resto, sin contar con la parte reservada al propio don Jaime cuando venga á Madrid...

»Y basta por hoy. Voy á ver á Gregoria, que ni siquiera sabe que he llegado.—Mañana visitaré á Gabriela y te escribiré nuevamente.

»Tuyo del alma,

DIEGO.»

La carta del dia siguiente fué aún más satisfactoria para mi corazon.—Héla aquí:

«Queridísimo Fabian:

»Gabriela ha llorado mucho leyendo la carta de sus padres; la ha besado luego, y cayendo, en fin, de rodillas, ha dicho reverentemente: «*Hágase la voluntad de Dios.*»

»Después de rezar largo tiempo, y de llorar otra vez abrazada á la madre Abadesa, háse vuelto hacia mí y pronunciado estas palabras:

—»Sentiré que se engañe usted y que, por darle á su amigo una soñada felicidad temporal, cause la perdición de su alma. No creo yo que haya podido todavía arrepentirse eficazmente y afirmarse en el propósito de la enmienda...

—»*Yo lo fio!*—le he contestado resueltamente.

—»*Y yo admito esa fianza* (ha exclamado Gabriela tendiéndome la mano). Usted debe de conocer á su amigo mejor que nadie... ¡Quiera Dios que no se arrepienta usted nunca de haberme respondido de él!

»Estas frases me han inspirado profundísimo respeto, y, no ya con los labios del amigo, sino con el alma del hombre honrado; no ya pensando en tu felicidad, sino en la de aquella angelical criatura, le he dicho, colocando su mano sobre mi corazón y dejando hablar á mi conciencia:

—»Si llego á arrepentirme algún día, yo se lo diré á usted para que rechace á Fabian: y, si ya fuese tarde, porque estuviese usted unida á él con lazos indisolubles, yo me encargaré de desagraviar á Dios y á usted!

—»Pues dentro de cuatro meses, cuando venga mi padre, daré una contestación definitiva,—háme replicado Gabriela retirándose, no sin dirigirme

antes una mirada en que leí todo el amor que te profesas y las inmensas angustias de su alma.

»Ahora bien, amigo mio.—Con la seriedad que constituye la base de mi carácter y que se merece un asunto tan delicado, yo te pregunto:

—»¿He hecho bien en fiarte? ¿No volverás nunca al mal camino? ¿Serás siempre bueno y leal con el ángel que voy á colocar á tu lado?—¿No me engañes, por Cristo vivo; que yo no quiero engañar á Gabriela!

»Otro dia te escribiré de mis asuntos personales.

»Tuyo,

DIEGO.»

Mi contestacion á esta carta fué brevísima, y la recuerdo perfectamente. Decía así:

«Diego mio:

»Renuevo el juramento que te hice espontáneamente la noche de nuestra despedida:

»*¡Por la memoria de mi madre te juro, que nunca te arrepentirás de haberle respondido de mí á Gabriela! ¡Maldígame desde el sepulcro la noble martir que me llevó en sus entrañas, si falto algun dia á este juramento!*»

»Queda contestada tu solemne pregunta.

»Ahora tú me dirás cuándo puedo escribir á Gabriela y cuándo debo regresar á Madrid.

Tuyo,

FABIAN.»

III.

CASAMIENTO DE DIEGO.

Segun me había anunciado mi amigo, á los pocos dias recibí otra carta suya.

Decía así:

«Conde de la Umbría:

»Hoy le toca hacer el gasto á mi Gregoria, de quien todavía no te he hablado desde que regresé de Aragon.

»Decididamente, nos casamos á fines de esta semana, si para entónces está acabado el traje de boda, que es archi-precioso, como escogido por Vucencia. Gregoria te escribirá á continuacion dándote las gracias, é incluyéndote su retrato, que al fin consiguió le hicieran á su gusto.—Dime francamente si mi mujercita te parece tan hermosa como á mí.

»Repararás que tiene puesto el aderezo que le has mandado. Por cierto que hemos sentido mucho hayas hecho un gasto tan enorme. Con el vestido había bastante, y de intento te marqué el regalo que queríamos para que no te metieras en más honduras. ¡Lo mismo que el reloj y la cadena que me envías á mí! Tú te has propuesto anonadarme con tus millones; pero sabe que yo no consideraré nunca pagado mi cariño con perlas ni brillantes, sino con otro cariño igual, ¡y trabajo te mando si intentas eclipsarme en este punto!

»Mucho nos ha complacido á Gregoria y á mí la

carta que nos escribes haciendo votos por nuestra felicidad, que nunca será completa hasta que tú la presencias en compañía de la hermosa hija de Don Jaime.

»Volviendo al vestido, no te ocultaré que Gregoria (cuyo gusto es delicadísimo para estas cosas) lo halló al principio más rico que vistoso; pero hemos estado en la Castellana y en el Teatro Real; le he hecho parar la atención en los trajes de nuestras más elegantes aristócratas, y se ha convencido de que el que tú le has regalado es *de última* (creo que se dice así), y ya está contentísima con él.

»Pasado mañana acabarán de amueblarnos la casa. Es algo pequeña, pero nueva y muy bonita, y desde el balcón del comedor se descubre el jardín de un palacio inmediato. Nosotros hubiéramos preferido que tuviese jardín propio, como la tuya; pero no somos bastante ricos para tener flores al alcance de la mano, y habremos de contentarnos con verlas desde lejos ó con ir á tu casa á merodear en tus lilas y rosales.—Por lo demás, es cuarto segundo, sin entresuelo; lo cual equivale á un principal de los que lo tienen.

»Anteayer estuvimos en tu casa, Gregoria, su madre y yo, acompañados de un tapicero, á fin de que viese el comedor y procurase en lo posible arreglar el nuestro en la misma forma y que las cortinas y la sillería fuesen de un color semejante al de las tuyas..., bien que todo de maderas y telas más baratas; pues el culto que rendimos á tu amistad y á tus gustos no debe llegar hasta arruinarnos!—Por cierto que en aquel comedor me acordé mucho de Lázaro y de nuestra última escena con él...

»De buena gana lo buscaría para que fuese testigo de mi boda, caso de hallarse en Madrid... Pero no me atrevo. Mi corazón lo compadece y lo perdona... Mi misma conciencia tal vez lo absuelve de algunas cosas que ántes me parecían malas en él, y que hoy, á fuer de hombre formal, próximo á casarse, no considero tan dignas de censura... Mas, aún así, le temo y seguiré esquivándolo, por la seguridad que tengo de que es un hipócrita muy envidioso, que podría sembrar la cizaña entre Gregoria y yo...—¡Nada! ¡nada! ¡No lo busco!

»Conque adios. Esta es mi última carta de soltero. Pasado el primer cuarto de la luna de miel, te escribiré acerca de Gabriela, á quien ya habré podido enseñar tu contestacion, que espero, á mi anterior. Entre tanto, nada nuevo tengo que decirte con respecto á la futura condesa de la Umbría, sino que sigue adorándote y rezando, y que siempre que me despido de ella, despues de terminada mi visita á todas las madres monjas, me dirige una mirada profunda como el cielo, que viene á significar algo por este estilo: «Dígale usted á Fabian que yo lo amo »tanto como Gregoria á usted, y que deseo que él »me ame tanto como usted á Gregoria.»

»Y á propósito... ¡se me olvidaba! Gabriela le ha bordado á Gregoria un pañuelo preciosísimo y le ha regalado además un relicario, un acerico y un rosario de semillas de Jerusalem.—Sin embargo, todavía no se han visto.

»Adios, vuelvo á decir. Recibe mil afectos de la señora de Diego, y un abrazo del alma de

DIEGO DIEGO.»

Al pié de esta carta hay algunas líneas de letra de Gregoria, que dicen así:

«Mil gracias, señor Conde (ó amigo Fabian, que es como dice Diego que debo llamar á usted), por sus hermosos regalos, en que siento se haya excedido de tal modo, pero que me demuestran que no me guarda usted rencor por haberme atrevido á disputarle un poco de lugar en el corazon de su amigo.

»Allá va mi retrato, que no creo ha salido del todo bien, y quedamos esperando que nos remita usted los dos suyos que le tenemos pedidos.

»Su carta de usted, en que habla tan favorablemente de mi enlace con Diego, me ha gustado muchísimo, y excusado creo decirle á usted que tambien puede considerar como una cariñosa hermana á su afectísima

GREGORIA.»

El retrato de Gregoria que recibí con esta carta, me produjo una impresion indefinible, muy parecida al miedo.

Indudablemente, era una mujer hermosa, pues la fotografía no suele favorecer mucho al bello sexo, y Gregoria resultaba allí sumamente agradable. Conociase que tenía grandes y expresivos ojos negros, muy sombreados de cejas y pestañas, enérgicas y regulares facciones, espléndidos hombros y arrogantísimo talle. Pero todo esto, que constituía lo que se suele llamar una *buena moza*, le daba cierto aire de altivez, presuncion y desafío, muy peligroso, y cuando ménos mortificante, para un hombre tan so-

berbio como yo. Antojóseme que aquella figura me decía: «*No te temo. ¡Atrévete, si eres capaz, á disputarme el corazon de Diego, ó á disputarle el mio! ¡Todos tus decantados medios se estrellarán en mi talento y en mi virtud!*»

Tuve, pues, durante una hora, por cosa averiguada (¡tan suspicaz fué siempre mi imaginacion en casos de amor propio!) que Gregoria estaba ya en armas contra mí, considerándome su enemigo natural, ó que, fatigada de oír á Diego referirle mis triunfos amorosos, dábame á entender con su provocativa actitud, que mi fortuna consistia en no haber tropezado nunca con una mujer como ella.

Yo no sé si la prometida de Diego pensaba algo semejante al tiempo de hacer el retrato que me destinaba, y por eso leía yo en su rostro aquellas ideas... Yo no sé si fué de mi parte una intuicion ó un presentimiento... Yo no sé si usted lo calificará de tentacion del demonio...—El caso es que pasé aquella hora contemplando fijamente, y no sin inquietud, la malhadada fotografia, hasta que por último acabé por reirme de mis cavilaciones, y escribí una larga carta á Diego, en que, á vuelta de muchas cosas relativas á su casamiento, puse un párrafo que venía á decir algo por este estilo:

«Dale mil gracias á Gregoria por su retrato, y recibe tú mi felicitacion. La virtud y la hermosura resplandecen de igual modo en la noble faz de la que va á ser compañera de tu vida. Me enorgullezco de tener tal hermana.»

Finalmente, dos semanas despues, recibí esta carta de Diego:

«Queridísimo Fabian:

»Perdónale al hombre más venturoso que puede haber sobre la tierra el cruel egoísmo (compañero siempre de la dicha) de no haberte escrito en tanto tiempo.

»Hace ocho días que Gregoria es mi mujer y que yo no me conozco á mí mismo. Mi antigua misantropía se ha convertido en veneración y amor al género humano, de tal manera que me falta poco para ir de casa en casa pidiendo perdón á todos los vecinos de Madrid por mis pasadas ferocidades, y su vénia y licencia para ser tan dichoso como soy por la misericordia de Dios. Paréceme que todo el mundo estaría en su derecho arrebatándome un bien que tanto he tardado en saber apreciar, y vivo asustado y vigilante, como el avaro en medio de sus tesoros, temiendo á cada momento que vengan á robarme mi felicidad.

»Gregoria vale mil veces más de lo que yo me había imaginado. Prescindamos de su magnífica hermosura y del amor con que me enloquece. Su talento y su juicio son los verdaderamente asombrosos. Hasta aquí no había hecho más que dejármelos adivinar; pero, desde que nos hemos unido para siempre, ha desplegado ante mí todos los tesoros de su inteligencia. ¡Qué seguridad de juicio! ¡Qué conocimiento tan profundo del corazón humano! ¡Qué rectitud y qué justicia en sus determinaciones! ¡Qué fortaleza de ánimo para no transigir en nada con el mal!—En fin, chico, de hoy en adelante me ahorrará el trabajo de pensar en cosa alguna, pues sólo con seguir sus consejos, procederé siempre como un sabio.

»Por lo demas, aquellos conocimientos artísticos y literarios que te dije poseía, son mucho más extensos de lo que su modestia me ha dejado sospechar durante nuestro largo noviazgo. Bástete saber que en su primera juventud (¡hoy tiene 28 años!) ha hecho versos...; lo cual te digo muy en reserva, pues cuando me lo contó (y me los leyó) la otra noche, exigióme palabra de honor de no referírtelo, porque dice que tú debes de ser muy burlon. Pero la verdad es que los tales versos no se prestan á burla, á lo ménos en mi humilde dictámen.

»Para que mi dicha sea completa, sólo me falta que vengas y ocupes en mi despacho la butaca *fumadora* que lleva ya tu nombre, y en nuestra mesa el lugar que te tenemos designado.—Despues le haremos sitio á Gabriela, y más adelante á todos los que Dios nos envíe...

»Llegaron tus retratos, que son notabilísimos. Te encuentro grave y triste en los dos, particularmente en el más grande. Ya están colocados en mi despacho y en la sala. Los marcos han agradado de tal manera á Gregoria, que quiere que mi retrato tenga uno por el estilo, si es que aquí saben tallar y dorar la madera de ese modo.

»Pero dirás que en qué estoy pensando que no te hablo de Gabriela...—Tienes razon.—Hoy la he visto, despues de diez dias en que (perdona) no había parecido por el Convento, y le he leído tu admirable carta en que me juras de nuevo ser hombre de bien el resto de tu vida. La noble doncella me ha dicho que deseaba conservar un papel tan interesante, y se lo he entregado. A tu pregunta sobre cuándo podrás escribirle, me encarga que te res-

ponda que lo que tengas que decirle te lo digas á tí propio, hasta lograr convencerte de que no te estás engañando respecto de tus propósitos ó de tus fuerzas. Y en cuanto á tu regreso á Madrid, dice que debe ser posterior á la venida de su padre y á la conferencia que celebrará con él acerca de tus pretensiones.—Resultado: que no quiere que le escribas, y que yo te avisaré cuándo puedes venir; lo cual creo será dentro de tres ó cuatro meses.

»Descuida en mí, entre tanto, y quédate con Dios. ¿Quédate con Dios, sí! No te lo digo como vana fórmula, sino porque deseo muy de véras que continúes avanzando por la senda del bien.—¡Fabian! Te lo dice el mismo hombre que ha aplaudido insensatamente todos tus excesos y locuras...: *¡Fuera de la ley no hay felicidad posible!* El amor legítimo de una esposa, la paz doméstica, el respeto de nuestros semejantes, ofrecen tanta dulzura al alma como acíbar y veneno encuentra en sus más victoriosas luchas contra la sociedad.—No te rías de mí al leer estas máximas, si no quieres que te aborrezca Gregoria, y no te rías de Gregoria, si no quieres que te aborrezca yo.

»Mil afectos de ella, que te escribirá otro día (pues hoy está muy atareada con los sobres de las esquelas en que damos parte de nuestro enlace á sus muchos conocimientos), y recibe un abrazo muy apretado de tu felicísimo, aunque no muy bueno de salud,

DIEGO.»

IV.

GREGORIA.

Trascurrieron cuatro meses, que yo pasé en Londres, y que me parecieron cuatro siglos. La seguridad de que Gabriela me amaba más que nunca, y la dureza con que me trataba al mismo tiempo; la carencia de una carta suya que me diese á probar la divina lisonja de aquel cariño, y la prohibicion que me impedía desahogar mi alma en su alma, expresándole mi agradecimiento, mi adoracion y mis propósitos de consagrar toda mi vida á su felicidad; tantas esperanzas en el aire, sin el alimento de una palabra, de una mirada, de un signo cualquiera que las renovase continuamente, y el temor que por lo mismo asaltábame á todas horas, de si Gabriela estaria perdiendo en aquel momento su fe en mí; de si estarían deslizándose en sus oídos alguna calumnia á que diese crédito; de si, juzgándose engañada otra vez, habría resuelto profesar y estaria profesando en aquel mismo instante...; todo esto, digo, convirtió mi pasion en angustia infinita y mortal zozobra que no me dejaba un punto de reposo. ¡Ningun hombre habrá padecido nunca los tormentos de amor que yo sufrí aquellos meses en mi destierro! ¡Ninguna mujer habrá sido nunca querida, venerada, idolatrada, como Gabriela llegó á serlo entonces por mí! Y, como resultado de todo (me atrevo á decirselo á usted por vez primera), mi alma llegó á purificarse de todas las ruindades pasadas; comencé á ser bueno verdaderamente; conocí que merecía

misericordia y hasta premio; créime, en fin, digno de que Gabriela fuese mía!

En tal situación, recibí un telegrama de Diego, que decía de este modo:

«D. Jaime llegará á Madrid dentro de quince días.

»Ven inmediatamente. Gabriela lo permite. Don

»Jaime lo desea. Yo lo mando.

DIEGO.»

Imagínese usted el inefable gozo de que este parte llenaría mi alma, así como mi profundo agradecimiento á Diego.—«*A él se lo debo todo!* (repetía yo á cada instante, llorando de regocijo ante la idea de estrecharlo entre mis brazos.) ¡Gabriela y Diego serán siempre dueños de mi corazón! Gabriela, por ser mi dicha, y Diego, porque es quien me la da.—Pero, ¿qué no ha hecho Diego por mí en este mundo? Cuando yo estaba en lucha con la sociedad, púsose resueltamente á mi lado, y derramó su sangre por mí. Cuando una cruel enfermedad me llevó á las puertas del sepulcro, él me cuidó y me salvó la vida; y hoy, en fin, que emprendo el camino del bien, y que no aspiro á más felicidad que Gabriela, él se constituye en mi fiador, él hace que me perdone, él me une á ella para siempre!—¡Oh Diego! ¡Diego! ¿cómo podré yo demostrarte todo mi reconocimiento, todo mi cariño!»

Pensando de este modo (es decir, pensando más en Diego que en Gabriela, pues á Diego iba á verlo inmediatamente, y con Gabriela no esperaba avisarme hasta después que su padre llegara á Madrid), crucé como una exhalación la distancia que media

entre las orillas del Támesis y las del Manzanares.

En la estación de Madrid me aguardaba Diego.

—¡Gabriela es tuya!—fué lo primero que me dijo al abrazarme.

—¿Cómo está Gregoria?—le pregunté yo galantemente, y como posponiendo mi dicha á la suya.

—Esperándote en casa,—me respondió con agradecido rostro.

—¡Vamos allá! (repuse, abrazándolo repetidas veces.) ¿Y tú? ¿cómo estás, Diego mio? (añadí después, reparando en que sus manos y su frente ardían.) ¿Eres tan feliz como esperabas?

—Soy todo lo feliz que puedo ser...—me contestó tristemente.

—¿Qué te pasa? (repliqué lleno de espanto.) ¿Qué te pasa, Diego de mi vida?

—Lo de siempre... Mi salud que no es buena... ¡El hígado me come!

En efecto; estaba verde, flaco y calenturiento como en los peores accesos de su ictericia.

—Pero, en fin, ¿Gregoria...—murmuré.

—Es una santa... es una mártir... es una heroína cuando me soporta... ¡Pero ¡ay! no sé por qué, estoy más triste y melancólico que nunca! Ella hace cuanto está en su mano á fin de distraerme; me obliga á salir y entrar; me lleva á visitas y á los teatros; me acaricia ó me reprende como á un niño... ¡Todo inútil! He vuelto á cobrar aversión al género humano, y á recelar y desconfiar de todo el mundo...

—¡Tonterías! (exclamé.) Ya te curaremos entre Gregoria y yo...

—¡Oh! sí: me haces mucha falta. Tú alegrarás mi

espíritu enfermo... Tú me curarás, á fin de que no me muera ahora que puedo ser feliz.—¡Amo tanto á Gregoria, que me horroriza la idea de dejarla, de irme al otro mundo sin ella!...—Pero basta ya de mis males, y hablemos un poco de tu felicidad. Ya te he dicho que Gabriela es tuya...

—¡Diego de mi alma!

—Ni una palabra más. No te lo digo para que me lo agradezcas, sino para que te alegres y me alegres á mí. Tengo carta de D. Jaime en que me anuncia que dentro de diez dias estará entre nosotros. Ahora bien, yo consideré que, en lugar de esperarte él en Madrid, te tocaba á tí esperarlo á él: se lo consulté á Gabriela; y convino conmigo en que debía llamarte inmediatamente.—«Queda, pues, »prejuizado (le dije) que se casará usted con Fabian...»—Ella se puso colorada como una amapola y me respondió:—«Perdone usted que no conteste á esa pregunta hasta que me la haga mi mismo padre.»—Y al hablar así, me dirigió la primera sonrisa que he visto dibujarse en su divina boca.—Yo te regalo esa sonrisa, como una joya de inapreciable valor.

Departiendo de esta manera, llegamos á casa de Diego, en tanto que mis criados trasportaban el equipaje á mi propia casa.

No sin inquietud subí las escaleras de la morada de mi amigo, recordando la impresion hostil y como de susto que me causó el retrato de su hermosa mujer. —«¡Dios mio! (iba yo diciéndome.) ¡Que congeniemos Gregoria y yo! ¡Que nos seamos mutuamente agradables! ¡Que podamos vivir como tres hermanos, su marido, ella y yo! ¡Estoy fati-

»gado de luchas!... ¡Estoy necesitado de paz!...»

Diego, entre tanto, cual si adivinara mis pensamientos, me decía por su parte, subiendo delante de mí con una impaciencia vertiginosa:

—¡Vamos á ver qué tal te parece mi media naranja! ¡Vamos á ver si apruebas mi eleccion! ¡Espero que no quedarás disgustado!

¡Fatal estrella mia! ¡La mujer de Diego me desagradó profundamente! No bien la ví, experimenté la misma aversion y susto que me inspiró su retrato. No bien la oí hablar, conocí que la naturaleza y nuestra respectiva educacion habian puesto mil abismos entre nosotros, y que jamás lograríamos entendernos.

Gregoria era, en efecto, como me lo dejó presentir su fotografia, el tipo de la mujer presuntuosa, afectada, dominante; una buena moza muy vulgar, infatuada con una virtud más vulgar todavía; una marisabidilla de pueblo, echándola de madrileña elegante, propensa al drama, rebosando suficiencia á cada paso, y que parecía provocar á todo el mundo á competir con su honradez, con su hermosura y con su ingenio;—era, en fin, el tipo de la *mujer fuerte*, no de índole, sino de profesion, y además era una cosa que no puede definirse más que con un vocablo provincial, cuyo significado no sé si conocerá usted...

—Estoy al cabo de todo... (pronunció el Jesuita, sonriéndose.) Quiere usted decirme que era *cursi*.

—¡Justamente!

—La Academia española ha prohibido ya la palabra (continuó el Padre Manrique), y la incluirá en su próximo Diccionario, como muy expresiva y ge-

neralizada (1). Por lo demas, desde que me leyó usted las cartas de Diego relativas á Gregoria, había yo adivinado (perdónemelo Dios) que lo de *cursi* le venía como de molde.

—¡Oh! ¡sí! (replicó Fabian.) ¡Era *cursi* en todos conceptos: *cursi* su virtud; *cursi* su hermosura; *cursi* su pretendida elegancia; *cursi* su lenguaje; *cursi* todo lo que ví en su vivienda! ¡Era la más ridícula falsificación que pueda imaginarse de todo lo elevado y noble, y mi pobre Diego, que no conocía sino de oídas las verdaderas grandezas sociales, había tomado por de buena ley aquella moneda falsa, y estaba orgullosísimo de su adquisicion!

—¡Aquí tienes á Fabian! (exclamó el desgraciado.) ¡Ahí tienes á Gregoria!

Y hablando así, me impelió hácia ella, como si desease que la abrazara.

Gregoria retrocedió un paso, en actitud de defensa, aunque tendiéndome al mismo tiempo la mano.

—Celebro el honor, señor Conde...—dijo teatralmente, cual si lo más importante en aquel momento fuera mi título de nobleza.

—¡Qué conde, ni qué diablo! (prorumpió Diego.) Llámale Fabian...

—Señora... — había yo contestado maquinalmente.

—¡Vaya! ¡vaya! (continuó Diego.) ¡Esto no es lo convenido! ¡Fuera cumplimientos! Aquí no hay condes, ni señoras; sino hermanos para el resto de la vida. Debeis tutearos...

(1) En efecto: El Diccionario de 1869 le dió carta de naturaleza.

Yo me sonrei galantemente, estrechando la mano de Gregoria.

—¿Qué cosas tienes, hombre! (le dijo ésta á su marido con cierto desdén.) Es demasiado pronto... ¿Verdad, usted, amigo mio?

Yo me incliné afectuosísimamente sin saber qué contestar... y por sustraer un instante mi rostro á la inquisidora mirada de Diego.

—Conque vamos á ver... (preguntóme entónces el cuitado.) ¿Qué te parece mi costilla? Con franqueza...

—Es muy hermosa,—respondí aceleradamente, de miedo de no responder nada.

—¿Qué ha de decir el señor? (repuso Gregoria.) ¡Te has propuesto sin duda sofocarme delante de él, ofreciéndome á sus ojos como una de esas mujeres que gustan de galanterías!—Yo, señor Conde, no soy hermosa, aunque me alegraría de parecérselo á mi marido.

—¿Eh? ¿qué tal?—exclamó Diego, entusiasmado, pero mostrando todavia inquietud acerca del efecto que me estaria causando su esposa.

—Tiene mucho talento,—contesté.

Gregoria resplandeció de orgullo.—Diego me abrazó.

La escena era en la sala principal, iluminada á *giorno* como toda la casa.

Una criada, fea y de alguna edad, con traje lugareño, estaba asomada á la puerta, oyendo la conversacion.

Serían las ocho de la noche.

—¡Tomará usted algo!... (dijo Gregoria, sentándose en el sofá.) ¿Quiere usted un refresco? Con toda confianza!...—¡instale tú, hombre!

—Desearía un vaso de agua,—respondí yo.

—Pero ¿qué? (observó Diego.) ¿No vas á comer con nosotros?

—¿Qué dices? ¿El señor no ha comido?—exclamó Gregoria con un terror indescriptible.

—Comí hace dos horas en el Escorial,—me apresuré á decir, mintiendo piadosamente.

—Pues lo que es mañana (¿no es verdad, Diego?...), mañana come usted con nosotros.

—No faltaré de manera alguna.

—A las seis,—tartamudeó Diego con voz sorda.

El pobre estaba humillado por la imprevision de su mujer, comprendiendo, como yo, que no había dispuesto para aquella noche una comida *presentable*.

La criada me alargaba entre tanto un vaso de agua en un plato bastante bueno.

—¡Te dije esta tarde (murmuró Gregoria, hecha un basilisco) que el agua se trae en la bandeja de plata!...—Perdone usted, Fabian...

—Señorita (respondió la criada), no estaba puesta la llave del armario...—¿Conque éste es el señorito Fabian! (añadió luego.)—¿Bien se le conoce en la cara lo muy travieso que dicen ustedes ha sido! ¿Tiene unos ojos... que ya!...—¿Cómo está la señorita Gabriela?

—¡Ya ves que aquí te quieren hasta los gatos de la casa! (profirió Diego.) ¡Hablamos tanto de tí!

Yo me ahogaba.

—Pues ¡es verdad! (dijo Gregoria, hablando á voces y con destemplado acento; que era otra de sus habilidades.) ¡Todavía no le he preguntado á usted por Gabriela! ¡Bien que usted no tendrá más noticias que las que le haya dado éste! ¡Quiera Dios que

no sea usted tambien *travieso* con esa pobre chica!

—¡No lo será! (exclamó Diego.) Fabian es ya otro hombre, y además me ha jurado portarse bien...

—¡Hum!—gruñó la criada.

No pude más, y me levanté para irme, no sin disimular mi disgusto bajo una ruidosa carcajada, seguida de estas mentirosas declaraciones.

—Aunque yo fuera todavía malo, el cuadro de felicidad doméstica que tengo ante la vista; la dulce confianza que aquí reina; la honradez que respiran hasta las frases de esta afectuosa criada; las nunca por mí probadas delicias que acabo de adivinar entre ustedes, y sobre todo, Diego, la severa virtud y elevado carácter de tu noble esposa, me servirán de edificación, ejemplo y estímulo para ser un modelo de esposos y darle tanta dicha á Gabriela como á ti te da mi nueva hermana Gregoria!

Diego lloró de júbilo al oirme hablar así, y me abrazó tiernísimamente. Lloró tambien la criada, y hasta mostró intenciones de recompensarme con otro abrazo. Sólo Gregoria se quedó estupefacta, como si acabara de perder una apuesta, ó de ser cogida en sus propias redes.

—Veremos (dijo por último, con aire de incredulidad). ¡Condicion y figura...

—Adios... adios... (exclamé, interrumpiéndola, y fingiendo nuevas sonrisas.) ¡Hasta mañana! ¡Mil enhorabuenas, Diego! ¡Mil enhorabuenas! ¡Tienes una mujer admirable!

Y sin dejar espacio á ninguna otra réplica, salí de aquella casa, murmurando en lo profundo de mi corazón:

—¡Pobre Diego! ¡Y pobre de mí, que tendré que

volver á hablar muchas veces con su virtuosísima y abominable esposa!

¡Padre! Perdóneme usted este desahogo... ¡Si la virtud no pudiese mostrarse bajo otro aspecto que el que me ofreció en Gregoria, yo proclamaria á la faz de Dios, que el vicio es mucho más amable, digno y generoso! Afortunadamente, la virtud se personifica tambien en seres tan dulces, tan atractivos, tan adorables como usted y como Gabriela, á cuyo lado no concibe uno otra felicidad que la de llegar á ser bueno y la de merecer entre tanto su indulgente simpatía...

—¡Siempre seductor! (respondió el Padre Manrique.) ¡Indudablemente es usted un hombre muy peligroso! Pero yo procuraré no dejarme inducir á engaño por esos *distingos* acerca de la virtud, y seré inflexible cuando llegue el momento de fallar este largo proceso de su vida de usted.

—Ya está terminando (respondió Fabian); ¡y justicia pido de aquí en adelante; que no misericordia!

V.

EL PADRE DE GABRIELA.

Al día siguiente fué Diego á almorzar conmigo, despues de haber estado en el Convento y confrenciado largamente con Gabriela acerca de mi llegada y del saludable cambio que se advertía en mis ideas y sentimientos.

La noble jóven lo había oido con inmenso júbilo y

sin esforzarse ya por disimular el amor que me profesaba; pero había insistido en que era más necesario que nunca me abstuviese de intentar verla y de acercarme al Convento hasta que su padre llegase á Madrid.—«Dígale usted (había manifestado por último) que quedo dando gracias á Dios por haber escuchado mis oraciones y tenido piedad de un alma que siempre me fué tan querida. Dígale usted que no me considere como el término de sus esperanzas y anhelos de ventura, sino como una compañera de destierro que se complacerá en llevarlo de la mano, al traves de este valle de lágrimas, á la verdadera felicidad, que es Dios. Dígale usted, en fin, que, á pesar de todo el amor que le tengo, y aún despues de casarme con él (suponiendo que el cielo así lo disponga), yo me conceptuaré siempre humilde sierva de Dios ántes que esposa suya, y que, puesta á optar entre una y otra obligación, preferiré servir á mi Eterno Padre.»

—Dile cuando la veas (respondí con tanto fervor como mansedumbre), que acepto sus condiciones: que, ayudado de ella, me atrevo á responder de mí, y que dejo á su misericordia el no privarme ya mucho tiempo de su bendita compañía.—¡Dile que estoy muy solo en esta triste vida!

Diego me miró profundamente, y exclamó:

—¡Yo mismo te desconozco! ¡Yo mismo te creo! Diga lo que quiera Gregoria, tu curacion ha sido radical.

Traida á colacion Gregoria tan fuera de tiempo, ya no se volvió á hablar de Gabriela. Eran dos conversaciones incompatibles. Eran dos figuras que se proscribían mutuamente.

Habló, pues, Diego de su mujer con aquel febril entusiasmo que acostumbraba, y que parecía hijo de una duda propia ó refutación anticipada á temidas objeciones ajenas.

—¡Qué feliz me has hecho anoche! (díjome resumiendo.) El agrado y la admiración que te produjo Gregoria, y de que diste tan claras muestras, duplicó á mis ojos el mérito que yo le reconocía, y aumentó en la misma proporción mi felicidad. ¡Parecíame que anoche era cuando verdaderamente me casaba!

—¿Y ella? ¿qué dice?—le pregunté con afectada cordialidad.

—Ella cavila todavía... ¡Ya se ve! no te conozco tanto como yo; y, por otra parte, recuerda con inquietud todo lo que le tengo contado de tu descontentadizo gusto en punto á belleza física y de tus antiguas herejías respecto de la moral!—Así es que esta mañana me decía con una franqueza de ángel: «Es muy difícil que Fabian no desprecie á una pobre mujer de bien como yo... Además, tu amigo no podrá perdonarme nunca el que le haya robado parte de tu alma. De todo lo cual... deduzco que tardará mucho tiempo en llegar á transigir conmigo, si ya no es que se dedica, ó contribuye indebidamente, á hacerme desmerecer en tu concepto.»—¡Figúrate lo que le habré respondido!... Ello es que la he dejado mucho más tranquila, y que esta tarde quedarán ratificadas vuestras amistades.—¡Es tan buena! Desde anoche no piensa más que en la comida de hoy, á fin de que todo esté en regla y no echéis de menos la mesa de los grandes de España ni los *restaurants* de París y Londres. ¡Va á tirar la casa por la ventana!

Paso por alto la descripción de esta malhadada comida, ridiculamente aparatosa, en que hubo de todo ménos cordialidad y regocijo, por más que los tres aparentásemos estar muy contentos.—Omito las duras reprimendas de Gregoria á la criada cada vez que ésta delinquía, á juicio de aquella, contra las reglas de la buena sociedad en el modo de servir la mesa, de presentar los platos, ó de nombrar las cosas que habían llevado de la fonda y que la pobre nunca había visto.—Tampoco haré mención de las mil impertinentes interpelaciones y excusas que me dirigió la mujer de mi amigo para demostrarme que sabía anticiparse á críticas y censuras que maldito si á mí se me estaban ocurriendo, y para hacerme creer que ella no envidiaba nada de lo que no había en su casa, ni tenía que aprender cosa alguna de los aristócratas más elegantes, ni se creía inferior á mí en buen gusto, ni á Gabriela en virtud, ni á Carlomagno en majestad, ni á Sócrates en sabiduría.—¡Sólo á fuerza de fingida humildad, de cortés indulgencia y de estrepitosos aplausos y risas de aprobacion, conseguí evitar más de una ardiente y peligrosísima polémica, impidiendo al mismo tiempo que Diego notase lo muy mortificado que yo me hallaba y lo desagradabilísima que me iba siendo su esposa!

Así y todo, mi amigo, aunque sin darse cuenta de la causa, sentíase mal, en medio de la satisfacción que le proporcionaban mis constantes elogios á su mujer, y, no bien terminó la comida, propúsome que saliésemos un rato á vagar por las calles, según nuestra antigua costumbre, y á respirar el aire de la noche.—Vine yo en ello sin resistencia alguna, lo

cual no le supo muy bien á Gregoria, por más que intentase disimular su despecho, y un momento despues la dejamos sola y defraudada en aquel teatro de sus recientes triunfos... ¡demasiado fáciles y breves para que pudieran lisonjear su desmedido amor propio!

Dicho se está que, tan luégo como nos vimos solos, se restableció la confianza, ó sea la comunicacion, entre Diego y yo, y tornamos á probar la alegría y la dulzura de nuestras antiguas pláticas; y tanto fué así, que no nos separamos hasta la una de la noche, hora en que mi amigo tomó la vuelta de su casa, más prendado de mí que nunca, y no sin decirme reiteradamente al tiempo de despedirse:

—¡Que nos veamos mucho, Fabian! Estoy enfermo del cuerpo y del alma, y te necesito. No me abandones. Me he acostumbrado á creer que me perteneces como el hijo á su padre, ó como el esclavo á su señor, y prefiero morir ó matarte á consentir que te emancipes y me dejes solo.

¡Y mientras pronunciaba estas espantables palabras, el infortunado se sonreía, como para atenuar su gravedad é inducirme á reconocer tan pavorosa deuda!

.....

Pasó una semana, durante la cual no volví á casa de Diego, bien que Diego fuese diariamente á la mia. La necesidad de hacer algunas visitas oficiales, en mi calidad de Secretario de Legacion, y el arreglo de mi casa y de mis negocios, abandonados durante tan larga ausencia, explicaban y disculpaban suficientemente mi conducta á los ojos de Diego; pero la verdadera razon de mi retraimiento era la pro-

funda antipatía que me inspiraba su mujer,—antipatía que iba ya rayando en odio.

Así las cosas, llegó á Madrid D. Jaime de la Guardia.

Diego y yo salimos á esperarlo.—El noble viajero nos abrazó á los dos cordialisimamente, y, tanto aquel generoso arranque de benévola confianza, como su hidalga, hermosa y respetable figura, me cautivaron y subyugaron desde luégo.

Personifique usted en un hombre como de cincuenta y cinco años, muy arrogante y fuerte todavía, la gentileza y sencilla majestad de Gabriela, y formará usted idea del caballero aragones. Sus ingenuos ojos y puras facciones recórdáronme mucho los encantos de mi adorada, cuyo clásico rostro me parecía contemplar, no ya modelado en suave cera, sino agigantado y esculpido en bronce.

Por lo demas, no pude ménos de sentir amarguísimos remordimientos al verme abrazado con tan confiada efusion por un hermano del digno General, cuyas canas había yo mancillado inicuamente!

—Gabriela me ha prohibido (díjome D. Jaime del modo más afectuoso) tratarle á usted como á yerno hasta que ella me consulte no sé qué cavilosidad ó escrúpulo de monja, que luégo resultará la nada entre dos platos. Pero, como Gabriela es la dulce tirana que nos gobierna á todos, no tengo más remedio que obedecer sumisamente.—Hasta la noche, pues, *amigo mio*.

Y, así hablando, se dirigió al Convento.

Yo le dije entónces á Diego con la mayor angustia:

—¿Irá á referirle Gabriela á su padre mis amores con la Generala?

—¿De manera alguna! (respondióme mi confidente.) Ya te he dicho que, entre la Abadesa, el confesor de la jóven y yo, hemos convenido en la fórmula con que se ha de resolver tan espinoso caso de conciencia. Gabriela le preguntará hoy á su padre:—«Perdona usted á Fabian, incondicionalmente, todas sus pasadas culpas? Por enormes que éstas sean, y por mucho dolor y repugnancia que á usted le causen las que con el tiempo puedan llegar á su noticia, ¿no se arrepentirá usted nunca de haberlo perdonado, como yo lo perdono?»—Por este medio, Gabriela no escandalizará ni afligirá el ánimo de su padre; no fomentará tampoco tu difamacion y la de Matilde (lo cual sería un pecado mortal), ni ménos podrá ser acusada en tiempo alguno de haber desconocido que D. Jaime de la Guardia tenía algo que perdonar á Fabian Conde ántes de llamarlo su hijo...

—¿Y Gabriela aceptó semejante expediente?—
prorumpió el Jesuita con inusitada violencia.

—Sí, señor.

—¿La desconozco!... Perdóneme Dios si no estoy en lo justo; pero estimo que Diego, la Madre Abadesa y el mismo Confesor aconsejaron á la jóven una mala cosa. Si no hubiese Gabriela de aprovechar en beneficio de su amor el perdon que, por medio de reticencias, le pedía á su digno padre, en buen hora que le ocultara que usted había contribuido al deshonor de un individuo de su familia!

Mas aquella liga de egoismo y de caridad, de intereses y de abnegacion, constituye un verdadero fraude á los ojos de la conciencia, y por consiguiente á los del Supremo Juez que está en los cielos.—¡Mucho ama á usted Gabriela, cuando su luminoso espíritu no reparó en esta sombra de pecado!

—¡Pobre Gabriela!—gimió Fabian amarguísimamente.

Y viendo que el Padre Manrique no añadía cosa alguna, sino que meneaba la cabeza de arriba abajo y apretaba la boca, como quien, lleno de dolor y asombro, toma la resolucion de no hablar, continuó por su parte de este modo:

—Aquella noche fui á ver á D. Jaime en compañía de Diego.

El noble aragones me recibió en sus brazos, exclamando con aquella sana alegría que me recordaba la niñez de Gabriela:

—¡Vamos..., hombre! ¡Pidame usted la mano de la muchacha!

—¡Padre de mi vida!—le contesté.

Y rompí á llorar como lloro ahora...—¡Huérfano y solo durante tantos años, era aquella la primera vez, desde que murió mi madre, que encontraba el dulce amparo de la familia y la augusta sombra de la autoridad paternal!

—Desde mañana (continuó D. Jaime, cuando hubo dominado la muda emocion que le produjo mi llanto): desde mañana empezaremos á arreglar los papeles, y dentro de un mes se verificará el casamiento. No puedo dedicar á ustedes ni un dia más...

Estoy haciendo mucha falta en mi casa, sin contar con que Madrid no me ha gustado nunca.

No referiré á usted todo lo demas que hablamos aquella inolvidable noche, la única de mi vida que me he considerado verdaderamente feliz.—Ardo ya en deseos de poner término á mi relacion, y marchó derecho al desenlace de todas las historias referidas.

Diego y yo comimos con D. Jaime en la fonda á que éste habia ido á parar, pues fueron inútiles cuantas instancias le hice para que se hospedase en mi casa.

—Te hablaré de tu, si quieres, desde ahora mismo... (respondióme con singular donaire); pero déjame aquí á mis anchas...

Y, como yo insistiese en mi ruego, puso fin al asunto con estas inapelables palabras:

—No te canses. ¡He dicho *que no*, y soy aragones! Lo que si te pido es que vengas á verme todos los dias y á todas horas... para luégo hablarle de tí á mi mujer, que me abrumará á preguntas...

—Pues en ese caso (exclamó Diego, cuyo semblante y tono de voz expresaban hacia ya rato algo muy parecido á celos, ó á la envidia que siente un niño hacia el nuevo hermano que viene á robarle caricias paternas)..., en ese caso, yo, que ahora no les hago á ustedes falta alguna en Madrid, me marcharé mañana á Torrejon, donde tengo que arreglar algunos negocios.—*Dentro de dos domingos estaré de vuelta.*

«*El domingo que viene estaré de vuelta,*» entendí yo; pero, segun me han explicado despues, su frase fué la que he dicho anteriormente.

El día en que ocurría aquella conversacion era tambien domingo.

—Va usted á saber (díjele yo á D. Jaime, en lugar de responderle á Diego), la causa del viaje de nuestro amigo...

—¡Cuidado con lo que hablas!—prorumpió el hipochondriaco, temiendo que hubiese yo traslucido y fuera á revelar lo que su pobre corazon sentía.

—Este modelo de amigos generosos (prosegui, sin hacerle caso) va á Torrejon de Ardoz á vender ganado y trigo, á fin de reunir dinero y desempeñar espléndidamente su papel de padrino de mi boda. Porque... ¡ya se ve!... como es un señor casado, no puede tener confianza conmigo para meter la mano en mi caja... ni para dejar de hacerme ciertos regalos...—¡No es así, mi buen Diego! ¡Con franqueza!

Diego se echó á reir cariñosamente, y me estrechó la mano como pidiéndome perdon.

—¡No digo mi fortuna (exclamó al mismo tiempo); toda mi sangre daría por tu felicidad!

—¿Lo está usted viendo? (repuse yo.) ¡Siempre ha sido así!

—¡Qué! ¿Te parezco mal?

—¡No, hombre, no!... ¡Al contrario! Te permito que te arruines... ¡Haz cuanto quieras por mí!... Todo le parecerá poco á mi cariño.

D. Jaime tendió tambien la mano á Diego, en muestra de gratitud, y le dijo:

—Espero que, á su regreso de Torrejon, tendrá usted la bondad de llevarme á su casa y presentarme á su señora. Deseo mucho conocerla y tratarla.

—Será un honor muy grande para ella,—contestó Diego, recobrando por completo la alegría.

Y se puso á tararear y á dar vueltas por el cuarto, como un chico que se desenoja de repente.

—Ya había yo conocido cuando estuvo en Aragon (díjome entónces al oído el buen D. Jaime), que este hombre era muy hipocondriaco.—Todo cuidado es poco para tratar con él. De la hipocondría á la locura no hay más que un paso.

Tales fueron, en resúmen, los incidentes más notables de nuestras conversaciones de aquella noche.

Por lo demas, y para colmo de ventura, al llegar á mi casa, me encontré con esta carta de Gabriela:

«Fabian mio:

»Mi padre te ha perdonado todo el mal que *puedas*
»*haber hecho en el mundo, hasta contra su propia*
»*persona.*

»Yo... no tengo que decirte cuánto te amo.

»No vengas, sin embargo, á verme hasta el día
»de nuestro casamiento. No me escribas tampoco.
»Déjame á solas con Dios todo el tiempo que aún
»he de permanecer en esta Santa Casa. Yo no debo
»comunicarme contigo hasta el instante en que, á
»la vista de esta Comunidad de hermanas mías, en
»la propia iglesia de este Convento, al pié del Altar,
»mi padre y Diego te presenten á mí, y mi confesor bendiga nuestro enlace, declarando en nombre de Dios que es tu esposa

GABRIELA.»

¿A qué misterioso presentimiento, á qué seráfica intuición obedecía este singular empeño de mi adorada de no verme ni oirme hasta el instante mismo de la celebracion de nuestro matrimonio? ¿Adivina-

ba que éste no se celebraría nunca? ¿Sospechaba todo lo que ha llegado á suceder? ¿O procedía tan sólo por un resto de terquedad y rencor, acordándose todavía del cruel desengaño que recibió aquella tarde infausta en que por primera vez me dijo: «*Fabian mio!*» junto á la reja de los jazmines?

No sé!...—Lo único que veo claro ahora es que, en aquello, como en todo, Gabriela procedía con maravilloso instinto...—Dijérase que olfateaba la tempestad que no tardó en rugir sobre nosotros y que ya ha tronchado todas las flores de mis esperanzas!

A la mañana siguiente marchóse Diego, segun que nos había anunciado. ¡Marchóse, sí, tan cariñoso conmigo como siempre, y completamente seguro, á mi juicio, del amor fraternal y de la inextinguible gratitud que le profesaba mi alma!...—Sin embargo... (ah! ¡esto es espantoso!) aquí da fin la historia de nuestra amistad; y cuando, dentro de poco, vuelva á aparecer en escena aquel desgraciado, ya no verá usted en él al tierno y solícito camarada de mi vida, sino al Arcángel exterminador encargado de darme la muerte!

VI.

EVA.

La catástrofe que me abruma originóse de una manera muy casual y prosáica, ó sea por resultas de vulgarísimos accidentes.—Verdad es que la pólvora estaba ya enterrada, á lo que vi luégo, y que sólo faltaba una leve chispa para que sobreviniera el terremoto.

Sabe usted que, desde la tarde de la célebre comida en casa de Diego, en que tan mal lo pasamos todos, no había yo vuelto á ver á Gregoria. La amistad y la cortesía aconsejábanme más que nunca no dejar de visitarla durante la ausencia de su marido; pero otras atenciones, para mí ménos desagradables que el trato de aquella mujer, hiciéronme diferir la visita hasta que, suponiendo que mi amigo habría regresado ya de su viaje, extrañé que no hubiera ido á verme desde luégo.

Partiendo, pues, del error de que al marchar nos había dicho *«el domingo que viene estaré de vuelta,»* encaminéme á su casa el *primer domingo* siguiente al día de su marcha, ó sea una semana despues de nuestra despedida, no dudando de que estaría ya en Madrid, y temeroso de que hubiese llegado enfermo, ó de que se hallase enojado conmigo á causa de mi descortesía para con Gregoria.

Serian las cuatro de la tarde cuando penetré en su casa, despues de haber hecho gran acopio de alegría y de paciencia, á fin de que mi tercera entrevista con su mujer diese mejor resultado que las dos anteriores...

—¿Qué pasa por aquí? (comencé á gritar jubilosamente, no bien me abrió la puerta la criada.) ¡Hola, familia! ¡Muy buenas tardes! ¡Aquí hay un peregrino que pide hospitalidad por ocho horas! ¡Aquí hay un desertor que viene á quedarse á comer, á hablar hasta por los codos, á echar un sueño en una butaca, á descansar, en fin, despues de seis días de improbos trabajos!

A estas voces acudió Gregoria, muy grave y circunspecta, y me dijo:

—¡Ah! ¿es usted, señor Conde? ¡Dichosos los ojos que lo ven á usted!

—Perdóneme usted, mi querida Gregoria (le respondí, sin dejar mi tono de chanza). Confieso que me he portado infamemente con usted; pero, en cambio, hoy vengo decidido á estarme aquí hasta las doce de la noche. ¡Digo... porque supongo que me darán ustedes bien de comer!...

—No tengo inconveniente... Sabe usted que estas es su casa.

—Es usted muy fina... ¡demasiado fina!—Pero, vamos á ver... ¿Dónde está nuestro viajero, que no sale á recibirme?

—¿Pregunta usted por Diego? ¡Pues no sabe usted que se marchó á Torrejon?

—¿Cómo! ¿No ha regresado todavía?—pregunté estupefacto.

—¡Hágase usted de nuevas! (replicó Gregoria.) ¡Demasiado sabe usted que se despidió por quince días!

—Juro á usted que ignoraba...—murmuré, retrocediendo maquinalmente hácia la puerta.

—¡Oh! no vaya usted á marcharse por eso! (se apresuró á añadir enfáticamente.) Diego me conoce..., y no llevará á mal el que su esposa lo atienda á usted como si él estuviera en Madrid. Ahora, si usted comprende que ha de aburrirse demasiado no estando aquí su amigo...

—¡Gregoria! (respondí con ingenua efusion.) Mi mayor deseo es serle á usted agradable. ¡Sabe Dios cuánto me alegraría de que usted me quisiese tanto como Diego!

Mi enemiga palideció ligeramente al oír estas pa-

labras, cual si hubiesen llegado á su corazon ó á su conciencia.

Pero reparando, sin duda, en que la criada estaba delante, se limitó á decir:

—Luégo hablaremos.—Pase usted... (Y me señalaba la puerta del despacho de Diego.) Yo voy á dar algunas órdenes.—Sigueme, Francisca.

—¡Conque se queda usted á comer! (exclamó la sirvienta con estúpido regocijo.) ¡Me alegro mucho! ¡Verá usted cómo hoy no me equivoco al servir las salsas!

Profundamente disgustado, entré en el despacho de mi amigo, y púseme á discurrir qué me conveniría más: si inventar un pretexto para irme en seguida á la calle, ó si aprovechar aquella ocasion para captarme el afecto y la confianza de la que ya he calificado de enemiga mia.—Haciendolo primero, me exponía á irritarla más y más, confirmándola en su idea de que yo la despreciaba ó la aborrecía.—Haciendolo segundo, corria el riesgo de pasar unas horas de aburrimiento y humillacion, dado que no consiguiese desvanecer las prevenciones (sobrado justas) de Gregoria; pero, en cambio, si lograba engañarla respecto de mis sentimientos, ó éstos mejoraban despues de una explicacion mutua, desaparecería para siempre la barrera que principiaba á alzarse entre Diego y yo.—Opté, pues, por quedarme.

—Diego se alegrará mucho (dije entre mí) cuando venga y vea que su mujer y yo somos ya verdaderos amigos.

Oí en esto que abrían y cerraban la puerta de la calle, y adiviné que era la criada que iba al mercado ó á la fonda. Dolióme ser tratado con tanto cumplido

y dar ocasion á semejantes trastornos; por lo que, dejándome llevar de mi natural vehemencia, y creyendo inmejorable aquella coyuntura para entrar con Gregoria en un terreno de fraternal confianza, sali del despacho, gritando:

—¡Gregoria! ¡Gregoria! ¿dónde está usted?

Y, divisándola en un cuarto de tocador que había frente al despacho (cuando yo la creía guisando en la cocina), acerquéme allí atolondradamente, y le dije desde la puerta:

—¡Usted no quiere que seamos amigos!

Gregoria, que estaba polvoreándose de blanco el rostro, asaz moreno de suyo, y que se vió cogida *infraganti* en aquella operacion, púsose verde de ira, y exclamó, escondiendo la acusadora borla:

—Señor Conde, ¿qué significa esto? ¿Cómo entra usted aquí sin avisar? ¿Cree usted que está en casa de la Generala?

Yo me eché á reir, por amor á la paz más que por otra cosa, y repliqué humildisimamente:

—Pórdóneme usted la llaneza... Confieso que me he excedido... Pero, creyendo observar que la criada salia á la calle, venia á decirle á usted...

—La criada ha salido efectivamente (interrumpió Gregoria con mayor enojo). Mas no creo que por eso estuviese usted autorizado...

—Le repito á usted que reconozco haber hecho mal... muy mal... en tomarme la confianza de salir del despacho en busca de usted. Pero urgíame rogarle, como le ruego, que llame á la criada. ¡Para banquetes, basta con el del otro dia, que por cierto fué magnifico! Hoy quiero que me trate usted como de la familia, con entera franqueza, como á un her-

mano de Diego...—Llame usted, pues, á Francisca, y que no traiga nada de la calle...

Gregoria se quedó muy cortada al oirme hablar en aquellos términos. Un destello, que me pareció de bondad, relució en sus ojos, y dijome, soltando la borla:

—Dispénseme usted tambien el que me haya dejado llevar de mi genio...—Amigo mio: los pobres no tenemos más capital que nuestro orgullo... cuando tratamos con magnates como usted.—Pasemos, pues, al despacho, ¡y pelillos á la mar!—Usted comerá lo que le demos, y tendrá paciencia si nos arruina.

—¡Muy bien dicho! ¡eso es hablar! ¡así quiero que me trate usted!—exclamé realmente satisfecho al verme otra vez en terreno llano.

Y volví á abrigar la esperanza de que aquella tarde llegásemos Gregoria y yo á ser amigos.

De vuelta en el despacho, ocupé yo el sillón de Diego, y permanecí silencioso algunos minutos, comprendiendo que era muy arriesgado iniciar conversaciones con una mujer tan cavilosa y tan propensa al drama.

Ella se quedó de pié, dándome la espalda y haciendo como que buscaba un libro en el estante.

—¡Cuántos volúmenes (exclamó de pronto, sin volver la cabeza hácia mí) podrían escribirse con las barrabasadas que ha hecho usted en este mundo!

—¡Desgraciadamente es verdad!—respondí de muy mal humor, no sólo á causa de mi sincero arrepentimiento, sino porque me disgustaba aquel empeño de Gregoria de ver siempre en mí al antiguo libertino y no al leal amigo de su esposo, al fiel

amante de Gabriela, al hombre arrepentido de sus pasadas locuras.

—¡Qué tontas son las mujeres! (continuó.) ¡Y qué afortunado ha sido usted en no dar con ninguna que le siente la mano y le haga ver que no todo el campo es orégano!

—¡Olvida usted que he encontrado á Gabriela!— interrumpi ceremoniosamente.

—¡Pobre Gabriela! ¡Enamorada de usted como las demas!—Yo hablo de una mujer que hubiese sabido resistir á esa magia que, segun cuenta el bobalicon de Diego, tiene usted para engañarnos...—¡Lo que es conmigo, hubiera usted perdido el pleito!—A mí no me gustan los conquistadores!

Yo me callé...

¿Qué habia de contestar á aquellas simplezas?

—¡Si por algo me he casado con Diego (prosiguió diciendo la provinciana, sin cambiar de actitud y como si hablara con el estante), ha sido por la modestia sublime con que el pobre se creía incapaz de atraer las miradas de ninguna mujer en que usted hubiese fijado las suyas!—¡Ah, cuánto mejor es Diego que usted! ¡Cuánto más digno de ser amado!—Los hombres como usted, no agradecen nada... ¡Crean merecérselo todo!—Pero ¿qué es eso? ¿se duerme usted? ¿O se figura que estoy diciendo disparates?

Yo procuraba sonreirme, en tanto que hacía voto de no ir más á aquella casa sino en compañía de Diego; y esto las ménos veces que me fuera posible...—Volvióse Gregoria hácia mí, y al verme tan afable y tranquilo (en apariencia), soltó una cargada nerviosa, y dijo, dulcificando su voz:

—Hace usted bien en no incomodarse... ¡todo ha

sido broma!—Me perdona usted otra vez, ¿no es verdad?—¡Oh!... yo necesitaba desahogarme de alguna manera! ¡Me ha tenido usted privada tanto tiempo de la dicha de ser esposa de Diego!... ¡Porque ello es que, hasta que usted le dió su vénia, el pobre se guardó muy bien de pedir mi mano!—No me lo niegue usted... ¡Lo sé todo!... Diego no me calla nada.—Conque, vamos... (añadió en seguida con mayor dulzura, echándose de codos sobre el bufete á cuyo otro lado estaba sentado yo.) Dígame usted la verdad: al venir hoy acá, dispuesto á pasar la tarde y la noche bajo este humilde techo, ¿ignoraba usted que Diego seguía ausente?

Disgustáronme profundamente su actitud y su pregunta. En sus ojos brillaba no sé qué ironía diabólica, que me recordó al Yago de Shakspeare. ¡Hoy mismo no puedo discernir todavía qué maraña de víboras, no de ideas, bullía aquella tarde en la cabeza de Gregoria! Ello fué que consideré urgentísimo aclarar inmediatamente nuestra situación respectiva, y que empecé á decir con toda solemnidad:

—Cuando Diego se despidió de nosotros, pronunció estas palabras: «*Hasta el domingo que viene*»...

—«*Hasta dentro de dos domingos*» fué lo que dijo á usted y á D. Jaime.—¡Le repito á usted, que Diego me lo cuenta todo!—¡Por cierto que esta es la hora en que todavía no tengo el honor de conocer al tal D. Jaime!...

—Pues señor; entendería yo mal á Diego... (repliqué friamente.) No hay nada perdido...

—¡Absolutamente nada! —repuso ella, irguiéndose como la culebra cuando la pisan.

Y se puso de nuevo á mirar los libros del armario.

—Digo que no hay nada perdido (me apresuré á añadir en tono más afable), porque el haber encontrado á usted sola me proporciona la ocasion de darle algunas quejas amistosas y de ver si es posible que nos entendamos.

—¡Hola! (exclamó con blandura la hija de Eva, pero sin volverse hácia mí.) ¡Esas son palabras mayores!... Explíquese usted francamente.

—No deseo otra cosa hace muchos dias.—¡Gregoria! (proseguí, dejándome llevar de la más noble emocion.) ¡Es usted muy injusta conmigo! Usted no puede imaginarse lo que yo quiero á Diego, ni lo que me intereso por usted y por su felicidad, á causa de ser la esposa del que considero como un hermano. ¡Yo quisiera encontrar tambien en usted una dulce hermana, una confiada amiga.... y, mal que me pese, conozco que me detesta usted cada dia más...

Gregoria soltó la carcajada, sin dejar de mirar el estante, por no mirarme á mí.

—Yo no lo aborrezco á usted (respondió en seguida). Lo que me pasa es que no me fio de su decantado arrepentimiento tanto como Diego y como Gabriela. *El que malas mañan há, tarde ó nunca las perderá*, dice el adagio. ¡Así es que creo que Diego debía pensarlo mejor ántes de responderle á la pobre niña de que no le dará usted otro chasco como el pasado!...—Pero, en fin, yo no pienso mezclarme en estas cosas, aunque sí le ruego á usted que, cuando vuelva á las andadas..., como volverá usted sin duda alguna, no arrastre en pos suyo á mi marido, no lo aparte de sus deberes, no le inspire

odio hácia esta pobre mujer, á quien usted encontrará no sé cuántos defectos, y á quien por lo mismo no profesa usted muy buena voluntad...

—¡Al contrario, Gregoria! ¡muy al contrario! (respondí tristemente.) Usted es quien abomina de mí desde que oyó pronunciar á Diego mi nombre por vez primera. Usted me ha mirado siempre como á un rival, como á un enemigo de su ventura...; cuando precisamente es usted quien amarga y compromete la mía!... Porque usted lo sabe: yo no puedo vivir sin Diego, y Diego es además mi fiador para con Gabriela... ¡Tiemblo al pensar lo que sucedería si Diego, dando oídos á los consejos de usted, llegase á creer que, en efecto, hace mal en responderle de mí á mi prometida! ¡Gabriela me rechazaría tan luégo como él retirase su fianza, y entónces... yo no sé lo que sería de mí!—¡Ah, Gregoria! ¡cuánto mejor es que los cuatro vivamos estrechamente unidos; que usted se acostumbre á mirarme sin temor ni recelo, y que procuremos entre todos devolver la salud y la alegría al pobre enfermo que nos ama tanto!—¡Gregoria! se lo suplico á usted en nombre de Gabriela: ¡crea usted que ya soy bueno! ¡crea usted en mis leales intenciones! ¡crea en mi amistad! ¡sea usted generosa conmigo, y no me expulse usted, por Dios, del corazón de Diego!

En mal hora pronuncié esta última frase. Gregoria se volvió hácia mí como una pantera herida, y principió á gritar desaforadamente:

—¡Caballero! ¡usted me insulta! ¡usted me maltrata! ¡Eso es decir que soy un estorbo entre usted y su antiguo camarada de libertinaje!...

—No he dicho tal cosa...—Repórtese usted...

—¡Ha dicho usted mucho más! ¡Ha dicho que yo lo abomino... que yo lo detesto!...—¿Por qué, ni para qué? ¡Yo soy una mujer de mi casa y de mi marido, que no tiene que meterse en querer ni aborrecer á los demas hombres! ¡Yo no soy una mujer de esas que usted está acostumbrado á tratar! ¡Yo le preguntaré á Diego si él cree tambien que soy incompatible con una amistad que por lo visto vale más que yo! ¡Bien me lo decía mi madre! ¡Cuántas veces me anunció que usted, cuando regresara de Londres, me disputaría el corazon de Diego! ¡Esto es una infamia! ¡Venir á insultarme, aprovechándose de que estoy sola!...

Todo esto dijo aquella furia del Averno, y, por remate de su discurso, echóse á llorar amargamente.

Era para volverse loco.

Atropellé, pues, por todo género de consideraciones, y, cogiendo el sombrero, le dije reposadamente:

—Tambien me explicaré yo con Diego cuando venga, y espero que sabrá hacerme cumplida justicia. Entre tanto, señora, siento mucho haberla incomodado, y beso á usted los piés.

—¡Oh! no lo digo por tanto! Quédese usted... (replicó, serenándose de pronto, y queriendo apoderarse de mi sombrero.) Mi intencion no ha sido plantarlo en la calle...

—Sin embargo, con el permiso de usted, me marchó ahora mismo.

—¡No sé por qué!... Aquí no ha pasado nada... Digo más: creo que ni usted ni yo estamos en el caso de afligir á Diego contándole estas tonterías

que nos hemos echado en cara á fin de desahogarnos y poder llegar á entendernos... Dice el refran, que los buenos amigos han de ser reñidos. Aquí está mi mano... ¿Quiere usted más?

—Gregoria, le agradezco á usted mucho esas palabras (respondí, alargándole tambien la mano). Pero déjeme usted irme.

—¡Hombre! ¡coma usted aquí siquiera, ya que ha venido á eso!... ¿Qué dirá, si no, Francisca cuando vuelva?

En esto sonó la campanilla.

Gregoria salió á abrir, y yo detras de ella, sin soltar el sombrero.

Era la criada, seguida de un mozo de fonda.

—Conque, señora, adios...—dije avanzando hacía la puerta.

—¿Cómo? ¿se marcha usted?—gritó Francisca.

—Sí... estoy malo...

—¡Calla! y mi señorita tiene los ojos encendidos de llorar!... ¡Válgame Maria Santísima! ¿Qué ha pasado aquí?...

Gregoria contestó inmediatamente:

—¡Nada!... que al señor Conde le ha dado un vahido..., y yo me he asustado mucho.—Adios, Fabian, que se mejore usted.

—Adios, Gregoria (respondí). ¡Que me avisen ustedes cuando venga Diego!

Y tomé por la escalera abajo, con la celeridad y la agitacion del que escapa vivo de una emboscada.

14

LIBRO VI.

LA VERDAD SOSPECHOSA.

I.

LA PUERTA DEL PURGATORIO.

No tengo para qué analizar la anterior escena. ¡Tristísimos sucesos van á servirle ahora mismo de comentario!

Pasó aquella semana sin ningun accidente digno de mencion. Los primeros dias preocupóme algo el recuerdo de mi altercado con Gregoria; pero despues, fortalecido por mis benévolas intenciones y por la fe que tenía en el cariño de Diego; lisonjeadas mis esperanzas por la ternura paternal que me seguía mostrando D. Jaime, y embelesados mi corazon y mi espiritu con la dulce idea de Gabriela y con la expectativa de nuestro próximo enlace, casi olvidé aquella pueril complicacion, muy confiado en que no tendría ulteriores consecuencias.

Con esto, y con los muchos y muy agradables quehaceres á que estaba entregado á todas horas, me descuidé completísimamente, y llegó y pasó el otro domingo sin que se me ocurriese enviar á pre-

guntar si había regresado Diego, ó más bien dando por supuesto que no había regresado todavía cuando ni me avisaba ni iba á verme.

Las agradables ocupaciones de que he hecho mérito eran todas muy del gusto de D. Jaime, porque le demostraban el rumbo grave y formal que había yo dado á mi ántes borrascosa vida.—Acababa de vacar el distrito (muy próximo á Madrid) en que radicaban mis mejores haciendas, y, con tal motivo, mi administrador y el padre de Gabriela decidieronme á presentarme candidato á la Diputacion á Cortes. Apoyábame el Gobierno, tan pagado de los servicios diplomáticos que acababa de prestarle en Inglaterra, como deseoso de honrar más y más en mi persona la rehabilitada memoria de mi padre, cuya heroica muerte (segun que Gutierrez y yo la habíamos hecho aparecer) seguía siendo muy celebrada en la prensa y en la tribuna; y, por resultas de todo esto, mi casa estaba llena á todas horas de electores influyentes, de personajes políticos que deseaban afiliarme en sus respectivos bandos, de periodistas que deseaban escribir mi biografia, de poetas que me dedicaban odas, de pretendientes que me pedían destinos y de antiguos camaradas que me pedían dinero.

Veíame además invitado á banquetes y saraos por personas de verdadera importancia, que en otro tiempo habían rehuido mi sociedad (damas virtuosas de la nobleza, generales que habían conocido á mi padre, ministros, embajadores, etc.), invitaciones á que yo no dejaba de acudir, para que cada vez fueran más notorias mi reconciliacion con la sociedad y mi buena conducta.

Agregue usted, por último, los preparativos que hacía yo en mi casa á fin de recibir dignamente á Gabriela (pues ya no faltaban más que dos semanas para nuestro casamiento), y comprenderá que aún dejase pasar más dias, diciéndome á cada instante: «¿Qué será de Diego?»; preguntando á mis criados siempre que volvía á casa si mi amigo habia estado allí; extrañando que no hubiera parecido ni mandádome recado; no allanándome de modo alguno á creer que estaba en Madrid y que no iba á verme porque Gregoria hubiese logrado indisponerlo conmigo; queriendo persuadirme de que seguía ausente; formando continuos propósitos de mandar á averiguar lo cierto, de escribirle, de llamarlo, de acecharlo en la calle..., y no haciendo, sin embargo, ninguna de estas cosas!—Dijérase que una pereza, que más bien era perplejidad, ó una perplejidad que tenía mucho de presentimiento, me hacía diferir la explicacion de aquel enigma!

Ahora: lo que en modo alguno se me ocurría ni podía ocurrírseme era ir á llamar yo mismo á casa de Diego, sin ántes saber que había regresado y estaba dentro de ella.—¡Me espantaba la idea de volver á encontrarme á solas con Gregoria!

Víme en esto obligado á ir por tres dias al que ya denominaba *mi distrito*, y dos horas ántes de la marcha, esto es, á las siete de la noche, resolvíme al fin á mandar á mi administrador á casa de Diego con una carta que decía de esta manera:

«A Diego, ó á Gregoria.

»Diego: si estás en Madrid, ven inmediatamente.

»Si no puedes, por estar malo, dímelo, y, aunque

sin tiempo para nada, iré yo á verte un momento, pues me marchó ahora mismo á *mi distrito*, donde permaneceré dos ó tres días.

»Gregoria: si no está Diego en Madrid, dígame usted por qué no ha vuelto, qué le pasa, cuándo viene... en fin, algo que calme mi inquietud!

»Muy ocupado; pero siempre vuestro,

FABIAN.»

De vuelta el administrador, díjome:

—Después de llamar muchas veces casa de su amigo de usted sin que me respondiesen, abrió al fin la criada el ventanillo y me preguntó:—«¿Quién es usted?»—«Vengo (le respondí) de parte del señor Conde de la Umbria con una carta para D. Diego Diego ó para su señora, si D. Diego no está en Madrid.»—Retiróse la criada sin contestar, y volvió al cabo de un largo rato.—«Los señores (me dijo) están durmiendo, y no puedo pasarles carta ni recado alguno.»—«Pero están buenos?» (interrogué)—«No sé (contestó la fámula desabridamente, cerrando el ventanillo).—Y aquí me tiene usted con la carta, que no me he atrevido á echar por debajo de la puerta.

Esta relacion me llenó al pronto de dolor y espanto, como si mi leal corazón presintiera de un modo informe todo lo que hoy me pasa...—«*Perdí á Diego para siempre* (me dije). *Gregoria ha triunfado.*»—Pero mi espíritu sublevóse todavía enérgicamente contra la idea de que Diego pudiese dejar de quererme de la noche á la mañana, por mucho que la pérfida Gregoria le predicase en mi daño, y, considerando inmotivada y gratuita aquella mi pri-

nera impresion, fijéme en esta otra idea, relativamente consoladora:

—«Diego está ofendido de que no haya ido á verlo ó á preguntar por él desde que se cumplió el famoso plazo de los dos domingos... Gregoria, por su parte, se habrá complacido en agravar mi conducta, diciéndole que soy un ingrato; que los desprecio á él y á ella desde que me veo feliz y agasajado por el mundo, y que ellos deben pagarme el desden con el desden.—¡Quién sabe si hasta le habrá dicho todo lo que ocurrió la otra tarde!...—Pero no... De esto no le conviene hablar...—¡Ah! ¡pobre Diego! ¡Yo lo desenojaré á mi vuelta! Todos sus enfados provienen de hipocondría y de exceso de cariño, y, en cuanto á su proceder de esta noche, se explica por la rudeza de su carácter y de su educacion, y por la costumbre que tiene de tratarme como á un niño de ocho años.»

Pensé entónces dejarle escrita una carta de broma, aunque llena de ternura, que lo amansase hasta mi vuelta; pero estaba rodeado de electores; faltaban pocos instantes para la salida del tren, y tuve que partir sin escribirle...

—¡Yo regresaré, mi señora doña Gregoria! (exclamé al encaminarme á la Estacion.) ¡Yo regresaré, y mediremos nuestras fuerzas!...—¡Veremos si es t n fácil como usted se imagina, privarme del afecto y la confianza de mi único amigo, de mi defensor de siempre, de mi fiador para con Gabriela, y precisamente en las vísperas de mis bodas!

A pesar de tales reflexiones y propósitos, y de lo muy abrumado que, durante los tres dias que duró mi ausencia, me v  de recepciones en triunfo, visi-

tas, memoriales, comilonas, serenatas, juntas, exámenes, Te Deum, inauguraciones y demas incumbencias propias de un candidato ministerial que recorre *por primera vez* los pueblos de su distrito, no logré desechar la inquietud secreta con que emprendí aquel viaje: ántes bien fué creciendo hasta ser mi única preocupacion, é inspirarme al cabo la más viva impaciencia por regresar á Madrid, por hablar con Diego, por atajar los estragos que Gregoria estaria haciendo en nuestra amistad...

Tan luégo, pues, como regresé á la Corte (ó sea en la noche de ayer); sin darme un momento de reposo despues de dos dias de no dormir ni descansar, y sin detenerme siquiera en mi casa á cambiar de traje, encaminéme á la de mi amigo, con el alma llena de lealtad y de ternura y decidido á jugar el todo por el todo.

—¿Está D. Diego Diego?—pregunté abajo, en la porteria.

—Sí, señor (me respondieron). Acaba de entrar. Serian las ocho de la noche.

Subí la escalera aceleradamente, y pronto me ví delante de aquella fatidica puerta por donde había entrado ya tres veces rebosando cariño y confianza y por la cual había salido las tres con el espíritu angustiado. ¡Y, sin embargo, aquella era la única puerta á que había llamado yo en Madrid con nobles y honestas intenciones! ¡Allí vivía el único matrimonio que había sido para mí inviolable y sagrado; el único hombre á quien por nada del mundo hubiera yo engañado ni ofendido; la única mujer que no lo era para mis ojos, y á la cual habría respetado como á mi propia madre, aunque la naturaleza le otorgase

la hermosura de Vénus y todos los encantos de Armida!

Afligíme al pensar en aquella injusticia de mi suerte, y refrenando á duras penas las lágrimas que se agolparon á mi corazon, procuré sosegarme, y llamé.

De igual manera que cuando mi administrador fué con la carta, tardaron mucho en acudir á ver quién era; pero, entre tanto, oí pasos que iban y venían, algun cuchicheo, ruido de puertas que se abrían ó se cerraban, y la voz de Diego, que de vez en cuando lanzaba una especie de sofocado rugido.

—«*¡Déjame!*» — «*¡Basta!*» — «*¡Que me dejes!*» — fueron las palabras tuyas que logré percibir.

—El leon tiene la cuartana... (pensé yo, con más lástima que susto.) ¡Pobre Diego! Esa mujer le va á abreviar la vida.

Abrieron en esto el ventanillo, y, al traves de su celada de metal, parecióme ver relucir dos ascuas...

—¡Soy yo...—pronuncié, creyendo reconocer los ojos de Diego.

El ventanillo se volvió á cerrar sin que me contestara nádie. Sonaron nuevos pasos, puertas y cuchicheos, y distinguí la voz de Gregoria, que murmuraba sordamente:

—Francisca: no abras: di que nos hemos acostado.

—¡Ah pérfida! (murmuré para mí;) y, tirando otra vez de la campanilla, exclamé á todo trance y en voz muy alta:

—¡Diego! ¡abre!... ¡Ya sé que estais levantados!... Os estoy oyendo... ¡Soy yo!... ¡Fabian Conde!

No había acabado de pronunciar estas palabras,

cuando la puerta se abrió de pronto, y apareció Diego delante de mí, con el sombrero puesto y embozado en la capa.

En el recibimiento no se veía ninguna otra persona.

—No escandalices la vecindad... (dijo severamente y sin mirarme.) ¿A qué vienen esos gritos? ¡Ya sabemos que eres Fabian Conde! ¿Quién si no él se atrevería á llamar así á la puerta de mi casa?—Vamos, vamos á la calle...

Y hablando de este modo, cerró tras de sí la puerta, y echó á andar por la escalera abajo.

Sufrió con paciencia aquellos insultos, y hasta me alegré del giro que tomaba el negocio. Diego y yo podíamos entendernos mejor en la calle, á solas, que en su casa, delante de su mujer.—Y, por lo demás, ¡estaba yo tan seguro de desenojarlo! ¡Lo había visto tantas veces pedirme perdon y abrazarme llorando, despues de furores y de injusticias por aquel estilo! ¡tenía tal fe mi cariño en el suyo!

Lo seguí, pues, sin hablar una palabra, hasta que, llegados á la calle, le dije:

—Si te parece, iremos á mi casa. Está lloviendo...

—¡Tú no tienes casa, ni la tendrás nunca! (me respondió agriamente.)—Iremos á aquel Café, con honores de taberna, donde soliamos codearnos en otro tiempo con los ladrones y los asesinos.

II.

EL FRUTO DEL ESCÁNDALO.

El *Café de Daoiz y Velarde*, á que se refería Diego, estaba situado en el Barrio del Avapiés; y, en efecto, durante nuestra época de extravagancia y misantropía, fuimos allí algunas noches á estudiar filosóficamente los rostros y las costumbres de los malhechores de oficio, como íbamos luégo á los Hospitales á estudiar los cadáveres de sus víctimas.

—Vamos al *Café de Daoiz y Velarde* (respondí, pues, afabilísimamente). Tendré mucho gusto en recordar allí nuestra vida de hace dos años...

—¡Nunca debimos ir á otra parte! (replicó Diego con terrible ironía.) Aquel era el centro natural de los cómplices de Gutierrez...

—¡Diego! ¡Por Dios! (exclamé sin poder dominarme.) ¡Ve lo que dices!

—Esto no es más que empezar,—respondió el infortunado con la más espantosa calma y mirándome por primera vez.

—Diego, ¿qué te he hecho yo? ¿Qué tienes? ¿Estás malo? —prorumpí, colocándome delante de él y obligándolo á pararse.

Diego se subió el embozo de la capa hasta cubrirse todo el rostro, pero no sin dejarme ver primero la espantosa descomposicion de sus facciones, su calenturienta mirada, su diabólica sonrisa.

—Vamos... vamos adelante!—exclamó al mismo tiempo, apartándome con un brusco empujón y siguiendo su interrumpida marcha.

—¡Dios mio! (pensé.) ¿Si estará loco?

Diego adivinó mi pensamiento; y, ántes de que yo hubiera vuelto á echar á andar en pos de él, retrocedió hácia mi, desembozóse tranquilamente, y me dijo:

—No creas que estoy loco. Lo he estado hasta ahora, desde el funesto dia en que te conocí. Renuncia, pues, á ese pretexto para no seguirme, si, como no dudo, tienes miedo...

—¡Miedo yo! ¿De quién ni por qué?

—Miedo de mí, y miedo de tu propia conciencia—¡Ah, mentecato!... ¡Tú mismo te has metido en la boca del lobo!—¡Verdad es que, de todas suertes, yo te hubiera buscado pasado mañana!... ¡Faltábanme dos dias para ultimar tu proceso!

—¿Qué proceso?—¡Mira, Diego, que me estás matando! ¡Mira que no puedo más!... ¡Sólo á ti te aguantaría yo estas atrocidades, á que, por desdicha, me tienes acostumbrado!—¿Cuál es mi crimen? ¿No haberte visitado en ocho dias? ¿Ser más dichoso que tú? ¿Deberte la felicidad? ¿Quererte con todo mi corazón?

—Sígueme... sígueme...—fué su única respuesta, volviendo á echar á andar con arrogancia.

Pero me pareció descubrir en su voz un asomo de enternecimiento y de cariño.

Lo seguí, y pronto llegamos al Café.

La única sala que constituía aquel inmundo establecimiento estaba casi llena de hombres y mujeres de mala traza y peor vivir. En todas las mesas había vino ó aguardiente. La atmósfera, enrarecida, pestilente y cargada de humo, era apenas respirable.

Nuestra presencia suspendió un momento los gri-

tos, las reyertas y los chabacanos cantares de los concurrentes, que nos miraron como mirarán las arañas á las moscas que caen en sus redes.

Diego penetró hasta lo último de aquel antro, y como hubiese allí una mesilla desocupada, sentóse al otro lado de ella, dando la cara al público con el aire de temeridad y desafío que le era habitual.

Yo me senté en frente de él, de espaldas á la concurrencia.

—¡Habla! (díjome entónces el esposo de Gregoria.) ¿A qué ibas esta noche á casa de tu juez? ¿Ibas á darme dinero, como á Gutierrez, para que ocultase al mundo tus infamias, ó á engañarme con pérfidos discursos, como engañaste á Matilde, y luégo á Gabriela, y hoy á D. Jaime de la Guardia, y siempre á todo el que te ha tendido la mano?—Habla, Fabian Conde: Diego el Expósito te escucha.

Estas horribles frases cayeron sobre mi cabeza como plomo derretido; pero temblaba de tal suerte aquel infeliz al tiempo de proferirlas, y daba muestras de padecer tanto física y moralmente, que aún hice un esfuerzo extraordinario, y exclamé con afectuosa mansedumbre:

—¡Diego! Te juro por la memoria de mi madre, que, si no he ido á verte desde que volviste á Madrid, no ha sido por falta de cariño...

—¡Ya lo sé..., señor Conde!

—¡No lo sabes! (le interrumpí.) Tú crees que soy ingrato contigo; que la proximidad de mi enlace con Gabriela, las atenciones y obsequios que me prodiga hoy el mundo, la buena acogida que ya merezco á las familias honradas, la proteccion del Gobierno, el favor de mis conciudadanos, mi esperanza de ser

Diputado á Córtes, mi riqueza que cada día va en aumento, la compañía y el aprecio de D. Jaime...; en fin, tantas venturas y prosperidades como hoy me rodean, me han hecho olvidar que á tí te lo debo todo; que tú has sido mi único amigo en los tiempos de desgracia; que, por defenderme, te hirieron en un desafío; que me salvaste la vida en una enfermedad; que me hiciste recobrar á Gabriela, y que has sido mi generoso fiador á sus ojos y á los de sus padres...—¡Cómo te equivocas, Diego!...—Yo te quiero más que nunca; yo te daría mi propia felicidad á ser esto posible; yo no seré realmente dichoso mientras tú no estés bueno y contento...

—¡Silba, serpiente, silba! (dijo el infortunado, riéndose con amargura.) ¡Reconozco tu aciaga elocuencia!... Pero no esperes volver á engañarme...

—¡Engañarte! ¿Para qué?

—Para que no te arranque la máscara que llevas hace un año... Para que siga siendo tu fiador y defensor ante el mundo...

—¡Vuelta á la misma! (respondí sentidamente.) ¡Abusas mucho, mi querido Diego, del privilegio que te tengo otorgado de reprenderme y hasta de injuriarme cuando estás de mal humor!—Dejémonos de dramas, y vamos al caso.

—¡Es que el *caso* puede ser tragedia!... (replicó él con acento lúgubre.) ¿Olvidas, por ventura, que yo sé que si eres conde, si eres rico, si puedes pronunciar tu apellido desde hace algunos meses, es en virtud de documentos apócrifos, de testigos falsos, de haber supuesto la muerte de Gutierrez, de haber desfigurado, en fin, la verdadera historia de la muerte de tu padre?

—¿Y á qué viene eso ahora? (exclamé desdeñosamente.) ¿Vas á llevar la broma hasta plagiar á Lázaro? ¿Qué tiene que ver aquella historia con tu enojo?

—Tiene que ver... y mucho! ¿No soy yo tu fiador para con Gabriela?

—Sí que lo eres... ¿Y qué?

—Que estoy repasando tu vida... y me causa horror!—¡Ah, cuánta razon tenía Lázaro aquella noche! ¡Qué infame fué el pacto que hiciste con Gutierrez!

—¡Y tú me lo dices! ¡tú, impugnador de los discursos de Lázaro!—¡Y me lo dices hoy!...

—¡Sí! yo te lo digo... yo, que he abierto los ojos a la luz; yo, que me he arrancado la venda del insensato cariño que me hacía transigir con todas tus iniquidades; yo, que estoy arrepentido y avergonzado de mi lenidad y tolerancia para contigo; yo, que pido perdon á los hombres por haberte amparado contra su justa cólera!...

—¡Repórtate, Diego, y tengamos la fiesta en paz! (repuse, conteniéndome únicamente en virtud de la sorpresa y la curiosidad que me causaban los discursos de mi antiguo cómplice.) ¿Qué te hecho, para que de pronto me prives de tu acostumbrada indulgencia, y me juzgues con esta severidad intempestiva? ¿Es que te has propuesto que riñamos? ¿Es que se lo ha propuesto... otra persona?

Diego eludió la pregunta, y siguió diciendo:

—Ni creas que es de hoy el horror que me inspiras... Aun en los tiempos en que mi amarga misantropía celebraba ferozmente tus atentados contra la sociedad (de que me dabas cuenta diaria), causá-

bame espanto el ver la frescura con que engañabas á los padres y á los maridos que te admitían en su hogar; la crueldad con que los deshonrabas, por muy amigos tuyos que fuesen; tu satánica maestría para seducir y perder á las pobres hijas de Eva; tu aptitud para mentir, para jurar en falso y para faltar á tus juramentos; tu impiedad, tu egoismo, tu falta de conciencia!...

Dominé otro impulso de ira, y respondí tristemente:

—¡Todo eso es verdad!... ¡todo eso y mucho más he hecho por desventura mia! Pero no eres tú el llamado á echármelo en cara: ¡tú, el único hombre á quien he sido fiel y leal; tú, á quien he querido y quiero todavía con toda mi alma; tú, á quien nunca he engañado, á quien jamás engañaré...: tú, en fin, que puedes insultarme impunemente, como lo estás haciendo, cuando sabes que no me faltan corazón ni brazo para aniquilar á los que me injurian...

—¡Me amenazas!...—bramó Diego con fiereza.

—No, Diego; no te amenazo..., sino que todavía te pido misericordia.—¡Explicate por piedad! ¡Sepa yo por qué estás así conmigo! ¡Algo debe de ocurrir más grave de lo que yo me figuraba!... El no haberte visitado en ocho días no es motivo bastante para tanto enojo... ¡Habla de una vez! ¿Qué te he dicho de mí? ¿Qué te pasa? ¿Es que estás malo? ¿Es que la calentura te hace delirar?... ¡Yo no puedo creer que sin razón ni pretexto alguno hayas principiado á odiarme—¡Oh, sí!... tú estás enfermo... muy enfermo... En la cara se te conoce... Pero yo te cuidaré...—Anda, vamos... ven á mi casa... tú necesitas tomar algo... necesitas llorar... necesitas

que yo te haga reir...—¡Diego, hermano mio! desarruga ese entrecejo.—¿No me oyes? ¡Yo soy tu Fabian! ¡yo soy tu amigo de siempre!

—¡Silba, serpiente, silba! (replicó el mísero con supersticioso acento.) ¡Así me atrajiste para mordirme en mitad del alma!

—No soy yo la serpiente, Diego! (prorumpí entonces á pesar mio.) La serpiente está más cerca de tí...

—¡Cuidado con lo que hablas!—repuso él, dando tal puñetazo en la mesa, que todas las conversaciones del Café volvieron á cesar por un momento.

—Quiero decir (añadí bajando la voz), que no tengo yo la culpa de que me aborrezca la mujer con quien te has casado...

—¡No la nombres! (rugió como un tigre.) ¡No la nombres; que tu boca la infamaría sólo con mentarla! ¡No la nombres, ó te mató aquí mismo!

La sangre se me agolpó á las sienes...; pero todavía exclamé con un resto de prudencia:

—¡Diego! ¡por Dios! ¡Advierte que nos están mirando, que nos están oyendo... y van á creer que soy un criminal... que soy un cobarde...

—Y creerán lo cierto y positivo.

—¡Diego!!

—Creerán lo que han de saber muy pronto: lo que todo Madrid pregonará dentro de tres días.—¡No te he dicho ya que estoy terminando tu proceso?—Gutierrez vive... Gutierrez está en Madrid... Mañana conoceré su guarida, y lo delataré á los tribunales.—Pagado este tributo á la justicia, y hechas otras reparaciones que me aconseja mi buena

fe, llegará el momento de matarte con mis propias manos.

Faltóme la paciencia...

—¡Nada de eso harás, loco infame! (repuse con voz sorda, pero terrible.) ¡Nada de eso harás; porque, ó me pides perdon ahora mismo, reconociendo la ingratitud de que estás dando muestras, ó al salir á la calle te mataré como á un perro rabioso!— ¡Basta ya de contemplaciones!—Yo soy yo, y tú eres tú.

—¡Ahí te aguardaba! (replicó él, serenándose como por encanto.) ¡Eso es lo que se llama hablar en razon!—Queda, pues, estipulado que nos batiremos á muerte...—¡Oh! ¡bien sabe Dios que te doy las gracias! No te creía tan valeroso... Temí tener que asesinarte. — Conque... No hay más que hablar. Todo está arreglado... Puedes irte cuando gustes...—Pasado mañana te enviaré mis padrinos.

—¡Oh, no! ¡Esto no puede ser! (respondile entonces con tal explosion de afecto que se me saltaron las lágrimas). Tu locura es contagiosa, y me ha hecho desvariar á mí tambien...—Pero yo me arrepiento de todo lo dicho... Yo retiro mis palabras... Yo no quiero matarte, ni que tú me mates á mí... ¡Sería horrible! ¡Sería una atrocidad! ¡Sería una verdadera sandez sin fundamento alguno!—¡Sin fundamento alguno, Diego!... Créeme...—Y, si no, mírame á la cara...—¿Ves cómo no te atreves á mirarme?—Dime tus quejas...—¿Ves cómo no tienes ninguna?

—No vuelvas á suponer que estoy loco (contestó Diego sosegadamente). Es un recurso muy gastado que empeora tu causa. Yo estoy en mi cabal juicio,

y prueba de ello es que, desde que me has ofrecido batirte conmigo á muerte, he recobrado la tranquilidad y te hablo con entera calma.—Iba diciéndote, ó pensaba decirte, que, si no te he buscado ántes que tú á mí, ha sido porque necesitaba arreglar las cosas de modo que, si me tocase morir en el desafío, no te quedaras riéndote y envenenando el mundo con tus perfidias. En efecto, necesito, no sólo denunciar á la Justicia los crímenes (previstos en el Código) que cometisteis Gutierrez y tú para apoderaros del embargado caudal del abominable Conde de la Umbría, sino tambien aconsejarle á Gabriela que no se case contigo, ó sea notificarle que retiro mi fianza; advertirle á D. Jaime de la Guardia que tú manchaste el honor de su familia al escarnecer las canas de su hermano el General, y decirle, en fin, al público, por medio de un comunicado que pondré en todos los periódicos, que reniego de tí y de tu amistad; que me arrepiento de haber derramado mi sangre por tí; que todas las personas honradas deben evitar tu contacto, como el de un leproso, y que, para impedir que sigas infestando al mundo con tu aliento, te he retado á singular combate, seguro de que Dios me ayudará á quitarte la vida.—No dirás ahora que estoy loco.—Conque, adios, Fabian Conde: hasta pasado mañana.

Aterrado quedé al oír aquel plan, en cuyo satánico artificio ví la mano de Gregoria; y, no ya dejándome llevar de la ira, sino muy friamente, conocí que no iba á tener más remedio que matar á Diego aquella misma noche, si no conseguía hacerle recobrar el juicio, ó recobrar yo su cariño y su con-

fianza.—De lo contrario, Gregoria había triunfado..., y ¡adios para mí riquezas, honra, nombre, amor, felicidad, todo!...—¡todo, principiando por Gabriela, suprema aspiracion de mi alma!

Decidi, pues, no omitir medio alguno á fin de reconquistar el corazon de mi amigo, bien que para ello tuviese que destrozárselo.—¿No estaba acaso resuelto á matar ó morir por remate de aquella escena? Pues ¡qué me importaba ya todo lo demas!

—¡Detente! (le dije, en virtud de estas reflexiones, cogiéndolo de un brazo y obligándolo á sentarse de nuevo.) ¡Todavía no hemos concluido!

Aquella accion mia, tan desapoderada y violenta, y la siniestra expresion de hostilidad que debió de leer en mi rostro, asombraron un punto á Diego, paralizándolo completamente; pero no tardó en decir, tratando de volver á levantarse:

—¡Suelte usted! ¡Nuestros padrinos hablarán pasado mañana!

Mas yo lo retuve en su asiento, poniendo sobre su pecho mi mano abierta (incontrastable á la sazón como la de un Hércules), y exclamé con mayor furia:

—¡Te digo que no te vas!

—¿Cómo que no me voy?

—¡Como que no te vas! ¡Antes tienes que vomitar todo el veneno que llevas en las entrañas!

—¡Violencias á mí! (rugió Diego con voz sorda, pugnando inútilmente por escapar á la presión de mi mano, y buscando con los ojos un arma, una salida, una defensa.) ¿Piensas acaso matarme?

—¡Te mataré si no me oyes!—Ya estoy yo loco también, y sabes que soy más fuerte y más valiente que tú!...

—Lo que eres es más desalmado y más criminal.—¡En este momento tienes cara de asesino!

—¡Atencion!... Los señoritos se pelean... Los señoritos vienen á las manos...—pregonaron en esto algunas voces con grosero júbilo.

Y volvió á reinar en el Café un infamante silencio.

Nosotros callamos tambien, y yo retiré mi mano del pecho de Diego, diciéndole en voz baja:

—Mira á lo que estás dando lugar... ¡Esto es una vergüenza!

Diego se echó á reir con bárbara arrogancia; cruzó los brazos, y miró al público en actitud de provocacion y apóstrofe.

—¡Dejadlos!... ¡Están borrachos!... ¡Allá ellos!—murmuraron despreciativamente varias mujerzuelas.

Y sonaron algunas carcajadas y silbidos, despues de lo cual tornóse en cada mesa á la suspendida conversacion ó á los interrumpidos cantos.

—No he traído armas... (díjome entónces Diego, posando en mí una mirada serena, llena de dignidad y de valentía.) Puedes, por consiguiente, asesinarme á mansalva en el momento que gustes.

—¿Conque es decir (exclamé yo, mirándolo de hito en hito) que esto no tiene remedio?

—Ninguno, sino batirte á muerte conmigo pasado mañana, ó asesinarme esta noche... é ir de resultas á presidio ó al cadalso...—Dígolo, porque en mi casa saben que salí contigo, y, á mayor abundamiento, la gente que aquí hay se ha enterado ya de nuestra pendencia y dará tus señas á la Justicia.

Irritóme más y más aquella calma, y dije:

—No intentes asustarme, Diego... ¡Te digo que estoy resuelto á todo, ántes que verme en la situa-

ción á que me quieren llevar tu ingratitud y tu locura y la perfidia de aquella mujer...

—¡Calla!... ¡No la nombres!

—¡No callo! ¡Ahora me toca hablar á mí!—Por lo demás, ni el presidio ni el cadalso vienen aquí á cuento para nada. Tengo en el bolsillo un revólver de seis tiros, con el cual hay de sobra para matarme despues de haberte matado.

—¡Conozco la historia de ese revólver! Es aquél con que le apuntaste un día á Gutierrez para ver de escapar de la deshonra.—Hoy se repite la escena conmigo, como hubiera podido repetirse con la Guardia civil...—¡Aperreada vida llevas desde que te metiste á conde de mentirijillas!

—¡Peor para tí! (repuse con una cínica ferocidad igual á la suya.) El hombre de la vida de perros; el perro humilde que tan fiel y leal te fué siempre, y á quien tú has tratado en muchas ocasiones con aspereza y esta noche á latigazos y puntapiés, háse acordado ya de que tiene colmillos de lobo y va á clavártelos en la garganta, si no pones fin á tu injusticia.—Responde, pues, hombre feroz: ¿Qué mal te he hecho yo en el mundo? ¿qué tienes conmigo?

—Absolutamente nada (respondió él con glacial indiferencia.)—Ya te lo dí á entender hace poco: lo que me pasa es que no quiero tratarte más; que me he cansado de tí; que quiero purgar el mundo de tu presencia, aunque para ello tenga yo que morir también...—¡Basta; basta ya de Fabian Conde!

¡Causáronme espanto y pena aquellos conceptos fatídicos, empapados de tan profundo odio! ¡Parecióme oír la voz con que mi propio tédio me aconsejaba en otro tiempo el suicidio!...

Disimulé, con todo, mi profunda emocion, y repliqué:

—Pues que estás resuelto á callar (porque te abochornas de revelarme el ruin origen de lo que aquí sucede), yo te diré lo que adivino, aunque te desgarran el alma mis expresiones.

—¡Calla!

—¡Te he dicho que no callo! Lo que tú tienes conmigo es que Gregoria...

—¡No la nombres, Fabian!

—¡Sí la nombro!—Te decía que Gregoria, herida en su infernal soberbia por el justo desdén con que la traté la otra tarde, yéndome de tu casa de la manera que sabrás...

—Yo no sé nada! Yo no quiero saber nada!

—Tú lo sabes todo... á lo ménos tal como te lo habrá contado tu mujer...

—¡Mi mujer no me ha contado cosa alguna! ¡Respétala... ó aquí mismo te destrozo con las manos!

—Tu mujer, tu odiosa mujer... (¡ya ves que me río de tus amenazas!), deseando, como siempre, indisponernos y desunirnos, provocó aquella tarde una horrible escena que me prometió no contarte...

—¡Ah! ¿Confiesas al fin? (prorumpió Diego, crispándose de tal modo, que su cara apenas aparecía sobre el nivel de la mesa.) ¡Conque te vas á atrever á decírmelo!—¡Yo quería matarte de otro modo! ¡Yo quería que llevaras á la tumba toda tu infamia dentro del corazón!...

—¡No eras tú quien quería que yo callara, sino ella!... ¡Ella es quien te ha aconsejado que no me oigas, que no me dejes hablar, que no me dejes

justificarme! Pero yo hablaré aunque revientes ahí sentado... aunque mis palabras caigan sobre ti como una lluvia de fuego...

—¡Habla, pues!—quiero decir: miente como un bellaco, según tu antigua práctica... (replicó el misero.)—Pero ten la bondad de concluir pronto.—Voy á escucharte, como escucharía los chillidos de una rata que tuviese cogida bajo el pié...—¡Dios me dé estómago para aguantar las náuseas que vas á causarme!

—¡No he necesitado yo poco para soportar á tu mujer las tres veces que he tenido la desventura de hablar con ella!—respondi implacablemente.

Diego, que se había puesto á mirar al techo y á tararear, echóse á reir en vez de contestarme.

—¡No he necesitado, no, poca resignacion (continué) para tolerar el mezquino odio que tu Gregoria me profesa desde ántes de conocerme, los ridículos celos que le inspira nuestra amistad, la ruin envidia que siente hácia Gabriela!—¡Oh! sí... tu mujer nos aborrece á todos... El cariño que te tengo le estorba; el que tú me tienes la humilla; mi buena conducta la defrauda y exaspera; la felicidad que me prometo al casarme le parece una usurpacion ó un hurto, ó un escarnio que os hago á vosotros... Cree, en fin, que no me agrada su carácter ni su figura; cree que la desprecio; cree que la encuentro indigna de tí, y quiere separarnos y desconceptuarme á tus ojos ántes de que lo conozcas... Y la verdad, Diego, es que sus temores no son infundados... ¡Gregoria no me gusta! Creo que has hecho mal en casarte con ella!... ¡Es una mujer abominable, que va á costarte la vida!

—¡Ah! ¡canalla! ¡embustero! ¡tramposo!... ¡Cómo reconozco las malas artes con que has engañado y perdido á tantas pobres gentes! (prorumpió Diego, con tal violencia que me hizo callar.) ¡Así te las compondrías para mantener, como mantuviste á un mismo tiempo, relaciones con tres hermanas!... ¡Así sembrarías la cizaña entre ellas! *«He hecho que cada una desconfíe de las otras dos* (recuerdo que me contabas), *y nunca podrán entenderse ni descubrirme!»* ¡Pues y las patrañas que inventaste para que aquel magistrado te creyese sobrino carnal de su mujer!—Pero ¿qué más? Tu historia en casa de Matilde ¿no fué un perpetuo engaño, una continua doblez, una constante superchería?... ¡Y vienes ahora á decirme que no te gusta Gregoria! ¡Y vienes ahora á persuadirme de que debo recelar de ella!—¡Ah! ¡ratero! ¡ah! ¡truhan! ¡Conque Gregoria te parece abominable!... ¡Sin duda por eso te prevaliste de mi ausencia cierto domingo para entrar en mi casa borracho y dando voces...

—¡Yo te creía en Madrid! ¡Yo no iba borracho! ¡Miente la malvada si te lo ha dicho!...

—¡Oh, sí!... ¡es muy malvada! Sin duda por eso, le pediste una gran comida... á fin de que Francisca tuviese que salir, como salió, á la calle...

—Yo traté de impedir que saliera...

—Justamente. ¡Y sin duda por eso, no bien se marchó la criada, penetraste en el tocador donde mi mujer se había refugiado con su dignidad y su decoro...

—Iba á decirle...—Pero ¿á qué vienen estas explicaciones?—¿Por qué te ries?

—¡Por nada! ¿Qué cosa más inocente sino que Fa-

bían Conde invada el tocador de una señora que está sola en su casa?...

—¡Jesus!—exclamé, principiando á adivinar todo el horror de mi situacion.

—¿No era acaso Gregoria *una mujer más*? (prosiguió Diego.) ¿No era bella? ¿No era la mujer de un amigo?

—¡Diego de mi alma!... ¡no concluyas!... ¡no concluyas!...

—Afortunadamente, Gregoria era digna de su esposo... Afortunadamente lo fué... ¡y Fabian Conde no oyó más que merecidos insultos y valerosas amenazas en contestacion á sus infames requerimientos!...—Así fué que al poco rato salías de aquella casa ignominiosamente despedido...

—¡Maldicion sobre mí! (clamé, levantándome como loco.) ¿Gregoria te ha dicho eso?

—No ha sido menester... (respondió Diego con la mayor calma.) Esta última parte es de dominio público... ¡Yo soy ya un marido completo! ¡Gracias á tí, mi honra y mi nombre andan ya en lenguas de criadas y de mozos de fonda!...—Francisca, por ejemplo, á pesar de no ser muy lince, comprendió perfectamente aquella tarde lo ocurrido entre el calavera que se había convidado á comer y luego se marchaba fingiéndose enfermo, y la señora que se quedaba llorando lágrimas de indignacion y de vergüenza.—Con el mozo de fonda no he hablado; pero de seguro entenderia lo mismo ó algo peor, y, al ver que el proyectado banquete se frustraba de pronto, guiñaría el ojo diciendo: «*Estos amantes han andado á la greña.*»—¡Ya ves, hijo de tu padre, si tengo ó no necesidad de pegarte un tiro!

—¡Pero, en fin!... (repuse desesperadamente): ¿qué dice Gregoria? ¿Gregoria negará eso! ¿Gregoria no puede ser tan desalmada!... ¿Gregoria tendrá religion!

—Gregoria me ha confesado la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que la requeriste de amores; que quisiste violentarla, y que te echó á la calle.—¡Exactamente lo mismo que se figuró Francisca!

—¡Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus!—grité, sepultando el rostro entre mis manos.

—Espero que ya me dejarás irme (pronunció Diego, volviendo á levantarse). ¡Hasta pasado mañana! Mis padrinos irán á las nueve.

Perdí totalmente la cabeza, y abracéme á Diego y principié á besarle, diciéndole, entre lágrimas y sollozos:

—¡Diego mio! ¡Diego de mi vida! ¡Dime que no lo crees! ¡Dime que todo esto es una horrible chanza!

La gente del Café principió á rodearnos.

—¡Discursos! ¡caricias! ¡embustes! ¡besos de Judas! ¡lágrimas de cocodrilo!... ¡He aquí todo lo que yo quería evitar! (exclamó Diego, rechazándome.) ¡Por eso callaba! ¡Te conozo tanto!

—¡Diego, por Dios! ¡Por Gabriela! ¡Por Gregoria!... Oyeme... créeme... soy inocente...

—Ya sé que has de negar... y que te sobra elocuencia para mentir horas seguidas!... Pero perderías el tiempo... ¡Es imposible que engañes á tu antiguo confidente..., al poseedor de todos tus secretos, al registrador de todas tus hazañas!—Te sé de memoria.

—Pero, Diego...: ¡se trata de tí!

—Lo mismo les habrás dicho á los demas!...—
Déjame! Déjame!

—¡Déjelo usted!—gritó en esto una especie de manolo, cogiéndome de un brazo.

—¡Déjelo usted! ¿No ve usted que está matando á sofocaciones á ese pobre enfermo?—añadió una mujercilla, plantándose delante de mí.

—¿No oye usted que ni lo cree, ni quiere creerlo?—dijo una buena moza, mirándome despreciativamente.

Yo los contemplé á todos con aire imbécil, y no respondí una palabra.—Zumbábanme los oídos... Sentía la muerte en el corazón.

—¿Qué es eso?—preguntaron nuevos interlocutores, acudiendo al tumulto.

—¡Nada!... ¡que este señorito ha querido enamorar á la mujer de aquel otro!

—¡Pues que se maten! — exclamó un torero, escupiendo al suelo al pasar por delante de mí.

—¡Ca! ¡este lindo mozo parece muy cobarde! (replicó la mujercilla.) ¡No así el que se ha ido!

—¡Se ha ido!!—repetí yo maquinalmente.

Y, en efecto, observé que Diego se había marchado, dejándome en manos de aquella chusma.

Dí entonces una especie de rugido, y quise correr en pos de Diego; pero veinte personas me sujetaron, diciendo:

—¡A la prevención! ¡A la cárcel! ¿Qué trata usted de hacer? ¿No le basta á usted haberle requebrado la esposa?

—¡Villanos! ¡atras!—grité al oír esta última frase.

Y fué tal mi voz, y di una sacudida tan furiosa, que todos aquellos viles me cedieron paso, de grado ó por fuerza, y sali á la calle como un leon que rompe los hierros de su jaula.

III.

AJUSTE DE CUENTAS.

Poco más tengo que decirle á usted, padre mio.

Cuando sali á la calle, Diego no estaba ya en ella. Érame, sin embargo, más indispensable que nunca detenerlo ántes de que se encerrase en su casa, volver á la interrumpida refriega entre mi desamparada inocencia y aquella formidable calumnia; hablarle, aunque no quisiese oirme; suplicarle, llorar, verter toda mi sangre á sus piés hasta conseguir que me creyera, hasta arrancarle del alma la emponzoñada saeta que le había clavado Gregoria...

¡Ya no me inspiraba mi pobre amigo aquel odio, hijo del miedo, que me sugirió poco ántes la idea de matarlo!... ¡Ya me inspiraba tanta compasion como yo mismo! ¡Ya me parecían perdonables sus malos tratamientos, legítima su cólera, respetables y santos sus insultos y sus proyectos de venganza; *justa su injusticia*, si es lícito hablar de este modo.

¡Desventurado Diego! ¿Cómo imaginar una pena igual á la suya! ¡Creer que yo, su único amigo, el hombre á quien tanto había amado y por quien había expuesto gozoso la vida, había sido ingrato y pérfido hasta el punto de atentar á su felicidad y á su honra! ¡Creer esto, y creerlo con fundamento sobrado! ¡Creerlo, porque todas las apariencias así lo

comprobaban; porque así lo había sospechado una fiel servidora; porque así se lo había dicho su propia mujer; porque así resultaba verosímil de mi detestable historia, de mis felonías con otros maridos, de tantas ruines confidencias como le había hecho!—¿Qué mucho que quisiera denunciarme á la execración pública? ¿Qué mucho que desease matarme con sus propias manos? ¿Cómo no lo había hecho desde el primer momento? ¿Cómo había podido soportar mi presencia y mis discursos durante tantas horas?

Además: aún prescindiendo de mi conciencia; aún dando sólo oídos á mi egoismo, yo no podía ya pensar en matar á Diego.—¡Matarlo, equivalía á dejar viva para siempre la calumnia! ¡Matarlo, era dejar huérfana y desamparada la verdad! ¡Matarlo, era cerrarme la única puerta por donde podía salir del infierno en que me había metido Gregoria! ¡Matarlo, era dar la razón á la mentira!—Gregoria diría á Gabriela, á D. Jaime, á todo el mundo: «Fabian Conde »ha asesinado á su mejor amigo, para evitar que se »sepa que ántes había atentado á mi honor.»

Todas estas ideas acudieron en tropel á mi imaginación desde que Diego me descubrió la envenenada herida de su inocente alma, y de aquí el renovado afán con que, no bien conseguí escapar del Café, púseme á buscarlo por aquellas revueltas calles, sin poder presumir por cuál habría tomado para hacerme perder su pista.

Había dejado de llover, y la luna bogaba en los cielos, por entre rotos y negros nubarrones, como salvada nave despues de una deshecha tormenta.

—¿Cuándo se verá así mi alma!—pensé con dolo-

rosa envidia, dirigiendo al firmamento una mirada de suprema angustia.

Diego no parecía por ningún lado.

—¡Diego! ¡Diego!—grité insensatamente, como si mi amigo, en el estado en que se hallaba, hubiese de hacerme caso aunque me oyera.

Los transeúntes se pararon á mirarme, creyéndome loco, ó por lo ménos ébrio.

—Iré á esperarlo á la puerta de su casa... (pensé entónces); tarde ó temprano, al cabo ha de entrar en ella, y, aunque desde luégo se haya encaminado allí, yo llegaré ántes que él, por mucho que corra...

Y corrí como un verdadero demente, hasta que llegué á la modesta calle en que vivía Diego.

La calle estaba sola.

Indudablemente, Diego no había llegado todavía.

Contuve el paso, y fuíme acercando poco á poco á la casa fatal, cuando reparé que en uno de sus balcones (la puerta se hallaba cerrada) veíase asomada una persona, que supuse sería Gregoria, inquieta y en acecho hasta la vuelta de su marido.

—¡Si yo hablase con esta mujer! (ocurrióseme de pronto.) ¡Si me arrojase á sus plantas! ¡Si se apiadase de mí! ¡Si consiguiera que, aterrada de las consecuencias de su infame calumnia, le confesase á Diego la verdad!

Por temeraria y necia que fuese aquella esperanza, eran tales mi tribulacion y mi zozobra, que me agarré á ella como á una tabla de salvacion, y grité resueltamente:

—¡Gregoria! ¡Hágame usted el favor de decir que abran! No se asuste usted... Nada le ocurre á Diego... Pero es preciso que usted y yo hablemos

un instante... ¡Se lo suplico á usted, Gregoria!

Una brutal y bronca risotada respondió á mi súplica.

¡La persona que estaba en el balcon era Diego!

Quedéme helado de espanto. ¿Qué hacía allí? ¿Por dónde había ido? ¿De dónde sacaba fuerzas aquel infeliz para ser tan rápido en la accion, tan seguro en sus cálculos, tan sarcástico y frio en medio de su tremenda furia?—¡Ay de mí! Las sacaba de su propia ira, de su calentura de leon, de su bárbara demencia: las sacaba de donde sacó Otelo sus crueles burlas, su grosera retórica, sus ironías de gato que juega con la asegurada víctima y su ferocidad de tigre carnicero!—¡No había esperanza!

La misma desesperacion hizome exclamar, sin embargo:

—¡Diego! ¡Di que abran! ¡Te lo pido de rodillas!

—¡Serenos! ¡Vecinos! ¡Socorro! ¡En nuestra calle hay un ladron!...—gritó Diego con voz estentórea.

Lancé un alarido de dolor, y huí.

—¡Hasta pasado mañana!... tronaba en los aires la voz de Diego en el momento que yo salía de su calle.

No me pregunte usted qué hice ni qué pensé durante el resto de la noche.—Apénas lo recuerdo de un modo incoherente y vago. Sólo sé que hasta muy entrada la mañana de hoy anduve como un sonámbulo por todo Madrid; que á lo mejor me encontraba en el campo, y volvía á entrar en la poblacion, para salir de ella poco despues por el extremo opuesto, y que en dos ó tres ocasiones, sin saber cómo, me sorprendi á mí mismo, parado delante de aquel caseron de la parroquia de San Andrés en que Lá-

zaro vivía hace un año, y donde no sé si todavía vive...

Más de una vez cogí el aldabon de hierro de aquella viejísima puerta con ánimo de llamar y de arrojarme en brazos de aquel otro amigo de mi vida, diciéndole: *«Necesito que los demás crean en mi inocencia, y principio por creer en la tuya. Hay apariencias que engañan y que no pueden desmentirse. Eso te pasaría á tí la noche de tu horrible escena con el marqués de Pinos, y eso me pasa á mí hoy.»*—No me atreví, sin embargo, á llamar; pues me parecía oír á Diego exclamar irónicamente: *«Dios los cria y ellos se juntan. El hipócrita busca al hipócrita: el estafador se entiende con el deshonesto: mis enemigos hacen las paces entre sí.»*

Recuerdo también que, al ser de día, hallábame recostado contra la puerta del convento en que habita Gabriela.—Una campana, de timbre puro y alegre como la voz de un niño, tocaba á las primeras oraciones que rezan las reclusas vírgenes al tiempo de levantarse.—Una tristeza infinita me traspasó el alma... ¡Quién había de decirle á Gabriela en aquel momento, que todas nuestras esperanzas de ventura se habían disipado con las sombras y ensueños de la pasada noche, y que aquella gozosa campana tocaba á muerto por nuestro amor!...—*«¡Feliz tú, Gabriela mía! (gemí desconsoladamente...) ¡feliz tú que puedes quedarte con tu inocencia en este santo albergue y vivir y morir como las rosas de su cercado huerto!—¡Y ay de mí, que no encontraré nunca paz ni en el mundo ni en mi alma!»*

Recuerdo, por último, que á las nueve de la mañana penetraba en mi casa, y leía en la faz de mis

antiguos criados un pensamiento por este estilo:—
«El señor Conde se ha cansado de ser hombre de bien y ha vuelto á su antigua vida pocos días ántes de casarse.—¡Pobre señorita Gabriela!»

Si esto leí en la cara de mis servidores, no fué ménos amargo lo que efectivamente me dijeron: dijéronme que en mi despacho tenía algunos objetos y una carta que D. Diego Diego acababa de enviarme.

Los objetos eran el vestido y el aderezo que regalé á Gregoria cuando se casó; los dos retratos y el reloj que le envié á Diego; algunas bagatelas que le había dado en varias ocasiones, y un gran paquete de dinero en oro y plata con un letrero que decía:

«Van 15.482 reales.»

En cuanto á la carta, era la que usted va á oír:

«Fabian Conde:

»Como ya no te casarás con la sobrina de tu querida, dedico el dinero que he reunido en Torrejon, y que pensaba gastar en tu boda, á pagarte lo que te debo.—Adjunto es todo el numerario que hay hoy en mi casa.

»Bien sé que, incluyendo las comidas que me has dado en tu palacio y en la fonda, además de lo que me prestaste cuando mi primera mudanza, y las cuentas mías que ántes habías pagado, todavía resultará á tu favor un crédito de doce mil reales... Pero como no quiero que, cuando mañana nos veamos frente á frente y espada en mano, existan entre nosotros lazos de gratitud ni de ninguna especie, justiprecio y taso en la mencionada cantidad de

doce mil reales mis visitas y asistencia como médico durante tu larga enfermedad del año pasado, y la indemnización á que tengo derecho contra tí por resultas de la herida que recibí defendiéndote en el memorable desafío con los padrinos de aquel esposo que tenegó la entrada en su tertulia.—¡No dirás que taso cara mi sangre, ni que estimo en mucho mi tiempo; pues ya recordarás que guardé cama cincuenta y tres días con el pecho atravesado de parte á parte!—Estamos, pues, en paz.

»Adjuntos son también todos los regalos que nos has hecho á Gregoria y á mí, y que, como ves, no han sido suficientes á comprar nuestra honra.

»Conque hasta mañana. Mis padrinos irán verte á las nueve en punto. A la misma hora enviaré sus respectivas cartas á Gabriela, á D. Jaime, al Juez de ese distrito y á los periódicos, delatándoles todos tus crímenes.—Me avergüenzo de haber sido yo durante mucho tiempo el único poseedor de ciertos secretos tuyos; el único escandalizado por tus fechorías. Necesito que el escándalo sea universal, para que mueras entre los silbidos y las maldiciones que te lanzará mañana todo el mundo.

DIEGO EL EXPÓSITO.»

«P. D. Te prevengo que en el momento que vuelvas á parecer por mi calle, te echará mano una pareja de guardias civiles, á quienes he dado tus señas.—¡Cómo corrías anoche, gran canalla!»

Fácilmente comprenderá usted cómo habré pasado las seis horas transcurridas desde que recibí esta horrible carta, hasta el momento en que vine esta tarde á echarme en sus brazos de usted...—Durante

esas horas, más de veinte veces he tenido una pistola en la mano para levantarme la tapa de los sesos...—Pero ya se lo dije á usted al entrar aquí: mi dignidad y mi conciencia me impiden suicidarme. ¡Yo no puedo dejar á Gabriela convencida de que he vuelto á engañarla, cuando esto no es cierto! Yo no quiero causar su muerte ó su eterna desdicha con este nuevo golpe asestado á su generoso corazon. ¡Yo no quiero que D. Jaime de la Guardia, que me ha perdonado faltas tan grandes, y que pudiera pedirme cuentas de alguna que no conoce, me condene por una que no he cometido! ¡Yo no quiero que el mismo Diego se quede en el mundo con la doble amargura de creer que mi amistad ha sido mentira, y de que su rigor ha causado mi muerte! ¡Yo no quiero, en fin, matar mi inocencia, la única vez que de ella puedo ufanarme; matar el amor y la amistad de los que ya me perdonaron mis verdaderas faltas; matar mi memoria en sus corazones, el rezo en sus labios y las lágrimas en sus ojos!—¡Yo quiero que, cuando me toque morir, me lloren los que no tengan razon alguna para haber dejado de amarme!—¡Mi suicidio sería la calumnia propalada, sancionada, ejecutoriada por mí! ¡Y lo que yo necesito es hacer triunfar la verdad; inspirar fe, ya que no pueda enseñar mi corazon al mundo; ser creído, Padre, ser creído un solo momento; y despues morir!

Á eso vengo.—En mi desesperacion, viendo llegar el dia de mañana y con él todos los horrores que me prepara Diego, acordéme de que la fama hablaba de un virtuoso y sabio sacerdote que curaba los más acerbos males del espíritu, y aquí me tiene usted en busca de sus consejos; *en busca de*

Dios, como me dijo usted ántes; en busca de los consuelos de la Religion Cristiana; en busca de la paz del claustro... ¡no sé á qué... no sé á qué...; pues mi pobre alma se agita en un océano de dudas!...—Pero, en fin... aquí estoy.

¡Y si supiera usted cómo he venido! ¡Si supiera usted hasta dónde ha llegado el escarnio que ha hecho hoy de mí la desventura!—Es un incidente trivial, pero que resume y simboliza en mi concepto toda mi malhadada historia...

No bien resolví venir á hablar con usted, di órden de que engancharan un carruaje, y mis criados, viendo que era Carnaval, y recordando mis costumbres de los años anteriores, dedujeron que mi intencion sería ir á la gran mascarada del Prado. Acordaron, pues, enganchar el más irrisorio y profano de mis coches, aquel en que siempre había ido yo á las máscaras, una especie de picota de ignominia, que se llama *cesto*, en el cual me subí maquinalmente y aparecí á las tres de la tarde, á la hora del Juicio Final, en la Puerta del Sol...—¡Allí he sido reconocido y befado por mis antiguos camaradas ó émulos de libertinaje!...—¡Allí he sido insultado, silbado, apedreado por la plebe, y de allí he tenido que salir en precipitada fuga, perseguido por los aullidos de los hombres y por los ladridos de los perros, como un enemigo de la humana especie, como un réprobo, como un pária, como el grotesco símbolo del carnaval y del escándalo!...

Ahora bien, padre mio; llegó el momento de que usted hable.—No una vez sola, sino muchas, durante mi larga relacion, me ha prometido hallar fácil remedio á mis desdichas... *por grandes que ellas*

fuesen.—No sé si despues de conocerlas en toda su extension, seguirá usted pensando del mismo modo.—¡Yo considero totalmente imposible salir del infierno en que me hallo!

IV.

DICTÁMEN DEL PADRE MANRIQUE.

Serían las nueve de la noche cuando Fabian dejó de hablar.

¡Cosa rara! La última parte de aquella especie de confesion, con ser la más triste y pavorosa, pareció complacer mucho al Padre Manrique y tranquilizarlo por completo. Ello es, que, miéntras el jóven refería su violentísima escena con Diego y los tremendos peligros que por resultas de ella le amenazaban, el rostro del Jesuita fué bañándose de una leve sonrisa de satisfaccion y júbilo, que más asomaba á sus ojos que á sus labios.

—Pues, señor (exclamó al fin, retrepándose en la silla y mirando de hito en hito al aristócrata): ¡Demos gracias á la *Providencia divina*... aunque usted no crea en ella, segun tuvo la... *ingenuidad* de confesarme hace una hora!...—De todo lo que me ha contado usted, se deduce que no hay nada perdido, y que, por el contrario, está usted de enhorabuena.

Fabian miró con asombro al Padre Manrique.

Este se sonrió, y dijo donosamente:

—¡Apostaría cualquier cosa á que sé lo que está usted pensando!—«Este buen señor (acaba usted de decirse), no se ha hecho cargo de mi situacion, ó

»va á prevalerse de ella para poner el paño de púl-
»pito y predicarme un sermon rutinario contra la
»marcha del siglo; para desagraviar á la persegui-
»da Iglesia Romana; para ganarle un soldado á la
»Compañía de Jesus, ó para ver de atraerme á su
»partido político...» (¡pues dicho se está que, á sus
ojos de usted, seré yo un carlista furibundo, ó
cuando ménos, un terrible neo-católico, partidario
de la fusion dinástica!)—Con franqueza, Sr. D. Fa-
bian: ¿no ha sido éste su recelo de usted, al ver la
tranquilidad y el aire de triunfo con que le he ase-
gurado que *no hay nada perdido*? ¿No es verdad que
principia usted á desconfiar de mí, creyendo que
voy á trabajar más *pro domo mea* que por la felici-
dad de usted y de sus amigos,—pareciéndome en
ello al médico sistemático que receta una misma
fórmula contra toda clase de males, más cuidadoso
de hacer prosélitos, ó de vender su específico, que
de sanar á los pacientes?

Fabian bajó la cabeza y suspiró, como avergon-
zado y pesaroso de estar pensando lo mismo que el
Sacerdote acababa de decir.

—¡Perfectísimamente! (prosiguió el Padre Manri-
que, alzando abiertas las dos manos en señal de to-
lerancia y de parlamento.) ¡No tema usted que por
eso vaya yo á enfadarme! ¡*Estamos* muy acostum-
brados á mayores injusticias!—Sin embargo: bueno
será que estudiemos á fondo la dolencia, y veamos
si podría ser curada por otro procedimiento dife-
rente del mio.—Para ello, principiare, como suelen
los doctores, haciendo la *historia* del mal y lo que
pudiéramos llamar su *diagnóstico*.—El *pronóstico* y
el *tratamiento* vendrán despues...—Tenga usted

calma entre tanto, y perdóneme el que yo también la tenga.—Desde ahora, hasta las nueve de la mañana, que irán á su casa de usted los padrinos de Diego, y que éste hará las demas atrocidades que se le han ocurrido, podemos arreglarlo todo.—¡Ah, señores materialistas! ¡Ah, señores curanderos del espíritu! ¡Ah, señores cirujanos del alma! ¡Ya verán ustedes cómo, para estos males tan espantosos, hay en la farmacopea del antiguo régimen remedios más *heróicos* y eficaces que el desafío y el suicidio!

Y, así diciendo, el Jesuita se levantó, renovó la vela del candelero, y dió algunas vueltas por la habitación, restregándose las manos y con la cabeza muy baja, como quien recoge sus ideas; hasta que al fin paróse delante del jóven, y le habló en estos términos:

—Excusado creo decirle á usted cuál es el origen de la crisis accidental en que hoy se halla, ni indicarle el nombre de esa revelacion ó síntoma externo de la antigua ruina de su espíritu... ¡Ya los ha vislumbrado usted por sí solo, á pesar de lo muy turbios que están todavía los cristales de su conciencia.—Usted, señor Conde, además de vicioso, ha sido siempre fanfarron del vicio: usted se ha complacido en escandalizar el mundo con sus maldades: usted ha tenido á gloria el ser reputado como el libertino más audaz, ó sea como el seductor más... *afortunado* de la corte... (me valgo de palabras de usted), y, no bastándole á su infernal soberbia tamaño escándalo, fué depositando en la memoria de Diego aquellos secretos que un jóven bien educado no revela al público, cuando el público no los trasluce por sí mismo... Fué usted, digo, contándole

diariamente al que hoy es esposo de Gregoria todas las iniquidades y torpezas de que se valía usted para corromper á las mujeres de sus amigos; para abusar de la confianza de éstos; para engañar á cuantas personas le tendían la mano; para sacrificar, en fin, la paz y la ventura de innumerables familias en aras del brutal egoismo y feroz concupiscencia á que rendía usted grosero culto, como si Dios no le hubiese dado un alma...

—¡Es verdad! — tartamudeó el antiguo calavera.

—¡Primera premisa!... (continuó el anciano.) Y pues que acaba usted de decirme: «*concedo majorrem,*» paso á formular *la menor*.—Diego, el misero expósito, enemigo como usted de la sociedad (cual si la sociedad tuviera la culpa de que la madre de aquel infeliz hubiese sido pecadora y desnaturalizada, y de que su padre de usted hubiese hecho traición á su esposa y al marido de Doña Beatriz de Haro); Diego, repito, que no contaba con las cualidades personales ni los bienes de fortuna necesarios para guerrear ventajosamente contra las clases nobles, ricas y elegantes que le inspiraban especial aborrecimiento y envidia, se apoderó de usted como de un dorado puñal que esgrimir contra ellas desde la sombra; se empapó gustoso en las cotidianas confidencias que usted le hacía acerca de los daños que acababa de causar en el hogar ajeno; aplaudió todas aquellas ruindades y demasías, no porque dejaran de parecerle odiosas, sino porque las utilizaba para satisfacer sus propios odios; y era, en suma, como demonio tentador que lo sublevaba á usted contra un cielo de que el infeliz se

consideraba proscrito!—Por eso luchó siempre con Lázaro, que (practicándolo, ó no; cosa que todavía ignoramos) predicaba el bien absoluto: por eso fué durante mucho tiempo el más cruel enemigo de Gabriela, y esmeróse en disuadirlo á usted de seguir los santos consejos de aquel Angel; y por eso ahogó cuidadosamente todos los buenos instintos de su corazon de usted, hasta el dia en que el pobre cuñero, favorecido ya por la suerte, ocupó un mediano puesto en el concierto humano, sintió apego á la vida, acordóse de que tenía corazon, y pensó en casarse, en transigir con sus prójimos, en formar parte de la sociedad, en fundar una casa y una familia...—Asustóse entónces de su propia obra; sintió haber excitado hasta la ferocidad sus pasiones de usted; tal vez pensó en dejar de tratarlo, y no se decidió á ello por seguir disfrutando de su proteccion y conservar y aumentar las ventajas que ya le debía; alegróse, pues, mucho de ver que usted entraba tambien en la senda de la virtud...; pero recelando todavia que no tuviese usted valor y constancia para perseverar en ella, preparóse contra las *eventualidades del porvenir*...—De aquí el afan con que se dedicó de pronto á restablecer las relaciones entre usted y Gabriela; de aquí el constituirse en fiador para con ella y para con sus padres; de aquí el exigirle juramentos de no reincidir en sus antiguas faltas; de aquí, finalmente, el que procediera en todo y por todo como quien, habiendo enseñado á usted á tirar piedras al tejado ajeno, encontrábase repentinamente con que él iba á tener el suyo de vidrio.

—¡Esa... esa es la pura verdad!—exclamó Fabian

Conde, recibiendo aquellas palabras como un rocío consolador.

—Pues saquemos ahora la consecuencia (siguió diciendo el religioso).—Diego no era el único escandalizado por los abominables excesos de su antigua vida de usted: estábalo igualmente todo el mundo, y estábalo Gregoria... ¡Estábalo... hasta la humilde sirvienta de la casa que Diego acababa de fundar!...—Recordemos, si no, el irreverente apóstrofe con que lo saludó á usted al conocerlo...—En cuanto al escándalo de Gregoria, era de una naturaleza muy complicada y dañina. Aquella mujer, más vana que concienzuda, más presuntuosa que honrada, no temía tanto el que usted pusiese los ojos en ella, como el que la considerase indigna de semejante agresión... ¡La ruina espiritual que su historia de usted le había causado era completa! Gregoria tenía curiosidad... ¡nada más que curiosidad! de oír las mágicas frases de que se habría valido el dragon infernal llamado *Fabian Conde* para seducir á tantas y tantas Evas: aspiraba también á la gloria de ser más fuerte que aquellas desgraciadas y de rechazar y confundir al héroe de tan ruidosas aventuras: necesitaba, sobre todo, que Diego entendiese que usted la hallaba agradable, envidiable, apetecible, á fin de que el altanero hipocondriaco (aquel hombre de quien me ha dicho usted que se volvía loco á la idea de estar en ridículo) no se avergonzase ni se arrepintiese nunca de haberse casado con ella.—Añada usted finalmente la malhadada, espinosísima escena de aquel domingo por la tarde, en que Eva y el Dragon se vieron solos en ausencia del amargado consorte (escena que tan herida y humillada

dejó á Gregoria), y comprenderemos que haya incurrido en la vil tentacion de levantarle á usted la calumnia más verosímil y mejor urdida que saliera jamás de los talleres del Demonio.

—¡Calumnia horrible!... ¿no es cierto? (exclamó el jóven apoderándose de las manos del eclesiástico.) ¡Calumnia infame, en que Diego no podrá ménos de creer, diga yo lo que diga y haga lo que haga!...

—De eso iba á hablarle á usted en este momento (respondió el anciano).—Diego, mi querido señor Conde, debía ya de sospechar más ó ménos distintamente (ántes de que usted se lo dijera en ocasion en que ya no podía creerlo), que su muy querida y por él celebrada Gregoria le inspiraba á usted desdén ó antipatia; y la ciega vanidad y el torpe egoismo, procediendo con una mala fe que no es esta la sazón de analizar psicológicamente, le habrán hecho encariñarse con la especie inventada por Gregoria...—pues así queda consolado y vengado á un tiempo mismo, aunque esto implique en realidad una monstruosa contradiccion.—Por otra parte, el morboso cariño que Diego le profesa á usted («*formidable amistad*» lo denominó Lázaro en cierta ocasion...—¡y la verdad es que las criaturas no deben quererse de esa manera tan absoluta, que tiene algo de idolatría!); aquel insensato cariño, vuelvo á decir, hallábase en estos últimos meses muy lastimado, la natural envidia del hipocondriaco muy enfurecida, y su misantropía en el colmo de la injusticia y de la saña, al ver que usted era ya dichoso por sí y ante sí; que para nada tenía que acudir á él; que reunía usted ya todo lo que á él le faltaba... nombre, gloria, salud, gallardía, riquezas, valimiento, y hasta

albores de Fe, de divina Gracia, de favor con nuestro Eterno Padre, mediante la intervencion de Gabriela...; y, por resultas de todas estas cosas, Diego necesitaba un motivo, un pretexto, un asomo de razon, para fundar cargos contra usted; para declararle la guerra; para destruir su dicha, retirando la tan ponderada fianza; para aislarlo á usted de nuevo; para reducirlo otra vez á su obediencia; para volver á hacerlo su esclavo! — ¡Considere usted, pues, con cuánta fruicion y vehemencia habrá dado crédito el infortunado á la calumnia de Gregoria, comprobada por apariencias funestísimas y por la sincera declaracion de la criada!—Agregue usted, en conclusion (y esto es lo más grave de todo), los antecedentes de su propia historia; el alarde que siempre hizo usted, especialisimamente ante Diego, de sus infames empresas amatorias, de su ningun respeto á la honra ajena, de su arte consumado para mentir, de su elocuencia infernal para defenderse y obtener la absolucion de padres y maridos, aún en los casos más apurados, más patentes, más indudables..., y habremos de convenir en que, por los medios puramente externos, con discursos, con pruebas, con testigos, con lágrimas, con la espada, con la pistola, matando, dejándose matar, matándose usted mismo, ¡de manera alguna! podrá usted sincerarse á los ojos de Diego!—¡Por todo lo cual, señor Conde (concluyó el Jesuita con terrible acento), el escándalo ha dado sus frutos: el fardo de sus pecados de usted, de que era depositario Diego, ha caído á última hora sobre la cabeza del antiguo Fabian Conde, aplastándolo, anonadándolo bajo su peso! ¡Todo el mundo dirá que Diego tiene razon!

¡Nádie, nádie lo creerá á usted bajo su palabra! ¡D. Jáime, Gabriela, el público, todos se alejarán de usted con horror y espanto, al ver que, despues de su fingido arrepentimiento, ha atentado usted á la felicidad y á la honra de su único amigo!—En resumen: ¡está usted perdido sin remedio en el concepto de los hombres! ¡No tiene usted escape! ¡Ha sido cogido en sus propias redes, y no le queda á usted más arbitrio que entregarse á discrecion, que depouer las armas terrenas, que dejar las banderas del mundo, que declararse mi prisionero y que fiar su triste suerte á la misericordia de Dios!

—¡Ay de mí! (gimió Fabian desconsoladamente.) ¡Conque venimos á parar en que debo huir de la calumnia y encerrarme en la soledad de un claustro!

—¡No! ¡mil veces no! (respondió el Padre Manrique con indignacion y cólera.) ¡Yo no le aconsejaré á usted nunca semejante cobardía! ¡Eso fuera apelar á un recurso, hipócritamente piadoso, inventado por los escritores románticos!—Los románticos (¡impíos al fin; como herederos directos de los libre-pensadores del siglo pasado!) excogitaron ese tercer medio de desenlazar cómodamente los conflictos de honor, los dramas de la conciencia.—Ántes del romanticismo, el hombre escandaloso, el criminal injusticiable, el pecador que se hallaba en deuda con sus hermanos, el trasgresor de la Ley Eterna (cuyas infracciones todas no están previstas en los Códigos, ó no constituyen delito á los ojos de los legisladores profanos) apelaba al indignamente llamado *Juicio de Dios*; se batia en desafío con cualquier representante de la vindicta pública, y, mata-se ó muriese, y hasta sin matar ni morir, con tal

que se hubiera mostrado propicio á derramar su sangre ó la ajena, ya tenía honra, aunque fuese infame; ya tenía inocencia, aunque fuese culpado; ya se suponía desarmada la Suprema Justicia...—Ó bien, cuando la tragedia era unipersonal, cuando el conflicto surgía en la conciencia de un solo individuo acusado por el mundo entero, apelaba al suicidio... ¡y en paz!—*¡Componéoslas ahí como podais!* decía á las víctimas de sus infamias y al público escandalizado, y se acostaba tranquilamente en la tumba, muy confiado en que Dios no iría á despertarlo nunca de aquel sueño!—Pero, como digo, los escritores románticos juzgaron (y juzgaron bien) que los crímenes no castigados por los Códigos requerían una expiación más larga y de índole más religiosa que el desafío ó el suicidio, y, equivocándose en los medios de desagraviar la moral, creyeron arreglarlo todo con enviar á un convento, al final de sus dramas y novelas, á los libertinos desengañados, á los bandoleros cansados del oficio, á los ladrones de honras, á los que dejaron tras de sí en el mundo anchos regueros de lágrimas...—Descansaba, pues, grandemente el inválido ó el veterano del vicio, en la paz de una Cartuja ó de una Ermita, libre de todo afán temporal y de todo riesgo, mientras que en el mundo manaban sangre las heridas que dejó abiertas...—¡No le aconsejaré yo á usted semejante fuga, semejante desercion! En el caso presente, yo rechazo el Convento con la misma indignacion que el duelo y el suicidio y que todo lo que sea huir de la batalla en que está usted empeñado!—¡Al mundo, señor Conde, al mundo! ¡A combatir por el bien! ¡á purificar su alma! ¡á redimir la

de sus prójimos! ¡á salvar á los inocentes de la epidemia del escándalo! ¡á deshacer todo el mal que les ha hecho! ¡á purgar y á pagar lo que ya no pueda remediarse! ¡á impedir, en una palabra, que sea definitiva la ruina espiritual en que ha sumido usted á Gregoria y á Diego, y que va á trascender al corazon de Gabriela y al de D. Jaime!—¡No muera usted defendiéndose interesadamente!... ¡Pero muera usted, si es necesario, defendiendo el bien, confesando la verdad, acatando la Justicia divina, tratando de conquistar el cielo!—¡Muera usted, en fin, edificando al mundo con sus obras!

—¡Padre! (exclamó Fabian con profundo desaliento.) Sus consejos de usted no pueden ser más santos... ¡pero desgraciadamente, en el caso actual, no tienen aplicacion alguna!—Usted olvida lo apremiante y angustioso de mi situacion... ¡Dentro de pocas horas Diego me habrá delatado á la Justicia humana, á los tribunales, al público, á D. Jaime, á Gabriela... ¡á mi pobre Gabriela, que no podrá resistir este nuevo golpe! ¡Dentro de pocas horas todos sabrán que mi padre pereció por traidor; que yo fuí falsario para rehabilitar su nombre, y estafador para apoderarme de su hacienda; que un juez de primera instancia entiende en el asunto, y que no podré librarme de ir á presidio!... ¡Dentro de pocas horas Diego habrá ya dicho á Gabriela y á D. Jaime que he intentado seducir á Gregoria..., y, al oirlo, Gabriela se acordará de aquella tarde... del gabinete de Matilde... del tremendo desengaño que recibió entónces..., y creará á Diego, y dará otro grito como aquel que aún resuena en mis entrañas, y caerá, no ya desmayada, sino muerta!...

¡Dentro de pocas horas, D. Jaime me habrá buscado para matarme como á un perro, llamándome traidor á su amistad y asesino de su hija!...—¡Dentro de pocas horas los padrinos de Diego llegarán á mi casa y me desafiarán... y tendré que rehuir el lance, ó que batirme con mi mejor amigo! ¡Si rehuyo el duelo, quedaré por cobarde en el concepto público, y añadiré esta fea nota á la ignominia que ya cubrirá mi frente!—Si me bato, ¿cómo procurar herir el pecho del hombre sin ventura que constituyó mi única familia y que vertió por mí su sangre generosa? Y, si no me defiende, y él me mata, como me matará sin duda alguna, ¿qué dirá el mundo, qué dirá el propio Diego? ¡Diego y el mundo escupirán á mi cadáver, exclamando desapiadadamente: «*¡Bien muerto está el inícuo Fabian Conde!*»—Pues suponga usted que el marido de Gregoria, al ver que rehusó batirme, ó que no me defiende en el campo de batalla, me insulta una vez y otra, me abofetea en público, le escupe, no ya á mi cadáver inanimado, sino á mi faz, todavía coloreada por el rubor de la vida... ¿Qué pasará entónces, Padre Manrique? ¿qué pasará entónces? ¿Ha olvidado usted que soy hijo de un General, muy pecador sin duda alguna, pero que fué rayo de la guerra y espanto de sus enemigos?...—Ahora bien... todos estos horrores no pueden remediarse más que de una manera: Sacando á Diego de su error ántes de las nueve de la mañana; combatiendo de frente la calumnia; haciendo resplandecer mi inocencia... ¡devolviendo la fe al corazón de mi amigo!—¡Dígame usted qué hago para llegar á este fin... ¡Dígame usted qué recurso puedo intentar esta misma noche!...—No es

otro el objeto de mi consulta...—Á eso he venido á buscarlo á usted...

—¡Ya comprendo!... ¡Ya comprendo!...—¡No tiene usted que esforzarse en explicármelo! (respondió el Jesuita con sequedad.)—Usted va derecho á su negocio, desentendiéndose de que tiene un alma y de que hay un Dios... Usted no quiere perder nada en la partida, ni tan siquiera el ya mencionado fardo de sus culpas... Usted quiere (¡haya sido buena ó mala la historia de Fabian Conde!) convencer á Diego en un momento, volver á ser feliz inmediatamente, casarse con Gabriela, tener honra, ser conde, ser rico, ser diputado, y todo ello sin más trabajo, sin más esfuerzo, sin más sacrificio, sin más penitencia que pronunciar muy bellas palabras!...—¡Amigo mio, sigue usted delirando! Estamos como al principio... Yo creía haberle cortado toda retirada á su cobardía de usted...; yo creía haber demostrado que es en vano que vuelva usted la vista hácia las complacencias mundanales...; pero la impiedad, el egoismo terreno, el apego á la vida mortal, á los bienes finitos, á los goces de la materia, al Reino de Lucifer, le hacen á usted desoir la voz del alma...—¡Concluyamos, pues, señor Conde!... y, para ello, fijemos la cuestion en términos categóricos:—A mí no se me ocurre ningun medio de convencer á Diego... ¿Se le ocurre á usted alguno?—Contésteme rotundamente.

—A mí... no, señor,—tartamudeó el jóven.

—Pues entónces ¡desventurado! entrégueseme usted sin reservas ni condiciones de ninguna clase, y siga literalmente mis consejos,—que son, en medio de todo, los de aquel Jesus que usted *ama* y *re-*

verencia..., aunque negándole los atributos de la divinidad.

—Pero ¿qué me aconseja usted en definitiva? ¿Qué debo hacer?—Todavía no me lo ha dicho...

—¿Qué?—¡Resignarse! (contestó el Jesuita con majestuoso acento.) Es decir: reconocer que merece usted todo lo que le pasa, y confesarlo así públicamente.

—¡Declarar yo que he cometido la infamia que me atribuye Diego!

—No, señor: pero declarar todas las que ha cometido, y sufrir, por vía de expiación, las consecuencias de la que le achacan: protestar de que es usted inocente respecto de Gregoria; pero reconocer que ya había delinquido lo bastante para que Dios lo castigue de esta manera.

—¿Y qué habré adelantado? (replicó el joven.) ¡Me llamarán hipócrita y cobarde!... ¡Seguirá en pie la calumnia, y Diego llevará á cabo sus amenazas!— ¡Oh! esto es horrible! ¡ser inocente y no lograr que lo crea nadie!

El Padre Manrique se acercó entonces al oído de Fabian, y díjole, de una manera tan expresiva y vehemente como si intentase infundirle su propia alma:

—¡Absolutamente nadie..., si exceptuamos á Dios!

—Pero usted, padre mio... Siquiera usted!... (balbuceó Fabian con la suprema angustia del que se ahoga.) ¡Si usted me ayudara!...—Porque supongo que usted me cree...

El Jesuita respondió, afectando desden ó indiferencia:

—¿Qué quiere usted que yo le diga? ¡Á mí mismo me cuesta mucho trabajo tener fe en un hombre que no la tiene en Dios!—Usted, sin dar oídos á las voces de su espíritu, duda de que hay en el Universo un Supremo Juez de nuestras acciones, fundándose en que no lo ha visto con los ojos de la cara... ¡Pues tampoco he visto yo con los ojos de la cara su corazón ni su inocencia de usted!...—¡Y lo mismo responderá Diego! ¡Y lo mismo dirá todo el mundo!—Hay que ser lógicos, señor Conde: usted nos exige que lo creamos bajo su palabra, cuando deponen contra usted tantas apariencias y tantos antecedentes, y no cree por su parte que hay un Dios Todopoderoso, Criador del Cielo y de la Tierra, cuando la Tierra y el Cielo están llenos de su gloria y majestad!... ¡cuando tiene usted un alma que suspira por Él á todas horas, con hambre y sed de su justicia!... ¡cuando no le queda á usted ya más refugio que sus paternales brazos!...—Dé usted ejemplo de fe y de humildad, creyendo en el Dios que sólo se deja ver por la incomprensible grandeza de sus obras, y nosotros creeremos en su inocencia de usted...,—sobre todo si nos la revela también con obras, y no con meras palabras que se lleva el viento...

— ¡Padre! ¡Padre! ¡le juro á usted que soy inocente!...—gritó Fabian todavía, cruzando las manos con desesperación.

—Es muy posible... (contestó el Jesuita.) Pero no se trata ahora de convencerme á mí, sino de convencer á Diego;—pues dicho se está que el desgraciado no habría de creerlo á usted, bajo mi pobre garantía, basada precisamente en *palabras* de usted mis-

mo!—Digo esto, por si se le ha ocurrido á usted la idea de que yo vaya á hablar con Diego, ó con Gabriela, ó con la misma Gregoria...—¡Todo sería inútil!

—¡Dios mio! ¡Dios mio! (clamó Fabian;) ¿qué hago? ¿qué puedo hacer?

—Lo que está usted haciendo, mi querido hijo: ¡Llamar á Dios!—respondió el Padre Manrique con inexplicable dulzura.

—¡Lo he llamado tantas veces en esta vida! ¡Y ha sido tan insensible á mis clamores!

—Porque no lo ha llamado usted desde el fondo de una conciencia sin mancha... ¡Porque no lo ha llamado usted con gritos de verdadero arrepentimiento... con verdaderos propósitos de la enmienda!

—¡Tambien lo he llamado de ese modo!

—¿Cuándo?—¡Me parece que se engaña usted!

—Cuando me abandonó Gabriela...

—Entonces llamaba usted á Gabriela; no á Dios. ¡Entonces le pedía usted al cielo que le entregase el amor y la hermosura terrena de la hija adoptiva de Matilde!...

—¡Lo llamé luégo, en la populosa soledad de Lóndres, cuando, seguro otra vez de que Gabriela iba á ser mia, deseaba tener creencias religiosas... para no engañarla al pié del altar acerca del estado de mi alma!...—¡Y Dios no se mostró á los ojos de mi espíritu!

—Había demasiado fango en su conciencia de usted para que pudiese reflejar la luz del cielo! En primer lugar, no había usted expiado en el purgatorio de la penitencia sus antiguas iniquidades: en segundo lugar, todavía estaba usted gozando de los

millones que adquirió por medio de falsos testimonios y sacrilegios...—¡Dios no se satisface tampoco con palabras, amigo mio! Dios pide *obras*..., y mientras usted no me pruebe... mientras no me prueben todos los que niegan la posibilidad de ver á Dios desde este mundo con los ojos de la Fe..., que lo han buscado desde el fondo de una conciencia pura y por medio de *obras* de caridad y de penitencia, no les reconoceré derecho á negar que nuestro Eterno Padre acude al alma de cuantos lo llaman desinteresada y amorosamente. —«*Bienaventurados los limpios de corazon* (dijo Cristo), *porque ellos verán á Dios.*»

Fabian se puso de pié, ostentando al fin en su demudado rostro una dignidad soberana.

—¿Y ve ese Dios el fondo de los corazones que le niegan su fe? (preguntó con arrebatado acento.) ¿Estará viendo en este instante la inocencia que llora en el fondo del mio?

—¡Es el Único que la ve, además de usted mismo (respondió el Jesuita, aproximándose al jóven y poniéndole una mano sobre el pecho.) Sí, mi querido hermano: usted propio se está viendo por dentro, y se basta y se sobra para testigo y juez de su inocencia!...¡Dios no hace más que sonreir y premiar al que padece persecuciones por la justicia, al que tiene como usted hambre y sed de ella, y al que no vive de la ajena opinion, del falible juicio del mundo, de los aplausos externos, de las lisonjas de los mortales, sino del íntimo testimonio de su conciencia.— Bástele, pues, á usted saber que no ha cometido el pecado que le atribuye Diego, y no le importe nada de su ira, ni del escarnio de los hombres, ni de la

injusticia de la sociedad, ni de los ultrajes, ni del tormento, ni de la muerte...—¡En medio de todo (ya lo hemos dicho), si no ha cometido usted ese pecado, ha cometido otros muchos!... ¡Tome usted lo que le sucede como castigo y penitencia de ellos!...

—¿Y Dios lo sabrá? ¿Dios me llevará esa cuenta? (preguntó Fabian, cruzando las manos piadosamente.) Si yo soy bueno; si yo hago todo lo que usted me diga; si yo renuncio á todo por Dios... ¿conoceré en algo que Dios me lo agradece... que tan siquiera lo sabe?

—Lo conocerá usted en la inefable alegría de que sentirá inundado su corazón...—¡Usted, mi querido hijo, no puede todavía figurarse lo hermosa y grande y rica de perdurables flores que es el alma humana!... El alma es un mundo que llevamos dentro de nosotros y al que muchos no se asoman nunca por atender al tumulto de la vida mortal, á los ruines apetitos de la carne, á las infernales seducciones del mundo exterior, á los vanos aplausos del público. ¡Hay que asomarse á nuestra propia alma por las ventanas de lo interior de la conciencia!... ¡Qué paz, qué sosiego, qué floridos campos, qué eternos verdores, qué claridades celestes se gozan desde allí!... ¡Cuán léjos se han quedado el ruido y la fiebre y la locura del mundo!... En el jardín que teneis ante la vista, todo habla de la inmortalidad del espíritu, todo murmura palabras de esperanza, todo convida al bien, todo dice que hay una mansion de justicia, que hay un descanso de las almas, que hay un premio de las virtudes, que hay una patria de los desgraciados, que hay un Pa-

dre que nos aguarda para explicarnos esta triste vida y satisfacer todas nuestras ánsias infinitas de bondad, de verdad y de hermosura!

—¡Hable usted!... ¡Hable usted, padre mio!... ¡Me parece estar oyendo al mismo Dios!...—suspiró Fabian lánguidamente, llevándose á los labios las manos cruzadas y levantando los ojos al cielo.

—Está usted oyendo sus amorosas palabras, aunque dichas por mis indignos labios... Yo soy sacerdote de ese Dios... despues de haberlo desconocido como usted, y de haberlo injuriado con mis culpas... ¡Yo creo en ese Dios! ¿Por qué no ha de creer usted?—Sería usted tan venturoso en medio de sus penas!

—¡Ah padre! ¡Yo creeré... yo creeré!... ¡Me lo está diciendo el alma!...—¡Oh! sí... el alma es muy hermosa... el alma es infinita... el alma es inviolable... el alma es inmortal!... Desde que me ha hecho usted asomarme á la mia, siéntome fuerte, invulnerable, descuidado, tranquilo enfrente de todas las amenazas de Diego... ¿Qué me importa el mundo, qué me importa la opinion de los humanos, en comparacion de esta paz sublime, de esta delicia sin nombre que experimento al mirarme en mi conciencia y ver que soy inocente?

—¡Así! ¡así, hijo mio! (pronunció el anciano, abrazando al joven.) ¡Dios hará lo demas! ¡Ya está usted en el buen camino!—Oiga usted, pues, lo que Dios exige en cambio de la eterna Gracia que va á deramar en su corazon...

—¡Diga usted!... ¡Estoy dispuesto á todo! ¡Yo no conocía esta dicha inefable! ¡Qué feliz soy desde que me he resignado á no serlo! ¡Cómo respiro

desde que *sé yo mismo* que soy inocente! ;Ya no necesito que lo crea nadie!...

—;Eso! ;eso es lo que yo quería decirle á usted! (replicó el Jesuita.) Ya ha principiado usted á conocer que lo sabe Dios! ;Ya ha entrado usted en posesion de su alma! ;Pronto sentirá usted desbordarse de ella la Oracion, entre raudales de dulcísimo llanto!...—Conque basta ya de palabras... ;Resolvámonos á obrar!...—;Qué feliz será usted mañana á estas horas! ;Qué chasco va á llevarse Diego!—Por lo demas, lo que hay que hacer es muy sencillo... Primeramente..., tiene usted que dar á los niños expósitos, ántes de las nueve de la mañana, todo el caudal del Conde de la Umbria, reservándose únicamente lo que al antiguo Fabian Conde le quedaba de la legitima de su madre...—;Estamos conformes?

—;Cuenta usted con ello! (respondió Fabian, besando las manos del Padre Manrique.) ;Muchísimas gracias por la justicia que me hace!... ;Ese consejo es para mí una corona!

—Segundo (continuó el anciano): Tiene usted que renunciar el título de Conde... la secretaría de Legacion... la candidatura para la diputacion á Córtes...

—;Renunciado, Padre! ;renunciado!

—Tercero: Tiene usted que buscar á Lázaro inmediatamente, y pedirle perdon por haberlo injuriado de aquel modo... ;Usted no era Dios para juzgar ni castigar sus faltas! Y por lo demas, usted está viendo que todos sus consejos eran saludables...

—;Oh, sí!... ;Esta misma noche iré á verlo! ;Pobre Lázaro! ;Quizás es tambien inocente! ;No me conde-

nan á mí las apariencias?—¡Un año sin saber de él! ¡Qué solo habrá vivido! ¡Qué solo puede haber muerto! ¡Con cuánta razon me acercaba yo anoche á su casa!...

—Cuarto (prosiguió el padre Manrique): Tiene usted que escribir á D. Jaime de la Guardia, diciéndole que, por respeto á la memoria de su digno hermano, cuya honra mancilló usted alevemente, renuncia usted á la mano de Gabriela...

—¡Padre mio!...

—Hay que hacer más: Tiene usted que escribir á la misma Gabriela, diciéndole que Diego lo acusa de haber atentado á la virtud de Gregoria, y que (por más que esto sea una calumnia), no considerando usted merecedor de que nadie lo crea inocente de tal pecado, ni digno en manera alguna del amor y la compañía de un ángel, renuncia usted al proyectado casamiento...

—¡Padre! ¡Padre! (sollozó Fabian.) ¡Yo la adoro!... —¡Es horrible lo que me aconseja usted!...

—¡Lo manda Dios!—repuso el Jesuita, extendiendo la diestra como si jurara.

—¡Gabriela mia!—murmuró el jóven, cubriéndose el rostro con las manos.

Y ardientes lágrimas corrieron por entre sus dedos.

—Realizadas todas estas cosas (continuó el anciano con enronquecida voz), irá usted á ver á Diego y le dirá: «Esto he hecho: y si no he denunciado á los tribunales el delito que cometí en »union de Gutierrez y del Marqués de la Fidelidad, »es porque no me toca á mí acusarlos ni perderlos »siendo mis prójimos, y porque yo no debo contri-

»huir con actos positivos á la difamacion de mi padre y de doña Beatriz de Haro... Pero puedes tú »hacerlo, bien seguro de que yo mismo me constituiré en prision y declararé la verdad ante mis »jueces.»—Y, en efecto, si Diego lo delata á usted, confesará usted sus crímenes humildísimamente, é irá á la cárcel y á presidio, donde podrá usted tambien recrearse en la contemplacion de su alma y glorificarse con el amor de Dios.—Si Diego insiste en batirse, se negará usted á ello, aunque el mundo lo llame cobarde... Si lo hiere en una mejilla, le presentará usted la otra; si le escupe, si lo pisotea, le dirá usted: *soy inocente del delito de que me acusas; pero merezco que me trates de ese modo*; y si, por evento, sale usted vivo y libre de todas esas pruebas... ¡aquí lo aguardo!... ¡venga usted á buscarme, y seguiremos hablando de Dios y del alma, hasta que me llegue la hora de ir á esperarlo á usted en la otra vida!...

Fabian separó las manos de su rostro, enjugándose al mismo tiempo en ellas las últimas lágrimas, é irguió la descolorida frente, sellada de la sublime impavidez ó valerosa mansedumbre de un mártir.

—¡Acepto!—dijo finalmente, alargando una mano al Padre Manrique.

—¡Gracias!—respondió éste, estrechando aquella mano entre las suyas.

Y callaron durante mucho tiempo, sin cambiar de actitud, ambos de pié, en medio de la celda; el Jesuita, con los ojos clavados en el rostro de Fabian, y Fabian con la mirada vaga y perdida, cual si contemplase remotos horizontes...

Sonaron las diez.

El joven se estremeció, como volviendo á la vida. Miró en torno de sí, y sus ojos se posaron en el Crucifijo de talla que había sobre la mesa. Abalanzóse entónces hácia él, cogiólo con amoroso ademan, y púsose á contemplar á Jesús, diciéndole:

—Tú, Amigo del hombre, Hermano de los desgraciados, padeciste muerte en Cruz por las culpas ajenas. Yo voy á padecer por las mías... ¿Dónde habrá un grandeza igual á la tuya? Tú eras inocente, y podías demostrarlo, y librarte así del suplicio... ¡Y preferiste morir por dar á los hombres un alto ejemplo de amor, de humildad y de fe en tu Eterno Padre!...—¡Oh, Cristo! sosten mi corazón en la batalla que voy á emprender, para hacerme digno de volverte á besar como te beso!...

Y llevándose á la boca los piés de Jesus Crucificado, estampó en ellos un ósculo ardientísimo en que se sintió vibrar cuanto amor cabe dentro del alma humana.

El Jesuita rezaba entre tanto, contemplado la imagen del Redentor.

—¡Adios, Padre mio! (exclamó Fabian por último, abrazando al Padre Manrique.) ¡Hasta despues de la batalla, si escapo con vida!

—¡Piense usted en Dios!—respondió el Sacerdote.

—Pensaré... ¡Conozco que va á ayudarme!... ¡Conozco que ya alborea la luz de la Fe en la noche de mi espíritu! ¡Cuando salga en ella ese Sol de la Inmortalidad, yo vendré, ó lo llamaré á usted desde donde quiera que me encuentre, para que me dé su absolucion!

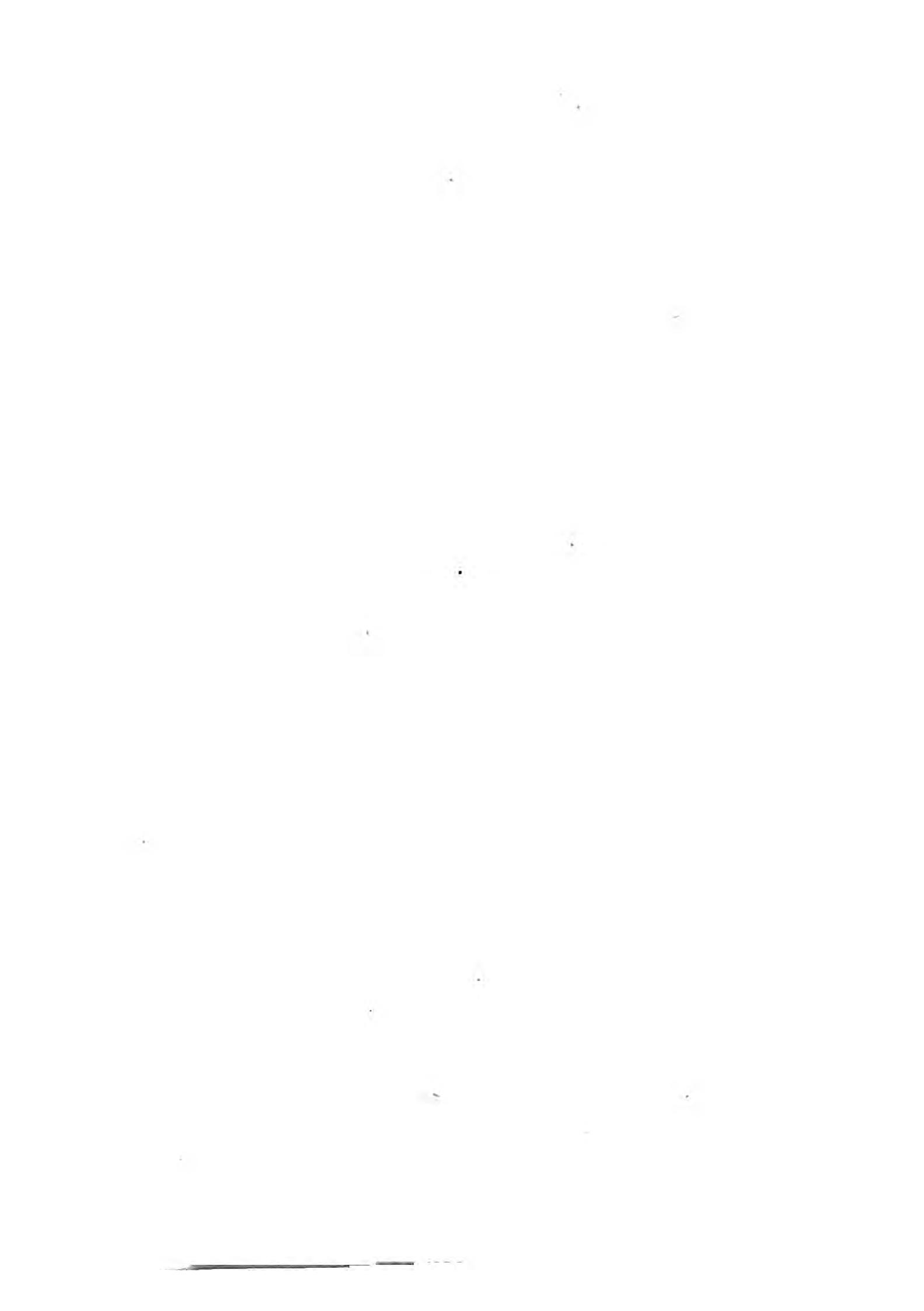
—¡Oh! ¡Vendrá usted! ¡Tengo la seguridad de que vendrá usted! (respondió el Jesuita, acompañando al

jóven hácia la puerta.) Entre tanto, yo lo bendigo con toda mi alma, como otro humilde religioso bendecía á Cristóbal Colon al verlo salir de su Convento para ir á descubrir un nuevo mundo al traves de los mares...—Usted va á descubrir otro mundo... ¡Usted va á descubrir el mundo que hay más allá del océano de la muerte!—¡Adios, hijo de mi alma!

Y así diciendo, el Jesuita bendijo á Fabian repetidas veces.

Éste recibió de rodillas aquellas bendiciones, despues de lo cual salió de la celda, exclamando:

—¡Hasta la vista, padre mio!—¡Pidale usted á Dios por mí!



LIBRO VII.

EL SECRETO DE LÁZARO.

I.

EL PALILLERO ANIMADO.

Nádie que hubiese visto aquella tarde á Fabian Conde subir atribulado y dudoso la escalera del Convento de los Paules, lo habría reconocido en el momento de bajarla despues de su larga conferencia con el Padre Manrique.—Diríase que el jóven había vivido diez años durante aquellas seis horas. Su rostro ostentaba la melancólica serenidad y firmeza de quien ha llegado á la cumbre de la edad, y abarca desde allí todo el horizonte de su vida, limítrofe ya del cielo que hay más allá de la muerte.

Al cruzar la meseta de la escalera, iluminada por dos farolillos que había delante de una Virgen, y pasar cerca de la Pila de agua bendita en que no se atrevió por la tarde á mojar los dedos, detúvose también un instante...

Aquella Pila era una breve concha de mármol amarillento, que se destacaba de la pared como una mano amiga, ofreciéndole el agua del Jordan...

El jóven no reprimió esta vez los impulsos de su corazón, y, después de mirar en torno de sí y ver que estaba solo, acercóse lentamente á la humilde taza, y se asomó á ella, como el peregrino del desierto á la cisterna en que piensa beber...

Quizás acababa de concebir el temor..., ó la esperanza..., la *duda*, en fin, de si la Pila estaría seca...—Pero halló que estaba henchida del eterno rocío, como permanente receptáculo de las lágrimas del Cielo...

—¡Mirame, si es que existes! (murmuró entonces el jóven, alzando los ojos á lo Alto.) Mi limitada razón se recusa á sí misma ante la mera posibilidad de que estés contemplándome; y mi espíritu, que es otro misterio, te anticipa gustoso esta prueba de amor, de gratitud y de humildad...

Y, así diciendo, sumergió en el agua bendita el pulgar y el índice, en forma de cruz, y se santiguó reverentemente.

—¡Quién reconocería en mí á Fabian Conde! (añadió luego, sonriéndose.) ¡Si Diego me hubiera visto santiguarme á solas, ya no dudaría de mi inocencia!...

—¡Eso me gusta!...—exclamó una voz al pié de la escalera, donde la oscuridad era muy grande.

—¿Quién me habla?—exclamó Fabian, lleno de un miedo indefinible.

—No tenga usía ninguna aprension... (continuó la voz misteriosa); que hoy mismo he renovado el agua bendita...

Fabian, que había principiado á creerse en plena tragedia sobrenatural, tranquilizóse al reconocer la voz del portero...

—¡Cuidado con caer!... (prosiguió diciendo éste.) Agárrese usía al pasamanos...—«¿Por qué se habrá detenido el señor Conde en la escalera?» (me pregunté al sentir que cesaban los pasos...) ¡Y era que estaba usía santiguándose y rezándole á Nuestra Señora del Consuelo...—¡Vaya! ¡vaya! ¡Si no vuelvo del asombro! ¡Conque tan amigo era usía del reverendo Padre Manrique! ¿Por qué no me lo advirtió cuando le abrí la puerta?...—¡Pero ya se ve! ¡Hay tanta clase de gente en el siglo!—Por fortuna, yo me hice cargo de todo desde que ví que tomaban ustedes chocolate juntos y que la conversacion duraba horas y horas...—En cuanto al pobre niño, no tenga usía cuidado, que ha corrido por mi cuenta...

—¿Qué niño?—preguntó Fabian.

—El criado de usía...

—¡Jesus me valga! ¡tiene usted razon!... ¿Cómo he podido olvidarme de que esa infeliz criatura estaba sin comer, expuesta al frio, sin abrigo ninguno... con la noche que hace!...

—Tranquilícese el señor conde... Cuando yo ví que se alargaban los oficios, le saqué á Juan una manta para que se liara, y le dí pan y otras cosillas que tenía yo en mi alacena...—¡Ya somos muy amigos!...—¡Y cómo lo quiere á usía el rapazuelo!...

—¡Ah! tome usted... tome usted... ¡Le suplico que lo tome!...—dijo Fabian, alargándole al viejo muchas monedas de oro...

—No, señor... ¡no lo tomo! (contestó el portero con firmeza.) ¡Déjeme usía el gusto de haber hecho una pequeñísima obra de caridad!...

—Bien...; pero déjeme usted á mí el gusto de hacer otra...—Con este oro puede usted...

—Yo no necesito nada, señor Conde, sino una buena hora en que morir, y esa no puede proporcionármela nadie más que Dios misericordioso!

—Podría usted dar limosnas...

—Pues délas usía, y es lo mismo... ¡De todos modos... el provecho había de ser para su alma!... Dios sigue el curso de cada moneda...

—¡Buen discípulo del de arriba!—exclamó el joven, aludiendo sin duda al Padre Manrique.

—¡Y del de más arriba!—repuso el viejo, pensando seguramente en Dios.

A todo esto, habían salido á la calle.

El *groom* no estaba ya envuelto en la manta, de la cual se había despojado apresuradamente al conocer que salía su amo.

—¡Pobre Juanito! (le dijo Fabian, acariciándolo.) ¡Perdona el frío y el hambre que te he hecho pasar!...

El niño miró al Conde con asombro y hasta con terror, al verlo producirse de aquella manera.—Se conocía que el sin ventura no había oído jamás una palabra cariñosa.

Principió, pues, á disculparse de haber aceptado los beneficios del portero, y á negar, como se niega un crimen, que hubiese pasado frío y hambre.

El Conde se sintió humillado y avergonzado ante aquellos dos seres, que tan despreciables habríanle parecido en otro tiempo (dado que en otro tiempo se dignara fijar en ellos la atención un solo instante), y exclamó aturdidamente:

—¡Vamos! ¡Vamos á casa! ¡Allí te dejaré, mi pobre Juanito, y encargaré que te cuiden como á un rey...

—¡Conque adios, amigo mio! (añadió en seguida,

dando la mano al portero, y subiendo en el coche.)
¡Hasta la vista! ¡Muchas gracias por todo! ¡Y perdone usted las molestias que le he causado!

Así diciendo, empuñó las riendas y la fusta, y puso el caballo al trote.

—¡Vaya usía con la Virgen! ¡Vaya usía con San Antonio!—quedóse diciendo el viejo, cuyas bendiciones y saludos no pudo ménos de comparar nuestro jóven con los silbidos y las pedradas que le lanzaron aquella tarde en la Puerta del Sol.

Ello es que dijo alborozadamente:

—Amigo Juan: ya ves que no todo el mundo me detesta!...

El *groom*, ó sea el *palillero animado* (como lo llamamos al principio, al verlo llevar entre sus cruzados brazos el baston del jóven aristócrata), no comprendió aquellas palabras: sólo entendió que su amo volvía á hablarle con cariño, y contestóle, quitándose el sombrero: «

—Está muy bien, señor Conde.

Fabian se sonrió con dulzura, y, pasado que hubieron por la plazuela de Santo Domingo, donde había muchas máscaras, y entrado en la calle de Preciados, solitaria á la sazón, preguntóle al lacayuelo:

—¿De dónde eres?

—De Leon, señor Conde.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en mi casa?

—Dos años, señor Conde.

—¿Y cuánto ganas?

—Diez duros... y vestido.

—Y dime... (pero dímelo en verdad) ¿tenías esta noche mucho frio y mucha hambre cuando te socorrió aquel viejo?

* —¡Cá, no señor! Yo estoy acostumbrado á todo...
¡He pasado muchas hambres y muchos frios en este mundo!

—Pues ¿cuántos años tienes?

—Catorce.

—¡Pobre veterano!—murmuró Fabian, mirándolo compasivamente.

En aquel momento cruzaban la Puerta del Sol, donde no había, ni con mucho, el gentío que por la tarde.

La vendedora de periódicos que insultó al jóven, llamándole *Conde postizo*, estaba en su puesto, pregonando el título de las publicaciones de aquella noche y el sumario de las noticias más importantes que contenían.

—¡Mañana pregonará mi deshonra! (pensó Fabian.) ¡Quizá tambien pregone mi muerte!... ¡Yo te saludo, triste mujerzuela! ¡Tú serás la ejecutora de la venganza de Diego! ¡Tú serás la trompeta del escándalo!

En la calle de Espoz y Mina, volvió el jóven á dirigir la palabra al *groom*.

—Juanito, ¿tienes padre?—preguntóle.

—No, señor.

—¿Y madre?

—Tampoco.

—¿Quién te trajo á Madrid?

—Nádie... Yo me vine solo, detras de unos arrieros.

—¿Y cómo te mantenías?

—Pidiendo limosna. Luégo me recogió la policía y me metió en el Hospicio, donde aprendí á leer y á escribir. Pero me escapé, y un cochero, paisano

mio, me enseñó á guiar... Yo le ayudaba á limpiar los coches, y él me daba el pan que le sobraba. Entónces fué cuando el mayordomo de usía me llevó á su casa, donde lo paso muy bien... muy bien...

—¿Y no te he tratado yo nunca con dureza? ¿No tienes por qué quererme mal? ¿No tienes nada que perdonarme?

El niño miró al Conde lleno de espanto, cual si creyese que se había vuelto loco.

Fabian volvió á sonreir con infinita tristeza, y dijo para sí, levantando los ojos al cielo:

—¿Qué mucho que esta criatura se asombre al oirme, si yo mismo no me conozco!—¡Ay! ¡en resumidas cuentas, lo que el Padre Manrique me ha aconsejado es una especie de *muerte*!

Con esto llegaron á la calle de Santa Isabel, donde vivía el jóven, el cual echó pié á tierra, despues de entregar las riendas al *groom*, y le dijo, alargándole una carterita muy elegante:

—Juanito: es muy posible que no nos volvamos á ver. En esta cartera hay más de veinte mil reales. Yo te los regalo. Véte á Leon; compra un carruaje y un par de mulas, y dedícate á conducir viajeros. Despues, cuando te cases y seas muy dichoso con tu mujer y tus hijos, piensa alguna vez en mí... y Dios te lo pagará...

Echóse á llorar Juanito y respondió, alargando á su vez la cartera al Conde la Umbria:

—¡Yo no quiero irme de la casa! ¿Qué daño le he hecho yo á usía para que me despida de este modo?— Además: Yo no puedo quedarme con este dinero... ¡Todo el mundo dirá que lo he robado!

—Descuida: que yo le contaré la verdad á mi Administrador, encargándole que te aconseje y dirija en todo.—Ahora, véte á cenar y á dormir...

Y hablando de esta manera, Fabian penetró aceleradamente en su casa.

El niño, más absorto y maravillado que nunca, lo siguió con los ojos hasta que lo vió desaparecer.

Guardóse entónces el dinero, y murmuró con gravedad, encaminándose á la cochera:

—Pues señor, no tengo más remedio que cumplir la órden... ¡Me iré á Leon, y buscaré novia!

II.

LOS PROTEGIDOS DE LÁZARO.

Fabian había subido entre tanto á sus habitaciones; escrito apresuradamente una esquila; puéstose una capa; cogido cuanto oro y billetes de Banco encontró en sus gavetas (reuniendo así una cantidad de cinco ó seis mil duros), y bajado de nuevo la escalera, diciendo al paso á sus criados:

—Que vayan ahora mismo á casa de mi Administrador, y le entreguen esta carta.—Si viene álguien á buscarme, decidle que estaré aquí á las nueve de la mañana en punto.—No me espereis esta noche...

—Advierto al señor Conde, por si piensa ir al baile de máscaras (observó el ayuda de cámara), que se le ha olvidado ponerse de frac...

Fabian se sonrió de nuevo amargamente, y no contestó ni una palabra.

—Iré á jugar...—exclamaron sucesivamente algunos criados, cuando el jóven hubo salido á la calle.

—Yo creo más bien (dijo el cocinero), que irá á escalar el convento donde está encerrada su futura esposa...—¡Todavía apuesto doble contra sencillo á que no se casa!...

—¡Qué se ha de casar!—repusieron los otros.

Fabian se dirigía entre tanto á casa de Lázaro, temblando á la idea de si habría muerto, ó de si no estaría en Madrid, ó de si no lo recibiría á aquella hora, ó de si no le haría justicia...

Hallábase situada la casa de *Lázaro á secas*, en una solitaria y herbosa calle del antiguo Madrid, á espaldas de la Iglesia de San Andrés, en un paraje que más se parece todavía á ciertos melancólicos barrios de Avila ó de Toledo que al resto de la populosa y bullente capital de la moderna España.

Llegado que hubo el jóven á aquella triste y silenciosa calle, paróse delante de un viejísimo edificio (que bien podía haber sido palacio en la Edad Media, y cuyo porton, casi todo cubierto de clavos enormes, estaba cerrado como una tumba), y, empuñando una de sus macizas aldabas, llamó fortísimamente.

Pasó mucho rato sin que contestaran...—En cambio, abrióse la única ventana de una casucha que había frente por frente del severo caseron, y Fabian vió que una cabeza curiosa lo observaba desde allí, bien que procurando recatarse de la luz de la luna.

Fabian reparó en toda aquella maniobra, que le pareció muy propia de un barrio tan quieto y poco poblado, y, encogiéndose de hombros con indiferencia, llamó otra vez al ferrado porton.

Cerróse entónces la ventana, y un momento des-

pues abrióse la puerta de la misma casilla, y apareció bajo su dintel un mancebo vestido de chaqueta, el cual avanzó lentamente hácia el Conde en ademán confiado y pacífico.

No se había alterado tampoco Fabian, por grande que fuese su extrañeza, y limitóse á bajarse el embozo de la capa y levantar el rostro hácia la luna, á fin de que el desconocido saliese de su error, si por acaso lo había confundido con otra persona.

Pero sucedió á la inversa; pues el mancebo, que en realidad tendria apenas diez y seis años, exclamó en el mismo instante, haciendo un reverente saludo:

—¡No me había equivocado!—¡Y cuánto me alegro de verlo á usted por aquí, señorito Fabian! ¡Ya era tiempo de que se acordase de mi padrino! ¡Si viera usted qué solo estuvo durante su enfermedad del año pasado!...—Mas ¿qué es esto? ¿No me conoce usted?

—No recuerdo...—contestó Fabian.

—Yo soy el hijo del zapatero de viejo que trabaja de día en el portal de esa pobre casa... ¿No se acuerda usted? ¡Yo soy aquel chiquillo á quien don Lázaro enseñaba á leer y escribir!...—Hoy doy yo lecciones á los muchachos del barrio y ayudo á mi padre á sostener la familia...—¡D. Lázaro es muy amigo nuestro! Así es que cuando vino tan malo aquella noche (por ahora hace un año), mi padre y yo ayudamos al portero y al aguador á curarlo y asistirlo. Una noche lo velaba el aguador, y yo le velaba otra... Por cierto que, en el delirio de la calentura, todo era llamarlo á usted y nombrar al señorito Diego...—Pero ¡qué! ¡si parece que se han dado ustedes cita! El señorito Diego, despues de

más de un año de no venir tampoco, ha pasado hoy toda la tarde con D. Lázaro...

Fabian tembló convulsivamente al oír esta noticia...

—¿Y se ha marchado ya?—preguntó con una ansiedad espantosa.

—Sí, señor... Pero no tenga usted cuidado; que quedó en volver.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién te lo ha dicho?—interrogó el jóven con mayor espanto.

—Le diré á usted... (contestó el mozuelo.) Subía yo la escalera despues del toque de oraciones, y oí que D. Diego le decía á D. Lázaro.—«*No es menester que vayas á mi casa; yo vendré á verte.*»

—¡Dios mio! (pensó Fabian, inclinando la cabeza.) ¡Ya se han coligado en mi daño!

—Pero á todo esto (continuó su interlocutor) no sabe usted todavía por qué estoy aquí... Estoy aquí, porque al oír llamar tan á deshora en casa de mi padrino, recelé si seria alguna persona que viniese de malas...—¡Ah! ¡Yo daría con gusto mi vida por ahorrarle el más ligero sinsabor á D. Lázaro!... ¡Es tan bueno! ¡Ha hecho tanto por mi padre y por mí!—Pero oigo los pasos del portero...—Sin duda, el pobre viejo había subido á consultar qué hacía.—¡Oh!... ¡no haya temor! ¡tenemos bien guardado á nuestro rey, al padre de los pobres, al justo entre los justos!—Mas ya está la puerta abierta...—Muy buenas noches, Sr. D. Fabian.

—Buenas noches, amigo mio,—respondió el aristócrata con mansedumbre.

Y separóse del hijo del zapatero, murmurando melancólicamente:

—¡Y Diego y yo hacíamos burla de Lázaro porque prefería enseñar á ese jóven á leer y escribir á ir con nosotros al teatro!...—¡Cuánto le envidio hoy el cariño y el agradecimiento que aquella buena accion ha engendrado en el alma de su discípulo!...—¡Y cuán satisfecho estará Lázaro de su obra!—¡Ay! ¡yo no tengo quien me quiera de ese modo! ¡Yo no he hecho nada en este mundo de que poder ufanarme!—¡Por eso estoy tan solo y sin consuelo en la hora del infortunio!

Entró luégo en el portal de la vetusta casa, donde el anciano portero lo acogió no ménos jubilosamente que el flamante profesor de primeras letras.

—¡Gracias á Dios! ¡Conque es usted! (exclamó, besándole las manos.) ¡Qué contento se va á poner mi señor! ¡Y qué falta le ha hecho usted durante el último año! ¡Creí que se me moría! Pero ya se ha apiadado Dios de nosotros, y la alegría comienza á entrar en esta casa. ¡Todos... todos vuelven en busca del varon ejemplar á quien he visto nacer y que hoy me infunde tanta veneracion y reverencia como si fuera mi padre!—¡Qué hombre, Sr. D. Fabian! ¡qué hombre! ¡Cada dia es más santo! ¡Cada dia lo queremos más cuantos tenemos la dicha de comunicarnos con él!

Fabian pensó en sus propios criados y en la manera despreciativa y zumbona con que lo habían recibido ya dos veces aquel dia (suponiéndole entregado de nuevo á criminales placeres, cuando acababa de abrir á Dios y á la virtud las puertas de su alma), y no pudo ménos de decir en alta voz:

—¡Cada cual recoge en este mundo el fruto de

sus obras! El hombre de bien cosecha bendiciones: el perverso y el libertino maldiciones y calumnias, engendradas por el escándalo!

—¡Así es!—contestó el portero, en tanto que Fabian Conde subía la ancha y ruinosa escalera del palacio, con el miedo en el corazón y el rubor en las mejillas.

Todavía halló á otro antiguo *protegido* de Lázaro antes de llegar al piso principal...—Aquel sér fué aún más expresivo que el adolescente y que el portero; pues, no bien reconoció á nuestro jóven principió á hacerle caricias y fiestas, como dándole también las gracias y la bienvenida...

Era el perro favorito de Lázaro; aquel perro, durante cuya enfermedad abstuvo el entonces llamado *hipócrita* de ir con Fabian y con Diego á una gira campestre...

Por último: en lo alto de la escalera aguardaba á Fabian un hombre con los brazos abiertos...

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh asombro! ¡oh inesperada burla del destino!) ¡aquel hombre no era Lázaro! ¡aquel hombre no era el antiguo amo de la casa, en favor de cuya virtud é inocencia parecía dispuesto á declarar aquella noche todo el mundo!...

Por el contrario: ¡aquel hombre era el acusador de Lázaro, su enemigo, su terrible juez, el jóven americano, en fin, que lo apellidó «*infame, seductor, desheredado y cobarde*» la tremenda noche en que le arrancó el misterioso retrato que había venido á buscar desde Chile!...

Es decir: aquel hombre era el Marqués de Pinos y de la Algara.

III.

DONDE SE DEMUESTRA QUE LÁZARO NO ERA HIJO
DE SU PORTERO.

Fácil es imaginarse la estupefacción de Fabian al verse recibido en tal casa por aquel mancebo, á quien suponía allende los mares...

Éste lo abrazó triste y ceremoniosamente, y le dijo:

—La Providencia me lo trae á usted, cuando ya desesperaba yo de encontrarlo...—¡Hace ocho días que busco á usted inútilmente por todo Madrid!

—¡Usted me buscaba! (exclamó Fabian con mayor asombro.) ¡Y usted me recibe con un abrazo!...—Permítame usted decirle que no lo comprendo...—Por lo demás, todo el mundo sabe quién soy y dónde vivo...

—Recuerda usted sin duda al hablarme así (contestó el joven marqués dulcemente), que, cuando nos despedimos aquella triste noche, me honró usted entregándome una tarjeta, no de provocacion, en mi concepto, sino como aceptacion prévia de un reto posible...

—Justamente...—repuso el Conde de la Umbría con tanta moderacion como dignidad.

—Pues empiece usted por saber que la tarjeta se me perdió aquella misma noche al salir de esta casa...,—lo cual me importó muy poco, dado que yo no pensaba de manera alguna desafiárla á usted...

Fabian saludó afectuosamente al marqués de Pinos, el cual prosiguió diciendo:

—Y en cuanto á su nombre de usted... (perdóname la franqueza), se me olvidó completamente á las pocas horas de ocurrida aquella espantosa escena...—¡Tenía yo á la sazón cosas tan horribles en que pensar!

—Pero... en fin...—insinuó Fabian Conde.

—A eso voy...—Pues bien: como decía, hace una semana que estoy en Madrid, de regreso de Chile, buscando á usted por calles, teatros y paseos, seguro de que no se me despintaría su rostro (ó el del otro caballero, que creo se llamaba *Diego*), tan pronto como la casualidad me hiciese tropezar con ustedes...—Pero ¡nada! ¡todas mis pesquisas eran inútiles! Y como, por otra parte, ni Lázaro ni el viejo portero consentían en darme luz alguna sobre el particular, ya estaba materialmente desesperado, cuando hé aquí que ahora mismo, hallándome en el gabinete de Lázaro, entra agitadísimo el tal portero y le dice:—«¡Señor! ¡señor! ¡Gran noticia! ¡D. Fabian Conde está llamando á la puerta de la calle! ¡Lo he visto por el ventanillo! ¡Le abro?»—«¡Lo esperaba! (responde Lázaro.) Ábrale usted inmediatamente.»—«¡*Fabian Conde!*» (exclamo yo recordando de pronto que era éste su nombre de usted...) ¡El cielo me lo envía! ¡Al fin voy á poder descubrirle la verdad!»—«¡Te prohibo que lo veas! ¡te prohibo que le hables!» (grita Lázaro, tratando de detenerme.)—Pero yo soy más ligero que él; salgo de la habitación; cierro la puerta detras de mí, dejándolo prisionero..., y aquí me tiene usted, pidiéndole por favor que me oiga ántes de entrar á ver á *mi hermano*!

Fabian caminaba de sorpresa en sorpresa, y la

última que acababa de experimentar lo dejó un momento sin habla.

—¡Su *hermano* de usted! (exclamó por último.)
¿Lázaro es su *hermano* de usted?

—Mi hermano; sí, señor... (respondió el marqués de Pinos con amoroso orgullo.)—Pero digo mal... (agregó en seguida, cruzando las manos como si rezara.) ¡Lázaro es mi segundo Dios! ¡Lázaro es el hombre más grande, más digno, más generoso que haya existido jamás en el mundo!—¡Sólo á decírselo á usted y á su amigo Diego he venido esta vez de América!—Y ¿cómo no? ¡Yo, que estampé sobre la frente del mártir, en presencia de ustedes, el hierro infamatorio de una atroz calumnia, yo mismo debía venir á rehabilitarlo tan luégo como lució á mis ojos su inocencia!!

—¡Ah! ¡Dios lo sabe! (prorumpió Fabian, vivísimamente conmovido.) ¡Dios sabe que, sin necesidad de su testimonio de usted, venía yo esta noche á abrazar á Lázaro y á decirle: «*Juro que eres inocente!*»—¡Lo sabe Dios, repito, y sábelo también el sacerdote con quien acabo de conferenciar!

—Pero ¿qué? (repuso el jóven americano.) ¿Usted conocía ya la verdad? ¿Usted sabía ya que Lázaro no era culpable?—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—¡Mi propio corazón! ¡mis propias desventuras! ¡la *fe*... la misma *fe* que pido á Dios inspire en todas las almas para leer en el fondo de la mía!...—
¡Ah! ¡Lázaro, Lázaro!... Quiero verlo, quiero pedirle perdón, quiero estrecharlo entre mis brazos!...

Ya lo verá usted...—Él lo desea también ardientemente...—Pero ántes es necesario que sepa usted por mí gravísimos secretos que de otra manera ig-

noraría siempre, pues lo que es Lázaro no se los contaría jamás!

—¡Ah! señor Marqués... ¡Yo no merezco saber nada!... Yo no tengo derecho á recibir cuentas de nadie... (expuso Fabian con amargura.)—¿Olvida usted acaso lo que me sucede?

—Lo ignoro de todo punto, amigo mio...

—¡Pues qué! ¿No ha visto usted aquí esta tarde á aquel *Diego* que conoció usted cuando á mí?...

—¿Cómo? ¿El otro caballero ha estado acá hoy? ¿Luego era con él con quien ha pasado Lázaro toda la tarde encerrado en su gabinete!... ¡Cuánto siento no haberlo sabido! ¡Hubiérale dado las mismas explicaciones que voy á darle á usted, y que abruman hace tres meses mi conciencia!

—¿De modo (continuó Fabian) que Lázaro no le ha contado á usted cosa alguna? ¿De modo que ignora usted lo que me pasa?

—¡Se lo aseguro á usted, á fe de caballero!—¡Ah! Mi hermano es un sepulcro... no sólo para guardar los secretos ajenos, sino para los suyos propios... ¡Mi hermano es un mar insondable de silenciosos y sublimes dolores! ¡Mi hermano se parece á aquellos volcanes muertos de la olvidada Etruria, cubiertos hoy de agua, al traves de cuyo inmóvil cristal se transparentan melancólicas ruinas de templos y ciudades! ¡El alma de mi hermano es inmensa y callada como la Eternidad en que sueña á todas horas!

—¡Dios mio! ¡Y yo pude desconocerlo tanto tiempo! (gimió Fabian). ¡Y yo pude hacer escarnio de sus saludables máximas! ¡Y yo pude atribuir las á hipocresía! ¡Y yo lo maltraté inicuaamente!..

—¡Tambien yo! (repuso el jóven chileno con ma-

yor amargura.) ¡Y todo hubiera seguido en tal estado; nosotros calumniándolo y escarneciéndolo, y él sufriendo con paciencia nuestra injusticia, si Dios no se hubiera encargado de rehabilitarlo á mis ojos, y si yo no estuviese dispuesto, como lo estoy, á desgarrar todas las fibras de mi corazón refiriéndole á usted la gloriosísima historia del héroe, del Santo, del paladín de Cristo á quien escupí una noche en el rostro!...

—¡Me asombra usted! (exclamó Fabian.) ¿Qué es ya mi merecido infortunio al lado del que entreveo? ¿Qué es ya la penitencia que tengo que cumplir, comparada con los tormentos que hemos hecho padecer á Lázaro?—¡Hable usted! ¡hable usted! ¡Dios me depara esta lección y este ejemplo para fortalecer mi angustiado espíritu!...

—Sígame usted, pues, y escuche...; que cuanto usted se esté imaginando no es ni una sombra de lo que va á oír!

Y, así diciendo, el marqués de Pinos condujo á Fabian á un aposento inmediato, y hablóle de la manera siguiente:

IV.

EL DESHEREDADO.

—«Lázaro y yo somos hijos del opulento marqués de Pinos y de la Algara, natural de la isla de Puerto-Rico, y muerto en Chile hace dos años.

»El marqués estuvo casado dos veces: la primera, con una irlandesa de origen, nacida y criada en esta misma casa en que nos encontramos, é hija única

del ya entónces difunto baron de O'Lein, emigrado de las Islas Británicas á consecuencia de sus exaltadísimos sentimientos católicos...—De este matrimonio, que apénas duró año y medio, nació Lázaró, quien heredó por consiguiente el título de Baron, el caudal, no muy importante, á él anejo, y este ruinoso palacio, comprado por el baron de O'Lein cuando se estableció en España.

»Muerta la madre de Lázaró, pero no todavía su abuela materna, obtuvo ésta del marqués de Pinos que dejase á su cuidado al tierno infante, quien fué educado, primeramente en Madrid, y despues en un colegio católico de Irlanda, de la manera aprovechadísima que habrá usted podido notar en sus relaciones con mi sabio hermano...

»Había regresado entre tanto á América el marqués de Pinos, y pasado á establecerse á la República de Chile, donde muy luégo contrajo segundas nupcias con una hermosísima criolla, que apénas tendría catorce años, y de quien nació yo á esta triste vida...

»Perdóneme la emocion que me embarga... ¡Acabo de nombrar á mi madre... y es horrible todo lo que tengo que contar respecto de ella!...—Pero me lo manda Dios...; me lo mandó ella misma en su lecho de muerte...; el austero sacerdote que la asistió en su última hora no la absolvió, sino á condicion de que yo confesaría públicamente sus culpas..., y ¡gracias á que luégo obtuve de aquel mismo sacerdote el que esta publicidad se redujese á los límites que le marcara Lázaró, el calumniado Lázaró, para desagravio de su honra!...—Lázaró ha sido tan grande y tan generoso, que ha renunciado por completo á

semejante satisfaccion...; pero yo juzgo que, cuando ménos, debo sincerarlo á los ojos de las personas en cuya presencia lo insulté y atropellé aquella infausta noche...—No extrañe usted, pues, ni censure el oirme, como me va á oír, hablar mal de mi desdichada madre... ¡Cumpló un deber ineludible..., ó, por decir mejor, cumpló una penitencia en su nombre, al par que descargo mi propia conciencia!...

»Conque prosigo...

—Permítame usted... (interrumpió Fabian Conde, quien oía al jóven chileno con un interes y una ansiedad imponderables.)—Aquel sacerdote... ¿era un anciano Jesuita, llamado el Padre Manrique?

—No, señor. Aquel sacerdote es jóven todavía, y se llama el Padre Gonzalez.—En cuanto á lo de Jesuita, tengo la seguridad de que lo es...

—Continúe usted..., y perdóneme la interrupcion... (repuso Fabian.) ¡Hay tales analogías entre mis desgracias y las que adivino detras de las salvedades que acaba usted de hacer; concuerdan y armonizan de tal modo los preceptos de aquel confesor con los que acaba de dictarme el Padre Manrique, que pareciómeme que ambos sacerdotes eran uno solo!...

—Y *uno* son en efecto... (replicó el marqués con gravedad superior á sus años.)—En la Compañía de Jesus no hay más que un alma...: el alma de San Ignacio de Loyola.

Fabian miró al adolescente con cierta extrañeza.

—¿Qué? (dijo éste, recogiendo aquella mirada.) ¿Le causa á usted asombro que hable así el aturdido mozuelo que alborotó esta casa el año pasado?—Pues sepa usted que consiste en que, desde la

muerte de mi madre, ocurrida hace tres meses, me parece que he llegado á la vejez, y sólo pienso en Dios y en mi alma...

—¡Tambien usted!—suspiró Fabian de una manera indefinible, en que se traslucía tanto júbilo como tristeza y resignacion.

Y los dos jóvenes quedaron contemplándose melancólicamente, hasta que, por último, dijo el marqués de Pinós.

—Continúo:

«Hace cinco años, cuando apenas tenía yo quince, mi padre nos anunció á mi madre y á mí que Lázaro llegaría á Chile al cabo de unos dias para vivir ya en adelante con nosotros. El joven baron de O'Lein acababa de perder á su abuela materna; había terminado su carrera de ingeniero; hallábase solo en el triste suelo de Irlanda, y mi padre ardía en deseos de conocer á aquel otro hijo, á quien no había vuelto á ver desde que lo dejó en la cuna, y respecto del cual había recibido siempre los informes más lisonjeros y laudatorios. Segun aquellos informes, Lázaro era un prodigio de hermosura, de talento, de instruccion. Su retrato confirmaba el primer punto, y tocante á los otros dos, sus cartas daban claro testimonio de que tales elogios no eran sino muy merecidos. Celebraban tambien sus profesores y algunos antiguos amigos de mi padre su severa moralidad y denodado valor, contando á este propósito muchos rasgos que lo honraban y enaltecían á todas luces.

»Semejantes noticias entusiasmaron poco á poco á mi padre, al extremo de inquietar á su esposa con relacion á mí. Había yo sido hasta entónces el

ídolo y encanto del marqués, á quien no sin justicia hubiera podido acusarse durante muchos años de no recordar que en Europa tenía otro hijo...: y mi madre, al ver la súbita adoracion que se despertó en el alma de su marido hácia aquel fruto de sus primeras nupcias, temió que yo perdiese terreno en el aprecio paternal, y que ella misma fuese pospuesta al recuerdo de la primitiva esposa...

»No amaba mi madre á mi padre... (¡ay Dios!... ¡llegó el momento de las confesiones dolorosas!) No lo amaba, digo, como él á ella. Él estaba materialmente hechizado por la peregrina hermosura de aquella hija de los Andes y de las brisas del Pacífico... Pero ya era casi viejo, y mi madre sólo veía en él al aristócrata que había halagado su orgullo ennobleciéndola; al millonario que, por obtener una sonrisa, ponía á sus piés todos sus tesoros, como un esclavo ante una sultana, y al padre loco de amor por el hijo que ella había concebido, cuanto descastado é insensible para con el que le dió otra mujer...

»Todo esto lo he discernido ó me lo han contado últimamente... Pero, cuando Lázaro llegó á Chile, y cuando yo vine á Madrid el año anterior, todavía estaba á ciegas respecto de los verdaderos sentimientos de mi madre...—¡Era mi madre, y yo la creía perfecta!... ¡Yo la idolatraba como ella á mí!...—¿Por qué no morí entónces!...

»El mero anuncio de que Lázaro iba á vivir con nosotros, produjo en mi casa horrorosas reyertas. Pero mi padre se mantuvo firme por primera vez ante la tiránica voluntad de su esposa, y yo principié á sentir odio hácia aquel desconocido hermano

que abortaba el infierno para hacer derramar á mi madre las primeras lágrimas...

»Llegó Lázaro por fin... y, con gran asombro mio, léjos de tomar incremento la disension doméstica, calmóse como por ensalmo. Mi padre lo atribuyó (y así solía decirlo) á la bondad y al talento del jóven baron «*que habia desarmado los celos maternales de su madrastra,*» y, en cuanto á mi madre, dejó efectivamente de hablarme mal de mi hermano, con quien mostrábase solícita y cariñosa.

»¿Qué le diré á usted relativamente á la misma persona de Lázaro?—Usted lo conoce hace tiempo: pero había que verlo entónces, cuando todavía no estaba amargado por la vida!—Como figura material, era un querubin. Su corazon rebosaba la alegría y la dulzura que hoy le faltan, y que suple su resignacion infinita. Gracioso, confiado, afable con todos, sabio y modesto en sus discursos, y fácil y complaciente como si no tuviese gusto propio, yo mismo principié á sentirme prendado de él, en tanto que él me demostraba una ternura casi paternal, como en compensacion de la que me hubiese retirado mi padre.

»Así las cosas, y cuando apénas haría un mes que estaba entre nosotros, desapareció súbitamente una noche, sin despedirse de nádie, sin que se adivinara el motivo de su fuga, ni el lugar adonde se había encaminado. Nádie lo vió partir...; por lo que durante dos ó tres dias temióse que lo hubiesen secuestrado los indios de las inmediaciones á nuestra *hacienda*, sorprendiéndolo en la hamaca en que solía dormir las primeras horas de la noche bajo el dosel de pomposos árboles..., ó que, habiéndose

internado en una selva vecina, lo hubiese devorado alguna fiera...

»Todo era, pues, en la casa lágrimas y sollozos, pesquisas y conjeturas, cuando mi madre, que no había llorado ni gemido por aquella aparente desgracia, limitándose á consolar á mi padre, llegóse á éste con una carta abierta, en ocasion que yo estaba presente, y le dijo con indignado acento:

—»El cartero acaba de traerte esta carta de Lá-zaro, fechada en Valparaiso. Yo la he abierto por »si contenía alguna mala nueva; pero no dice nada »que pueda inquietarte ni afligirte, sino, por el contrario, te da una buena noticia.

—»¿Qué noticia?—preguntó mi padre, lleno de »ansiedad.

—»La de que el peor de los hijos y más infame »de los hombres, en lugar de levantarse la tapa de »los sesos despues de la indignidad en que incurrió »hace pocos dias, se ha contentado con librarnos »de su presencia, embarcándose para Europa.

—»¿Á qué indignidad aludes? (gritó mi padre con »mayor agitacion.)—Retírate, Juan... (prosiguió, dirigiéndose á mí.) Tu madre y yo tenemos que hablar solos...

—»Quédate, hijo mio... (exclamó al mismo tiempo mi madre.) ¡Yo te lo mando!—Ya eres un hombre, y necesito que sepas de hoy para siempre »quién es el hermano que tienes en el mundo, y »con quien pudieras volver á tropezar durante tu »vida...

»Yo obedecí, y me quedé.

—»¡A ver esa carta! (había dicho mi padre entre »tanto, apoderándose de ella.) ¡Sepamos lo que

»dice!—¡Tus palabras y tu rostro me llenan de terror!

»La carta decía así:

»Padre de mi corazón: Perdóneme usted el des-
»acato de mi fuga... He querido ahorrarle á usted la
»aflicción de una despedida, acaso eterna.—No me
»avengo á vivir en Chile, y salgo para Europa en un
»vapor que estará cruzando los mares cuando lle-
»gue á usted esta carta.

»Adios, padre mio. Reciba usted toda el alma de
»su hijo,

»LÁZARO.

—»Fáltame ahora... (dijo mi padre cuando hubo
»acabado de leer, y pudiendo á duras penas conte-
»ner el llanto:) fáltame ahora enterarme de esa in-
»dignidad á que te refieres.

—»Te la diré en una sola frase; pues hay pala-
»bras que abrasan los labios...—*¡Tu hijo Lázaro
me ha requerido de amores!*»

—»¡Jesus!—exclamó mi padre.

»Y quiso levantarse; no pudo tenerse, y cayó otra
vez en el sillón como muerto.

»Yo corrí hacia mi madre; la estreché entre mis
brazos, y le dije:

—»¡Dime si quieres la cabeza del infame! ¡Yo iré
»por ella á Europa y la arrojaré á tus plantas!

»Mi madre me miró con inmensa ternura... Son-
»rióse dulcemente, y cubrió mi rostro de besos.

—»No es menester (me dijo). ¡Bien castigado
»está!

»Al día siguiente de esta escena, mi padre nos

leyó á mi madre y á mí una carta que escribía á Lázaro, concebida sobre poco más ó ménos en estos términos:

»Monstruo, á quien llamé hijo:

»Has atentado á la honestidad de mi esposa, *es* decir, á la honestidad de tu madre.

»Si yo no me debiera á su amor y al de mi verdadero hijo, iría á Europa á arrancarte la vida que te di.

»Pero estoy enfermo, ó más bien herido de tu mano parricida; conozco que moriré muy pronto, y quiero lanzar mi último suspiro al lado de los que me aman...

»No escaparás, sin embargo, á mi justa cólera; pues el Cielo se encargará de vengarme; y, para que así lo haga, *yo te maldigo* una y mil veces, renegando de tí á la faz de Dios y de los hombres.

»EL MARQUÉS DE PINOS Y DE LA ALGARA.

»Cuando mi padre hubo acabado de leer esta formidable carta, y en medio del terror que me produjo, oí que mi madre le decía:

—»¡Ten entendido desde ahora, que el inicuo te describirá defendiéndose, mintiendo, calumniándome, desgarrándote el corazón con nuevas heridas!...

—»¡Yo no leeré sus defensas!... ¡Yo no abriré sus cartas!... (contestó mi padre en el colmo de la indignación.) ¡Para mí ha muerto ya el réprobo! ¡Al maldecirlo, como lo he maldecido, lo he matado en lo profundo de mi alma.

»¡Asómbrese usted!—Pasaron meses... Pasó hasta

un año, y Lázaro no contestó á aquella carta!...—
¡Y sin embargo, era indudable que la había recibido..., pues mi padre se la envió duplicada, por medio de los cónsules de Chile en Dublin y en Madrid, y este último se la entregó en su propia mano!

»Por el mismo cónsul supimos mi madre y yo (mi padre no volvió á hablar ni á permitir que le hablaran de Lázaro), que éste se había establecido en Madrid, en la casa en que nos hallamos; que no usaba su título de baron de O'Lein, ni hacía ostentacion del mediano caudal, más que suficiente para un hombre solo, que había heredado de su madre, y que no tenía otra servidumbre que un antiguo criado de sus abuelos maternos, encargado hacía ya medio siglo de la portería de esta especie de palacio encantado.

»Mi padre no volvió á gozar un día de salud despues del horrible suceso que acabo de referir, y, al cabo de dos años, murió de tristeza y consuncion...—Su último aliento fué para murmurar de una manera espantosa:—«*Yo lo maldigo!*»

»Finalmente, cuando quince días despues se abrió su testamento, en consejo de familia, y hallándose presente el cónsul español (pues mi padre conservó siempre su primitiva nacionalidad), vióse que contenía esta tremenda cláusula, escrita al tenor de una Ley de Partida:

»AL ADÚLTERO, INCESTUOSO, PARRICIDA, QUE NO MERECE SER HIJO MIO, LÁZARO DE MONCADA, HABIDO EN MI MATRIMONIO CON LA DIFUNTA BARONESA O'LEIN, DESHERÉDOLO POR EL AGRAVIO QUE ME HIZO ATENTANDO Á LA HONESTIDAD DE SU MADRASTRA, MI MUY QUERIDA ACTUAL ESPOSA.

»Sabrá usted que para que los desheredamientos sean válidos, es menester que el testador ó el heredero ganancioso prueben la *justa causa* de tan terrible disposicion, y que, por ende, quédale al *desheredado* el derecho de interponer la *accion de inoficioso testamento*...—Pues bien: Lázaro, á quien se notificó debidamente la última voluntad de su padre, no reclamó, no protestó, no dijo una palabra siquiera, ni en los tribunales ni fuera de ellos..., todo esto con gran asombro de mi madre y mio, que temíamos vernos envueltos en litigios interminables.

»Este proceder de Lázaro irritaba más y más el odio de mi madre hácia él; y aún yo mismo, atribuyendo á desprecio ó á una falta absoluta de sentido moral aquella glacial indiferencia, soñaba con venir á Europa á pisotear al que parecíame entónces una venenosa serpiente...

»Otra razon me impulsaba á venir en busca de Lázaro, y era el deseo de recobrar un magnífico retrato de mi padre, hecho por uno de los más afamados pintores de Madrid, cuando el marqués de Pinos estaba casado con la baronesa de O'Lein; retrato que pertenecía á esta casa; que se hallaba por consiguiente en poder del *desheredado*, y á cuya posesion me creía yo con mejor derecho que él.

»Aquí entra, en el órden cronológico de los sucesos, la terrible escena que usted y Diego presenciaron aquella noche, quedando (creo yo) suficientemente explicada y aún justificada por lo que á mí toca.—Voy á explicársela á usted ahora con relacion á Lázaro... y ¡téngame Dios en cuenta el dolor que ha de causarme lo que me queda que referir!...

»Cuando yo regresé á Chile, portador del retrato

de mi padre y con la cruel satisfaccion de haber visto á mis plantas al hombre que tanto aborrecimiento me inspiraba entónces, mi madre, que había hecho esfuerzos inmensos para impedir que viniese á Europa, quedó profundamente sorprendida al oírme contar los pormenores de mi entrevista con Lázaro...

—»Y ¿no se ha defendido? (me preguntaba con insistencia.) ¿No me ha acusado á su vez? ¿No me ha calumniado? ¿No ha negado siquiera la veracidad de mi delacion?

—»Nada, madre mia!... ¡No ha hecho más que llorar y arrastrarse por los suelos!—¡Es tan cobarde como malvado!—Lo único que no acierto á explicarme es el empeño que ponía en conservar el retrato de aquel mismo padre á quien tan villanamente había ofendido... ¡Todo le importaba poco con tal que le dejase el tal retrato, y eso que lo tenía arrollado y escondido en un armario, como arrumbado objeto, ó como hurtada prenda que no se atrevía á lucir!...

»Mi madre guardó silencio...; dijo que se sentía indispuesta, y se retiró á sus habitaciones.—Aquel día no comió. Al otro se quedó en cama, é hizo llamar al médico. El médico la encontró buena, y le dijo que sólo tenía una poca pasion de ánimo... ¡Pero pasion de ánimo fué, que minó poco á poco su salud y marchitó su hermosura; que la hizo encanecer en pocos meses, cuando aún no contaba treinta y cuatro años; que pronto le causó una total incapetencia como la que había padecido mi padre, y que acabó por producirle una consuncion mucho más rápida y desastrosa!...

»No tardó, pues, en llegar la hora de su muerte...—A pesar de que nunca había sido muy devota... (¡he dicho á usted que tengo obligacion de contárselo todo!), ya hacía una semana que había pedido confesion y que el Padre Gonzalez celebraba con ella largas conferencias de dia y de noche...; mas sin que por ello se procediese á administrarle el Viático...; lo cual hacía suponer que la confesion no se había formalizado, ó no se había concluido...—Pero llegó, repito, su última hora, y, entónce, el Padre Gonzalez, que llevaba aquel dia mucho tiempo de estar encerrado con la moribunda, y á quien se había oido gritar varias veces: «*Hermana, mire usted que luégo será tarde para obtener la absolucion!*», salió al fin de la alcoba y me participó que mi madre deseaba confesar un gran pecado en presencia mia y de siete testigos...

»¡Permita usted á mi dolor y á mi bochorno que supriman detalles y circunstancias!...—La *confesion pública* de mi madre se redujo á decir: que Lázaro era inocente; que ella había sido quien una noche (la misma noche en que se fugó mi hermano) se había acercado á la hamaca en que dormía, y reque-rídolo de amores..., y que, horrorizado Lázaro, dió un grito, diciendo:—«*Ah, pobre padre mio! No sepas jamás cuán desgraciado eres!*...»—y huyó como José, dejándola loca de amor, de susto y de despecho...

»Despues de esta horrenda confesion, tornó los ojos hácia mí la que me había llevado en sus entrañas, y me dijo:

—»No como madre tuya... pues no merezco invocar este título, sino como pecadora que va á

»comparecer en el tribunal de Dios, te pido que me
»perdones, y que vayas á España á impetrar para
»mí el perdon de Lázaro...—¡Rehabilitalo; devúel-
»vele su limpio honor, su título y su hacienda...; y
»si para lograrlo es menester publicar mi pecado á
»la faz de todos los hombres, publicalo, Juan de mi
»alma; publicalo...; que el mundo te bendecirá por
»ello, como yo te bendeciré desde el cielo... cuando
»Dios me haya perdonado!...

—»¡Yo te perdono en su nombre!—exclamó en-
tónces el Padre Gonzalez.

»Y acto seguido, la absolvió en nuestra pre-
sencia...

»Mi madre inclinó la frente y exhaló el último
suspiro.»

.
Cuando Juan de Moncada (que no ya para nos-
otros el marqués de Pinos) pronunció esta postrera
frase, faltábale tambien el aliento...—Lanzó, pues,
un hondo gemido, y sepultó la cabeza entre las
manos.

Fabian se había puesto de pié y revelaba en su
semblante una admiracion, un entusiasmo, un gozo,
una plenitud de sublimes emociones, tal posesion,
en fin, de su propio espíritu, que parecía un vence-
dor en el momento de la apoteosis...

—¡Existe el alma! (pronunció, llevándose ambas
manos al pecho, dilatado como si fuese á estallar.)
¡Existe el alma! ¡La siento aquí!... ¡Siento que se
abrasa de celos, de emulacion, de noble envidia
por hacer lo mismo que ha hecho el alma de Láza-
ro!—Pero ¡Dios mio! ¡Cuán distinta de mi situacion
era la suya! ¡Él había sido siempre bueno! ¡Él tenía

derecho á que lo creyeran! ¡Él podía defenderse! ¡Y él abrazó voluntariamente el martirio!...—¿Estaba, por ventura, obligado á tanto?

El hermano del *desheredado* levantó la cabeza y exclamó:

—¡Oigalo usted respecto á eso! ¡Hay que oirlo á él ¡Jesus mismo parece hablar por sus labios, como habló un dia por los del insigne autor de la *Imitacion*!

—¡Oh! ¡por favor se lo pido á usted! ¡Vamos ya! ¡Vamos á verlo!—exclamó Fabian Conde, encaminándose á la puerta.

—Lo verá usted solo... (repuso Juan.) Yo no puedo más por esta noche... ¡Mi corazon está chorreando sangre...—Sigame usted.

Y, dichas estas palabras, salieron ambos jóvenes de aquel aposento, cruzaron varios salones, y llegaron á uno, á cuya puerta se detuvo Fabian reverentemente.

—Lo recuerdo muy bien... ¡Este es su cuarto!—dijo.

Y pasó delante de su guía.

Pero Lázaro no estaba allí...

Juan, que entraba entónces, dando muestras de igual respeto, señaló á una puertecilla algo disimulada que había á la mitad de aquel salon, y murmuró en voz baja:

—Por aquí.—Yo me retiro.—Arriba, hallará usted cerrada la puerta (pues ya le he dicho á usted que he tenido que aprisionar al calumniado para que me deje defenderlo); pero la llave está en la cerradura...—Muy buenas noches...

—Advierto á usted (observó Fabian delicadamente) que ni Diego ni yo hemos entrado nunca ahí..., y

que, por el contrario, varias veces creimos notar que Lázaro nos vedaba con su actitud hasta el hacedernos cargo de que existía esta puerta...

—¡Aquellos eran otros tiempos! (respondió el adolescente.) Pase usted sin cuidado... Lázaro no tiene ya secretos para usted...

Y, con esto, saludó cariñosamente á Fabian, y se retiró por donde había venido.

Fabian empujó entónces la puerta misteriosa.

V.

ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO.

Al otro lado de aquella puerta había una reducida estancia, desamueblada completamente, en medio de la cual se veía una escalera de caracol, de madera y hierro, á cuyo extremo superior se vislumbraba alguna claridad.

Fabian subió por aquella escalera, y, á su remate, encontróse en otra estancia, también desamueblada, donde había una linterna en el suelo, cerca de una segunda puertecilla cuya llave estaba puesta.

A pesar de las graves preocupaciones que embargaban su ánimo, el antiguo libertino recordó sin duda la viva curiosidad que á Diego y á él les había inspirado en otro tiempo aquella parte de la casa, y los mil comentarios y conjeturas que habían hecho acerca de lo que Lázaro pudiese tener guardado allí...—Ello es que contempló supersticiosamente aquella puertecilla, y dijo:

—Todo llega en este mundo...—¡Al fin voy á salir de dudas!

Y desechando rápidamente la llave, abrió...

Pero el cuadro que apareció ante sus ojos lo maravilló de tal manera, que se detuvo un momento sin atreverse á penetrar allí...

Érase una especie de urna de cristal, de colosales proporciones, inundada por la luz de la luna, y tachoneada por todas las estrellas y luceros de una noche clarísima. El fulgor del astro misterioso rebotaba en una y otra vidriera, produciendo reflejos de deslumbradora plata, ó hacía brillar una multitud de rutilantes discos y de tendidas columnas de oro.— Es decir (hablando en puridad): era un gabinete de cristales construido sobre una azotea, ó más bien sobre la plataforma de una torre, y que dejaba ver el cielo, no sólo por la techumbre, sino también por las cuatro paredes.—Era, en fin, un *observatorio astronómico* en toda regla, y, por lo tanto, aquellos que parecían discos y tendidas columnas de oro, no eran sino enormes relojes siderales, cronómetros, telescopios, investigadores, heliómetros, teodolitos, esferas, meridianos y otros instrumentos con que los geógrafos del cielo buscan los astros, los siguen, los estudian, los miden, averiguan su composición física, los pesan, y forman exacto juicio de sus movimientos, de sus órbitas, de sus estaciones y de todas las leyes de la naturaleza y de su destino.

Era, pues, aquella celda aérea una morada que no tenía relación con nuestro mundo; una estación fuera de la Tierra; una especie de antesala del Cielo; y, en medio de ella, encontrábase Lázaro, de pié, vestido con una larga blusa de obrero, y apoyado en un inmenso anteojo ecuatorial,—que salía en gran parte fuera del gabinete por una abertura

de las vidrieras, á modo de cañon asomado á una porta de formidable navío...

Decimos que Fabian se detuvo lleno de asombro ante aquel cuadro...

Lázaro se sonreía, mirándolo afablemente, en tanto que comprimía con una mano su corazon, como para refrenar sus latidos...

—Entra, Fabian... (pronunció al fin el desheredado con una tranquilidad melancólica y dulce, semejante á la que revela la voz de los convalecientes.) Hace un año que te aguardan los brazos de tu amigo...

—¡Lázaro! (exclamó Fabian, precipitándose en ellos.) ¡Eres tan generoso como yo desventurado!

Lázaro permaneció silencioso y como yerto.—Dijérase que perdonaba; pero que no amaba.

Comprendiólo así Fabian, y retrocedió un poco, murmurando:

—Ya sé que Diego ha estado aquí... ¡Pero yo te juro que soy inocente!

—Lo sé... (respondió Lázaro con gravedad), y me fundo en que vienes á buscarme.—Cuando hace poco llamaste á mi puerta, estaba yo diciéndome por centésima vez:—«Si, como presumo, Fabian es inocente, acudiré á mi en su desdicha...—Ahora: si por acaso ha cometido el crimen de que lo acusa Diego, no vendrá de manera alguna...»—Y hé aquí la razon por qué no he salido yo en tu busca tan pronto como se marchó Diego...

—¡Luego tú conoces mi corazon! —prorumpió Fabian, acercándose otra vez á Lázaro y cogiéndole una mano.

—Te conozco, y conozco á Diego (respondió Lázaro). ¡Por eso os anuncié que me buscaríais!...

—¡Perdona, Lázaro! (suspiró Fabian, en cuyas crispadas manos yacía inerte la de su amigo.) ¡Perdóname todas mis antiguas injusticias!... ¡Perdona que desconociera tu sublime virtud!

Lázaro inclinó la frente con visible fatiga, y repuso amargamente:

—Veo que mi hermano te lo ha contado todo...

—¡Todo! ¡todo, mi buen Lázaro!...

—¡Sabe Dios que lo siento!

—¿Por qué? ¿No soy yo también hermano tuyo?—
¿Ó imaginas acaso que vengo á verte con alguna mira interesada?

—Pues ¿á qué venías... ántes de conocer mi historia?

—He venido, porque al verme calumniado y sin medio alguno de defender mi inocencia, mi corazón empezó á tener fe en la tuya...—Así es que anoche estuve dos ó tres veces á la puerta de esta casa... sin atreverme á llamar...—He venido, porque necesitaba *creer*... para que me creyesen á mí...; porque apetezco *creer*...; porque «*creer*» es muy dulce, hermano mio...; porque *yo creo ya... mucho más de lo que tú te figuras!*... He venido, en fin, porque habiéndole contado toda mi vida á un sacerdote (al célebre Padre Manrique, con quien acabo de pasar seis horas), éste me ha dicho que tú me habías dado siempre saludables consejos; que hice mal en no seguirlos aquella noche... (cuando con tanta razón te oponías á que estafase á la opinión pública en el asunto de mi padre), y que, por resultas de todo, debía buscarte y pedirte perdón...—¡A eso he venido, Lázaro; nada más que á eso..., ántes de saber, como sé ahora de una ma-

nera material, que tú habías hecho previamente cuanto nos aconsejabas á Diego y á mí, y que tú..., no sólo eres de la misma arcilla de los Santos, sino tan santo como ellos!

Lázaro estrechó por vez primera las manos de Fabian, y le dijo, mirándolo intensamente:

—¡Conque tú te has confesado!...

—No me he confesado, en el sentido sacramental de la palabra... Pero le he contado toda mi vida á un sacerdote de la Religion en que nací y fui criado... de la Religion del que murió en la cruz, calumniado y desconocido...

—Y bien: ¿qué más te ha dicho ese sacerdote que hagas? ¿Qué vas á hacer cuando salgas de aquí... llevándote el perdon que desde luego te otorgo, y la fe que no le niego á tu inocencia?...—¡Ya sabrás que Diego está loco de furor; que no hay manera de aplacarlo; que todas las apariencias te condenan, y que va á tomar una venganza horrible!...

—Lo sé...—respondió Fabian.

—Yo he intentado inútilmente disuadirlo, calmarlo, retenerlo aquí...—Él insiste en matarte hoy mismo!—«¿Pues á qué has venido á verme, si no habías de tomar mis consejos?» (le he dicho con verdadera indignacion.)—«No sé» (me ha contestado estúpidamente). «He venido, como iré á todas partes, á quitarle la máscara á Fabian Conde.»—Estás, pues, perdido..., mi querido Fabian..., á lo ménos á los ojos de las gentes...—Dime, por lo tanto, qué vas á hacer...

—¿Yo? (respondió el interpelado, con una sencillez tan grandiosa, que Lázaro lo contempló extáticamente.)—Yo no tengo ya nada que hacer en este

mundo, sino prestarme á lo que me ha mandado el Padre Manrique y á lo que determine Diego.— Cuando yo salga de aquí, no seré ya conde, ni rico, ni aspirante á la mano de Gabriela. Dentro de poco vendrán mi administrador y un notario, y renunciaré mi título, daré á los pobres el caudal de mi padre, escribiré á Gabriela rompiendo nuestro compromiso, é iré en seguida á ponerme en manos de Diego para que me mate, para que me pisotee, para que me entregue á los tribunales, para que castigue, en fin, todas mis antiguas faltas, ya que Dios Omnipotente lo ha elegido ministro de su justicia...

—¿Tú vas á hacer todo eso?—exclamó Lázaro, trémulo de entusiasmo y regocijo.

—¿No has hecho tú mucho más?—replicó Fabian Conde.

—¡Oh! ¡ahora es cuando puedo abrazarte! (gritó aquél con los ojos arrasados en lágrimas.) ¡Ya existes! ¡Ya eres invulnerable! ¡Ya eres inmortal! ¡Ya no tienes nada que temer de Diego! ¡Ya es Dios el mantenedor y defensor de tu inocencia!

—¡Lázaro mio!—gimió Fabian con desconsuelo.

—¿Qué? ¿Flaquea todavía el barro mortal? ¿Te duele mucho el sacrificio?

—¡Mucho..., Lázaro de mi alma!—¡Había llegado á adorar de tal modo á Gabriela!... ¡Es tan cruel esta especie de suicidio parcial á que me veo condenado!—¿Qué seré yo sin ella en este mundo?

—¡Sin ella! ¿Qué estás hablando? ¿Quién podrá arrojarla de tu espíritu? ¿Quién podrá impedirle á tu alma que sea suya?—Escucha, Fabian:—Necesito hablarte de mí... ¡de mí, que amaba á mi padre tanto como tú puedes amar á Gabriela!—Vas á sa-

ber lo que á nadie he referido... lo que á nadie pensaba referir... (Y aquí te advierto que Diego ignora completamente mi historia, y que te agradeceré no se la cuentes, si llegas á hablar con él... ¡Ay! ¡El mísero, en el egoismo de su pasión, no ha demostrado siquiera acordarse de las acusaciones que me dirigió en otro tiempo!....)—¡Vas á saber, digo, de qué milagros es capaz el alma humana cuando se desliga de la materia! ¡Vas á saber hasta dónde llegan las fuerzas del hombre! ¡Vas á saber quién eres..., ó quién puedes ser, y á asombrarte de haberte desconocido hasta ahora!... ¡Vas á saber, en fin, cómo vivo yo, y á convencerte de que aún puedes ser muy venturoso!

Lázaro condujo á Fabian á un ángulo de aquella trasparente estancia, en el cual había una mesa y una silla: obligólo á sentarse; y, apoyándose él en la mesa, dijo con una voz que parecía salir de lo profundo de su alma:

—Voy á hablarte de cosas que llenan muchos y muy reputados libros, cuya forma literaria se admira todavía generalmente, pero cuya esencia inmortal empieza á no tener sentido en la moderna Babilonia... Voy á hablarte de *mística*, ó sea de los inefables goces que experimenta el alma humana cuando sabe anticiparse á la muerte, separándose del cuerpo, y ponerse en inmediata comunicacion y contacto con la eternidad, con el cielo, con el Creador de todas las cosas visibles é invisibles.

Comprendo perfectamente que nieguen la posibilidad y efectividad de estos goces, ó que los atribuyan á perturbacion del espíritu (cuando no á enfermedad de la misma materia, llamándolos *ægri*

somnia), aquellos que viven en medio del ruido terreno, atentos únicamente al espectáculo social, sin entablar nunca íntimos coloquios con su propia alma, ni escuchar un solo momento los alaridos de su conciencia... ¡Explíceme, sí, que en estos tiempos de impiedad y materialismo, apocalípticos en mi entender para la llamada civilización, los filósofos, los sabios, los estadistas, los grandes críticos, preocupados por fenómenos externos, por conflictos objetivos, por intereses convencionales puramente humanos, no crean, no comprendan ó no hallen digno de la alta consideración de su ciencia *racionalista*, nada de lo que dicen los libros ascéticos acerca de las misteriosas intuiciones del alma, de sus inefables diálogos con Dios, y de las extremas delicias y seráficos éxtasis que prueba al refugiarse en el seno de su Padre celestial...—¡Naturalísimo y lógico es semejante desconocimiento de una beatitud á que los modernos grandes hombres no llegan ni pretenden llegar nunca!—Y más natural es todavía (fijándonos ahora en la generalidad de los pecadores), que quien regresa á su casa con la conciencia cargada de cieno; el que sale del teatro, del festín ó de la tertulia, con el espíritu atestado de ídolos terrenales, de mundanas hermosuras ó de febriles ambiciones; el que acaba de ensangrentarse en sus prójimos, luchando con ellos en la arena de tal ó cual asamblea ó club político; el que viene, en fin, de disputarles el oro en la casa de juego, la mujer en el sarao, la vida en la pendencia, el honor en la murmuración, el poder en el periódico, la gloria literaria en la Revista, ó el empleo en las antecámaras ministeriales, no puede de pronto (sólo con

abrir y hojear un libro místico..., para ver de conciliar el sueño) despreciar y condenar la vida que lleva y piensa seguir llevando, y reconocer que hay otra más alta, más digna y más *feliz*, que consiste precisamente en renunciar á todo lo que aquí abajo se llama *felicidad*...

Por eso yo, Fabian mio, mientras te ví correr desbocado por los caminos del mundo, no te hablé nunca el lenguaje que te hablo hoy, sino que me limitaba á pedirte que entrases en cuentas contigo propio, apartándote del mal, convencido como estaba de que luégo te sería muy fácil renunciar asimismo á los ilusorios bienes de la tierra...—Pero hoy que Dios misericordioso, mostrándose parcial en tu favor, no por tus merecimientos, sino por las buenas intenciones de que le has dado pruebas algunas veces, ha hecho por tí lo que tú te resistías á hacer; hoy que la Providencia ha conducido tu libre albedrío, por medio de Gabriela, á apartarte del mal, y, por medio de Diego, á despojarte de todo soñado bien; hoy, en fin, que eres lo que el mundo apellida «*desgraciado*», y que, por consiguiente, estás ya en aptitud de apreciar y apetecer la verdadera felicidad, voy á descubrirte el fondo de mi alma, voy á asomarte al abismo de mis dolores, para que veas cuán dulcemente, allá abajo, en lo hondo de la sima, entre verdores eternos, cabe plácido arroyo, está Dios, el mismo Dios, departiendo amigablemente á todas horas con tu calumniado amigo, con el venturoso *desheredado* que te habla:

Empieza por hacerte cargo de cuál era mi situación... antes de conocer tales delicias.

Decíasme hace poco que te dolía mucho el acto

que hoy piensas llevar á término...—¡Tambien me dolió á mí el sacrificio que hice en aras de mi piedad filial! ¡Tambien fué aquello una especie de suicidio!—Era yo inocente, como sabes, del crimen que me imputaba mi madrastra; pero no podía defenderme sin acusar á ésta, y su acusacion equivalía á herir en mitad del alma al hombre que me dió el sér; era decirle que la mujer de quien estaba locamente enamorado, no lo quería, ni merecía que él la quisiera; era demostrarle que estaba deshonorado; era entregar su nombre al ludibrio del mundo...; era, en fin, sacrificar á mi padre para ser yo dichoso, ó cuando ménos tenido por honrado, en lugar de sacrificarme yo para que mi padre siguiera creyéndose con honra y con ventura...—Opté por mi sacrificio..., y mi primer paso fué privarme para siempre de su amor y de su compañía, abandonándolo con todas las apariencias de la ingratitud... Soporté luégo su terrible maldicion, el odio de mi hermano, y el peso de la más atroz calumnia... Y sufrí, por último, la eterna flagelacion del desheredamiento..., ¡del desheredamiento, que era como la anulacion de mi sér, como mi destierro de la sociedad y de la familia, como una sentencia que me declaraba sin derecho á mi nombre, sin derecho á la sangre de mis venas, sin derecho al aire que respiraba, sin derecho á la sombra que hacía mi cuerpo..., *sin existencia positiva*, en fin, —como un error abjurado, como una úlcera extirpada, como un reo cuyas cenizas aventaba el verdugo, como una epidemia que disipa el viento!!...

Pues bien, yo, calumniado, indefenso, maltratado por mi hermano, desheredado por mi padre, injuriado por vosotros, alejéme del mundo de los hom-

bres..., no por miedo del suicidio, ni tampoco retirándome á un convento..., sino refugiándome á esta especie de isla desierta enclavada en el océano de la vida, y desde la cual sólo estaría en contacto con lo Infinito...—¡Encerrarme en un convento hubiera sido demasiado teatral en mi situación; hubiera sido escandaloso (pues, á las veces, también las obras de piedad causan escándalo...), y preferí fabricar este *observatorio*, donde, sin afanes ni ociosidad, podía vivir (y he vivido cinco años) en la contemplación del Cielo y de mi alma!...

La horrible tragedia que me obligó á desterrarme de la sociedad habíame conducido desde luego á hacer voto espontáneo de no fijar los ojos en ninguna mujer, ó sea, de vivir y morir sin amores... Mi condición de desheredado aconsejóme después no tener tampoco amigos que con el tiempo pudieran avergonzarse de haberme dado la mano; y si en este punto fui débil un día..., el día que os conocí á tí y á Diego..., ¡ya recordarás los crueles tormentos que me ocasionó al cabo vuestra amistad!—Encerréme, pues, de nuevo y para siempre en este recinto, y redújeme otra vez á vivir de mí propio, sin esperar nada de los hombres!...

Ni ¿qué falta me hacían sus consuelos?—Cuando mi padre me envió su maldición; cuando conocí la espantosa calumnia que pesaba sobre mi cabeza; cuando ví que para la felicidad de mi padre, de mi inocente hermano y de mi misma calumniadora, se requería que yo me resignase con tan atroz injusticia, parecióme que se entreabría el Cielo y que Dios me decía: «Sé que eres inocente: te agradezco tu sacrificio: estoy orgulloso de ha-

»berte criado: yo te recompensaré con mi eterno amor...»—Cuando en seguida supe que mi padre había muerto, maldiciéndome otra vez y desheredándome..., caí de rodillas en medio de esta estancia, y clavé los ojos en el firmamento...—«¡Padre mío! (dije.) Ya estarás leyendo en mi corazón...» ¡Ya puedes conocer cuánto te he amado!...»—Y en el instante mismo, al través de mis lágrimas, ví que mi padre me sonreía cariñosamente en los espacios sin medida, alargándome los brazos y diciéndome: «¡Gracias, hijo mío... Gracias! Yo te bendigo... Yo te pido perdón... Aquí te aguardo para prodigarte el amor y las caricias que te negué en la tierra...»—Y, en fin, cuando vino mi hermano la primera vez y me insultó tan inhumanamente; cuando Diego y tú me injuriasteis del propio modo, Dios y mi padre me asistieron y consolaron igualmente desde más allá de esos mundos que ves brillar sobre nuestra cabeza!...—Así es, Fabian, que yo he pasado aquí noches sublimes, en que mi alma extravasaba mi ser y se extendía por los ámbitos celestes, proporcionándole á mi corazón un júbilo inefable, una paz y una gloria que no sabría explicar la lengua humana, y que sólo podrían compararse á las visiones milagrosas que los grandes místicos han tenido de la Bienaventuranza eterna!...

Se me dirá que todo esto ha sido alucinación de mi mente...; que ni Dios se ha movido del Cielo, ni mi padre de la tumba; que el orden natural no se ha alterado poco ni mucho en provecho mío; que he delirado, que he soñado... ¡Pero, Fabian: la consolación y la dicha que he sentido yo y las fuerzas que me han comunicado esas visiones para poder seguir

sacrificándome por mi noble padre y por mi inocente hermano, no han sido sueño ni delirio!... Admítase, cuando ménos, que han sido intuiciones, avisos, presentimientos de mi conciencia... — Para mí el caso es igual: el caso es que cuando el hombre hace abnegacion de su egoismo en bien de sus semejantes ó en cumplimiento de sus deberes, siente una misteriosa alegría, prueba un infinito consuelo, cree que Dios lo corona de gloria, y vive más ámplia y dignamente que nunca!—;Todo esto querrá decir, en definitiva, que el alma se entiende con la Justicia eterna, sin intervencion de nuestros sentidos ni de nuestra misma razon!... Todo esto querrá decir que hay un mundo para el alma; que hay otra vida además de la material; que nuestra conciencia presiente esa vida; que la idea de Dios es en nosotros ingénita, consustancial, innata, como satisfaccion de la más grande necesidad del espíritu!—Pues bien: ¡a ese mundo te llamo! ¡esa vida te ofrezco! ¡ese Dios es el que te aguarda en ella!

Fabian había escuchado este largo discurso con verdadero arrobamiento, fijos los ojos en la estrellada bóveda celeste, esclarecida por la blanca luna..., y, cuando Lázaro dejó de hablar, murmuró por su parte maquinalmente, como un eco de su propia conciencia:

—Sí, Lázaro... Lo comprendo, lo veo, lo toco... ¡Existe Dios!

Dichas estas palabras, y hallando delante de sí papel y tintero, cogió una pluma y se puso á escribir apresuradamente, cual si durante la peroracion de su amigo hubiese estado coordinando aquello que escribía...

Lázaro fué á alejarse entónces de la mesa; pero, Fabian lo detuvo con esta pregunta:

—Dime: ¿y piensas perseverar en tu sistema de vida?

—¿Por qué no?

—Es que ya estás rehabilitado!... Tu madrastra ha confesado públicamente tu inocencia al tiempo de morir, y, por consiguiente, puedes recobrar con pleno derecho tu buen nombre, el título de marqués de Pinos y la mitad de la fortuna de tu padre...

—Todo eso sería á costa de deshorrar á mi padre y á mi madrastra despues de muertos..., y anteponer mi ventura á la de mi pobre hermano...—Yo he querido escribir á los siete testigos y rogar á mi hermano que guarden perpetuo silencio acerca de aquella confesion, cuya mayor ó menor *publicidad* quedó al arbitrio de mi conveniencia...

—¿Tu hermano se opondrá á ese nuevo sacrificio de tu parte!... ¡Yo lo espero así de su nobleza!

—Lo ha intentado...; pero se ha convencido de que no tiene derecho á oponerse, dado que él renuncia tambien á la herencia de nuestro padre...

—¿De modo que nâdie heredarâ ni el título ni las rentas del marqués de Pinos?

—Las rentas las heredarán los pobres...—contestó Lázaro.

—¡Basta!—replicó Fabian solemnemente.

Y siguió escribiendo.

Lázaro se acercó entónces á un telescopio investigador, y se puso á viajar por los espacios infinitos.

Era en aquel momento la una de la noche.

VI.

LOS TESOROS DE LOS NAUFRAGOS.

Hora y media despues, un golpe dado á la puerta del observatorio interrumpió á aquellos dos jóvenes, de los cuales el uno estaba renunciando todos los bienes de la tierra, y el otro buscando en remotos mundos consolacion y olvido para los males que había experimentado en éste.

Los que llamaban eran el anciano portero, el hermano de Lázaro, el administrador de Fabian y un notario.

El que iba á dejar de ser conde de la Umbría, rogó á todos que escuchasen, y preguntó á su administrador:

—¿A cuánto ascendía mi caudal cuando recobré los bienes de mi padre?

—Quedábanle al señor Conde cincuenta mil duros.

—¿Cuánto habré gastado desde aquel dia, así en Madrid, como en Lóndres, como en los preparativos de mi casamiento?

—Veinte mil duros.

—Réstanme, pues, treinta. De ellos tengo seis en mi poder, en dinero. Resérveme usted los otros veinte y cuatro, adjudicándomelos preferentemente en los regalos de boda que he comprado estos dias, y en la casa de campo en que murió mi madre, y entregue usted al señor escribano un inventario de todos los demas, para que esta misma noche extienda una escritura de la cual resulte que se los cedo á los niños expósitos de Madrid. Mañana al

ser de día ha de obrar una copia de esa escritura en poder del Padre Manrique, que vive en el Convento de los Paules...

—Señor Conde (observó tímidamente el administrador). Usted ha acrecido en dos millones los ocho que heredó de su difunto Padre...

—¡Los renuncio también! (contestó Fabian Conde.)—Señor escribano (añadió en seguida): Redacte usted además esta misma noche un acta, por la que aparezca que yo, Fabian Fernandez de Lara y Alvarez Conde, renuncio para mí y para mis sucesores al Condado de la Umbría, y de esta acta, señor administrador, envíe usted mañana una copia autorizada al Ministerio de Gracia y Justicia, acompañada del correspondiente oficio. Extienda usted también mi dimision del cargo de Secretario de la Legacion de España en Lóndres, y la retirada de mi candidatura para Diputado á Córtes; todo en papel sellado; y tráigamelo ántes del amanecer para que lo firme.—Señores (agregó, en fin, dirigiéndose á Lázaro, á Juan y al portero): sean ustedes testigos.

—Señor Escribano (dijo entónces Lázaro): Venga usted mañana á verme á mí; pues tengo que otorgar otra escritura de cesion...

—Y al mismo tiempo (añadió Juan), pñase usted por mi cuarto, pues también necesito yo hablarle de negocios del mismo órden...

El escribano y el administrador se miraron asombrados.—El portero rezaba.—Lázaro, Juan y Fabian Conde se reunieron en amistoso grupo y se dieron las manos fervorosamente.

Con esto, alejáronse todos los recién llegados, y volvieron á quedar solos Lázaro y Fabian.

—Ahora (dijo éste), oye los documentos que he escrito:

Señor Juez...

—No sigas (interrumpió Lázaro). Ese documento es una declaracion en que te acusas de las falsedades cometidas en union con Gutierrez?

—Sí...

—Pues rómpelo. Ya no hace al caso. Diego no puede esgrimir contra tí ese arma. Esta tarde me ha dicho, lleno de furor, que Gutierrez (cuyo domicilio había logrado descubrir) fué asesinado hace quince dias en una casa de juego, y que de las actuaciones judiciales aparece que se llamaba Juan Lopez. Así lo acreditaban todos sus documentos, y es imposible probar otra cosa...—Estás, pues, por lo ménos, libre del presidio con que te amenazaba mi antiguo impugnador.

—Siento mucho que Gutierrez haya muerto (contestó Fabian con soberana arrogancia). Pero, á confesion de parte, revelacion de prueba...—¡No quiero privar á Diego de ningun medio de hacerme daño! ¡Yo mismo le entregaré esta declaracion para que él la presente al Juzgado...—¿Qué puede importarme ir á presidio cuando renuncio á mi Gabriela?—Hé aquí, si no, lo que escribo á D. Jaime de la Guardia:

«Respetado señor mio:

»Soy indigno de ingresar en su familia de usted,
»y usted mismo lo reconocerá así al saber que yo
»manché la honra del difunto General la Guardia,
»manteniendo criminales relaciones con su esposa.

»Perdóneme usted que le haya ocultado hasta

»hoy esta horrible circunstancia, que me inhabilita
»para enlazarme con Gabriela.

»Queda de usted humilde servidor

FABIAN CONDE, EX-CONDE DE LA UMBRÍA.

—¡Valor, hermano mio!—exclamó Lázaro al notar la palidez de muerte que cubría el rostro de Fabian.

—¡Lo tengo! (respondió éste.)—Oye lo que le digo á Gabriela:

«Gabriela:

»Diego retira su fianza. Diego me acusa de haber
»atentado á su honor requiriendo de amores á su
»esposa.

»¡Sabe Dios que esto es falso, y Diego lo sabrá
»en la otra vida...; pero yo no puedo probárselo y
»justificarme en ésta...—¡Todos mis antiguos delitos
y escándalos deponen contra mí!...

»Por esta razon, y por otras (de las que hoy expongo alguna á tu digno padre), renuncio á tu
»mano, pidiendo á Dios misericordioso te dé toda la
»felicidad que esperaba de tí

FABIAN CONDE.»

—¡Ánimo, Fabian!—volvió á decir Lázaro, viendo que por el rostro del infortunado amante corrían dos hilos de lágrimas.

—¡Lo tengo! (contestó de nuevo el misero, poniéndose de pié.)—Tú enviarás mañana estas dos cartas á su destino...—Y ahora, si quieres, retírate á descansar.—Yo esperaré aquí hasta que sea de dia; firmaré los documentos que he mandado extender, y me marcharé á mi casa á aguardar á los padrinos

de Diego, en pos de los cuales llegará él de seguro cuando sepa que no me bato!...—Necesito reunir para entónces todo mi valor... ¡Diego es naturalmente innoble, y pondrá su mano en mi cara!...—¿No recuerdas que quiso pegarle á tu hermano la infausta noche en que lo conocimos?—¿Déme Dios fuerzas para sufrir tamaño insulto!...—Pero, sí; lo sufriré... lo sufriré.—¿No he renunciado á Gabriela? Pues renunciaré tambien á mí mismo!

Miéntras Fabian decia estas cosas, Lázaro se paseaba como reflexionando, hasta que al fin se detuvo y dijo:

—Espero en Dios que Diego y tú no llegueis á tales extremos...—Yo arreglaré este asunto de otra manera, suponiendo que el insensato no esté completamente loco...—Siéntate ahí, y escríbele una carta refiriéndole todo lo que has hecho y estás dispuesto á hacer por consejo del Padre Manrique...—Yo se la llevaré en cuanto amanezca... ¡y Dios dirá!

Fabian obedeció ciegamente y se puso á escribir.

Lázaro volvió á sus telescopios y á sus astros, murmurando melancólicamente:

—¡Veamos entre tanto por dónde andan los demas mundos!

Pasó una hora...

Eran las cuatro de la madrugada, y sobre la Tierra no se oía más ruido que el chisporroteo de la pluma de Fabian.—Lázaro, subido en una especie de andamio, desde el cual manejaba por medio de manubrios un anteojo enorme, apuntándolo, ora á un astro, ora á otro, miraba de vez en cuando á su amigo sin decirle una palabra, hasta que de pronto cesó el ruido de la pluma, y observó que Fabian se había

dormido con la cabeza reclinada sobre el pupitre...

—¡Infeliz! (murmuró Lázaro), ¿desde cuándo ~~no~~ habría descansado?

Y bajó del andamio con sumo tiento y se acercó al amante de Gabriela.

En la última página que había escrito, figuraba su firma.—Estaba, pues, terminada la carta.

Lázaro la cogió cuidadosamente, y la leyó.

Decía así:

«Mi muy querido Diego:

»Va á amanecer el día crítico y solemne de nuestra vida; tal vez el día de mi muerte; tal vez el día de la tuya; el día, en fin, de que tú y yo tendremos que dar más estrecha cuenta cuando Dios nos llame al último juicio...—Escúchame, pues, como si oyeras á un moribundo... ¡De todos modos, y pase hoy lo que pase, será esta la postrera vez que te dirija la palabra *Fabian Conde*..., tu único amigo, el hombre que tanto te ha amado y te ama, el que tan grandes favores te debe, y quien hoy te bendice más que nunca por la inmensa felicidad que acabas de proporcionarle!...

»Sí, mi querido Diego: ¡Dios te crió para mi bien! Tú me acompañaste por las sendas del error, como solícito hermano, llevándome la cuenta de mis crímenes y delitos, y haciendo las veces de mi apática y empedernida conciencia; y tú, en el momento supremo, me has detenido en el camino de perdición; has juzgado severamente mi vida; has blandido sobre mi cabeza la espada de la cólera celeste, y me has obligado á caer de rodillas ante el Dios de la misericordia, pidiéndole perdon para mis culpas...

»¡Dios me ha oído! ¡Dios me perdonará, según acaba de anunciarme un digno sacerdote!... Yo soy ya todo de Dios, en quien me has hecho creer, y en cuyos brazos me has obligado á refugiarme al repelerme de tu seno.—¡Ha sido, pues, providencial tu injusticia!—¡Gracias, mi buen Diego! ¡Gracias!... Tu furia me ha purificado: tu persecucion me ha redimido: tus crueles insultos á mi inocencia (que no puede ser mayor en cuanto al delito de que me acusas) han sublevado toda la dignidad de mi alma; me han hecho entrar en mí mismo; han despertado mi conciencia, y aquí me tienes, vuelvo á decirte, en inmediato contacto con Dios, libre ya de angustias y temores, sin necesidad de testigos que me defiendan, sin miedo alguno á tu ira!...

»Así es que ya no te pido que me creas.—Podrás tú necesitarlo... ¡Yo no lo necesito!—¿Para qué?—¡El Juez supremo sabe que soy inocente!

»Tampoco te pido ya que dejes de herirme...—Al contrario: yo mismo te envío armas para que me hieras.—Necesito ser castigado, y castigado por tí, ya que no como expiacion del agravio que me atribuyes y que no te he inferido, como penitencia de las innumerables culpas de que me acuso y me arrepiento.—Viniendo de tu mano, me dolerá mucho más el castigo, y será, por lo tanto, más acepto al cielo y más provechoso para mi alma.

»Ni creas que te hablo con tanta humildad para aplacar tu furia...—¡Pobre Diego mio! ¡Tú no puedes ya hacerme daño alguno! Todas las armas con que me amenazaste anoche las he esgrimido yo contra mí..., y una de ellas, que se ha roto en tus manos, es la que, según te dije ántes, te remito con esta

carta, despues de haberla aguzado mucho mejor que tú odio lo hubiera hecho...—Adjunta es, en efecto, una declaracion escrita y firmada de mi puño y letra, que podrá suplir con ventaja en los tribunales por la que ya no prestará el difunto Gutierrez.—Presenta al Juzgado el documento que te envio, y, sin necesidad de más prueba, iré á presidio irremediabilmente.

»Por lo demas, y segun tē dirá Lázaro, á estas horas he dado á los niños expósitos de Madrid toda la fortuna de mi padre; he renunciado el título de Conde de la Umbría; he retirado mi candidatura para la diputacion á Córtes; he escrito á D. Jaime de la Guardia diciéndole que yo deshonoré á su hermano, y que, por consiguiente, no debo casarme con Gabriela, y á la misma Gabriela participándole que ya no eres mi fiador; que me acusas de haber requerido de amores á tu mujer; que no tengo medios de defensa contra esta acusacion, y que renuncio, por consiguiente, el proyectado casamiento...

»Por lo tocante á tí, ó sea en cuanto al desafio á que quieres arrastrarme, estoy resuelto á no admitirlo de manera alguna. Sin embargo, estaré en mi casa á las nueve de la mañana, sólo para decir á tus padrinos que no quiero batirme, y luégo permaneceré en ella, ó iré, si quieres, á ponerme al alcance de tu mano, para que me abofetees, para que me asesines, para que me arrastres por calles y plazas, bien seguro de que lo sufriré todo con resignacion y hasta con orgullo y alegría, de la propia manera que soportaré sin contestar las injurias que me dirijas por medio de los periódicos, y hasta iré yo mismo á los parajes públicos á que la plebe me silbe y

escarnezca...—¡Dios me tendrá en cuenta todo lo que me hagas sufrir!... y, si me dejas con vida, y desistes también de entregarme á los tribunales, partiré á las misiones de Asia en calidad de hermano de la Compañía de Jesus.

»Hasta aquí lo que me concierne.—Ahora, llevado del cariño que siempre te he profesado y que nunca dejaré de profesarte, así como de la inmensa gratitud que te debo, voy á hablarte de tí mismo, pues me interesa demasiado tu felicidad temporal y eterna para que te deje morir desesperado... y condenarte, como te condenarías sin remedio, en la situación en que se encuentra tu alma...

»¡Diego! prepárate á morir... ¡Se acerca tu última hora! ¡Creas ó no creas en mi inocencia, la calumnia forjada por tu infeliz mujer va á costarte la vida!—Si llegas á creer que me has atormentado injustamente; que has sido ingrato y cruel con tu mejor amigo, te matarán los remordimientos.—Y, si continúas en tu error, y me hieres, y ves que no te respondo, y me matas, y ves que te bendigo al morir, quedarás fluctuando entre el horror, el desengaño y la duda, y morirás ó te volverás loco...—¡Morirás más bien...; pues tu salud está ya muy quebrantada!

»De estas dos muertes, la más dulce para tí y más provechosa para tu alma sería la que te originasen los remordimientos, al convencerte de mi inocencia; pues si bien te dolería mucho el saber que tu esposa había mentado, causando tu muerte y separándome de Gabriela, te serviría de consuelo el pensar que todo lo había hecho á impulsos del amor que te profesa...

»Y así es, Diego mio. Tu mujer... (ya lo veo

claro: he pensado mucho en ello: oye toda la verdad...) Tu mujer deseaba que yo la enamorase y que tú lo supieses; en primer lugar, para que esto te demostrara que merecia todos los extremos de tu amor, dado que despertaba tambien mis deseos; y en segundo lugar, para desunirnos é impedir que yo te hiciese partícipe de la profunda antipatía que me inspiraba, y que ella echó de ver desde la primera vez que nos hablamos.—A pesar de todo esto, aquel domingo que la visité durante tu ausencia (¡lo que te voy á decir es espantoso!... pero Dios me manda iluminar tu mente y corregir tus errores, para apartarte del pecado...), aquel domingo formóse Gregoria la loca ilusion, basada en fatales apariencias, de que tal vez podría yo olvidarme de tí por un momento y tratar de amarrarla al carro de mis triunfos...—Dígoles, porque recuerdo que me provocó y excitó varias veces, trayendo á colacion y comentando sarcásticamente mis pásadas aventuras...; yo afecté no comprenderla...; yo me desentendí de sus infernales maniobras, y de aquí el altercado que suscitó en seguida, lo muy irritada que se quedó contra mí, y la atroz calumnia que le sugirió el despecho...

«Perdono á Gregoria.—Díselo.—¡Culpa mia, y resultado de mis escandalosos excesos, ha sido la perturbacion que produje desde luego en su alma, y que nos ha traído á todos á la situacion en que nos hallamos!—Perdónala tú tambien, *si es que llegas á dar crédito á mis palabras.*

»No me atrevo á esperar que esto ocurra... Creo que tu fatal ceguera no tiene remedio...; pero voy á concluir admitiendo esta hipótesis, y discurriendo un poco acerca de ella.

»Diego: suponiendo que la verdad brillase hoy ante tus ojos y vieras que soy inocente del delito de que me acusas; suponiendo que me pidieses perdón y quisieras restablecer las cosas al estado que tenían ántes de estos horrores, yo me opondría á ello con todas las fuerzas de mi alma.—¡No..., no quiero otro premio ni más ventaja en la ruda campaña que estoy sosteniendo, que la inmensa gloria que he alcanzado ya...: esto es; mi reconciliación con Dios!—Así es que, aunque tú mismo me lo suplicaras de rodillas, yo no tornaría ya á aceptar el título y la herencia de mi padre..., y aunque volvieses á fiarme para con Gabriela, y Gabriela, convencida de que soy inocente, me alargase su mano, yo no me casaría ya con la noble hija de D. Jaime, sino que insistiría en mi propósito de irme á Asia á predicar la Fe del Crucificado!

»Digo más... (y esto te hará ver cuán desinteresada es la presente carta) ¡yo renuncio también á tí mismo!... Por consiguiente, el día que llegues á creer en mi inocencia (si es que Dios te reserva tan horrible castigo), no me busques para desagraviarme y pedirme perdón...—¡Para mí has muerto! ¡Ya que no nuestra amistad, nuestro trato ha concluido definitivamente!... Tú y yo no volveremos á vernos sobre la tierra!—¡No quiero más alegrías del mundo! ¡No quiero más entusiasmos transitorios! ¡No quiero amistades sino con mi conciencia! ¡No quiero amores sino con Dios! ¡No quiero exponerme á que se vuelva á dudar de mis más nobles afectos!

»En cambio, ¡te emplazo para la otra vida!—Allí verás mi corazón... Allí verás mi inocencia, crucificada por tí en las soledades de mi alma... Allí sa-

brás, en fin, con cuánta lealtad te ha amado... y va á seguir amándote sin verte, tu agradecido amigo
FABIAN CONDE.»

Cuando Lázaro hubo acabado de leer esta carta, llevósela á los labios y la besó.

Contempló en seguida á Fabian con la ternura y el respeto que inspira el sueño de los desgraciados, y cogiendo entónces las otras cartas que había sobre la mesa, así como la declaracion dirigida al Juez, salió del observatorio, andando de puntillas para no despertar al dormido jóven.

Pasó otra hora, y se puso la luna, dejando en tinieblas el espacio... Mas no tardó en aparecer el Lucero de la mañana, seguido al poco rato de la mañana misma, que comenzó á clarear en el remoto horizonte marcando los límites de la Tierra y del Cielo...

Saludóla el canto marcial de un gallo, y casi al propio tiempo empezaron á piar algunos pajarillos. El albor de Oriente tiñóse entre tanto de un leve rosicler, y muy luégo extendióse por toda la bóveda azul, apágando á su paso las Estrellas... Principiaron entónces á distinguirse unas de otras las cosas terrestres; oyóse tocar á misa en algunas iglesias; doráronse de pronto sus torres y cúpulas y las cimas de las distantes montañas, y, por último, salió el Sol para toda la capital de la Monarquía, inundando el observatorio de un mar de lumbré...

Fabian abrió los ojos en aquel instante, y se encontró cara á cara con el Padre Manrique, que lo miraba sonriéndose...

LIBRO VIII.

LOS PADRINOS DE FABIAN.

I.

DONDE EL JESUITA DIVAGA Y SE CONTRADICE.

—¡Buenos dias, amigo mio! (profirió el discípulo de Loyola, sin sacar las manos de debajo del manto.)—¿Qué tal se ha pasado la noche?

—¡Usted aquí! (exclamó Fabian, creyendo que soñaba.)—¿Qué hora es?—¿Y Lázaro?—¡Ah, se ha llevado todas mis cartas!—¡Consumóse mi sacrificio!... ¡Adios, Gabriela mia..., adios para siempre!

El Padre Manrique aguardó á que el jóven se calmara, y luégo le dijo sosegadamente:

—¿Preguntaba usted por Lázaro?—Precisamente salía de acá en el instante que yo iba á llamar á la puerta...—¡Por cierto que nos reconocimos en el acto, á pesar de no habernos visto nunca!...—«¿Es usted el Padre Manrique?» (preguntóme al encontrarse conmigo.) —«¿Es usted Lázaro?» (le preguntaba yo al mismo tiempo.)—Y nos pusimos á hablar, como dos amigos de toda la vida..—¡Apreciable sujeto!

—¡Un santo, Padre Manrique..., un santo!—¡Cómo lo envidio! ¡Él tiene todo el valor que á mí me falta!

—¿No se lo decía yo á usted?—Y á propósito: también conozco ya al hermano de Lázaro..., ó sea al famoso Marqués de Pinos y de la Algara...—Cuando yo subía la escalera, acompañado de nuestro *Lázaro á secas* (que había retrocedido para conducirme en busca de usted), tropezamos de manos á boca con el jóven chileno, el cual me reconoció también inmediatamente.—¡Por lo visto, usted había pasado la noche buscándome amigos!...—¡Y qué amigos tan buenos!...—Lázaro y el Marqués se abrazaron cariñosamente al encontrarse, y acto continuo, me dijeron ambos con igual ufanía:—«*¡Aquí tiene usted á mi hermano!...*»,—lo cual me bastó para comprender (después de lo que usted me había contado) que aquellos jóvenes eran dos ángeles fuertes, vencedores de algun demonio que los había tenido separados mucho tiempo.

—¡Vencedores del demonio de la calumnia! ¡vencedores de otra Gregoria! (prorumpió Fabian.)—¡Lázaro había sido calumniado como yo!

—¡Lo mismo que me había figurado!—Pero hablemos de usted...; pues ya me contará Lázaro su propia historia, y, si no, me la referirá su hermano, que no tardará en subir en nuestra busca...—Conque vamos á ver, mi querido Fabian: ¿cómo está ese espíritu?—Yo no he podido dormir en toda la noche, pensando en usted; y no bien Dios echó sus luces, me dije: «Busquemos á nuestro pobre navegante..., y busquemos de camino á Lázaro...; pues »indudablemente estarán juntos...»—Y, ¿querrá usted creerlo? No bien llegué á este barrio, en que me dijo usted vivía su amigo, todo el mundo me dió razón de su casa!...—¡Ah! ¡Cómo lo quieren las gen-

tes!...—Y es que, á pesar de lo que se reserva para ejercer la caridad, no hay quien ignore que gasta sus rentas en limosnas...—«*Es un santo!*» me han dicho como usted cuantas personas se han enterado de que venía á esta casa.

Segun costumbre, el Padre Manrique estaba fingiendo que divagaba en su discurso; pero, en realidad, no perdía de vista su objeto. Era éste en aquel instante consolar y fortalecer á Fabian, y, la verdad sea dicha, consiguiólo mejor celebrando las virtudes de Lázaro, que lo hubiera logrado por medio de exhortaciones directas.

Comprendiólo al cabo nuestro jóven, y exclamó afectuosísimamente:

—¡No me abandone usted nunca, padre mio! ¡Tiene usted el don de sosegar y endulzar mi alma!—Ya sabrá usted que Lázaro ha ido á conferenciar con Diego...

—Lo sé tanto..., que he leído la carta que le escribe usted á su infeliz adversario...

—Pues entónces sabrá usted tambien que he escrito á D. Jaime y á Gabriela... ¡á Gabriela..., padre mio!... ¡renunciando á su amor! ¡renunciando á su mano!...

—Lo sé todo...; lo sé todo...; y de todo, lo más grande y plausible que á mi juicio ha hecho usted, ha sido no aprovecharse de la muerte de Gutierrez para eludir el más tremendo golpe con que le amenazaba Diego.—La espontánea declaracion que usted ha escrito y firmado, acusándose de falsedad y estafa, va anonadar al marido de Gregoria!—¡Así se lucha contra el mundo!—¡Así se conquista el Cielo!—Ahora sólo falta que formalice usted sacra-

mentalmente su confesion de ayer tarde, para que yo pueda absolverle...—Pero tiempo tendremos para todo... Dios mediante.

Por aquí iba la conversacion, cuando llamaron á la puerta del observatorio.

Eran el administrador y el notario, precedidos de Juan de Moncada.

Aquéllos le traían á Fabian la escritura de cesion de sus bienes paternos, el acta de renuncia del condado de la Umbria, y los demas documentos que les habia encargado.

Firmólos todos sin vacilar, y cogiendo entónces la copia de la escritura de cesion, entregósele al Padre Manrique, diciéndole:

—Había mandado que le llevasen á usted esta especie de testamento, á fin de que se encargase de cumplirlo...; pero, ya que está usted aquí, tengo á honra entregárselo con mi propia mano...

—¡Una limosna de diez millones de reales! (observó con énfasis el administrador.) ¡No se quejarán los niños expósitos!

—Diez millones de reales (respondió friamente el Padre Manrique, guardándose el papel debajo de la sotana) representan un puñado de polvo de este planeta que Dios sacó de la nada, y que puede reducir otra vez á la nada con la misma facilidad.

El que así decía, acababa de celebrar como exorbitantes las limosnas de Lázaro...—Comprendió Fabian Conde la sublime delicadeza de esta aparente contradiccion, y contestó inmediatamente:

—No envuelve mérito alguno, con respecto á mí, lo que acabo de ejecutar. ¡Téngaselo Dios en cuenta á mi padre,—en cuyo nombre obro!

—¡Oh... sí! ¡pero despues de haber renunciado tambien su título de Conde!...—murmuró el escribano, recogiendo el acta en que esto aparecía.

—¡Respeten ustedes la voluntad de Dios!—contestó Fabian, saludando ceremoniosamente á los dos comentadores...

Estos se retiraron, tan asombrados como la noche anterior.

—¡Bien, hijo mio! (exclamó entónces el Jesuita.) Estoy muy satisfecho de usted.

—Tome usted, Padre... (agregó Fabian, entregándole una cartera muy abultada.) Guárdeme usted este dinero, que acaso es el único resto de mi fortuna legítima, además de aquella pobre tierra en que me crié, y en que yace abandonada mi madre, y de las galas de Himeneo que ya se han trocado en sudario de mis amores...—Más adelante dispondremos lo que haya que hacer con esta suma que pongo en sus manos... Dependerá del rumbo que tome mi vida...—Pero si muero hoy, gástela usted en sufragios por mi alma...—Y ahora, señores, adios...—Me voy á mi casa á esperar á los padrinos de Diego...

—¡A los padrinos de Diego! (gritó espantado Juan.) ¡Diego y usted van á batirse!... ¡Oh! en ese caso, usted necesitará tambien padrinos...—Ruégole que admita mi concurso.

—Y tambien el mio... (añadió el anciano sacerdote con una expresion indefinible.) ¡Todo podrá ser que me recusen los contrarios al ver mi traje clerical!...—Pero, en el ínterin, quizás le sirva á usted de algo este pobre viejo...

Fabian no pudo ménos de sonreirse, y dijo, con-

cierta satisfaccion, apoyándose en el hombro de Juan de Moncada:

—Pues señor... ¡nadie diría que me suceden tantas y tan horrendas cosas! Siéntome como aliviado de un peso enorme, y advierto en mí no sé qué especie de buen humor... que no he tenido desde antes de la muerte de mi madre...

—Es que su conciencia de usted va poniéndose á flote... (respondió el Padre Manrique.) Es que acaba usted de arrojar al Océano mucho cargamento inútil que hacía zozobrar la nave de su alma!—Conque marchemos... ¡Vamos en busca de esos terribles padrinos!—¡De seguro no se hallarán tan tranquilos como los de usted!—A lo ménos, á mí me da el corazon que la victoria va á ser nuestra...

—¡Muy belicoso está usted, Padre Manrique!—dijo tristemente el hermano de Lázaro.

—¿Qué? ¡Belicoso yo! (repuso el Jesuita.)—¡De manera alguna! Lo que estoy es muy confiado en la fuerza y en la sabiduría del *tercer* padrino de Fabian..., ó, por mejor decir, del *primero*...

—¿Quién es? ¿Lázaro, acaso?

—No, amigo mio...

—Pues ¿quién?...

—¡El mismo Dios!...—respondió el Jesuita.

—Yo le explicaré á usted todas estas cosas en la calle... (dijo Fabian al otro jóven.)—¡Por cierto que va usted á encontrar en mi historia muchos puntos de analogía con la de Lázaro!...

A todo esto, los tres interlocutores salían ya del vetusto caseron, no sin haber encargado ántes al portero que, cuando fuera su amo, le dijese que casa de Fabian lo aguardaban.

II.

LAS NUEVE DE LA MAÑANA.

El reloj del comedor de casa de Fabian marcaba las nueve ménos cuarto.

Sentados á aquella mesa que presenci6 la célebre consulta de los tres antiguos amigos, almorzaban á la saz6n el Padre Manrique, Juan de Moncada y el que ya habia dejado de ser conde de la Umbría.

Lázaro no habia regresado todavía de su conferencia con Diego.

Los criados, sabedores ya sin duda de todo lo ocurrido al *groom* la noche anterior, y asombrados de ver un clérigo en la casa, comprendian que pasaba algo extraordinario y en pugna con sus murmuraciones de la vispera...—Servían, pues, la mesa con aire preocupado y medroso, á la manera de empleados públicos en día de cambio de Ministerio.

El almuerzo habia sido silencioso y triste. Sólo Fabian se habia mostrado algo expresivo, sacando diferentes conversaciones ajenas al caso en que se encontraban... Mas estas conversaciones no lograron tomar el menor incremento, y al término de cada una, exclamó siempre Juan con febril impaciencia:

—¡Pero ese Lázaro!... ¡Ese Lázaro que no viene!...

En fin: cuando el almuerzo hubo terminado, y el Padre Manrique y los dos jóvenes se quedaron solos, Fabian no pudo ya contenerse, y, poniendo una mano sobre la del Jesuita, dijo con melancólica resignación:

—¡Sólo siento á la pobre Gabriela!

—Gabriela se basta á sí misma... (respondió el anciano.) ¡Ya la conoce usted! Será monja en la tierra, y despues Santa en el Cielo...; y allí como aquí, pedirá á Dios por el hombre de quien fué Ángel custodio durante los dias de tribulacion...

—Usted irá á verla algunas veces... ¿no es verdad?—indicó Fabian en tono suplicante.

—Sí, señor... iré á verla... (contestó el Padre Manrique), sobre todo, si no vuelve usted á indicármelo, ni me pide nunca que le refiera mis visitas.— ¡Gabriela ha muerto para usted y usted para Gabriela..., á ménos que Dios disponga otra cosa!...

En este momento sonó un timbre.

Fabian se puso más pálido de lo que estaba.

El Padre Manrique y el jóven chileno se miraron con una angustia que tampoco pudieron disimular.

El reloj marcaba las nueve en punto.

—Ahí están los padrinos... (murmuró Fabian con triste y reposado acento). ¡Déme Dios valor suficiente para ser lo que en el mundo se llama *cobarde*!

—Señor...—decía al mismo tiempo un criado, alzando la cortina de una puerta, y en actitud de anunciar...

—¡Que pasen!—respondió Fabian sin dejarlo concluir.

Sonaron pasos en la habitacion inmediata; alzóse nuevamente la cortina, y apareció un hombre en el comedor.

Era Lázaro.

—¡Solo?—preguntó Juan vivísimamente.

—¡Solo!—respondió Lázaro, dejándose caer en la

primera silla que encontró, como si no le quedasen fuerzas para dar un paso más...

Pero desde allí saludó á Fabian Conde con un ademan de triunfo y una mirada de inmenso regocijo, diciéndole entre los respiros de la fatiga...

—¡Victoria!... ¡Victoria, Fabian mio!... ¡Diego me envía en busca de tu perdon!

El Padre Manrique y Juan de Moncada se pusieron de pié al oír las palabras de Lázaro: Juan de Moncada... para abrazar á Fabian con delirante alegría, y el Padre Manrique para elevar al Cielo su radiosa faz y sus cruzadas manos, como en accion de gracias.

Fabian permaneció inmóvil en su asiento, y cuando Juan lo estrechó entre sus brazos, hallólo rígido y frio como un cadáver...

Pero la reaccion no se hizo esperar.—El atormentado jóven púsose de color de grana... La indignacion y la ira estallaron por sus ojos en lágrimas de fuego, y, alzándose como un gigante que rompe sus cadenas, dijo con atronadora voz:

—¡Ah!... ¡ya soy libre!—¡Conque el insensato reconoce su infamia y mi inocencia!... ¡Conque el verdugo me pide perdon!...—¡Es tarde!...—¡Yo no lo perdono! ¡Yo no lo perdonaré jamás!

—¡Fabian!—gritó Lázaro, corriendo hácia él...

—¡Ahora soy yo el que necesita su sangre! (prosiguió el cuitado.) ¡Ahora soy yo quien desafía al hombre vil, al ingrato, al inícuo que me ha tenido tres dias bajo sus piés!—¡Lázaro!... ¡Juan!... id... corred... no perdais un momento, y decidle al calumniador, decidle al ruin expósito...

—Señores... me retira... Queden ustedes con

Dios...—interrumpió en este punto el Padre Manrique, cogiendo su sombrero y encaminándose hacia la puerta.

Fabian se quedó aterrado, y no articuló una palabra más.

El Jesuita se detuvo entónces, y pronunció, señalando al Cielo.

—¡El ingrato... el verdaderamente ingrato... es usted!

Fabian dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo: bajó la cabeza, y tornó á desplomarse sobre su asiento.

—¡Es verdad!...—murmuró.

El Padre Manrique retrocedió al oírlo; soltó el sombrero, y sentóse al lado del abatido jóven, diciéndole con blandura:

—No olvide usted lo que hablamos anoche en mi celda...—Por lo demas, paréceme indispensable que, ante todo, oiga usted á Lázaro, y sepa por qué medios y hasta qué punto se ha dignado la Misericordia Divina indultarlo á usted de tan merecida pena...

Fabian se tapó el rostro con las manos, y balbuceó desfallecidamente:

—Tiene usted razon...—Habla, Lázaro..., habla...—y no dudes de mi profundo agradecimiento...

Lázaro, que había estado limpiando sus quevedos de oro, calóselos entónces, y habló de la siguiente manera:

III.

OBRAS SON AMORES.

—No es acreedor ciertamente Diego á la dureza con que lo has tratado en un momento de disculpable trastorno... ¡Acabo de dejar al infeliz en bien lastimoso estado; á tal punto, que, por mucho daño que te haya hecho (y yo creo que no te ha causado sino beneficios), ántes merece tu compasion que tu ira...—Pero entro en materia desde luégo.

Cuando llegué á su casa ya estaba levantado... Díjome que no había dormido, y harto lo revelaba su rostro.

Hallábase el pobre demente (pues tal nombre había que darle en aquel momento) preparando unas pistolas de combate, y sonreíase espantosamente al mirarlas.—Él mismo salió á abrirme con aquellas armas en la mano, é introdújome en su despacho, diciéndome:

—Creí que eran los padrinos...—Los tengo citados á las ocho, para darles mis últimas instrucciones...—¡A muerte, Lázaro... á muerte!—He buscado dos capitanes de infantería, que ni siquiera sé cómo se llaman.... ¡los primeros que tropecé en la calle!... —Gente ruda, de feroz aspecto, aficionada á las balas... ¡Dos tigres, sedientos de sangre como yo!... —Conque... vamos á ver... ¿qué te trae por aquí?— ¡Supongo que no vendrás á sermonearme de nuevo!...—Sin embargo, por si tienes tal intencion, te diré que estoy decidido á matarlo..., y que lo mataré indudablemente..., y á tí, y á mi mujer, y al

mundo entero que se me ponga por delante !!...

Yo lo dejaba hablar, para adquirir el derecho á que me oyese; pero en esto abrióse la puerta del despacho, y apareció su mujer...—¡su mujer!... ¡pavorosa criatura!... ¡la propia efigie del pecado!

—Caballero... (me dijo con una voz seca y des-
apacible que crispó mis nervios.) Todo lo sé...—
Supongo que usted es uno de los padrinos...—
Pues bien: le prevengo que estoy resuelta á avi-
sar á la policía y á que todos ustedes vayan á la
cárcel!...

—¡Cállate tú, y no te mezcles en mis negocios!
(prorumpió Diego groseramente.) Este caballero no
es padrino de nadie...—Es mi amigo Lázaro...

—¡Ah! ¿el señor, es...—¡Ya... ya recuerdo!—
¿Conque han hecho ustedes las amistades?—¡Me ale-
gro muchísimo!—¡El cielo lo trae á usted por esta
casa!...—Por supuesto, que usted, cuando viene tan
temprano, lo sabrá tambien todo...—¡Hay que impe-
dir á todo trance ese desafío!... ¡Yo he sido engaña-
da!... Diego me prometió no armar pendencia, ni
darse por entendido del asunto, si yo le decía toda
la verdad..., y vea usted en qué estado se encuen-
tra desde que se la dije!...—¡Usted no sabe qué días
y qué noches estoy pasando!...

Yo guardé silencio.

Gregoria me miró entónces con desconfianza, y
un relámpago de repentino odio brilló en sus pupi-
las.—No hubiera sido más pronta la víbora en es-
cupir su veneno.

Diego exclamó entónces:

—Gregoria, véte...—Y, por lo demas, no deli-
res... ¡Tengo la llave de la puerta, y no la solta-

ré!...—Cuando me vaya, te dejaré encerrada, así como á Francisca..., de modo que no podreis avisar á la Autoridad...—¡Te digo que no se me escapará mi presa!...—Conque, retírate...—Este caballero podrá tener que decirme algo...

Quizás fuera aprension mia; pero me pareció que la voz del hipocondriaco revelaba tédio, cansancio, instintivo desvío...; un comienzo, en fin, de aversion á su esposa.

Ésta respondió:

—¡No creo que deba ser un secreto para mí lo que este caballero tenga que decirte!...

—Sin embargo, señora... (expuse yo terminantemente), desearía hablar á solas con mi amigo...

Gregoria tembló de rabia.

—Ya lo oyes...—repuso Diego.

—Disimule usted...—añadi yo.

—¡Oh! me iré... me iré... (tartamudeó ella, mirándome, ora con miedo, ora con furor.) ¡Que les aprovechen á ustedes sus secretos!

Y, sin dignarse contestar á mi respetuoso saludo, salió bruscamente del despacho, cerrando la puerta de golpe, y diciendo con ásperos gritos:

—¡Para eso se casa una!—¡Quién había de decírselo á mi madre!

Diego seguía inspeccionando las pistolas.

—Vengo de parte de Fabian,—le dije cuando nos quedamos solos.

—¡Lo presumía! (contestó Diego, riéndose sardónicamente.) ¡El traidor tentará todos los medios de quedar impune!—Pero se equivoca...—Por lo que respecta á tí, supongo que ya te habrá engañado..., y que vendrás á abogar por él...

—Vengo solamente á entregarte una carta suya.

—Guárdatela... ¡Me la figuro!—¡Será elocuentísima!... ¡tan elocuente, que dará asco!

—Tiene la elocuencia de los hechos...; y en ella no te pide nada.

—Pues ¿para qué me escribe entónces?

—¡Por lástima al estado en que te encuentras!

—¡Que la tenga de sí mismo!—Dentro de dos horas veremos quién es más digno de compasion...—Desengáñate: ¡me escribe, porque me teme!

—Y yo diría que tú no lees su carta, porque le temes á él.—Si no es así, léela... Aquí la tienes.

—¡No la leo!

—¿Es decir que tienes empeño en no salir de tu error?

—No: es que ya no doy fe á palabras ni escritos de nadie...

—Pero se la darás á las obras...—¡Te repito que se trata de hechos!

—Pues bien, dímelos..., y ahórrame el disgusto de ver la letra de aquel malvado...

—El primer hecho es que Fabian Conde, sabedor de la muerte de Gutierrez, y de que no te ha sido posible identificar la verdadera persona del antiguo inspector de policía, se denuncia á sí mismo como estafador y falsario, en una declaracion de su puño y letra, dirigida al juez, que te envía á ti para que tú la presentes.—Toma...

Diego se quedó asombrado.

—Y ¿con qué fin hace esto?—me preguntó despues que hubo leído la declaracion.

—Para que no creas que, si se defiende con tal interes del cargo que le diriges, lo verifica por

miedo á ninguna especie de castigo, sino por amor á la verdad y á tu persona...

—¡Pero es que yo puedo presentar esta declaracion á los tribunales!... ¡Es que yo la presentaré sin duda alguna!...

—Te he dicho que para eso te la envía.

Diego soltó las pistolas, sentóse en un sofá, y se pasó una mano por la frente, cubierta de sudor.

—¡A ver! ¡A ver! Dame esa carta... (dijo en seguida.) ¡Tú eres demasiado hábil, y lograrías hacerme ver lo blanco negro!...—Me conviene más oír los aullidos del monstruo... ¡Él y yo no podemos engañarnos!

Le di tu carta, y principió á leerla para sí, con aire desdeñoso...

Pero, desde que recorrió las primeras líneas, púsose grave y como pensativo, y, cuando hubo terminado la primera página, comenzó otra vez su lectura, en lugar de volver la hoja...

—Dime, Lázaro... (exclamó luego, sin mirarme.) ¿Y es verdad esto que dice el mozo?...

—¿Qué?

—¿Lo de haber conferenciado con un Sacerdote...

—¡Vaya si lo es!... ¡Y nada ménos que con el Padre Manrique!—Juntos los dejé en mi casa hace una hora...

El semblante de Diego continuó trasfigurándose, ó sea enlobregueciéndose cada vez más; pero no ya con las sombras del odio y de la furia, sino con las tinieblas y el luto de una mortal congoja.

De pronto soltó una carcajada convulsiva, y dijo:

—¡Ah, farsante!... ¿qué manera de mentir!—Afortunadamente, no lo creo...

—¿Qué es lo que no crees?—interrogué yo.

—Lo de que ha dado á los niños expósitos (¡villano epigrama, cuyo alcance no puedes tú entender!) aquéllos ocho millones que robó al fisco...

—Sin embargo, es la pura verdad. Yo mismo fui testigo anoche de la escritura de cesion!

—¡Toma! Pues ¿y esto? (continuó en tono de zumba, cual si no me hubiese oído.)—¿Que ha escrito á D. Jaime y á Gabriela, revelando al primero sus amores con Matilde y á la segunda mi fulminante acusacion!—¡Mentira tambien!—Necesitaria verlo para creerlo...

—Yo mismo acabo de enviar á D. Jaime de la Guardia las dos cartas de Fabian...—repliqué solemnemente.

—¡Es que tampoco te creo á tí!—¿Te figuras que no veo clara la extratagema?... ¡Uno y otro os habeis repartido los papeles para embaucarme!...

Así dijo...; pero su rostro expresaba una incertidumbre espantosa.

Sonó en esto un campanillazo.

—¡Gracias á Dios! ¡ya están ahí los padrinos! (rugió entónces el sin ventura, tornando, al ménos en apariencia, á su ferocidad y á su risa.)—Basta de embrollos y debilidades! ¡Os conozco á los dos!—¿Qué noticias tienes del marqués de Pinos y de la Algara?

Pensé en tu inocencia, Fabian, que no en la mia; y, á fin de poder servirte mejor, contesté inmediatamente:

—En mi casa está la persona por quien preguntas... ¡En mi casa está..., acreditándome á todas horas la fe, el respeto y el cariño que tú me niegas!...

Volvió á sonar la campanilla.

—¡Cómo mientes! (exclamó Diego, dirigiéndose á la puerta.)—Aquel muchacho se marchó á América con ganas de estrangularte...—Y, si no, ¿por qué no me lo presentaste ayer?—Pero voy á abrir... Ahora saigo en que tengo yo la llave de este infierno...

—¡Aguarda, por favor! (le dije, estorbándole el paso.)—¿Tendrías fe en mis palabras, y reconocerías que Fabian puede ser tambien inocente, si *mi hermano el marqués de Pinos* viniese dentro de un momento y te dijera que *otra mujer* (su propia madre, madrastra mia), inventó contra mí una calumnia casi idéntica á la que tu esposa ha inventado contra Fabian Conde?

—¡Respeto á la mujer que lleva mi apellido! ¡Respeto á la señora de esta casa! (exclamó con una especie de frenesí.)—¡Yo tengo la culpa de que la insultes...; yo que te he dado oídos, aún sabiendo que eres otra serpiente venenosa!—¡Paso! ¡paso!...

Y salió, repeliéndome materialmente.

Oí entónce abrír la puerta de la calle, y una voz da que preguntaba:

—¿El Sr. de Diego?

—Yo soy... (respondió éste.) ¿Qué ocurre?

—Esta carta... de la Fonda Española.

Cerróse la puerta, y ya se acercaba Diego al despacho, cuando estalló en el pasillo un fuerte altercado entre los dos cónyuges.

Procuraban ambos hablar en voz baja; pero era tal la vehemencia de la disputa, que percibí á intervalos las siguientes frases de Gregoria:

—¡Nada! ¡Es que ya no me quieres!...—¡Lo mismo será este amigo tuyo que el otro!...—¡Tú no has de-

bido consentir que me arroje del despacho!—¡Oh!... vámonos á mi pueblo... ¡Yo no quiero estar en Madrid un dia más!

Á lo cual había respondido el iracundo esposo con estas ó parecidas palabras:

—¡Déjame en paz!—¡Yo sé lo que me hago!...—¡Las mujeres... á la cocina!...—¡Calla, ó te estrangulo!...—¡Al infierno es adonde nos iremos todos!

Pasaron despues unos instantes de silencio..., y Diego entró en el despacho afectando tranquilidad.

—¿Sabes que tenias razon? (me dijo con una especie de pueril asombro mezclado de dolor y manse-dumbre, que me conmovió profundamente.)—¡El que llamaba era un criado con una carta de don Jaime!...—Aquí la tengo...—Veamos lo que dice...

Y sentóse, temblando como un azogado..., y leyó..., y el mismo luto que ántes cubrió su descompuesto rostro.

—¿Será posible?—exclamó al terminar la lectura.

Y clavó en el suelo una mirada inmóvil, atónita, pertinaz y nula á un tiempo mismo, como la de algunos ciegos, ó como la de los cadáveres á quienes ninguna mano amiga ha cerrado los ojos...

Apoderéme yo entónces de aquella carta y ví que decía lo siguiente:

«Sr. D. Diego Diego:

»Estimado amigo:

»Acabo de recibir dos cartas del señor conde de la Umbría, una para mí y otra para mi hija, en las cuales el hombre por quien usted salió fiador, desiste del proyectado casamiento con Gabriela, alegando dos motivos distintos: uno, relacionado con

usted, y que usted desgraciadamente no podría prever al dar su fianza, y otro, que tiene relacion con mi familia, y que no comprendo me ocultase usted la vez primera que tuve el gusto de hablarle.

»De cualquier modo; como ambos extremos tocan muy de cerca á mi honor, y se trata además de la felicidad de mi hija, ruego á usted que me espere hoy á las once, en esa su casa, adonde iré en busca de las explicaciones y satisfacciones que se me deben, y que espero de su caballerosidad.

»Suyo, afectisimo amigo Q. S. M. B.

JAIME DE LA GUARDIA.»

—¡Ya ves! ¡Ya lo has leído! (exclamé, sentándome al lado del pobre enfermo.)—¿Dirás todavía que Fabian y yo nos hemos confabulado para engañarte?...

Diego no me respondió; pero volvió en sí, y, cogiendo otra vez tu carta (que había dejado á medio leer encima del bufete), abismóse nuevamente en su lectura.

—¿Que no se batirá!... ¿Que se dejará maltratar por mí! (murmuró sordamente, pero ya sin ira, al llegar á este punto de tu escrito.)—¿Lo desconozco!... ¡lo desconozco!

Y siguió leyendo.

—Que yo moriré de todas maneras... Que se acerca mi última hora... (gimió melancólicamente.)—¿Es verdad! ¿Entre unos y otros me habeis matado!...—¿Pobre Diego!... ¡pobre Diego!...

—Lee... lee...—díjele yo, designándole con el dedo el párrafo en que explicabas la conducta de Gregoria.

—¡Oh... esto es imposible!... (exclamó desespe-

radamente.) ¡Esto no puede ser verdad! ¿Cómo quieres tú que yo crea semejante horror?—*¡Es mi mujer!*—¿Sabes tú lo que significan estas palabras?—¡Soy yo mismo; es mi carne; es mi sangre; es la personificación de mi honra; es *la mujer de Diego*!

—Eva era la mujer de Adán... (repuse yo.)—Pero continúa...—Ya queda poco...

—¡Ay de mí! (suspiró desconsoladamente.) Creo que ya he leído demasiado...—Mas no son sus palabras...: ¡sus elocuentes obras son las que me abruman y aniquilan!...—¡Renunciar su título! ¡renunciar su fortuna! ¡renunciar á Gabriela! ¡Delatarse á los tribunales!...—¡Ah, Lázaro, Lázaro!... ¡qué va á ser de mí, si ahora resulta que Fabian es inocente!—¿Dónde esconderé mi vergüenza? ¿dónde esconderé mis remordimientos?

—¡Siempre te quedará el cariño de tu esposa! ¡siempre te quedará el corazón de tu amigo Lázaro!...—Ya ves que el mismo Fabian lo reconoce...: Gregoria ha querido separaros *«por lo mucho que te ama, y temerosa de perder tu amor...»*

—¡Oigámosla! (saltó de pronto.)—Voy por ella... ¡Quiero interrogarla delante de ti!...—En medio de todo, yo puedo estar impresionado en este momento...—Vengo en seguida...

—¡Espera!... ¡te lo suplico! (insistí yo, señalando á tu carta.)—Ya queda poco...—¡Lee!—¿Estás viendo?—¡Se va á Asia! ¡Va á morir, defendiendo la verdad contra el error!... Va á morir predicando la fe del Crucificado!

—¿Qué he hecho yo, Dios mío! ¿qué he hecho yo de este hombre?... (exclamó con una agitacion que crecía por momentos.)—Necesito hablar con Gre-

goria!... ¡Déjame, Lázaro!...—¡Te juro que no la mataré!...

—Acaba... Lee... (repetí yo, poniéndole tu carta ante los ojos.) Mira lo que dice...: Que no busca ni tan siquiera tu amistad...: que, aunque llegues á hacer justicia á su cariño, nunca volveréis á veros ni á hablaros: que procede desinteresadamente..., y que te emplaza para el Cielo, donde verás un día su inocencia y su lealtad!...

—¡El Cielo!... su inocencia... su lealtad...—repi-
tió el infortunado maquinalmente.

Y llegando otra vez al colmo de la excitacion, principió á gritar con voz terrible:

—¿Quién habla aquí del Cielo? ¡Al infierno..., á los profundos infiernos es adonde iremos todos!—¡Gregoria! ¡Gregoria! ¡Ven inmediatamente!

Y luego añadió, sollozando sin lágrimas:

—¡Ay, Lázaro! ¡Esta carta de Fabian me ha quitado la vida!...—¡Conque el marqués era tu hermano! ¡Conque tú eres inocente tambien!—Dile á tu hermano que venga á visitar al pobre Diego Diego...

—¡Vamos á ver! ¿Qué pasa aquí?—chilló en esto Gregoria, penetrando en el despacho, pálida como la cera, pero afectando valor y enojo.

En mi entender, había estado escuchándonos, y sabía á qué altura se hallaba su proceso.

—Te he llamado para matarte... (bramó Diego, cogiendo una pistola.) ¡Prepárate á morir, si no me confiesas ahora mismo que Fabian es inocente!...

Yo me interpuse entre los dos esposos.

—Caballero (articuló Gregoria, sin mirar á Diego, y dirigiéndose á mí con tal frialdad, que su voz me pareció el silbido de una culebra). ¿No ha venido

usted ex-profeso á decirle á mi marido que me mate? ¡Pues deje usted que le dé gusto!—¡Tira, Diego!—Aquí tienes el pecho de tu esposa... ¡Hiérela..., ya que en ello se empeñan tus amigos!...

—¡De rodillas, señora... de rodillas! (proseguía intimándole Diego, sin dejar de apuntarle cuando la hallaba á tiro.) ¡Sólo la verdad puede desarmar mi brazo!—¡Ya sabe usted que estoy loco! ¡Ya sabes, esposa del condenado, que soy capaz de matarte y matarme!...—¡Confiesa, pues!...—¡Y tú, Lázaro, déjame!... ¡Mira que tambien soy capaz de matarte á tí!

—Pues si estás loco (decía entre tanto Gregoria), á mí me vive todavía mi madre... ¡Yo tengo todavía quien mire por mí en este mundo!...

—¡Confiesa!

—Es que tambien puedo quejarme á los tribunales, y presentar una demanda de divorcio...

—¡Confiesa!—repitió Diego, logrando cogerla de un brazo y arrimándole una pistola á la frente.

La pobre mujer dió un alarido.

—Me has lastimado...—balbuceó.

Yo arranqué otra vez á Gregoria de manos del furioso, y, amparándola con mi cuerpo (en tanto que ella se acurrucaba en un rincon, poseida ya de un miedo franco y declarado), exclamé:

—¡Señora, no tema usted nada mientras me quede un soplo de vida!...—Y tú, Diego, suelta ese arma, que nunca debiste empuñar contra tu mujer.—Gregoria va á confesar ahora mismo su disculpable falta, conociendo que, de hacerlo así, pondrá término á esta bárbara escena, evitará un desafío, cuyo resultado sería espantoso de todas suertes

(pues tan grave es matar como morir), y te devolverá la salud y la dicha...

—¡Que confiese... y la perdono en el acto!... (agregó Diego, con la infantil sencillez propia de su complicado carácter.) ¡Que confiese, y nos iremos á Torrejon; ó á Paris, como ella deseaba, á que me vean los médicos!...—¡Que diga la verdad, y yo le agradeceré el exceso de cariño que la condujo á desear separarme de un hombre á quien suponía peligroso para nuestra felicidad!...—De todos modos ¡insensata! ya has logrado tu objeto; pues Fabian Conde y Diego Diego no volverán á verse en esta vida!...—Confiesa, pues, Gregoria... Confiesa...—

Mira ¿que, de lo contrario, no me quedará más recurso que levantarme la tapa de los sesos!

—¡Cá! ¡No eres tú hombre de tantos bríos!—respondió Gregoria desde su rincón, siguiendo con una curiosidad infernal la boca de la pistola, que Diego aplicaba en aquel instante, ora á su garganta, ora á una de sus sienes...

Diego se quedó espantado, y bajó el arma (y yo mismo retrocedí, como desamparando á Gregoria), al ver aquellos ojos, al oír aquella frase...

La astuta mujer comprendió en el momento hasta qué punto había empeorado su causa con aquel descuido (que nos permitió sondear el negro fondo de su conciencia), y apresuróse á decir humildemente:

—Prefiero confesar la verdad... ¡Yo no quiero que te mates, Diego mio!—Pero nos iremos á Torrejon... ¿no es cierto?—Recuerda que me lo has jurado...—Nos iremos con mi madre, léjos de estos amigos tuyos que tanto miedo me causan..., y seremos felices, muy felices...

Diego no oía...—Era indudable que seguía viendo la cara con que Gregoria le había dicho aquella frase, equivalente á una excitación á que se matara...

Creció, pues, el susto de ella, y jugando el todo por el todo, con la temeridad que sólo poseen los débiles, acercóse á Diego, y le rodeó con sus brazos, sonriendo de una manera cariñosa y diciéndole casi al oído:

—¡Ingrato! ¿No conoces que todo mi crimen consiste en quererte más que tú á mí? ¿No conoces que hasta el aire me estorba? ¿No conoces que, si he mentido una vez en este mundo... (¿y quién no ha mentido muchas?), ha sido porque tenía celos de tu amistad hacia Fabian? ¿No conoces que te idolatro?

Diego se estremeció convulsivamente, sin mirar á su mujer...

—¡Diego mio!... ¡mi Diego!...—prosiguió ésta, buscándole la cara con la suya...

—¡Calla! (exclamó entonces él, en el tono de quien delira.) ¡No me interrumpas!...—De modo... de modo que Fabian es inocente?...

—¡Sí!... (respondió Gregoria.)—Pero, en cambio, yo soy tu mujer...—¿Qué digo tu mujer?... ¡Yo soy mucho más!—¿Lo habías olvidado acaso... al amenazarme con esta pistola?

Y, acercándose á su oído, añadió unas palabras que no escuché; pero que comprendí sin esfuerzo alguno.

Diego la miró entonces..., lanzó un hondo y largo suspiro, y balbuceó mansamente:

—No sigas... ¡No acabes de matarme! ¡Demasia-

do presente lo tengo!...—¡Por él te perdono!—Toma... Véte á tu cuarto... ¡No puedo más!

Y, así diciendo, le alargó la pistola con aire imbecil, y luégo la llave de la puerta de la escalera, y, por último, viendo que Gregoria no se movía, la acarició, pasando una trémula y enflaquecida mano por los negros cabellos de la calumniadora...

Ésta me saludó sin mirarme, y salió del aposento con firme paso, despues de dejar sobre la mesa el arma que poco ántes empuñaba su marido.—

Voy á concluir.

No bien nos quedamos solos, Diego ocupó su sillón enfrente del bufete; rompió la declaracion en que te delatabas á la Justicia, y me entregó los pedazos, tal y como yo te los entrego á ti; y, por último, llevándose las manos al pecho, como para sofocar un punzante dolor, me dijo con asombrosa tranquilidad:

—He muerto...—Fabian me lo pronosticaba en su carta..., y el corazon me lo confirma con sordos latidos...—¡Dime qué debo hacer ántes de morir para desagraviar á Fabian y poner remedio á todos los males que he causado!

—Nada tienes que hacer (respondí yo afablemente). Basta con que le escribas dos líneas, reconociendo tu error...—Fabian no necesita más..., y hasta podría pasar sin eso...—En cuanto á tu salud, ya la cuidaré yo mismo...

—Sin embargo, yo quiero hablar con él...—Díselo de mi parte.—Dile que necesito su perdon..., pero no así como quiera, sino oído de sus labios..., y que le pido licencia para ir á demandárselo de rodillas.—Por lo demas, yo sé lo que tengo que escribir á D. Jaime y á Gabriela...

—No me toca á mí decirte á eso ni que sí ni que no... (respondí cordialmente.)—Ignoro qué camino tomará Fabian, en vista de esta novedad con que no contaba...

Diego bajó la cabeza, y un momento despues se puso á escribir, en tanto que yo daba gracias al Todopoderoso, que había hecho resplandecer tu inocencia en este mundo de engaños y de injusticias.

En cuanto á la carta de Diego, héla aquí.—Al entregármela, estrechó mi mano silenciosamente, y, al despedirme en la puerta del despacho, sólo tuvo fuerzas para exclamar:

—¡Que vengas!...

Despues de lo cual, encerróse, y sentí que echaba la llave.

Tú me dirás ahora, querido Fabian, si quieres leer, ó prefieres que yo lea en voz alta, la carta de Diego.

—Lée, mi buen amigo, lée...—murmuró Fabian con solemne tristeza.

Lázaro leyó lo siguiente:

«Al Conde de la Umbría.

»Madrid 28 de Febrero de 1861.

»Querido Fabian:

»No merezco que me perdones: no merezco que me permitas hablarte, ni verte; pero considera que me quedan pocos dias de vida; que voy á comparecer en el Tribunal de Dios, y que tú eres hoy el árbitro del futuro destino de mi alma.

»Te han calumniado... Lo sé.—Sé que siempre fuiste mi mejor y más leal amigo, y te pido humildemente perdon por haberlo dudado algunos dias...—

¡días horribles, en que ha padecido cruelísimos dolores mi pobre corazón, de resultas de no poder dejar de amarte!—Mi insensato furor no era, en suma, sino la medida de mi cariño.

»Adios, Fabian.—Compadécete de Gregoria, ó cuando ménos del hijo que no he de conocer...; y dispon de la poca vida que le resta á tu desgraciado amigo, que no quisiera morir sin verte,

»DIEGO.

»Quedo escribiendo á Gabriela y á D. Jaime...»

IV.

EL HOMBRE PROPONE...

Al terminar Lázaro la lectura de aquella nobilísima carta, Fabian era muy otro de cuando pedía á gritos la sangre y la vida de Diego.

Ya le había inspirado sentimientos de conmiseración el relato de la terrible escena en que el engañado marido vió clara la verdad; pero las humildes palabras que le escribía aquel hombre de hierro, trocaron su lástima en admiración y gratitud...—Así es que las oyó con entusiasmado semblante y alzada la vista al cielo, en tanto que alargaba una mano á Lázaro y la otra al Jesuita,—quien atraía á su vez cariñosamente á Juan, para que participase de la felicidad y la gloria de aquel triunfante grupo.

—¡Gracias, Dios mio! (exclamó por último Fabian Conde, cuando todos estaban ya como pendientes de sus labios.) ¡Gracias, por haberme anticipado en este mundo la justicia de que estaba tan sediento!—

Gracias tambien á usted, padre mio, que al marcarme el camino que debia seguir para desenojar á Dios y merecer que visitara y consolara mi alma, me ha proporcionado implicitamente los medios de iluminar el corazon de mi amigo!—Él me ha creido por mis obras: mis obras han sido hijas de mi fe en Dios; y esta fe, que nunca se extinguirá ya en mi espíritu, usted me la inspiró con sus predicaciones.—¡Gracias, finalmente, á tí, generoso Lázaro, que me has pagado con tantos beneficios mis antiguas injurias, y que me has edificado y fortalecido con el ejemplo de tus grandes virtudes! ¡Yo te felicito, lleno de amor y de alegría, por la justicia que tambien has encontrado en el hidalgo corazon de este digno hermano tuyo!—Y ahora, escucha la contestacion que darás de mi parte al infortunado Diego.

«Dirásle, ante todo, que no le escribo, por sujetarme desde hoy á la regla de conducta que habré de seguir respecto de él todo el tiempo que aún permanezcamos en este mundo, y que será la misma que ya le anunciaba en mi carta...—á saber: no tratarlo más, no verlo, no escribirle, hacerme cuenta de que hemos muerto el uno para el otro..., á fin de que la rehabilitacion por que tanto he suspirado, no me proporcione ninguna ventaja temporal, ninguna dicha terrena: pues ventaja y dicha fueran para mí indudablemente ver en mi casa á Diego..., dentro de algun tiempo, cuando se hubieran cicatrizado mis heridas!...

»No venga, pues, á verme como desea: no lo intente jamás...—¡Es el único favor que le pido, hoy que pudiera abusar de su indulgente benevolen-

cia!...—En cambio, yo lo perdono, y perdono á su mujer, sin reserva de ninguna especie, y pediré á Dios á todas horas que los colme de felicidad...—Añádele que mi consejo es que acceda á los deseos de Gregoria y se marchen á Torrejon. Allí, los aires y la paz del campo acaso mejoren su cuerpo y su espíritu...: Dile, en fin, que lo abraza con toda mi alma por última vez, y que, si muere ántes que yo, y es verdad que va á haber en el mundo un hijo de su sangre, éste encontrará siempre abiertos unos brazos donde quiera que se halle Fabian Conde!...

»Hasta aquí lo tocante á Diego.—Ahora, Padre Manrique, hablemos algo de mí...

»No recele usted, como indicaba hace poco, que se me haya olvidado nuestra larga conversacion de ayer... ¡No seré yo con Dios tan ingrato y tornadizo!—Por el contrario: ¡mantengo en la hora de la bonanza todo lo que prometí durante la tempestad!—Así, pues, aunque D. Jaime de la Guardia...; aunque la misma Gabriela... (¡y la voz del infeliz amante temblaba al pronunciar este adorado nombre!...), me pidiesen que el casamiento á que renuncié anoche se llevase á cabo, yo rechazaría como un crimen tan anhelada felicidad...—Proceder de otro modo podría dar margen á que se creyera que mis decantados sacrificios habían sido una indigna farsa.—Diego (vuelvo á decir) ha creído en mi inocencia, al ver que renunciaba á todas las dichas del mundo... ¡Yo no debo, por consiguiente; yo no quiero tampoco destruir los fundamentos de su fe.—Lo hecho, pues, hecho está... Y, así como no he de recobrar los millones que fueron de mi padre, ni su título de conde, ni las demas cosas á que renuncié

en el momento de la tribulacion para aplacar á Dios y á Diego, del propio modo, y por mucho que á mi corazon le cueste, tampoco recobraré á Gabriela...

»En resúmen: le prometí á usted ayer, y le dije á Lázaro, y le escribí á Diego, que me iría de misionero á Asia, si escapaba con bien, ó á lo ménos con vida, del conflicto en que se hallaba mi honor y mi conciencia..., y por nada del mundo faltaría á tan solemnes compromisos!—Soy, por lo tanto, de usted, mi querido padre.—Disponga de mí...—Nada tengo ya que hacer en esta casa que fué mia, y que hoy pertenece á los pobres expósitos...—Partamos... ¡Vámonos á aquel convento en que tan dulces horas pasé ayer! ¡No se me negará allí una humilde celda en que albergarme mientras llega la hora de mi partida para el extremo Oriente! ¡Ni usted me negará tampoco la preparacion que me falte para ser recibido en la Iglesia de Cristo, primero como absuelto pecador, y despues como Ministro del Altar y Predicador del Evangelio!

Un religioso silencio acogió este severo discurso.—El Padre Manrique y Lázaro se miraban interrogativamente, como cediéndose la palabra para el caso de que al uno ó al otro se le ocurriese algo que objetar á aquel razonamiento.—Juan lloraba mansamente, como llora la melancolía.

—Nada hay que oponer á lo que acaba usted de decir... (exclamó al fin el Padre Manrique, levantándose.)—¡No hubiera hablado de otra suerte nuestro Padre San Francisco de Borja al renunciar el marquesado de Lombay y el ducado de Gandía para ingresar en la Compañía de Jesus!—Partamos, pues.

—¡Ustedes, Lázaro y Juan, á casa de Diego!—¡Usted y yo, mi querido hijo, al Convento de los Paules!

—Partamos...—respondieron todos.

—Espero (dijo entónces Juan modestísimamente) que volveremos á reunirnos para que decidan ustedes de mi porvenir.—Lázaro y yo no logramos entendernos...—Él renuncia á todo, y, en cambio, exige que yo me aproveche de su generoso sacrificio...

—No me mortifiques, Juan... (expuso Lázaro cariñosamente.) Ya te convenceré de que te aconsejo en justicia...

—Y, sobre todo (observó el Padre Manrique), ya sabe usted dónde estamos Fabian y yo.—Vaya usted á vernos.

Fabian se despedía entre tanto de su administrador y de sus criados, dando tales órdenes en favor de éstos, que las reverencias, las lágrimas y las bendiciones lo fueron acompañando hasta que traspasó el umbral de la que habia dejado de ser su casa.

Llegados á la calle los cuatro amigos, Lázaro y Juan montaron en un coche y partieron..., mientras que el Padre Manrique y Fabian Conde (conviniendo en que ellos no tenían prisa y en que la mañana estaba muy hermosa), emprendieron á pié el camino del Convento de los Paules.

Al salir de su calle, Fabian se detuvo, y volvió la cabeza, á fin de divisar por última vez la casa en que habia vivido y que acababa de alhajar para recibir á *su esposa*...

Un sollozo se escapó entónces de su pecho, y sus labios balbucearon todavía este nombre:

—¡Gabriela!

El Padre Manrique, que lo notara, se embozó hasta los ojos, y apretó el paso...

Fabian siguió detras de él maquinalmente.

V.

DIOS DISPONE.

Media hora despues, y precisamente en el momento en que el Jesuita y Fabian llamaban á la puerta de la hospedería de San Vicente de Paul, vieron entrar á todo correr en aquella solitaria calle el mismo coche (antigua propiedad del exconde de la Umbría) en que Lázaro y Juan se habian ido á casa de Diego.

—Padre... (exclamó Fabian.) ¡Aquel es mi coche!... ¡Y en él viene Juan de Moncada!... Y... mire usted... ¡nos hace señas de que nos detengamos!...

—¡Pronto! ¡pronto! ¡No hay un momento que perder!... (decía al cabo de unos segundos el hermano de Lázaro, abriendo la portezuela del coche, parado ya delante de los Paules.)—Vengan ustedes conmigo... ¡Diego se muere! Una hemoptísis espantosa... ¡El médico no le da una hora de vida!...

—¡Dios Santo! (gimió Fabian, retrocediendo, en lugar de obedecer al jóven.) ¡Yo no quiero verlo!... ¡Yo no puedo ir!... ¡Yo no quiero encontrarme con Gregoria!...

—¡Lea usted!... (repuso Juan, bajando del coche, y alargándole un papel manchado de sangre.)— ¡Estas palabras las ha escrito casi espirando!... Ya

se lo dice á usted la letra...—Lázaro le suplica á usted tambien que vaya...

Fabian leyó el ensangrentado papel, que decía así en caracteres casi ininteligibles:

«Fabian: De rodillas y muriéndome, te pido por Jesucristo que vengas á endulzar la agonía de tu
DIEGO.»

El jóven miró al Padre Manrique con espantados ojos, y murmuró lúgubrementemente:

—Debo ir...

—Vamos!—respondió el Jesuita.

Y los tres subieron en el coche,—que partió á escape.

Juan les fué diciendo por el camino que cuando Lázaro y él llegaron á casa de Diego, ya había tenido éste el primer vómito de sangre, no muy copioso, pero que lo llenó de pavor;—que soportó con mansedumbre la noticia de que Fabian se negaba á hablar con él;—que estuvo muy cariñoso con los dos hermanos, felicitándose de verlos tan amorosamente unidos;—que Gregoria, aterrada por el informe que había dado el médico acerca de aquel accidente de su esposo, estaba á su lado, vestida de luto, bañada en lágrimas y realmente conmovida;—y que, hallándose todos así, le sobrevino á Diego otro vómito, y luégo un tercero, tan abundantes ambos, que casi lo habían dejado sin sangre en las venas...

Con esto, llegó el coche á la casa fatal.

El Padre Manrique y Juan subieron delante á fin de preparar á Diego.

Fabian los siguió; pero quedóse en el recibimiento, donde lo estaba aguardando Lázaro.

Segun le dijo éste, Diego había tenido un cuarto vómito y estaba espirando...—Habíanlo conducido á una cama, desde el despacho, donde le acometió aquella funesta crisis de sus antiguos males.—Gregoria se hallaba con él.

Fabian, sombrío y silencioso, fluctuaba indudablemente entre la piedad y el rencor, entre los restos del antiguo cariño que profesó á Diego, y el dolor, todavía vivo, de los crueles insultos que de él acababa de recibir...—¡No era lo mismo perdonar desde léjos, que hallarse en presencia del que algunas horas ántes lo despedía ignominiosamente desde un balcon de aquella misma casa, llamándolo canalla y ladron, y amenazándole con la fuerza pública!—¡Hay situaciones que tolera el alma, pero que no pueden soportar los nervios! ¡La sangre no es tan generosa ni sufrida como la conciencia!—El lodo mortal no deja nunca de ser lodo.

¡Y luégo tener que ver á Gregoria!... ¡acaso tener que hablarle!... ¡Cuando por su causa había perdido el calumniado amante la suma dicha de unirse á Gabriela!...—¡Era, en verdad, horrible el nuevo sacrificio que la desventura imponía á Fabian Conde!...

Así se lo dijo á su amigo Lázaro...

—Acéptalo como penitencia... (respondió éste.) Dios te lo agradecerá.

—Pase usted...—dijo en aquel momento el Padre Manrique, abriendo una puerta.

Fabian avanzó lentamente.

—Procure usted que Diego no hable sino lo ménos posible... (le advirtió Juan, saliéndole al pa-

so.)—Opina el médico que la primera agitacion que ya tenga el pobre enfermo será tambien la última.

Penetró Fabian en la mortuoria estancia.

Diego, medio incorporado en la cama, tenía vueltos los ojos hácia la puerta, y, al ver aparecer á Fabian, los cerró y volvió á abrirlos, por vía de saludo.

Fabian avanzaba con un dedo puesto sobre los labios, recomendándole un absoluto silencio.

Los ojos del moribundo sonrieron como de gratitud, y despues entristeciéndose y alzándose al cielo, pareció que expresaban una súplica...

Fabian le cogió entónces la mano derecha (aquella terrible mano que tan amenazadora se alzaba el dia precedente), y se la besó en señal de perdon y de olvido.

Los ojos de Diego se mojaron, y mirando entónces al médico, agitó los labios, como para significarle que quería hablar.

—Ni una palabra...—murmuró el facultativo.

Al mismo tiempo, movióse una masa negra que respiraba al otro lado del lecho (y en que no había reparado Fabian)..., y el rostro de Gregoria, pegado hasta aquel momento contra las sábanas, dejóse ver como trágica aparicion, en tanto que su quebrantada voz decía:

—No hables...

—Una palabra... (balbuceó Diego tan quédó y tan despacio, como si temiera que se le escapase el último aliento.) Te pido una gracia... (siguió diciendo del propio modo, y sin soltar la mano de su antiguo amigo.)—Dime que me la concederás...

—Lo que quieras...—murmuró Fabian con generoso acento, en que vibraban la piedad y el cariño.

Diego reunió otras pocas fuerzas, y añadió:

—Júrame que no dejarás de hacerlo...

—¡Te lo juro!...—respondió Fabian...

—Pues oye...—Para que me perdone Dios (y al decir esto, hizo un esfuerzo de que no se le hubiera creído capaz)...; para que no me miren con horror los ángeles del cielo..., ¡cásate con Gabriela!

Un nuevo personaje, que acababa de penetrar en la alcoba, llegó á tiempo de oír aquellas supremas palabras del moribundo...

Este personaje era D. Jaime de la Guardia.

Fabian no lo había visto entrar...—Así es que, al oír la súplica de Diego, se estremeció como si acabara de recibir una mortal herida; tornó los ojos hácia el anciano Sacerdote, y arrojóse en sus brazos, exclamando dolorosamente:

—¡Padre mio! ¡Explíquele usted que eso es imposible!

Pero Diego había ya espirado.

Así lo anunció un lastimero grito de Gregoria,—la cual estrechaba entre sus brazos el cadáver del que había sido su esposo.

EPÍLOGO.

Había pasado un mes desde la muerte de Diego.

Era una hermosísima mañana de primavera.

Las campanas del convento en que Gabriela habitaba hacia cerca de tres años repicaban alegremente, á pesar de que, por el calendario, no era día ni víspera de ninguna fiesta eclesiástica.

A la puerta del templo que formaba parte del convento citado, veíase una silla de posta, cargada de maletas y otros objetos de viaje, pero cuyo departamento principal estaba vacío.

Dentro de la iglesia sonaba el órgano, acompañando las últimas respuestas de las monjas á las oraciones de una misa cantada; y si el que leyere estas postreras páginas de nuestro fatigoso relato, hubiese pasado por allí en tal momento, y sentido curiosidad de saber qué insólita misa era aquella, habría visto que era la velación de Fabian Conde y de Gabriela de la Guardia, á quienes acababa de unir para siempre el Padre Manrique.

En efecto: Gabriela y Fabian hallábanse arrodillados delante del Altar, y cerca de ellos veíase á don Jaime de la Guardia, que había sido padrino del casamiento, y á Lázaro y Juan de Moncada en calidad de testigos.

Habría admirado también entonces el lector con sus propios ojos la peregrina hermosura de Gabriela, acerca de la cual sólo por referencia hemos hablado hasta ahora.—¡Nunca un ángel del cielo ha revestido tan gallarda y arrogante forma humana, ni jamás la clásica belleza soñada por el paganismo griego vióse en tal manera sublimada, ya que no oscurecida, por los resplandores del espíritu inmortal á que servía de alabastrino vaso aquella incomparable figura!

Por lo demas, las monjas, de cuya escondida morada acababa de salir Gabriela á la misma nave del templo, habíanse esmerado en ataviarla, como si fuera una santa Imágen, objeto de su culto más fervoroso, á quien adornaran para que recorriese, llevada en procesion, plazas y calles.—Cada una le había puesto un lazo, una flor, una humilde joya ó un relicario bendito, dándole al mismo tiempo mil besos y abrazos, y bendiciones, y hasta consejos...—consejos que, por su misma sencillez, podrían serle útiles en su nuevo estado, aunque se los diesen tímidas doncellas, que sólo de oídas tenían alguna idea de los escollos y borrascas del mundo.

Desde las amplias celosías del coro, las vírgenes del Señor contemplaban á su dulce compañera, al par que le cantaban, por vía de epitalamio, los solemnes himnos del cotidiano culto á que ellas seguirían consagradas toda su vida.

Gabriela, que ya se había enterado de los terribles acontecimientos que acabamos de referir, y de lo mucho que había padecido Fabian por purificar su alma, miraba á éste de vez en cuando, y luego tornaba la vista al Altar, como arrastrando y condu-

ciendo con sus ojos los ojos de él á la consideracion de Dios y de su infinita misericordia.

El feliz esposo, apuesto y ufano, aunque bañada todavía su faz de una leve melancolía, miraba alternativamente á su hechicera y santa mujer, al Padre Manrique, á Lázaro, á Juan..., como dando á todos las gracias por la felicidad que sentía...; y luégo alzaba los ojos al Crucifijo del Altar, y rezaba...

Concluida la ceremonia, Gabriela penetró aún en el Convento, de donde regresó algunos minutos despues, vestida de viaje, y trayendo en la mano su corona de desposada.—Algunas lágrimas humedecían sus mejillas de rosa, indicando con cuánta emocion se había despedido definitivamente de la digna Abadesa y de sus tiernas hermanas de clausura.

Todas ellas habíanse arrimado á la celosía del coro bajo, para ver á la desposada salir de la iglesia; y cuando observaron que la noble jóven se acercaba al Altar de la Virgen de las Angustias, y ponía á sus piés, como ofrenda, su corona de desposada;—cuando la vieron pararse en medio del templo y dirigir los brazos hácia el coro, saludándolas con el pañuelo y tirándoles besos de amorosa despedida, una multitud de blancos cendales ondeó detras de la celosía, respondiendo á aquellos adioses; tiernos gemidos resonaron en el recinto sagrado, y lágrimas copiosas corrieron de todos los ojos.

Renunciamos á describir circunstanciadamente las escenas que ocurrieron despues en la puerta del

templo, cuando los dos recién casados subían en la silla de posta que debía conducirlos á Aranjuez, de donde marcharían al día siguiente á la casa de campo en que se crió Fabian;—cuando D. Jaime y su hija se abrazaban tiernísimamente;—cuando Fabian besaba las manos del caballero aragones;—cuando el Padre Manrique bendecía una vez y otra á los que no se cansaba de apellidar *sus hijos*,—y cuando Lázaro, apoyado en el hombro de Juan, contemplaba aquellos cuadros con una sonrisa digna de los ángeles del cielo...

Partió el carruaje, y quedaron inmóviles y mudos en el átrio del templo el Padre Manrique, don Jaime de la Guardia, Lázaro y su hermano Juan.

Pasado que hubieron algunos minutos, el Jesuita, sobreponiéndose á su emocion, dijo:

—¡Cuán misteriosos, pero cuán seguros, son los juicios de Dios!—Véase por qué cúmulo de circunstancias Fabian Conde ha conseguido, cuando ya había renunciado á ella, toda la felicidad que deseaba en esta vida.—«*Yo no quiero el Paraíso, sino el descanso*» (decíame últimamente, recordando una frase del poeta inglés, para probarme que no debía casarse con Gabriela, á pesar de lo que la amaba y del juramento que le arrancó Diego en su lecho de muerte). «*Pues acepte usted el paraíso como penitencia* (le contesté yo). *¡Bien se me alcanza que le fuera á usted más cómodo no volver á los mares de la vida con tan preciosa carga!... Pero Dios, por medio de aquel moribundo, nos demostró claramente su de-*

seo de que siguiese usted luchando con los huracanes de la sociedad humana, expuesto á que el viento del escándalo, por usted producido, vuelva á hacer zozobrar la nave de su ventura ó la de los hijos que le dé Gabriela.—Dios no cree, por lo visto, que se ha purificado usted bastante en tres dias de purgatorio, y le impone, como resto de penitencia, el continuo temor de que los hombres vuelvan á afligirlo con calumnias, ó sea con nuevos frutos del escándalo.»—Fabian me dió la razon, y no por otra cosa ha preferido el matrimonio, con sus cuidados y responsabilidades, á los desiertos de Asia con sus rigores y peligros...

—De todo eso se deduce, entre otras cosas (observó D. Jaime), que mi yerno será un modelo de maridos. Vean ustedes por qué he tenido yo la manga tan ancha en el asunto que se referia á mi hermano...—Fabian no sedujo á mi cuñada, sino que fué seducido por ella... como tantos otros...; y, además, la forma y modo en que me confesó su falta, me inclinaron á absolverlo.—Conque, señores, me despido de ustedes para Aragon, adonde marcho esta tarde...—Crean firmemente que me llena de júbilo el haber conocido tan dignas personas, en este Madrid que yo creía enteramente dado al diablo...»

Despues que el Sacerdote y los dos Moncadas habieron despedido afectuosamente al padre de Gabriela, Lázaro miró solemnemente á Juan, y le dijo:

—Ya lo has oido, mi querido hermano: A las veces hay que aceptar la felicidad del mundo como

trabajo y sacrificio... A las veces hay que tener la generosidad de ser dichoso...—Por eso se ha casado Fabian, y por eso es menester que tú conserves el título de marqués de Pinos (aunque demos secretamente á los pobres las rentas del mayorazgo); que vuelvas á América, y que hagas tu antigua vida, conservando para ello tus legítimas paterna y materna, y pudiendo disponer de lo que yo heredé de mi madre...—El caso es no deshonorar á la tuya después de muerta; no deshonorar tampoco la memoria de nuestro padre; no frustrar mis propósitos y trabajos de tanto tiempo; no escandalizar, en fin, el mundo con la historia en que habría que fundar una rehabilitación... que para nada necesito.

Juan se resistió largamente á aceptar lo que le proponía su hermano, pero terció en la conversacion el Padre Manrique, y al cabo lograron convencerlo...;—por lo que ofreció embarcarse inmediatamente para América.

Marchóse Juan á disponer su viaje á Cádiz, y quedaron solos el Padre Manrique y Lázaro.

—¿Y usted? ¿qué piensa hacerse?—interrogó entónces el Jesuita al desheredado.

—Yo... (respondió éste, como si no entendiera la pregunta) voy á llegarme al cementerio de San Nicolás á visitar al pobre Diego...—La mañana está muy hermosa...

—Bien...; pero supongo que nos veremos?...—añadió el viejo, estrechándole la mano en señal de estimación.

—Sí, señor... (respondió Lázaro.) Iré á ver á usted con frecuencia, y hasta creo que acabaré por pedirle hospitalidad y quedarme allí definitivamente. —En medio de todo, los dos pasamos la vida mirando al Cielo más que á la tierra...; pero, á decir verdad, su *astronomía* de usted me gusta más que la mia.

FIN.

ÍNDICE.

LIBRO I.

FABIAN CONDE.

	<u>PÁGINAS.</u>
I..... La opinion pública.....	7
II.... La porteria del otro mundo.....	14
III... El Padre Manrique	18

LIBRO II.

HISTORIA DEL PADRE DE FABIAN.

I..... Primera version.....	29
II.... Un hombre sin nombre.....	33
III... Otro hombre sin nombre.....	35
IV... Segunda version de la historia del con- de de la Umbria	40
V.... Tercera version.—Proyecto de con- trato.—El Padre Manrique enciende la luz	50

LIBRO III.

DIEGO Y LÁZARO.

	<u>PÁGINAS.</u>
I..... Cadáveres humanos.....	61
II.... Retrato de Diego.....	66
III... Retrato de Lázaro.....	69
IV... De cómo hay también amigos «encar-	
nizados».....	73
V.... «Angelus Domini».....	78
VI... Las maldades de Lázaro.....	83
VII.. Lázaro convicto y confeso.....	91
VIII. La consulta.....	96
IX... Para verdades el tiempo.....	109

LIBRO IV.

QUIÉN ERA GABRIELA.

I..... Una mujer bien recibida en todas	
partes.....	115
II.... La niña aragonesa.....	117
III... Gabriela.....	124
IV... «Amor, ch' a nullo amato amar per-	
dona».....	130
V.... Las cadenas del pecado.....	137
VI... La necesidad por gala.....	143
VII.. Luz y sombra.....	148
VIII. La fuente del bien.....	155
IX... El tormento de Sísifo.....	163

LIBRO V.

LA MUJER DE DIEGO.

I..... Despedida y juramento.....	173
II.... Diego, fiador de Fabian.....	178

	PÁGINAS.
III... Casamiento de Diego.....	190
IV... Gregoria.....	198
V.... El padre de Gabriela.....	207
VI... Eva.....	218

LIBRO VI.

LA VERDAD SOSPECHOSA.

I..... La puerta del Purgatorio.....	231
II.... El fruto del escándalo.....	239
III... Ajuste de cuentas.....	257
IV... Dictámen del Padre Manrique.....	266

LIBRO VII.

EL SECRETO DE LÁZARO.

I..... El palillero animado.....	291
II.... Los protegidos de Lázaro.....	298
III... Donde se demuestra que Lázaro no era hijo de su portero.....	304
IV... El desheredado.....	308
V.... Entre la tierra y el cielo.....	423
VI... Los tesoros de los náufragos.....	337

LIBRO VIII.

LOS PADRINOS DE FABIAN.

I..... Donde el Jesuita divaga y se con- tradice.....	349
II.... Las nueve de la mañana.....	355
III... Obras son amores.....	359
IV... El hombre propone.....	375
V.... Dios dispone.....	380
EPÍLOGO.....	385



